José Inácio de Abreu e Lima

EL SOCIALISMO



Claves Políticas de América es una colección creada por Biblioteca Ayacucho con el propósito de recoger lo más significativo de la historia de los movimientos y procesos políticos ocurridos en nuestro continente. Aborda su materia a partir del pensamiento de los líderes históricos, de los nombres en torno a los cuales se forjaron procesos importantes en sus países de origen, pero que deben ser entendidos como conjunto dentro de la historia social latinoamericana y caribeña. La colección gira entonces alrededor de la figura de los estadistas, los políticos y jefes de Estado, su pensamiento, los documentos personales y de su tiempo, todo material que garantice la conformación de una imagen objetiva por parte de los lectores, sobre todo de los jóvenes lectores y de los lectores del futuro. El tiempo a abarcar será el siglo XIX, a partir del momento en que se consolidan las nacionalidades con ideas republicanas y luego el siglo XX. En la selección de los nombres se tendrá, como siempre, el criterio más amplio y científico, toda vez que no se busca privilegiar un solo tipo de pensamiento sino mostrar la diversidad de tendencias.


República Bolivariana de Venezuela
Fundación
Biblioteca Ayacucho


200
BICENTENARIO

EL SOCIALISMO

José Inácio de Abreu e Lima

EL SOCIALISMO

3

MICHEL MUJICA
Prólogo

LUIS CARLOS NEVES
MILTON MORALES
Traducción

República Bolivariana de Venezuela
Fundación

Biblioteca Ayacucho

Colección Claves Políticas de América, Nº 3
Hecho Depósito de Ley
Depósito legal lf5012010300476
ISBN 978-980-276-484-6
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Edición: Vilma Jaspe
y equipo editorial de Biblioteca Ayacucho
Corrección: Silvia Dioverti

Concepto gráfico de colección: DIGITALSPOT C.A.
Actualización gráfica de colección: Yessica L. Soto G.
Diagramación de portada: Luis Miguel Soria
Impreso en Venezuela/*Printed in Venezuela*

PRESENTACIÓN

Aquí yace el ciudadano brasileño José Inácio de Abreu e Lima,
propugnador esforzado de la libertad de conciencia.
Falleció el 8 de marzo de 1869. Le fue negada
la sepultura en el Cementerio Público por el
Obispo Francisco Cardoso Ayres. Memoria
de sus parientes.

Inscripción en el Cementerio de los Ingleses en Recife, Brasil,
donde se encuentra el general Abreu e Lima.

Hay pueblos de historia conclusa y cerrada
cuyos anales se leen ya con la emoción que
produce la contemplación de un epitafio.
Los hay de historia disparada hacia
el porvenir como una flecha.
¿Quién no presiente para el nuestro este destino?

Juan Oropesa, *Cuatro siglos de historia venezolana*

En la actualidad cuando trabajamos el tema de la memoria, sabemos que posee una gran vigencia en la elaboración de los estudios históricos, sobre todo en momentos posteriores a los traumas sufridos después de una guerra o de una compleja y difícil confrontación civil. Fue el caso de nuestra gesta independentista. Restablecer los recuerdos y de qué modo, obedece a determinados marcos sociales de la memoria. La memoria, metafóricamente, puede ser pensada como un archivo, aunque con una particularidad: los recuerdos y las percepciones reconstruyen los relatos de nuestras vidas, el material presente bajo forma de recuerdos, es sometido de vez en cuando a un proceso de reordenación acorde con las nuevas circunstancias. La reconstrucción de nuestros recuerdos se debe a que son evocados desde ciertos *grupos de referencias*, así podemos pensar en una memoria colectiva donde se estudia la memoria en su contexto, en su conservación y transmisión de los recuerdos. Los Marcos Sociales de la Memoria (MSM) serían los medios de conservación, organización, jerarquización y transmisión de los recuerdos. Lo que indica que la memoria está presente en el reordenamiento de los recuerdos, es decir, los recuerdos tal y como los vivimos y pensamos son definidos, categorizados y jerarquizados de un modo específico y en un contexto determinado. Los

MSM, así como las tradiciones de pensamiento, no son simples formas vacías que asimilan los recuerdos de pensamientos, personas, situaciones e imágenes, tal como se presentan y son evocados, no son simples formas vacías que conservan y transmiten los recuerdos como si fuesen esponjas. Más bien son los instrumentos que la memoria tiene y utiliza para reconstruir una época acorde con los pensamientos dominantes del presente de una sociedad. La memoria, conviene expresarlo, está estructurada por el lenguaje, las instituciones, la educación, las ideas grupales, las experiencias compartidas de la familia, grupos de edad, profesiones y oficios, clases sociales, amigos, vida del barrio, etc. Conviene observar que recordamos nombres y números de teléfonos en determinadas circunstancias, una de ellas, podría ser el observar en una vieja libreta de teléfonos, un nombre cualquiera de una reunión casual, son medios que nos permiten que los recuerdos afloren en el aquí y ahora. Al momento de recordar debemos establecer una distinción entre lo que es *reconocer* y lo que es *recordar*:

> Reconocemos a las personas a pesar de los cambios producidos por la edad, reconocemos fotografías de lugares que hemos visitado y objetos personales que hemos perdido. Cuando reconocemos un cuadro que no habíamos visto antes como un Picasso o una imitación, estamos haciendo algo más que recordar impresiones anteriores. Estamos estableciendo categorías: picassos y copias. Nuestro reconocimiento de los cuadros o de las personas es el reconocimiento de una categoría, no de un objeto específico. Las personas nunca son lo que eran momentos antes y los objetos nunca se ven exactamente de la misma manera[1].

El acto de *recordar* puede ser entendido como la capacidad de organizar el mundo que nos rodea en categorías que pueden ser generales y/o específicas. Si bien no sé si existen algunas moléculas que nos permiten entender cómo clasificamos y organizamos nuestros recuerdos de nombres, personas y números, pudiéramos pensar que los recuerdos se encuentren almacenados en algún lugar… Ahora bien, podemos preguntarnos: ¿desde qué lugares los reconstruimos? Aquí cobra totalmente sentido la tesis de los Marcos Sociales

1. Israel Rosenfield, "Una nueva aproximación a la memoria y la percepción", *El Paseante*, (Madrid, Ediciones Siruela), Nº 14 (1982), p. 25.

de la Memoria: reconocemos, recordamos y localizamos desde determinados lugares.

Mi padre acostumbraba apuntar que la memoria no ha muerto y perduraba con la escritura y de las más variadas maneras. Los lugares de la memoria son lugares de encuentros y desencuentros, y en ellos persisten unas cajas que almacenan tradiciones, recuerdos y, por qué no, también los olvidos y son reconstruidas desde el presente y acomodadas de otros modos o maneras. Interesado por el arte de la historia y por los protagonistas de la gesta independentista latinoamericana, el presidente Chávez evoca permanentemente en sus discursos la figura del general brasileño y masón, José Inácio de Abreu e Lima, nacido en Pernambuco, Brasil, el año de 1794. El hombre que no conocería, ni en vida ni en su tierra, reconocimientos a su gloria: José Inácio de Abreu e Lima[2], hizo méritos fuera de su país, junto a los Libertadores, en la memorable gesta independentista de la Gran Colombia.

"El padre de Abreu e Lima fue el sacerdote José Inácio Ribeiro Abreu e Lima, conocido como 'Padre Roma', debido a su ordenación en esa ciudad por el cardenal Chiaramonti, futuro papa Pío VII. El 'Padre Roma' fue líder político durante la revolución emancipadora pernambucana de 1817, pero fue capturado y fusilado frente a su hijo por las fuerzas de la Corona portuguesa.

"El joven Abreu se matriculó en la Academia Real Militar de Río de Janeiro, donde obtuvo la patente de Capitán de Artillería, pero una vez fracasada la intentona contra la monarquía (…) fue hecho preso, al igual que su padre, por insubordinación y responsabilidad en la rebelión.

"Una vez que logró su libertad, Abreu e Lima, se marchó con el apoyo de la masonería a Estados Unidos, y posteriormente vino a Venezuela. En 1819, llegó a Santo Tomás de Angostura, hoy Ciudad Bolívar, donde se encontraba el cuartel general de Simón Bolívar, un hombre de alto renombre

2. Para tener una visión de conjunto del pensamiento de Abreu e Lima pueden consultarse los siguientes textos: William Almeida de Carvalho, General Abreu e Lima brasileño desconocido en su país es héroe nacional en Venezuela, *Revista de Masonería* (Índices de monografías masónicas en español), http://www.freemasons-freemasonry.com/23carvalho.html (página consultada en agosto de 2007); José Castellani, *História do Grande Oriente do Brasil*, Brasília, Ed. Do GOB, 1993; Vamireh Chacón, *Abreu e Lima-General de Bolívar*, Rio de Janeiro, Ediciones Paz e Terra, 1983; Caio de Freitas, *George Canning e o Brasil,* São Paulo, Edit. Nacional, 1958; General Abreu e Lima, *O socialismo*, Rio de Janeiro, Ed. Paz e Terra, 1979.

e ideas emancipadoras que indudablemente entusiasmaban al joven pernambucano.

"Bolívar incorporó al Capitán de Artillería proveniente de la Academia fluminense, con el mismo grado y en el Estado Mayor. Desde ese momento, Abreu participó en importantes batallas y misiones: 'Serví siempre a la causa de la Libertad e Independencia de América', escribió al final de sus días"[3].

"Quizá entonces debió publicarse en Brasil la patente militar que el general Mariano Montilla entregara a Abreu a su salida de Nueva Granada, en la cual se leía: 'El Sr. General José Lima sirvió a la República de 1818* hasta 1831, ascendió de capitán a general en el transcurso de las campañas con honor y distinción. Fue herido en una de ellas, alcanzó la confianza de los primeros Generales de la República, y en especial de Su Excelencia El Libertador Simón Bolívar; Lima es benemérito de la Patria en grado heroico y eminente'.

"Sin embargo, para Abreu el reconocimiento no era primordial. Sabía que no serían alabados en vida quienes habían cambiado el curso de la historia americana: 'Yo desapareceré, y mi nombre quedará envuelto en los honrosos títulos de Libertador de Venezuela y de la Nueva Granada, de Vencedor en Boyacá, en Puerto Cabello, en Carabobo', escribió.

"En 1843, Abreu escribió *El Compendio de historia de Brasil, desde su descubrimiento hasta el majestuoso acto de coronación del Sr. Don Pedro II*, publicación que apareció en dos volúmenes y sería la primera tentativa de agrupamiento de hechos por períodos en Brasil. Luego, en 1855, fue publicado *O socialismo*, texto en el que Abreu comentaba: 'Somos, en verdad, socialistas, pero entiéndase bien, discordamos en gran parte de los maestros de esas doctrinas y solo aceptamos de ellas lo que sea aplicable a nuestra presente situación'.

"Posteriormente, Abreu se dedicó al tema religioso, escribiendo en 1867 *Las Biblias falsificadas* y *El Dios de los judíos y el Dios de los cristianos*. Empobrecido y soltero, murió solo en el Pernambuco que lo vio nacer. A los 75 años, falleció y ni siquiera le fue dado descansar en un sitio honroso, quizá junto a El

3. Ministerio de Comunicación e Información, *José Inácio de Abreu e Lima. El general de las masas*, Caracas, 2005, p. 4.

* Abreu e Lima llegó por el puerto de La Guaira en noviembre de 1818, pero no fue hasta febrero de 1819 que envía una carta a Bolívar manifestándole su disposición a integrarse al Ejército Libertador, conociéndolo personalmente en el Congreso de Angostura de ese mismo año. (N. de B.A.).

Libertador. (…) [por defender] la libertad de cultos, por atacar la Inquisición, por rechazar el Concilio de Trento… El obispo Fernando Cardoso Ayres negó la sepultura canónica de Abreu en los cementerios brasileños, lo que provocó protestas populares, de liberales masónicas por la decisión.

"El cuerpo de Abreu e Lima bajó a la tierra en zona extraterritorial de Brasil, en el British Cemetery o 'Cementerio de los Ingleses', ubicado en un lugar aislado de Recife, cerca del mar, garantizado diplomáticamente por el Tratado de Navegación de 1810. Sin embargo, en la actualidad una estatua de Simón Bolívar se alza en el Cementerio de los Ingleses, en homenaje al Pernambucano.

"En la tumba de Abreu e Lima se leería por siempre: 'Propugnador esforzado de la libertad de conciencia'"[4].

"El presidente de Venezuela, Hugo Chávez, comentó en un discurso en el año 2003, que aquel pernambucano, José Inácio Abreu e Lima, era 'un grande entre los grandes, poco conocido porque nos borraron los padres nuestros y nos vendieron otros padres y otras culturas', pero que poseía una 'impresionante historia' y había hecho un gran aporte a la historia venezolana.

"Por ser Abreu e Lima un partidario incorruptible de El Libertador, los gobiernos antibolivarianos de Colombia y Venezuela ignoraron sus méritos, como los de muchos otros patriotas, y lo despidieron del país que en batalla había ayudado a forjar y que por eso ya era suyo.

"Su largo exilio del panteón de la gloria lo libró de ser alabado entonces por los enemigos de su Jefe, y de ser utilizado después como adorno del patriotismo palabrero. Despertó, regresó y está hoy entre nosotros, y su espada acompaña nuevamente a la espada de Bolívar, en la liberación de Venezuela y de toda América Latina"[5].

Aproximarse a los escritos de Abreu e Lima no es una tarea fácil, requiere de un esfuerzo de reconstrucción contextual que no es nuestro objetivo, pues tenemos una tarea más modesta que es la presentación de sus escritos sobre *El socialismo*. Ocurre no obstante, que esta obra no puede ser aislada de las contradicciones y de las circunstancias históricas y del momento vivido para ese entonces en la América recién independizada, afectada por un sistema mundial capitalista que giraba alrededor de Inglaterra y donde hacía aguas

4. *Ibid.*, pp. 8-10.
5. *Ibid.*, p. 10.

el sistema colonial español[6] y entraban en escena las poderosas razones de Estado de la nueva hegemonía anglosajona en nuestro continente: los Estados Unidos.

La presencia de los conquistadores y del cristianismo, ergo de la cruz y la espada, fue el eje de la agresión occidental portadora de una civilización que pretendía, en nombre de Dios y del Rey, sojuzgar, derrotar, vencer y humillar a los presuntos pueblos bárbaros y atrasados, representantes de épocas superadas del género humano.

Esta falacia de diferenciar entre pueblos bárbaros y civilizados, tiene raíces muy profundas en el imaginario europeo y fue asimilada de forma rotunda en las formas de obrar y pensar de muchos pensadores y hombres de acción latinoamericanos, aunque es importante acotar que el cristianismo como religión universal de igual forma fue reinterpretado en términos distintos en América dando lugar a una religiosidad popular con raíces poderosas en los pueblos latinoamericanos. La originalidad del cristianismo con respecto al judaísmo, los fundadores del cristianismo, en particular san Pablo, la oponen al judaísmo tradicional: en unos términos sacados del Antiguo Testamento, a través de la interpretación de las profecías que los judíos reproducían literalmente, y que la nueva religión interpreta figuradamente logrando así diferenciarse. San Pablo considera que el Reino de la Ley ha debido preceder el Reino de los Cielos y cree que era necesario que el hombre haya conocido el pecado, para que la fe en Dios y en la misericordia divina los libere de él. El cristianismo es parte de la historia, y muestra en artículos de fe, dogmas y ritos, los símbolos de una revolución moral que fue un acontecimiento en la historia, evidencia del triunfo de una religión de contenido espiritual sobre un culto formalista e igualmente de una religión universal que no distingue entre razas, pueblos y naciones. Esas creencias más dilatadas y profundas, se adaptaron en el Nuevo Mundo sin romper totalmente con el marco de las nociones existentes hasta entonces. Será por esas razones que las concepciones del presente, se nutren y se recrean en los marcos del pasado[7].

6. En España se evidenció de modo notable la ambivalencia de su expansión colonizadora, que nació cojitranca, ya que suprimió por la fuerza la presencia judía y musulmana justo en el momento de la Conquista y la Colonización.
7. Véase el capítulo "La memoria religiosa", Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Manuel A. Baeza y Michel Mujica; trad., Barcelona, Editorial Anthropos, 2004.

Una obra como *El socialismo*, escrita en tres momentos del itinerario intelectual de Abreu e Lima, tiene unos ejes orientadores en una determinada ley providencial de la humanidad –en tal momento está preso en los límites de los campos de pensamiento del siglo XIX– que no es sino la de que el género humano mejorará su condición, a través de tropiezos y miles de dificultades, *en lo que llamamos Socialismo, definido como un designio de la Providencia, en la tendencia del género humano en transformarse en una sola e inmensa familia*[8]. Esta idea del *Socialismo* encierra el núcleo central de la argumentación sobre el tema de Abreu e Lima: esta idea marca la obra desde sus inicios hasta la conclusión que se encuentra en el capítulo LXVII de *El socialismo*.

Justamente es así como describe los momentos de redacción de su obra:

> a mediados del año 1852 escribimos hasta el artículo XL; a mediados de 1854 adelantamos nuestro trabajo hasta el artículo LV, y este año (abril de 1855) hicimos lo demás; sumando a todo ello algunas notas, que nos parecieron necesarias para la mejor comprensión del texto, puesto que de principio no quisimos darle tan grande extensión. En estos últimos tres años el mundo político y el mundo moral han realizado un progreso espantoso, progreso que nadie preveía, ni era posible imaginarse entre la paz profunda de 1852 y la guerra en la que actualmente se haya envuelta Europa. Sin embargo, creemos que la unidad de nuestro pensamiento fue conservada escrupulosamente, y que comprobamos nuestra tesis, o sea, que existe una ley providencial que rige los destinos humanos desde el principio hasta el fin[9].

Exactamente, el discurso que atraviesa América y Europa hasta las revoluciones de 1848, tiene como telón de fondo las revoluciones europeas y las luchas emancipadoras americanas. Abreu e Lima intenta construir una visión más elaborada de los socialismos modernos como justamente los definió, si bien no logra dar una visión más elaborada del significado de ellos, en principio, concibe la propiedad, la industria y la familia como medios concomitantes en el advenimiento de nuevas instituciones, es decir, una tendencia que se observa en todos los países europeos donde Francia es solo el preludio, y no concibe esta tendencia exclusivamente como conflicto, sino como tendencia hacia la asociación del género humano y es allí, a mi juicio, que se encuentra

8. Véase en la presente edición el c. I.

9. Véase en la presente edición la Advertencia del autor, p. 5.

su idea medular del *Socialismo*. "El socialismo no es una ciencia, ni una doctrina, ni una religión, ni una secta, ni un sistema, ni un principio, ni una idea: es más que todo eso, porque es un designio de la Providencia"[10].

Por supuesto, poco ayuda a resolver el dilema, si tal o cual pensamiento responde o no a las exigencias o retos de una época, según ha reiterado a lo largo de la historia un obtuso racionalismo, buscador de "coherencias" entre la obra y la vida de un autor para ser definido, pues esto tiene tan poco sentido como juzgar la vida por la obra. Parece, pues, que lo que hace actual a un autor del pasado, o sea un referente del presente, no es tanto que supiera responder acertadamente a los problemas de su tiempo, cuanto que sus respuestas, a unas circunstancias totalmente ajenas a las nuestras, aún puedan valorarse para los tiempos presentes.

Abreu e Lima ha conseguido una polivalencia de significados que cristalizan en la conformación de la moderna concepción del socialismo como especie, como parte de esa familia que es la del género humano. Pero hará falta refrescar tal discurso y despojarlo de las resacas mentales de los siglos XVIII y XIX, de ese Logos terrible e implacable del evolucionismo, montado en una filosofía de la historia donde la lógica discursiva desemboca en una sola fe, la cristiana, un solo sujeto de la historia, la raza caucásica[11].

La historia de la Humanidad ha traído aparejada denominaciones que no son las más felices para pensar culturas, procesos sociales e históricos, pero esto no ha sido siempre así, ni tiene por qué serlo en el futuro.

Abreu e Lima trazó –a mediados del siglo XIX– líneas de reflexión que creo tienen elementos dignos de ser considerados:

1. Identificar el socialismo con la conformación del género humano excluyendo aquellos residuos ideológicos como la identificación del género humano con la raza caucásica. Pues en este aparte existen combinaciones de variables que no son tan lineales, ni tan evidentes y se introduce una identificación entre *género humano* y *socialismo* que es la clave de la argumentación de Abreu e Lima y lo que es loable mantener y rescatar. Si bien la idea se ve oscurecida por la introducción de términos que ofrecen una lectura de la historia en términos de razas y progreso.

10. Véase en la presente edición el c. I.
11. Véase en la presente edición el c. VIII y el c. LIII.

2. Dejar por sentado que en la vida social el hombre no se encuentra atado a fatalidades, pues tiene capacidad de elegir, a la conciencia pertenece la elección[12]; de allí su concepción del libre albedrío. Libre albedrío pensado como elección racional que se presenta de modo distinto a la ley de la providencia pensada como fatalidad. Reino de la Necesidad versus Reino de la Libertad.

3. Vincular la idea de sociedad con el socialismo, le permite tener una visión de los socialistas como pensadores y hombres de acción insertos en la modernidad. Es necesario insistir sobre el alto grado de interés que tenía Abreu e Lima sobre los reformadores modernos, así los calificaba, aunque sus críticas eran sumamente parecidas a las de Marx, cuando se refería a los socialistas de su época, pues consideraba que ellos (los socialistas) "… deberían reflexionar sobre esa resistencia de todas las civilizaciones, antes de entrar en el ensayo de sus combinaciones imaginarias"[13]. Y agrega que "… entre los más osados innovadores tres hay sobre todos, que se hicieron notables por

12. Una larga nota de pie de página elabora esa importante distinción conceptual: "La Providencia, que reguló todas las cosas con soberana sabiduría, puso en nosotros el placer y el dolor, para que nos conduzca a hacer lo que conviene a nuestra esencia, arrastrándonos hacia ciertos objetos, desviándonos de otros. Buscar el placer, evitar el dolor, tal es la ley fundamental de la naturaleza sensible. Bajo esta doble acción se desarrollan en nosotros inclinaciones o tendencias instintivas, que tienen por blanco la satisfacción de nuestras diversas necesidades, y finalmente el cumplimiento de nuestro destino.
Cada una de estas inclinaciones nos fueron dadas para un buen fin; pero no las recibimos para dejarlas abandonadas a sí mismas. Es que el hombre no es como un animal: su destino no es seguir ciega y fatalmente las inclinaciones de su naturaleza; está encargado de gobernarse a sí mismo; y para eso está dotado de *razón* y de *libertad*. Interviene en la vida, no para asistir a ese espectáculo como espectador pasivo, sino para conducirla como maestro: así deja de ser máquina, y adquiere un valor personal.
De ahí el papel que está llamado a representar en presencia de las inclinaciones de la naturaleza; estas por sí mismas son ciegas: es necesario esclarecerlas. Son impetuosas y desordenadas: es necesario contenerlas y regularlas. Son diversas y opuestas: es necesario armonizarlas, encerrando cada una de ellas en sus justos límites. No solo luchan en el mismo individuo, sino que las inclinaciones de unos están lejos de conciliarse con las de los otros: es necesario poner fin a semejante conflicto, reduciéndolas a una ley común.
Muchas veces las más violentas se sublevan contra los preceptos de la razón; el deber ordena, la naturaleza resiste; es necesario entonces comprimirlas o sofocarles los movimientos por medio de sentimientos de otro orden. He ahí lo que tienen que hacer en nosotros la razón y la libertad, y he ahí también la fuente de la dignidad humana". *Ibid*., c. V, nota al pie Nº 10, p. 20.

13. Sus comentarios sobre los socialistas modernos se muestran pertinentes con relación a lo dicho anteriormente. Véase en la presente edición el c. XV.

la vastedad de sus planes, y por la importancia de sus concepciones: Saint-Simon, Carlos Fourier y Roberto Owen. Los tres hicieron largos comentarios sobre nuestro estado social; y quien quiera conocer a fondo las miserias de la civilización actual procure en los libros de aquellos innovadores la pintura de sus imperfecciones y de sus vicios"[14].

4. Abreu e Lima ajusta un poco más su perspectiva cuando distingue entre moral, política, filosofía y religión[15]. Por *moral* entiende la noción de todo *deber*. En cuanto a la *religión*, es la ley suprema de los seres inteligentes y expresa sus relaciones con la causa suprema, con Dios; ahora bien, esas relaciones contienen el culto, que por la noción de los deberes para con el mismo Dios no está ni puede estar separado de la moral. Por *filosofía* comprende las relaciones entre el hombre y Dios, de los hombres entre sí, y con el mundo físico; esas relaciones traen consigo deberes y derechos, y en las relaciones con Dios viene asociada la idea de culto, que como no se dijo no puede estar separada de la moral y de la religión. A la *política* la entiende como ciencia del gobierno, pero la política también viene a ser el complejo de todas las relaciones del hombre en sociedad, y en esas relaciones están contenidas todas las nociones del deber del hombre para con Dios, para consigo mismo, y para con sus semejantes; como consecuencia la moral, la religión y la filosofía son como bases sobre la cual descansa la política.

5. La controversia entre soberanía y progreso de las naciones se traslada al ámbito americano y Abreu e Lima resulta ser uno de los primeros en el siglo XIX en advertir del peligro que significa para las naciones y pueblos latinoamericanos convivir con el coloso del Norte: le dedica un gran número

---

14. *Ibid.*

15. En el c. XXXIX de la presente edición, elabora una pertinente distinción entre política, moral y religión. Posteriormente, esos términos se les vinculará con la idea de socialismo. Y ante la presencia de las leyes escritas, obra del legislador, considera que contribuyen pero no generan conciencia pública sino por medio del castigo. Y continúa: "En efecto, Jesucristo, al contrario de todos los reformadores, no estableció ninguna forma de gobierno". "Mi reino no es de este mundo, dijo él…", *ibid.*, c. XLII. Si la moral del Evangelio se hubiera conservado y la clara separación entre poder temporal y espiritual se hubiese mantenido en contra de la religión de Estado en que se convirtió el cristianismo al institucionalizarse en catolicismo con Constantino. Y sobre la moral social derivada de la idea de moral, dice: "Tenemos pues, como un principio sin controversia, que la moral social abarca las nociones de lo *justo* y de lo *honesto*, que la *justicia* y la *honestidad* son la piedra fundamental de toda sociedad humana", *ibid.*, c. XLIII de la presente edición.

de páginas al tema que junto con sus notas sobre la esclavitud, podría decirse que son de los pasajes más significativos de su obra[16].

6. Contribuyó a distinguir y destacar las afinidades entre solidaridad cristiana y solidaridad socialista[17].

Al referirnos a algunos elementos ideológicos, y oportunos de mencionar, Bolívar, como político y revolucionario, luchó siempre por impedir la disgregación de las naciones hispanoamericanas y tomó distancias en términos prácticos con la visión del mundo de los mantuanos o de los criollos. Fue en la Carta de Jamaica, fechada el 6 de septiembre de 1815, donde definió la figura del americano, habitante del Nuevo Mundo, que no es otra que la del criollo, y con el proyecto político y social que personificaba. Pero también Bolívar entró en contradicción con sus hermanos de clase por su lucha por liberar a los esclavos, repartir las tierras y sus decretos a favor de los pueblos originarios, es decir, luchó por darle contenido social al reciente proceso de emancipación política de la metrópoli[18] española. Contenido social olvidado,

16. "La audacia de los norteamericanos comienza a inquietar a todas las naciones; ese humo que exhalan sus cabezas es el síntoma de una gran erupción. *Cuando esa población vivaz del valle del Mississippi salga de sus márgenes, nadie podrá calcular hasta dónde llegará su desbordamiento, tal como esas erupciones septentrionales que inundaron todo occidente y sur de Europa; México y Guatemala están destinados a tener la suerte de Italia y de la Península Ibérica en la Edad Media*. ¿Dónde se parará ese aluvión destinado no a destruir una civilización, sino a llevarla a una conquista tanto más fácil cuanto no encontrará ninguna resistencia? Tal vez en el istmo de Panamá, porque allí, al estrecharse el continente entre los dos mares, la naturaleza puso un marco entre las dos Américas.
Hablamos de la civilización norteamericana, destinada a recorrer toda América septentrional hasta su límite meridional; ¿qué civilización es esa? A la civilización europea repugna tanto un *yanqui* como a la civilización norteamericana un europeo. La única sociedad tolerable en Estados Unidos es la de las mujeres; ningún europeo (excepto el inglés), ningún americano del sur puede soportar la brutalidad imperiosa de los americanos del norte, ni su grosería habitual, ni su independencia salvaje, ni su libertad aristocrática. No existe sobre la Tierra un pueblo más egoísta ni más interesado.
Sin embargo, ese pueblo medio salvaje, medio civilizado, es el predestinado a formar el centro de la gran civilización moderna y de la unidad cristiana; *alta sunt judicia Dei*". *Ibid.*, c. LII de la presente edición (el énfasis es del prologuista).

17. "Lo que precisamos, dice un filósofo socialista moderno, (…) es una nueva difusión de fuerza moral e intelectual, para que el *pueblo satisfaga por sí mismo sus necesidades, se habitúe a regular su comportamiento y adquiera el espíritu de independencia, que desprecie pedir o recibir un socorro inútil*. (…) La caridad no consiste únicamente en dar pan a todos cuantos de él necesiten, sino también en ilustrar al pueblo, y dirigirlo por las vías del cristianismo práctico, enseñándole a vivir a costa de su trabajo, animando la industria y el comercio, fomentando las artes útiles y las ciencias", *ibid.*, c. LV de la presente edición.

18. *Cfr.* Miguel Acosta Saignes, *Dialéctica del Libertador*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2001, en particular el capítulo "La ideología de los criollos expresada por Bolívar"; Francisco

truncado y rechazado por las oligarquías de todo cuño, olvidadizas de sus impulsos revolucionarios, en el proceso de construcción de las repúblicas americanas durante todo el siglo XIX.

Lo extraordinario de la posición de Abreu e Lima, sobre todo en sus escritos sobre el socialismo, es justamente que haya defendido el proyecto socialista desde un punto de vista tradicional, es decir, prisionero del horizonte intelectual y social de ese entonces. Fue un *criollo*, en el sentido concedido a la palabra en la Carta de Jamaica, que pensó críticamente y luchó contra los intereses del Imperio español y palpó el peligro del nuevo Imperio que se estaba conformando.

Michel Mujica

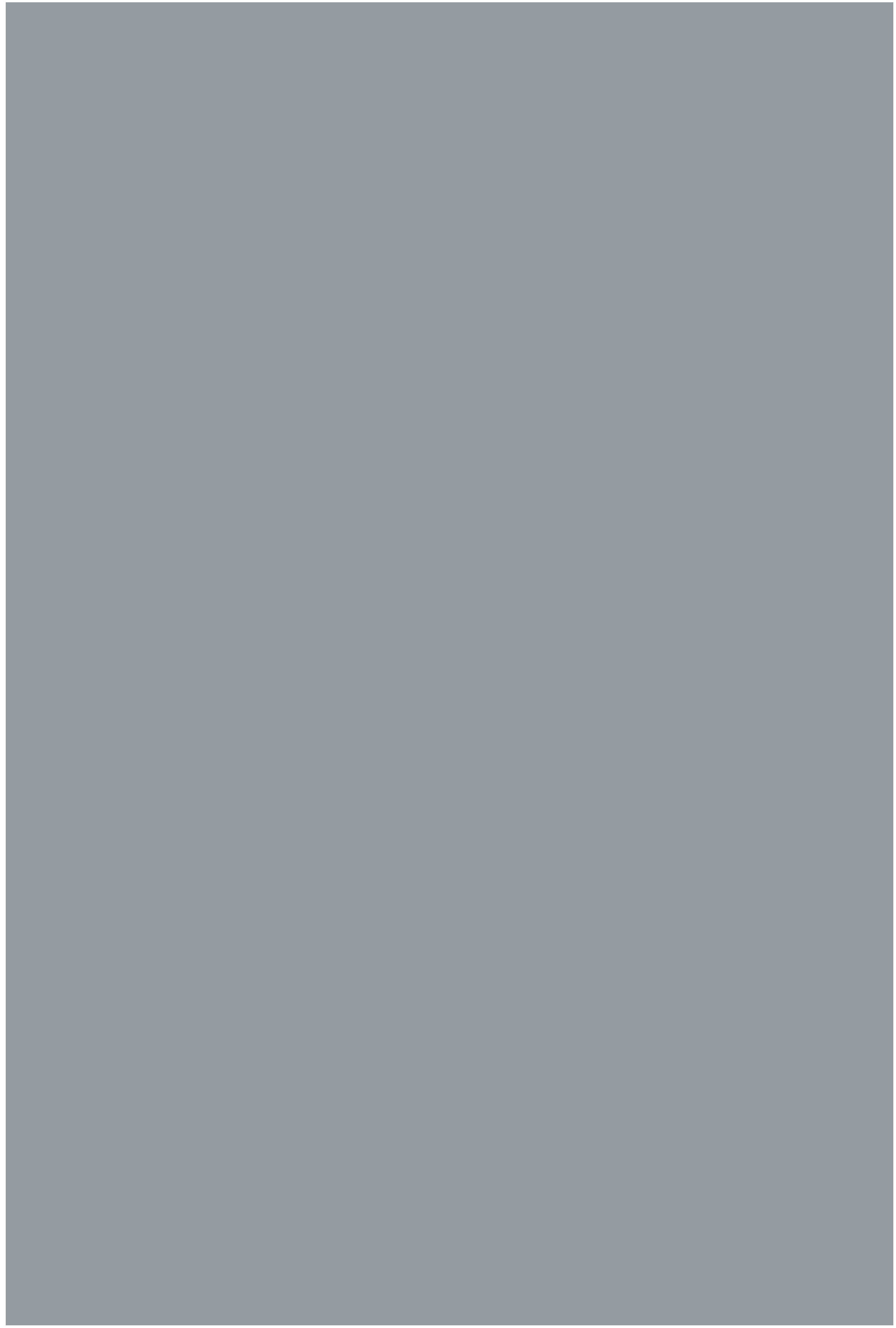
Pidival, *Bolívar. Pensamiento precursor del antiimperialismo*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2006.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

La presente edición de *El socialismo* fue cedida a la Biblioteca Ayacucho por la editorial El Perro y La Rana y tiene como base la hecha en 1855 por la Typographia Universal de Recife, Brasil. Se han respetado la ortografía y el estilo original de la obra, así como corregido omisiones o errores sin alterar el espíritu de la publicación primera. En los casos en que las obras citadas por el autor carecían de información sobre la fecha y editorial o sello bajo el cual se publicaron, procuramos alimentar las referencias bibliográficas y hemerográficas –nombre del autor, título, fecha de publicación, ediciones en español u otro idioma–. Cuando la referencia estaba en un idioma distinto al español, agregamos los datos de las ediciones en nuestro idioma.

Los datos de publicaciones periódicas, el *Jornal do Commercio* de Río de Janeiro, Brasil, y el *Diario de Pernambuco* de Recife, Brasil, también fueron completados.

B.A.



EL SOCIALISMO

L'Économiste: ni saint-simonien, ni fourieriste
ni cabetiste, ni prudhonien. Eh! qu'êtes-vous donc?
Le Socialiste: Je suis socialiste.*

(Les soirées de la rue Saint-Lazare: Entretiens sur les lois économiques et la défense de la propriété).

Gustave de Molinari

---

* Con el surgimiento de las ideas socialistas en Francia durante la década de los 40 del siglo XIX y la Revolución de 1848, Gustave de Molinari, uno de los principales economistas liberales, escribió en 1849 *Les soirées*, un "diálogo" ficticio entre un socialista, un economista y un conservador donde se exponía la locura del socialismo, la defensa del derecho a la propiedad y se explicaba el funcionamiento de la economía. Esta publicación también es famosa por la disertación que hace el autor sobre los bienes públicos, la policía y los servicios de defensa que, según él, podrían ser suministrados voluntariamente por el libre mercado. (N. de B.A.).

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Este libro recoge el espíritu de los tres momentos cuando lo elaboramos: a mediados del año 1852 escribimos hasta el artículo XL; a mediados de 1854 adelantamos nuestro trabajo hasta el artículo LV, y este año (abril de 1855) hicimos lo demás; sumando a todo ello algunas notas, que nos parecieron necesarias para la mejor comprensión del texto, puesto que de principio no quisimos darle tan grande extensión. En estos últimos tres años el mundo político y el mundo moral han realizado un progreso espantoso, progreso que nadie preveía, ni era posible imaginarse entre la paz profunda de 1852 y la guerra en que actualmente se haya envuelta Europa. Sin embargo, creemos que la unidad de nuestro pensamiento fue conservada escrupulosamente, y que comprobamos nuestra tesis, o sea, que existe una ley providencial que rige los destinos humanos desde el principio hasta el fin.

PRÓLOGO

Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos*: he aquí los dogmas cristianos de la justicia y de la caridad;* justicia *en el sentido elevado y general que le diera el idioma de Platón, como expresando todo el bien moral;* caridad *como el lazo que une el género humano, y hace de él una sola familia.*

Ninguna otra ciencia tiene, como la filosofía moral, una fórmula general y absoluta; ¿y por qué? La razón es bien clara: los dogmas cristianos, que dejamos definidos, abarcan todos los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes, y quien dice ley moral, *dice principio universal e invariable.*

Los filósofos modernos, desde Descartes hasta Kant, han procurado en Dios la propia sustancia de la justicia; el punto esencial es que se comprenda cabalmente que la idea de la justicia y la idea de Dios se hallan estrechamente relacionadas, y que la primera conduce necesariamente a la segunda.

Un gran filósofo hasta llegó a pensar que, entre todas las ideas de la razón, era esta la única que tenía la virtud de demostrar la existencia de Dios, y revelarnos sus atributos; por lo menos es cierto que ninguna otra lanza tanta claridad sobre esta cuestión. La más irrefutable demostración de la existencia de Dios, dice Julio Simon, es la vida y la muerte del Justo.

Además del amor que lo ata a sí mismo, y del amor que lo ata a sus semejantes, hay en el corazón del hombre, dice un filósofo moderno, una vocación que tiende a elevarlo por encima del mundo, y que lo atrae hacia la fuente suprema de todas las cosas: es el sentimiento religioso.

No existe sentimiento más elevado que este; en el orden de las pasiones él es el último término de la sensibilidad, así como en el orden de las ideas la noción

de Dios es el último término. Para reconocer la fuerza de estos dos términos basta dar un vistazo a la historia de la humanidad.

Del amor de Dios, como blanco de todos nuestros amores, del amor a sí mismo, y del amor por sus semejantes, nace el dogma de la unidad del género humano o de la fraternidad universal, dogma que los estoicos ya habían expuesto en medio de la sociedad antigua, y que hoy marcha hacia su complemento por la ley providencial, que rige los destinos humanos.

El género humano formará, pues, una sola e inmensa familia, cuando se hubieren realizado estos dos hechos: una sola raza, la caucásica, un solo símbolo de fe, la Cruz. ¿Será eso posible? Veamos.

I

¿QUÉ ES EL SOCIALISMO?

Magnus ab integro soeculorum nascitur ordo.
Égloga IV, Virgilio

El *socialismo* no es una ciencia, ni una doctrina, ni una religión, ni una secta, ni un sistema, ni un principio, ni una idea: es más que todo eso, porque es un designio de la Providencia.

¿En qué consiste el socialismo? En la tendencia del género humano a formar una sola e inmensa familia.

¿Por qué, o de qué modo se revela esa tendencia? Por los *fenómenos sociales*, y he ahí por qué llamamos *socialismo* a esa tendencia visible, palpable, conocida por su marcha siempre creciente, siempre progresiva desde los quince primeros siglos de la historia.

El siglo pasado* fue el siglo de las ideas, de la filosofía trascendental, ¿y por qué?, porque era necesario destruir un orden de cosas, o sea, la sociedad que existía, sustituyéndola por otra para la consecución del designio providencial.

El siglo actual es el del progreso moral y material, el de la filosofía que llamaré social[1], ¿y por qué?, porque el problema ha sido resuelto; todos procuran ahora el bienestar, y el bienestar individual se halla en el concurso de todos, o en el bienestar universal.

¿Qué son las sectas, doctrinas o sistemas de Fourier, de Saint-Simon, de Owen y de sus seguidores?, aberraciones del espíritu humano, excrecencias

---

* En adelante, las referencias del autor que remitan al siglo pasado corresponden al siglo XVIII, pues escribió este libro entre 1852 y 1855. (N. de B.A.).

1. Llamamos filosofía social a lo que Lamennais en principio denominó filosofía del *sentido común*, y más tarde *democracia*, o *soberanía popular*. A un hombre que nació y vive en América no le es dado sentir ni pensar otra cosa; ni era preciso que Lamennais lo dijera, después de realizado el principio del *self-government*.

que van desapareciendo por el roce de la rotación del género humano sobre sí mismo. Sin embargo, todos concurren a la regeneración universal, por la regla de que Dios escribe recto con líneas torcidas.

II
LAS ESCUELAS FILOSÓFICAS

¿Qué es o qué entendemos nosotros por *filosofía social*? Dejemos de lado los autores y hablemos solo ayudados por nuestra razón. ¿Acaso existe una ley providencial que rige el conjunto de los destinos humanos desde el principio hasta el fin? Diremos con Ballanche que sí.

¿Cómo se prueba esa existencia? Por medio de la lógica irresistible de los hechos. El filósofo se apodera de los hechos, de esos grandes fenómenos sociales; los compara, los analiza, busca sus causas y, por una deducción rigurosa, llega a conocer la ley general que gobierna la humanidad.

Hablé de Ballanche, es necesario definirlo: Ballanche no es un filósofo ortodoxo, sino un *teósofo*; expliquemos su doctrina *filosófico-religiosa*.

Víctor Cousin, aproximando la historia a la filosofía y a la humanidad, redujo su marcha paralela a una fórmula, tomada en parte de Hegel. Este diferencia tres edades en la historia y en la filosofía, a saber: la edad del infinito, del finito o limitado, y de la relación entre una y otra –la primera en Oriente, la segunda en Grecia y la tercera en Occidente, que es la Edad Moderna–; por otro lado, las tres edades son representadas por el *panteísmo* (escuela de filósofos que creen que el Universo es Dios, o Dios es el Universo), por el *politeísmo* (escuela de filósofos que creían en muchos dioses); y por el *teísmo* (un solo Dios).

Hoy, pues, como tesis general, el punto de contacto común entre todas las filosofías es el teísmo o deísmo, porque todas, salvo una u otra excepción, admiten la existencia simultánea de una causa y de un efecto, cuya relación entre ambos tratan de determinar. Trayendo la cuestión hacia este punto de vista, puede decirse que, durante el primer cuarto del presente siglo, había

tres escuelas enfrentadas: la escuela *sensualista* creada por Condillac, dominante todavía al principio del imperio francés, moribunda al final, y resucitada de nuevo en la Restauración por la voz entusiasta de Broussais; la escuela *racionalista* creada por Reid, fortificada por Kant, y que vuelve más tarde al *eclecticismo* con Cousin; la escuela *teológica* u ortodoxa, representada por tres hombres notables, el conde de Maistre, de Bonald y el abad Lamennais (claro está, todavía en tiempo de la Restauración, porque después cambió enteramente)[2].

En ninguna de estas tres escuelas se encuentra comprendido Ballanche, cuya originalidad consiste en no pertenecer a ninguna de ellas; porque en lo que concierne al punto capital de todos los sistemas filosóficos, sobre el gran problema de *Dios* y del *Hombre*, él difiere al mismo tiempo tanto de Broussais como de Cousin y de Maistre. De Broussais se halla separado por un abismo: el Dios de Cousin, este Dios *uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, finito e infinito*[3] que mucho se parece al Dios del panteísmo, no lo satisface; el Dios terrible y vengador de Maistre le repugna y lo amedrenta.

Del mismo modo difiere en cuanto al *hombre*: el hombre todo conciencia, el hombre nacido imperfecto y perfeccionándose por las pruebas, le parece un dogma insuficiente y que no satisface. El hombre nacido culpable, expiando no solamente en el tiempo, sino aun durante la *eternidad* las faltas que no cometió, le parece un dogma horrible e indigno de la infinita bondad de Dios[4].

---

2. Algunos sostienen que Lamennais no cambió de idea sino que apenas vio la misma idea bajo dos caras distintas: en la primera, el pasado como había sido, y en la segunda, el futuro como debía ser. Entre tanto, es un hecho sin controversia que Lamennais profesó en el primer período de su vida literaria los principios de la autoridad absoluta, y después los de una libertad sin límites. Si no hubo cambio, hubo por lo menos contradicción de principios.

3. Véase la definición de Dios en los fragmentos de Víctor Cousin.

4. Algunos *cristianos progresistas* admiten que todos los hombres pueden salvarse, cualquiera que sea su creencia. Renunciando al dogma terrible de la eternidad de las penas, ellos la sustituyeron por una especie de depuración gradual del alma en la otra vida. Morimos, dicen ellos, cubiertos de máculas provenientes de las faltas cometidas en este mundo, y de acuerdo con el número y la enormidad de estas faltas, más o menos tiempo nos es necesario para expiarlas, para purificarnos de ellas, y así llegar a la eterna bienaventuranza. He aquí, pues, el infierno, puede decirse, sustituido por el purgatorio entre los protestantes, de cuyas ideas primitivas una de las más arraigadas era la de la negación del purgatorio. "Sectas religiosas en el siglo XIX", *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (9 de febrero de 1855).

La filosofía de Ballanche parece, pues, un término medio entre la escuela racionalista y la escuela ortodoxa. En su opinión, el dogma de la perfectibilidad indefinida no basta para explicar el gran enigma de la humanidad, porque, pregunta él, ¿dónde hallaríamos la razón del desarrollo de la especie humana por las calamidades generales y por los sufrimientos individuales? ¿Dónde estaría la razón de las pruebas sin la forma de una expiación dolorosa? De donde concluye que *una ley providencial gobierna el conjunto de los destinos humanos desde el principio hasta el fin*, estableciendo esta ley sobre el dogma cristiano del pecado original.

Todavía Ballanche no lo afirma pero, consultando no solamente los libros sagrados sino hasta las poesías primitivas y la historia de las tradiciones generales de la humanidad, encuentra consagrado en la unanimidad de su espíritu y de su letra, el dogma cristiano de la *caída* primitiva (de la primera culpa) y de la rehabilitación por las pruebas, que es el dogma del género humano, así como la clave de toda la filosofía porque, al mismo tiempo que el género humano expía y se rehabilita por las pruebas, cada expiación es para él un progreso, pues lo aproxima cada vez más a ese estado divino anterior a la culpa, de cuyo estado siempre quedó el recuerdo en el fondo de todas las tradiciones.

Hay, entonces, identidad entre el dogma de la perfectibilidad y el dogma de la *caída* (de la primera culpa) y de la rehabilitación del género humano o, por el contrario, uno contiene el otro. De este principio, Ballanche saca varias consecuencias, unas filosóficas, otras históricas, aunque no sea muy metafísico y menos psicológico. Sus miradas siempre van dirigidas al hombre, porque el *hombre* es para él la humanidad toda entera, y la humanidad a su vez no es otra cosa sino el hombre colectivo. La expiación no es solamente para el hombre o para la familia, sino también para una nación entera, para todo el género humano: los pueblos marchan como los individuos desde la *caída* hasta la rehabilitación[5].

---

5. Pierre Simon Ballanche, "Orphée", *Essais de Palingénésie sociale*, Paris, Jules Didot Ainé Imprimerie, 1829.

III

LA PLEBE Y EL PATRICIADO

Partiendo de estos principios, veamos cómo es posible reconstruir por la intuición un pasado enteramente perdido, y penetrar con la única luz de la razón a través de esas épocas nebulosas e inciertas para lanzarnos después en los misterios del futuro.

El hombre no nació culpable ni imperfecto; porque el primer hombre no nació, fue obra de Dios, y debía ser, como todas sus obras, perfecto. El hombre por la primera culpa *cayó* y su *caída* lo redujo a la imperfección, pero no por eso la ley providencial de su destino fue derogada. El hombre desde el abismo de su caída alzó los ojos y las manos hacia Dios, y desde entonces trabaja para volver a la perfección, de la que fuera dotado en el acto de su creación. He ahí el dogma de la primera culpa (del pecado original), de cuyo estado siempre quedó el recuerdo en el fondo de todas las tradiciones. La humanidad, dice Lamennais, no es lo que Dios quiso que ella fuese; estamos fuera de la verdadera senda, se necesita volver a ella[6].

6. ¡Cuánto más fácil nos es explicar las tribulaciones de la vida humana por el dogma cristiano de la primera culpa, que invocar a cada paso el poder sobrenatural del *demonio*, a quien los heresiarcas hicieron virrey del mundo! Cuando Bardesano, Prisciliano y otros heresiarcas, para salvar el dogma de la suma bondad de Dios crearon la intervención activa e incesante del diablo en las cosas del mundo, cayeron en la herejía para huir de la blasfemia. Es cosa notable que la herejía, negando sucesivamente la divinidad de Cristo, la pureza de la Virgen, los Sacramentos y hasta la moral del Evangelio, respetase al diablo, exaltando su grandeza, y hasta ensanchando con Lutero los límites de su imperio. Para el hombre del Medioevo su vida de pruebas era eterna, sin límites, sin futuro, porque Satanás, encarnación viva de los siete pecados mortales que matan el alma, era como un segundo Dios en la creación, también eterno, o destinado a acabar con el mundo.
Lejos, pues, de procurar el hombre rehabilitarse según el dogma de la primera caída, él solo veía en esa lucha incesante y personal con el diablo, una fatalidad inexorable. Satanás, en este largo reinado

Hay pues una progresión ascendente desde la primera culpa hasta la rehabilitación. Veamos cómo Ballanche explica esta ley del progreso. El género humano, dice él, debió al principio estar dividido en *iniciables* e *iniciadores*, y de ahí nacieron los dos elementos opuestos representados por el *patriciado* y la *plebe*. En el comienzo de todas las sociedades, los patricios, depositarios de las ideas sociales y religiosas, eran los que trasmitían las últimas palabras de una revelación primitiva. El plebeyo no tenía existencia propia, vivía de la vida del patricio; pero como consecuencia de pruebas reiteradas, de sucesivas iniciaciones, la plebe llegó a la posesión de la *conciencia*, después a la vida civil, y en fin entró en la vida política. De esas iniciaciones sucesivas nació la igualdad, y el patriciado desapareció porque su misión estaba acabada.

La plebe, dice Ballanche, es el símbolo de la humanidad rehabilitándose por sí misma. Es la gran idea del hombre *uno y sucesivo, solidario y libre*, rehabilitándose por sí mismo por medio de los sufrimientos que Ballanche emprendió explicar o, mejor, cantar en una especie de epopeya cíclica que él tituló *palingenesia social* para expresar la idea fundamental de la regeneración del hombre por el hombre, o, como dice Lavergne, es la antigua doctrina de la metempsicosis despojada de su sentido vulgar, de su forma material, y aplicada, no al individuo sino a la especie, no al cuerpo sino al alma[7].

de dieciocho siglos, infundió en los hombres más terror de lo que Dios les inspirara amor. Pero la humanidad no es el hombre de un siglo, o de una época; ella colma sus fines marchando progresivamente del estado de culpa al de rehabilitación.

7. P.S. Ballanche, *op. cit*.

IV
EL PECADO ORIGINAL Y LA REHABILITACIÓN

En otra obra –*Ensayo sobre las instituciones sociales*– Ballanche trató de explicar los puntos donde comienzan y donde acaban el principio de la libertad y el principio de la autoridad. Para él, la cuestión del origen del poder no es sino la del origen de la sociedad y el origen del lenguaje; para lo cual establece las siguientes proposiciones:

¿Es acaso la sociedad obra de Dios u obra del hombre?

¿Habría un lenguaje primitivo revelado al hombre, o la palabra no es sino una simple facultad dada al hombre y puesta en acción por él mismo?

¿Será el pensamiento anterior o posterior al lenguaje? He ahí, reducidas al estado de axiomas, las soluciones dadas por Ballanche a esas diversas cuestiones:

La hipótesis, dice él, del contrato primitivo es una quimera.

El hombre nació social, porque el hombre no es solamente un individuo, sino un ser colectivo, es un género.

La mayor parte de nuestros instintos han sido puestos fuera de nosotros, en la sociedad.

Sin la sociedad seríamos incompletos, y el hombre, así como las plantas y los animales, debía ser completo desde su origen.

El estado de *naturaleza* es, pues, un absurdo, y el estado salvaje no es sino una degeneración.

Siendo el hombre necesariamente un ente social, resulta que desde su origen debía haber sido dotado del sentido social, de la palabra, porque la palabra es necesaria para la sociedad.

Obsérvese bien que la simple facultad de hablar no habría bastado; desde el origen el hombre debía *necesariamente* hablar, pues desde su origen vivió *necesariamente* en sociedad.

Hubo, por lo tanto, una palabra primitiva revelada al hombre, como medio indispensable, no solamente para manifestar, sino hasta para producir el pensamiento; esto es, que en su origen la palabra no era solamente el signo de la idea, sino la propia idea.

La palabra tradicional debió, pues, ser omnipotente en el origen de las sociedades; pero el pensamiento debía también irse separando de esta palabra tradicional que encadenaba la libertad, y llegó el momento en que el pensamiento, hasta entonces encerrado en la palabra tradicional, se presentó libre y espontáneo, creando un lenguaje nuevo, así como nuevas ideas sociales y religiosas. En esas nuevas instituciones, en esas nuevas creencias, obra del hombre, la razón individual debía dominar a su vez, y poco a poco debía desaparecer la palabra tradicional. De esa manera, lo que hasta entonces era inmutable como la fatalidad, se tornó libre y convencional; hubo por lo tanto *contrato*.

Habiendo procedido así, llega finalmente Ballanche a reconocer tres edades en el espíritu humano: 1ª la edad de la palabra tradicional; 2ª la de la palabra escrita; 3ª la de las letras, esto es, de las leyes escritas, de las instituciones convencionales, aquella en que el pensamiento, salido de la palabra, aprende a su vez a contener la misma palabra. Fue a esta transición que Ballanche denominó *emancipación del pensamiento*, para gran escándalo de Maistre.

Vamos ahora a otra idea, constantemente reproducida por Ballanche y que lo identifica esencialmente con las doctrinas del movimiento y del progreso. Esta idea fundamental, modificada un poco por Barchou de Penhoen, es expresada en los siguientes términos:

> El género humano todo entero es un ente colectivo, uno y solidario, que crece, aumenta y se desarrolla bajo la influencia de la ley providencial de la caída primitiva y de la rehabilitación, pasando de este modo por una serie de formas sociales. Ninguna, sin embargo, lo retarda o retiene para siempre; por el contrario, todas esas formas sociales, hijas del progreso, son destinadas a acabar unas después de las otras por la marcha sucesiva de la civilización. Al paso que cada una de ellas resume el pasado, contiene al mismo tiempo un porvenir que no

puede trancarse, así como no es dado a la frágil cáscara de la bellota retener en sí el roble para siempre. Las constituciones, por lo tanto, no son más que ciertas fórmulas para resolver el problema del progreso y del futuro[8].

8. P.S. Ballanche, *op. cit*.

V

EL LIBRE ALBEDRÍO Y LA FATALIDAD

Convenimos con Ballanche en que una ley providencial regía el complejo de los destinos humanos desde el principio hasta el fin. Esta proposición absoluta puede dar lugar a la siguiente cuestión: ¿Vive el hombre bajo una ley fatal e inexorable que dirige todas sus acciones, todos sus pensamientos, todas sus palabras? No, porque, si así fuera, desaparecería el libre albedrío[9].

9. La teología cristiana debía, naturalmente, discutir la cuestión de la *libertad humana* y de ella hacer un problema especial: enseñar que el hombre, caído en consecuencia del pecado original, no podía pasar sin el socorro de la Gracia Divina para rehabilitarse y obrar bien. Desde entonces ¿qué vendría a ser de la libertad? Y si ella no desapareciera, ¿qué parte quedaría en las buenas obras? He ahí unas cuestiones a las que era imposible escapar.

Todos saben con qué ardor fueron debatidas, a qué doctrinas dieron lugar, y cómo fue que la Iglesia sustentó al mismo tiempo en su ortodoxia el dogma de la gracia y el de la libertad. Discriminada de esta manera, y colocada en el lugar de las cuestiones capitales por la teología, la cuestión de la libertad conservó naturalmente este lugar en la filosofía moderna. No hay doctrina que no se haya ocupado de ella, y no la haya resuelto a su modo.

El racionalismo, excluyendo lo sobrenatural, se desembarazó de la dificultad de conciliar la libertad con la gracia; pero ni por eso suprimió toda la dificultad: faltaba armonizarla, o con la naturaleza o con la acción de Dios en la humanidad. Algunos no dudaron en sacrificarla a la necesidad física, otros a la necesidad divina; pero el fatalismo de ellos era consecuencia de ese espíritu de sistema, que desprecia la realidad y cierra los ojos a la evidencia de los hechos.

Se necesitaba, pues, llamar para este punto a los espíritus, que de esa manera se extraviaron, y demostrar a todos que, por mayores que fuesen las dificultades que pudieran obstar la libertad humana, era ella un hecho cierto, imperturbable, garantizado por el más irrecusable de los testimonios: el de la propia conciencia. Se necesitaba establecer de tal suerte esta verdad, y tornarla tan palpable, que ya no fuese posible objetarla, y que quedásemos sobre ese punto en el gran camino del sentido común, pero iluminándola con la luz de la reflexión.

Fue esto justamente lo que hicieron los últimos trabajos de filosofía, sobre todo los de la filosofía francesa. Y lo hicieron de una manera tan triunfante que no sé si hay hoy en algún sitio una cabeza pensante, pertenezca al sistema al que pertenezca, que no se incline ante el hecho de la libertad

Dios nada creó sin un designio; *Dios y el hombre*, he ahí todo cuanto la filosofía comprende en sus amplias e inmensas relaciones. El hombre es dirigido a un fin, los medios están a su disposición, a su arbitrio. Dios quiso que el hombre fuese feliz, he ahí su fin; todos los medios sin embargo le pertenecen como el atributo de la libertad.

En la vida común, el hombre parece muchas veces como atado y preso a una fatalidad. Su razón lo encamina hacia una parte, sus pasiones lo llevan hacia otra; a la conciencia pertenece la elección[10]; he ahí el *libre albedrío*. El

---

humana. La propia filosofía alemana moderna, al renovar el Espinosismo, se vio obligada a reformarlo sobre este punto; tal vez menos consecuente, no se atrevió a elevarlo hasta el desprecio del sentido íntimo.

Por otro lado, ya no estamos en el tiempo de esos sistemas concebidos fuera de las más vulgares nociones de la experiencia y del sentido común; hoy lo que se pide ante todo a la filosofía es que ella respete la realidad y no la sacrifique a sus teorías. Sin duda perderá en originalidad, pero ganará en verdad, en influencia y en consideración.

¿Por fortuna seré yo libre, o no? La pasión y la razón disputan entre sí mi comportamiento: ¿se dará el caso que tenga yo el poder de resolver a mi antojo en uno u otro sentido? Esta es una cuestión de hecho: la conciencia le dará respuesta. Invocando ese testimonio, la filosofía puede darle una solución que enfrenta todos los sistemas: fue suficiente para ella describir por la vía del análisis lo que está en la conciencia de cada uno. "Estudios sobre la filosofía moral en el siglo XIX", *Revue de Paris*, *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (17 de enero de 1855).

10. La Providencia, que reguló todas las cosas con soberana sabiduría, puso en nosotros el placer y el dolor, para que nos conduzca a hacer lo que conviene a nuestra esencia, arrastrándonos hacia ciertos objetos, desviándonos de otros. Buscar el placer, evitar el dolor, tal es la ley fundamental de la naturaleza sensible. Bajo esta doble acción se desarrollan en nosotros inclinaciones o tendencias instintivas, que tienen por blanco la satisfacción de nuestras diversas necesidades, y finalmente el cumplimiento de nuestro destino.

Cada una de estas inclinaciones nos fueron dadas para un buen fin; pero no las recibimos para dejarlas abandonadas a sí mismas. Es que el hombre no es como un animal: su destino no es seguir ciega y fatalmente las inclinaciones de su naturaleza; está encargado de gobernarse a sí mismo; y para eso está dotado de *razón* y de *libertad*. Interviene en la vida, no para asistir a ese espectáculo como espectador pasivo, sino para conducirla como maestro: así deja de ser máquina y adquiere un valor personal.

De ahí el papel que está llamado a representar en presencia de las inclinaciones de la naturaleza; estas por sí mismas son ciegas: es necesario esclarecerlas. Son impetuosas y desordenadas: es necesario contenerlas y regularlas. Son diversas y opuestas: es necesario armonizarlas, encerrando cada una de ellas en sus justos límites. No solo luchan en el mismo individuo, sino que las inclinaciones de unos están lejos de conciliarse con las de los otros: es necesario poner fin a semejante conflicto, reduciéndolas a una ley común.

Muchas veces las más violentas se sublevan contra los preceptos de la razón; el deber ordena, la naturaleza resiste; es necesario entonces comprimirlas o sofocarles los movimientos por medio de sentimientos de otro orden. He ahí lo que tienen que hacer en nosotros la razón y la libertad, y he ahí también la fuente de la dignidad humana. *Ibid.*

hombre desde su caída aspira a rehabilitarse; la ley providencial marcó el fin de sus esfuerzos pero le dejó la elección de los medios, como el viajero que debe atravesar un desierto sin camino ni sendero; del otro lado está el fin de su jornada, cumple buscar la mejor vía con los recursos de su inteligencia. Feliz de aquel que llega al término de su peregrinación. No obstante, allá llegará el género humano, porque tal es la ley providencial de su destino.

VI
DE LA PERFECTIBILIDAD INDEFINIDA

En la opinión de Ballanche, el dogma de la perfectibilidad indefinida no basta para explicar el gran enigma de la humanidad, porque, pregunta él, ¿dónde hallaríamos la razón del desarrollo de la especie humana, por las calamidades generales, y por los sufrimientos individuales?

En efecto, quien diga que el pueblo que más sufre es el que más aumenta, y que la abundancia se opone a la propagación; que el hambre, la peste y la guerra son medios infalibles para aumentar la población; que el pueblo más virtuoso procedió del más impuro origen, y que, por el contrario, se puede contar con la degeneración de la raza más moralizada y virtuosa, trasplantada a otro terreno; si decimos que los ictiófagos (que solo viven de comer pescado) son los más prolíficos, y que aquel que se nutre de carnes suculentas está seguro de tener poca descendencia; si dijeran todo eso, nadie les creería; pero ahí viene la historia, la estadística, la aritmética social, y finalmente la economía política a comprobar todo eso con sus mil y un hechos, y sobre todo con sus cifras.

Malthus, y todos los de su escuela, no podían concebir que la población pudiera crecer sin que, antes de ese crecimiento, hubiesen también crecido los medios de subsistencia y todo cuanto es necesario para vivir. Los hechos, sin embargo, desmienten la teoría. Hubo una época en que nubes de bárbaros, cayendo de repente sobre los diferentes países de Europa, conquistaron, avasallaron y destruyeron los Estados existentes y fundaron otros de nuevo. ¿De dónde salieron todos esos aluviones de gente? ¿Fue por ventura de las fértiles regiones del sur, donde la naturaleza da en tanta abundancia todo cuanto es necesario para vivir? No; fue de los miserables países del norte que vinieron

los hunos para acabar con el imperio romano; fue de las heladas playas del Báltico que salieron los godos, los alanos y los vándalos para apoderarse de España, conquistar Italia y extenderse hasta África.

Hay actualmente diferentes países de Europa donde la población crece de una manera tan pertinaz que, por más que la diezmen todos los días por medio de migraciones en gran escala, no solo no disminuye la masa de población sino que aumenta de un modo asombroso. ¿Cuáles serán esos países, donde la gente parece salir de las entrañas de la tierra? ¿Serán las benditas riberas de Italia, o los fértiles campos y colinas de la Península Ibérica? No, es Irlanda, donde la gran mayoría de la población vive apenas de papas y de alguna gota de leche; es Inglaterra y el país de Gales, donde todos los años mueren de hambre muchos centenares de individuos; es la estéril y miserable Suiza, y finalmente Saboya, cuyas calvas montañas vomitan todos los años ejércitos de gente hambrienta, que el viajero encuentra por todas partes donde se halle.

Aún más, ofrece la naturaleza dos hechos muy importantes para desmentir la doctrina de Malthus. Estos hechos son el resultado de las leyes providenciales, por las cuales se rige la naturaleza en todo cuanto es relativo a la reproducción de las especies. Vea lo que ocurre en el reino vegetal: abone hasta el exceso las flores de su jardín, o los árboles frutales de su huerto, y verá que las flores se vuelven muy bonitas y dobles, y que los árboles se vuelven más frondosos; pero los árboles se deshacen en hojas, casi sin frutos, y las flores solo presentan la apariencia, porque las corolas, que tanto encantan por su riqueza, solo adquirieron esa inmensidad de pétalos, que nos sorprende, por la transformación de los estambres, que son los órganos de la reproducción. Estos últimos desaparecerán para siempre, y la planta quedará estéril.

Lo mismo se observa en el reino animal. Si usted desea tener buena cría, no dé pasto demasiado rico de jugos a sus vacas y sus yeguas. Después de una epidemia los criadores lloran y se creen perdidos; de ahí en adelante las vacas, las que quedaron, son prolíficas, las ovejas y las cabras paren casi siempre gemelos; de manera que en poco tiempo el rebaño será más numeroso que antes de la epizootia; ¿y por qué este resultado? Porque la especie estaba en peligro de extinguirse, y la naturaleza tenía necesidad de esfuerzos para conservarla[11].

---

11. Para corroborar todo lo que aquí digo sobre el problema del equilibrio de la población, véase un artículo de –Presse– por A. Erdau, que tiene por título "Sobre la Ley de la Población" y fue reprodu-

En cuanto a la especie humana, será ya posible, en virtud de la ley providencial de su destino, dar explicación de un hecho muy curioso, que hasta ahora se ha observado con espanto, y es que todas las veces que una gran peste, una gran hambruna, o una gran guerra ha devastado cualquier país, su población aumenta espantosamente algunos años después de la calamidad. He ahí la ley providencial explicada, o la solución del problema sobre el aumento de la población contra las teorías de Malthus, esto es: "Cuanto mayor es el peligro en que la especie se halla de extinguirse, tanto mayores son los esfuerzos de la naturaleza para conservarla y reproducirla"[12].

Es por lo tanto enteramente falsa la teoría de aquellos que consideran el aumento de la población que actualmente se observa en diferentes países de Europa, como síntoma de gran prosperidad. Nunca la miseria fue tan grande en Inglaterra como actualmente, cuando la población de los tres reinos subió a 30 millones de individuos[13] y en lo que concierne a Francia, he aquí lo que dijo Pedro Leroux, miembro del Instituto: "Es cierto que desde la época de la revolución para acá la población del reino ha aumentado en 9 millones; pero en este número hay más de 3 millones de pobres y proletarios que, por más que trabajen, no llegan a alcanzar lo suficiente para vivir". Por lo tanto, Ballanche tuvo mucha razón en dudar del dogma de la perfectibilidad indefinida[14]. Entre tanto, ¿dónde hallaríamos la razón

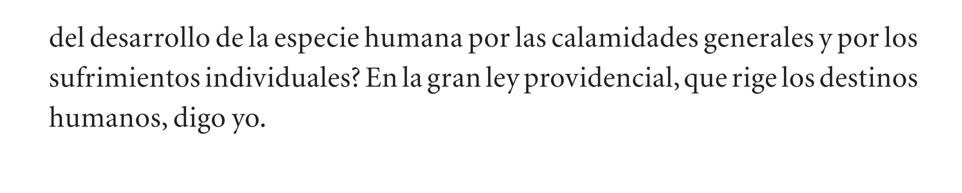
---

cido en el *Diario de Pernambuco* del 15 de enero de 1853. Casi los mismos pensamientos, las mismas ideas y la misma deducción de pruebas. Aquí la ley general que rige la población es tan palpable que se muestra a primera vista.

12. Thomas Robert Malthus, *Primer ensayo sobre el principio de la población*, s/d, 1798.

13. Más adelante probaremos cómo esta miseria tiende a desaparecer por la civilización, y sobre todo por la libertad del comercio, de la industria y del trabajo.

14. Cuando hablamos de la *perfectibilidad indefinida* no incluimos el *sistema* de la perfectibilidad de la especie humana, que los filósofos más esclarecidos, desde hace un siglo hasta el momento, han sostenido bajo todas las formas de gobierno. Los escoceses, y particularmente Fergusson, lo desarrollaron en la monarquía libre de la Gran Bretaña. Kant lo sostuvo durante el régimen todavía feudal de Alemania. Turgot lo profesó en el gobierno arbitrario del último reinado antes de la revolución francesa. Condorcet durante el Reinado del Terror. Talleyrand, en su informe sobre la instrucción pública del 10 de septiembre de 1791, dijo que uno de los caracteres más notables del hombre es la perfectibilidad, no solo en el individuo sino mucho más en la especie. Godwin, en su obra sobre la justicia política, también sustenta el mismo sistema, que fue perfectamente desarrollado por Madame de Staël en su importante obra sobre la *Literatura*. No es, pues, de este sistema que promete a los hombres en este mundo algunos de los beneficios de una vida inmortal, un futuro sin límites, una continuidad de goces sin interrupción, del que habló Ballanche, sino de la regeneración de la especie humana por medio de las pruebas, acompañando el dogma cristiano de


del desarrollo de la especie humana por las calamidades generales y por los sufrimientos individuales? En la gran ley providencial, que rige los destinos humanos, digo yo.

---

la caída primitiva. Él no niega la perfectibilidad humana, sino que no la entiende como *indefinida*, como los autores que citamos. He ahí la diferencia.

VII
LA COLONIZACIÓN POBLÓ EL MUNDO

> Y creó Dios el hombre a su imagen; él lo creó a la imagen de Dios, macho y hembra los creó.
> Dios los bendijo, y dijo: crezcan y multiplíquense y *llenen la tierra*, y sométanla, dominen sobre los peces del mar y las aves del Cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra[15].

Llenen la tierra, dijo Dios al hombre y a la mujer, bendiciéndolos; toda la tierra es, pues, la patria del hombre, he ahí la ley providencial. Veamos cómo esa ley se ejecuta desde el principio hasta el fin.

Suponiendo que el género humano partió de un solo hombre y de una sola mujer, colocados en un punto cualquiera de nuestro globo, para que toda su superficie sólida se halle hoy poblada, es necesario que la migración de miles de familias se haya cruzado en todos los sentidos, o que el mundo haya sido el teatro de una constante colonización desde que hubo la primera familia. La colonización, por lo tanto, no emana de un estado de civilización muy adelantado, como le parece a mucha gente; remonta al origen de las sociedades: ella pobló el mundo.

La tienda del Patriarca mandó lejos a sus hijos más jóvenes, fundadores de nuevas sociedades en las regiones lejanas. A veces esos fugitivos que iban tan lejos del lugar de su nacimiento a buscar un asilo, tierra para desbrozar en clima benéfico, eran, como Caín, marcados con el estigma de la reprobación y víctimas de la aversión que habían inspirado en sus familias. Renovaban así su existencia, comenzaban vida nueva, y expiaban, por las fatigas y desasosiegos

15. Genésis, La Biblia, c.1: 27-28.

inherentes al primer esbozo de una colonia, los agravios que les podía lanzar a la cara la antigua sociedad de la que eran miembros.

Muchas veces el espíritu de aventuras, el tedio de una sujeción muy ciega a las voluntades de un jefe imperioso, la dificultad de arrancar de un suelo ya agotado productos suficientes para nutrir una población siempre creciente, en fin, la esperanza de un mejor porvenir en climas desconocidos, empujaron a masas enteras a expatriarse. Fue así como el Asia fecunda refluyó sobre la Europa desierta. De las cumbres del Indo y del Cáucaso bajaron esos torrentes de hombres armados, quienes mucho tiempo antes de la época histórica, colonizaron Grecia y plantaron sus chozas en medio de las selvas germánicas.

De ambas extremidades del mundo se cruzaron esas extraordinarias y gigantescas migraciones; los barcos de los escandinavos singlaron hacia oriente, los juncos de los indios se dirigieron hacia el norte. Los indochinos y los tártaros avanzaron a través de los desiertos, hacia la parte de la Turquía europea y asiática, y esos hombres pacientes, que van a consultar los recuerdos filosóficos para ilustrarse sobre el origen de los pueblos, descubrieron en todas las lenguas del mundo, pruebas incontestables de esa inmensa fusión, de esa mezcla universal. Por lo tanto la patria del hombre no es el lugar donde nació, sino toda la tierra, que le fue dada por la palabra de Dios: el hombre es ciudadano del mundo.

VIII
EL GÉNERO HUMANO FORMARÁ UNA SOLA FAMILIA

Dijimos al principio: ¿En qué consiste el socialismo? En la tendencia del género humano para tornarse o formar una sola e inmensa familia. Para comprobar esta proposición, es necesario esbozar el estado actual del mundo civilizado según la ley providencial de su futuro destino.

Algunos consideran viciosas ciertas instituciones políticas, porque no se hallan modeladas por un principio absoluto acerca de la bondad de los gobiernos. No hay forma de gobierno *absolutamente* buena, porque si la hubiera, excluiría todas las otras formas; por lo tanto, yo solo encaro las instituciones por el lado de la influencia que puedan ejercer en las funciones económicas del país para las que fueron hechas. Nuestro siglo es todo positivo; en el siglo pasado reinaron las ideas, porque era necesario destruir la sociedad que existía; en este siglo reina el deseo de *bienestar*, o sea, la tendencia manifiesta hacia el progreso moral y material, porque el problema está resuelto.

La sociedad hoy ya no es, como antiguamente, una ciudad, o una provincia, o una nación: es el género humano; el bienestar del género humano es el fin de las sociedades modernas. Bien se evidencia que el mundo es todo *socialista* en el verdadero sentido de la palabra; por lo tanto, solo considero viciosas aquellas instituciones (sea cual fuera su forma) que obstaculicen el progreso moral y material de la sociedad, o que no le permitan desarrollar todos sus recursos morales y materiales. La justicia distributiva es, pues, uno de los principales elementos de este nuevo orden de cosas.

Un cierto pueblo, como el de los Estados Unidos, por ejemplo, con todo el vigor y energía de la raza sajona, tiene en sí mismo todos los elementos del progreso social, porque en él obra el instinto de su natural engrandecimiento

por el hábito y por la educación; el gobierno en este caso debe ser apenas conservador o regulador. Otro pueblo, como el nuestro, en la infancia, se puede decir, de la ilustración, sin usos del trabajo y de la industria, sin energía, sin vigor, no vive vida propia, y apenas vegeta por hábito según la rutina de sus progenitores los portugueses, uno de los pueblos más atrasados de Europa[16]; por lo tanto, el gobierno entre nosotros debe ser eminentemente creador y reformador. Pero, ¿en qué dirección deben ir esas reformas? De ese punto trataremos en un artículo especial.

Decididamente, las sociedades modernas están cansadas de esa lucha del espíritu, que fue el gran trabajo del siglo pasado: es que el problema está resuelto. La espantosa revolución de 1848 parecía golpear todos los cimientos de la autoridad pública; dos años después estaba muerta en su cuna, y definitivamente muerta en toda Europa. Los debates políticos terminaron y los últimos vestigios del movimiento de 1848 se apagaron en Alemania; todo volvió a la calma anterior, o volvió a estar aún más calmo que antes. Está, por lo tanto, abandonada en Europa la cuestión de las formas de gobierno: una república o una monarquía, no importa; una Constitución, un Estado, un *Senatus-Consultus*, es todo la misma cosa, con tal de que no se oponga al progreso moral y material de la sociedad.

La cuestión es todavía más fácil de resolver por el lado de las conveniencias: unir los pueblos por ferrocarriles, barcos de vapor, telégrafos, globos aerostáticos, si fuera eso posible. He ahí todo: multiplicar los intereses por todas partes, volver al hombre *ciudadano del mundo*, proveer sus más urgentes necesidades. He ahí el fin al que se dirigen las sociedades modernas: estrechar las distancias, hacer del género humano una sola familia[17]. He ahí el

16. La expresión no es nuestra, es de portugueses muy ilustrados, como se ve en el siguiente extracto: "Además, ¿en cuánto tiempo se construirán esas 400 leguas de carreteras? Seguramente no se podrán construir en tres años, como el ferrocarril; por lo tanto, actuarán sobre la economía del país de una forma muy lenta e ineficaz, pues están *atrasados en siglos del resto de Europa*, solo a paso de gigantes nosotros podremos alcanzar a los que van tan adelante de nosotros, y con quien nunca nos encontraremos sin eso". Informe de la comisión nombrada para dar su dictamen sobre el proyecto de un ferrocarril en Portugal, con fecha 20 de octubre de 1851, con firma de Barón de la Luz, J.B. de Almeida Garrett, Joaquim Larcher, Antonio de Paiva Pereira da Silva y Joaquim Thomaz Lobo de Ávila, *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (3 de febrero de 1852).

17. ¿Qué significa la gran exposición de Londres? Es la más brillante de todas las pruebas en favor de la idea que emitimos. La exposición de Londres fue un esfuerzo gigantesco de la civilización actual; he ahí resuelto el problema del encuentro de la gran familia humana, o sea, todas las nacionalidades

desideratum del socialismo, que no es, como dijimos, una ciencia, ni una doctrina, ni una religión, ni una secta, ni un sistema, ni un principio, ni una idea, porque es más que todo esto: es un designio de la Providencia.

Reunamos, pues, algunos de esos grandes fenómenos sociales de los tiempos modernos, que revelan clara y concluyentemente la existencia de ese designio. Efectivamente, los ingleses marchan hacia China, los estadounidenses hacia Japón, los chinos hacia California y Australia. ¿Por qué? No es por el comercio del opio, ni por la propaganda religiosa, ni por conquistar un asilo en las inhóspitas costas del archipiélago índico, ni por el oro de América u Oceanía; sino tan solo (observen bien) porque el género humano marcha hacia un centro común, busca en su peregrinación lo que los ingleses llaman su *confort*, procura estrecharse, unirse, ligarse y trabajar de acuerdo con los grandes fines de la sociedad[18].

---

del Viejo y del Nuevo Mundo bajo un sólo techo. En ese fabuloso palacio de cristal todos los pueblos representaban una sola familia, la industria una sola nacionalidad, el trabajo una sola bandera, el interés una sola lengua, y la emulación, la gran virtud cardinal, única capaz de hacer al hombre superior a sí mismo, representaba la religión de ese congreso universal. Dios y el Hombre, pero un hombre hecho a la imagen de Dios, cayendo y rehabilitándose por las pruebas. El hombre, pues, ha de volver a la perfección con que salió de las manos de Dios, porque la ley providencial de su destino es irrevocable.

18. Mucho me place estar en perfecto acuerdo con los hombres que piensan, y por esto citamos aquí un trecho de la respuesta del señor P. de Angelis al teniente Maury, de la Marina de los Estados Unidos, sobre la libre navegación del Amazonas, en que nuestra idea, escrita hace tres años, es hoy perfectamente desarrollada por un hombre de incontestable mérito. Hela:

"La humanidad no fue lanzada al mundo para andar en vaivenes del azar; tiene un fin para el cual tienden todos sus esfuerzos. Es la *felicidad*, cuyos elementos fueron por Dios depositados en su seno, imponiéndole el deber de desarrollarlos.

"La felicidad es la aspiración de la humanidad. El hombre busca *su bienestar*, en principio impulsado por un instinto ciego, juzgó que los otros hombres eran un obstáculo a su propia felicidad: los miró como sus enemigos, y su aislamiento le pesó, entonces buscó la sociedad de los hombres y halló goces desconocidos en el intercambio recíproco de servicios.

"Las naciones, esas grandes familias, esas individualidades colectivas, movidas por el mismo deseo de *bienestar*, ciegas por la misma ignorancia, vivieron largo tiempo separadas unas de las otras; velaban ávidamente sobre sus propias riquezas, mirando con codicia las riquezas de los otros pueblos. Una vaga intuición les decía que ellas tenían derecho a una parte de los productos de los otros climas; y no comprendiendo que la satisfacción de ese deseo legítimo estaba sujeta a un deber de reciprocidad, marcharon para conquistar esos bienes que les faltaban. De ahí provinieron esas guerras eternas, que no cesaban un instante sino para recomenzar más encarnizadas, más sangrientas, bajo el imperio de la misma necesidad siempre renaciente.

"Como la suerte de los combates no conducía a ningún resultado, el derecho de la fuerza perdió su prestigio; la ley de la permuta le sucedió: los pueblos entrevieron la solidaridad, que unió forzo-

El cañón inglés, que abrió la primera brecha en las murallas de China, dejó libre el paso para la entrada y la salida. El comercio del opio fue apenas un pretexto, porque todos los efectos quieren una causa inmediata y conocida, pero, ¿conocen ustedes la razón filosófica de ese gran hecho? ¿Es que 300 millones de individuos no podían estar segregados de la gran familia humana, de la cual forman parte?[19] Del Occidente se lanzan los hombres a Oriente y de Oriente hacia Occidente; ellos han de encontrarse en los puntos que la Providencia marcó para esa prodigiosa reunión. Cuando una raza predomine, cuando la raza caucásica y primitiva se haya extendido por toda la tierra, el género humano formará una sola familia, porque tal es la ley providencial de su inmenso destino.

---

samente sus intereses. Se operó, por lo tanto, una revolución inmensa; el comercio regularizó ese deber de unión entre las naciones, y la ley de la humanidad apareció y proclamó ese principio de Montesquieu, considerado con razón como base del derecho internacional.

"Las diversas naciones deben en la paz hacerse el mayor bien, y en la guerra el menor mal que fuere posible, sin perjudicar sus verdaderos intereses". Charles Louis de Secondant Montesquieu, *Del espíritu de las leyes*, l. 1º, c. 3º, 1748.

"La naturaleza, con rara previsión, hizo que la cooperación armoniosa de todos los pueblos para la felicidad general jamás pudiera suspenderse; repartió los diversos productos por todo el globo; por mayor que sea un país nunca los posee todos; el arte opera muchos milagros pero su mágico poder se malogra ante las leyes invariables de la naturaleza.

"La inteligencia humana no ha podido cambiar los climas; los esfuerzos combinados de la ciencia y del trabajo a veces consiguen sacar productos de una tierra; productos que le son extraños; pero es siempre con enormes dificultades que se llega a ese triunfo inútil de hacer producir en su país lo que se logra espontáneamente fuera de él.

"Los pueblos han renunciado a prodigar así, sin provecho, su inteligencia y su fuerza y han reconocido la necesidad de agregar la cultura y la industria a los recursos del suelo.

"La necesidad siempre creciente de *bienestar* mantiene esa división fecunda del trabajo: los productos así repartidos se multiplican y se perfeccionan bajo circunstancias favorables y los pueblos ofrecen lo [sobrante o excedente] de su riqueza a cambio de lo [sobrante o excedente] de la riqueza de los otros. El consumo crece, el hábito de las producciones extrañas se impone como una necesidad, el lazo que une los pueblos se estrecha, la industria llega a sus límites, y cada nación, asegurando su propia felicidad, concurre así para la felicidad de los otros. ¡Ley admirable que regula la armonía del universo!". *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (7 de febrero de 1855).

19. Véase un artículo del *Jornal do Commercio de Lisboa* (Rio de Janeiro) reproducido en el *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (24 de febrero de 1855), donde se mencionan como *tres grandes acontecimientos humanitarios*: la conquista de Argel por los franceses en 1830, la apertura de los puertos de China a todas las banderas y la ocupación de Hong-Kong por los ingleses en 1842 y la expedición de los norteamericanos al Japón en 1854.

Cuando escribíamos en 1852 este texto, apenas se hablaba de expedición al Japón, que hoy es hecho consumado. Nuestras previsiones y nuestros pensamientos van realizándose con más presteza de lo que juzgábamos. ¿Puede alguien dudar de que hay en todo eso un designio providencial?

IX
EL BIENESTAR MORAL Y MATERIAL

Efectivamente, en la actualidad no se puede dudar de esa necesidad de todos los pueblos. ¿Por qué? Porque todos procuran el bienestar, y el bienestar individual se halla en el concurso de todos, o en el bienestar universal. He ahí un ejemplo bien palpable de esa tendencia de las sociedades modernas hacia el bienestar material, partiendo del bienestar moral. Obsérvese lo que ocurre en Europa y en América, en ese afán de crear instituciones de beneficencia, hospitales, asilos de toda naturaleza, asilo de huérfanos, maternidades, montepíos, montos de socorro, cajas económicas, premios a la virtud, escuelas públicas, correccionales, etc.[20].

Y no se diga que estos nobles esfuerzos son efecto del fanatismo religioso; no es cierto, porque en la medida en que se aflojan los lazos de la superstición, crece la tendencia hacia los establecimientos de beneficencia. Observemos lo que ocurre aquí mismo en Brasil, principalmente en Río de Janeiro, que es la ciudad más civilizada del Imperio; en lugar de suntuosos palacios,

20. Francia, cuya legislación es la más filosófica del mundo, acaba de abolir la "muerte civil", sin debilitar la represión penal. Al eliminar de los códigos franceses los diversos vestigios de una ficción rigurosa, frecuentemente contrariada por la humanidad y por la razón, Francia se hizo justicia a sí misma, y se puso al frente de la civilización moderna. Otro proyecto no menos importante es el de una colonia penitenciaria para librar a Francia del flagelo de los grilletes y proporcionar al condenado una vida de trabajo útil, dándole mejores condiciones de moralización. Una ley sobre medidas policiales organiza esta institución de una forma más eficaz, no solo para descubrir al criminal, sino principalmente para prevenir el crimen, si la prevención no fuese el primer deber de la policía, sería en este caso consentir el crimen, solo para tener el gusto de punirlo. Finalmente, Francia, que ha dotado al mundo de tantas instituciones filantrópicas, será siempre el modelo de la caridad cristiana.

de soberbios circos, de grandes y magníficos parques y jardines, se crean hospitales por todas partes.

Además, es importante notar que todas esas instituciones eran casi desconocidas durante la civilización que nos precedió; el bienestar material es, pues, una tendencia de la civilización actual y ella absorbe todas las cuestiones formales, o puramente ideales. ¿Para qué, pues, hemos de vivir engolfados en esos ardides de reformas políticas, cuando solo necesitamos de medios prácticos y de un cierto impulso de la autoridad pública?[21]. Convengamos que es sumamente defectuosa gran parte de nuestra legislación reglamentaria; he ahí lo único que hay que reformar y ya habremos hecho mucho.

Algunas veces (y no todos los días) se hacen importantes reformas sociales en Inglaterra, país clásico del buen sentido y de la experiencia consumada. Sin embargo, ¿cómo se hacen esas reformas? Después de una lucha reñida y del triunfo de la opinión; sí, de la opinión, de esa reina del mundo, pero que solo impera en Inglaterra, donde tiene un trono de bronce. Después de una lucha de diez años triunfó la libertad de comercio contra el sistema protector[22].

---

21. El siguiente extracto prueba cuánto es conveniente en ciertos casos el impulso del gobierno: "En 1846 y 1847 Flandes (Bélgica) se encontraba transformada en una tierra de miseria y de luto por efecto de una crisis. Según el censo oficial de aquella época había en Flandes occidental 36 indigentes por cada cien habitantes. Los asilos de mendigos, los hospitales, las prisiones desbordaban de individuos. El gobierno emprendió con firmeza e inteligencia el remediar este estado de cosas y, renunciando a todo expediente de donativos empleados hasta entonces, que pudieran tener el carácter de limosna, procuró regenerar las provincias de Flandes por el trabajo, haciendo ejecutar obras públicas en gran escala y dando gran impulso a las carreteras. Al mismo tiempo, por medio de grandes premios ofrecidos a la industria y a la agricultura, contribuyó a crear empleo útil y conveniente para la multitud de brazos que se hallaban inactivos. La industria del lino, la principal de Flandes, en la que se daba trabajo a más de 200 mil personas, estaba gravemente comprometida por causa de la explotación de esa rama por la competencia de otros países, donde hasta entonces era despreciada, y también por la sustitución del trabajo manual por el mecánico. El gobierno estimuló por medios enérgicos el perfeccionamiento de esa industria, y creó otras donde faltaban los medios para aquella. En 1852 estas medidas habían alcanzado, en gran parte, su fin, y se puede decir que Flandes había reasumido su estado normal, excepto en algunos distritos muy apartados del centro de consumo". (Francia, París) (16 de julio), *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (13 de septiembre de 1852).

22. *The Economist*, periódico inglés que se ocupa del gran movimiento mercantil entre Inglaterra y el resto del mundo, al comparar once años bajo la protección con otros once años de comercio libre, ofrece el siguiente resultado:

La suma de las exportaciones de Inglaterra hacia países extranjeros en los siguientes períodos es de (en libras esterlinas):

Esta conquista del buen sentido inglés sobre la parte oficial de la nación, la salvó en 1848 de una inminente revolución. El hombre, que llevaba hasta el genio, el buen sentido y el entendimiento, Sir Robert Peel, sintió que había un cisma entre el país oficial y el sentimiento público, entre la representación legal y la opinión, que le es superior; obligó a su partido a bajar la cabeza y salvó el país. Ocurrió con la libertad de comercio lo mismo que en 1829 con la emancipación religiosa.

El principio de la opinión pública es una religión en Inglaterra; todos lo acatan como materia de fe. La libertad de comercio, de industria y de trabajo extendió sus raíces en las entrañas del pueblo y ha penetrado en sus pulmones como el aire que se respira: es porque esa libertad es el fundamento del bienestar[23].

Después de la conquista de esa libertad, el pueblo goza de una vida más cómoda; hay, por lo tanto, un considerable aumento de prosperidad. Obsérvese bien el siguiente hecho: en 1841 había en Inglaterra y el país de Gales 1.300.000 pobres asistidos por las parroquias; en 1851 ese número había bajado a 918.000[24].

En 1831 26.909.432
En 1842 34.119.587
En 1853 65.554.579
En sus colonias, en los mismos períodos:
En 1831 10.254.940
En 1842 13.261.436
En 1853 33.382.202
He ahí la respuesta cabal que merecen aquellos que solo ven la prosperidad de su país en el mezquino sistema protector, sin acordarse de que Inglaterra triunfó sobre todas las tarifas hostiles modificando las suyas, y llamando a todos los pueblos del mundo a un concurso de mutua libertad. ¿Puede hoy dudar alguien de ese resultado asombroso? *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (30 de octubre de 1854).

23. Es una quimera esa libertad indefinida, con la que los promotores de sistemas políticos pretenden aprovecharse de la credibilidad del pueblo; sus propios sistemas desmienten sus teorías. Antes de hablarles de esa libertad absoluta e incompatible con los lazos que unen la sociedad, deben cuidar antes de sus necesidades más urgentes, sus miserias y sus padecimientos. La libertad de todos, dice un filósofo moderno, sin el bienestar de todos, es una caldera sin válvulas, guárdense de la explosión.

24. En la última estadística de la ciudad de París encontramos la siguiente noticia curiosa: en 1832 la población de aquella capital era de 720.286 habitantes y entre ellos había 68.986 indigentes, o sea, un indigente por cada 11 habitantes. En 1853, la población de París era de 1.053.260 habitantes, y los indigentes llegaban apenas a 65.250, o sea, un indigente por cada 16 habitantes, lo que prueba un aumento considerable de bienestar.

¿Cuál es, pues, el hecho que explica esa disminución de los sufrimientos del pueblo? Es la libertad de comercio, de industria y de trabajo.

La civilización marcha por todas partes con su hoz inexorable, al paso derroca y ahuyenta la ignorancia, el fanatismo y los prejuicios populares, y llena el vacío de esas ideas con otras luminosas y útiles. El mundo se hallará de esa manera renovado sensiblemente, las ideas transformadas, nuevos usos, nuevas costumbres, y todo ello para obtener el gran fin social: el bienestar del género humano. Para esto es necesario sustituir poco a poco el privilegio por el derecho, la pereza por el trabajo, la suciedad por el aseo, el monopolio por la libertad, y, finalmente, el buen sentido a los prejuicios vulgares y a la rutina de los gobiernos por el pensamiento.

El pueblo con la abundancia adquiere nuevas costumbres; su alimento es mejor y más sano; las bebidas alcohólicas, que eran el único refugio de la miseria, desaparecen como por encanto, y la sobriedad comienza a ser la divisa de las clases trabajadoras. ¿Quieren observar palpablemente la marcha del *socialismo*, o de esa ley providencial, que es la base del único verdadero sistema filosófico? Obsérvense el efecto prodigioso de esas sociedades de temperancia en Inglaterra y en los Estados Unidos; vean al gran apóstol del verdadero socialismo, el célebre padre Matheus, convirtiendo al pueblo por medio de la prédica de la sobriedad, como Jesús Cristo lo convertía predicando la caridad.

He ahí la prueba de un progreso moral estupendo: en un mes del año en curso (1852) la importación de vino en Londres fue de apenas 514.187 galones, mientras que en el mismo período del año pasado (1851) la importación había sido de 1.182.801 galones; las sociedades de temperancia lograron su fin. Hace pocos meses leímos que solamente en los estados del norte de la Unión Americana existían ocho mil sociedades de temperancia. Muchas compañías de comercio no admiten en sus navíos ninguna especie de licor para los marineros; en general, los barcos mercantes ya no dan aguardiente a la tripulación; lo mismo acontece en las fábricas y en otros establecimientos. He ahí el verdadero progreso moral; he ahí la tendencia del género humano para el bienestar moral y material; he ahí cómo se va cumpliendo la ley providencial de su inmenso destino[25].

25. Cuando reconocemos la ley del progreso, reconocemos también que el progreso de la Humanidad en vías de bienestar material no puede estar separado de la idea moral, que es la única que lo consagra y justifica. Lo contrario será establecer la regla alegre del placer sobre el espiritualismo o admitir la vieja moral de Epicuro hoy generalmente repudiada.

X
¿QUÉ QUIERE DECIR SOCIALISTA?

Veamos ahora la razón de por qué actualmente se denomina *socialista* a todo aquel que presenta una innovación en el orden social existente, o ataca cualquiera de las ideas recibidas acerca de este mismo orden social, aunque sea la innovación un absurdo, o el ataque una trivialidad sin sentido común.

En el siglo pasado las instituciones civiles y políticas, íntimamente ligadas a las instituciones religiosas, ofrecían inmensos obstáculos para el progreso moral y material de la sociedad. Era, por lo tanto, un propósito destruir la sociedad que existía, atacando sus fundamentos. El pueblo, habiendo entrado en el dominio de la conciencia, aspiraba a entrar también en la vida civil y en la vida política; para conseguirlo fue necesario atacar de frente las clases privilegiadas, que estaban en posesión de todas las ventajas que ofrecían las instituciones de aquella época: la lucha comenzó y el combate fue sostenido a todo trance.

Los filósofos de aquel tiempo, llamados espíritus fuertes, atacaron todos los elementos de que se componía la sociedad de entonces. Para herir los vicios de las instituciones civiles y políticas, embistieron contra el orden ecuestre o el patriciado, y para lograr tumbar el castillo de sus privilegios, que parecía inexpugnable, minaron el trono, que era la piedra angular de la aristocracia feudal. El trono y el patriciado desaparecieron y la igualdad nació de sus ruinas; desde entonces acabó el patriciado, porque su misión estaba concluida. Para destruir los abusos de la Religión, o los vicios de la Iglesia, atacaron el propio dogma; este, sin embargo, resistió, porque el dogma era la verdad, pero los abusos o los vicios desaparecieron.

No obstante, un clero tan ilustrado como era el del siglo pasado no se dejó vencer sin gran resistencia; a la lucha encarnizada de los filósofos se opuso el fanatismo religioso, los hábitos y las costumbres del pueblo; y cuando se vio forzado hasta su última trinchera, apeló a la lucha personal, a la guerra de emboscada. Los filósofos eran para el clero y para el pueblo fanático la bestia del Apocalipsis, la serpiente que engañó a la madre del género humano, el dragón con su lengua de fuego, la meretriz de las plazas de Babilonia, locos, poseídos, desalmados, leprosos y, finalmente, el conjunto de todos los vicios y de todos los crímenes.

En efecto, todavía es usual que el pueblo acostumbre dar la denominación de *filósofo* al desaliñado, al desaseado por hábito, al maniático, al grosero, al ordinario, al que se prostituye o deja prostituir a su familia, como una denominación de escarnio, de vilipendio, de desprecio. Sin embargo, nunca palabra más digna de veneración fue tan envilecida, nunca misión divina fue tan prostituida. La filosofía derribó, es verdad, los primeros diques que se oponían al progreso del género humano, pero aún quedan muchos obstáculos en los prejuicios populares; aún estamos fuera de la verdadera senda, es necesario volver a ella.

Para que el hombre se rehabilite es preciso que pase por todas esas pruebas dolorosas, que son, por decirlo así, los escalones de su ascensión desde la caída hasta la rehabilitación. En sus aspiraciones ve el bien, y lo desea ardientemente, y para alcanzarlo procura casi siempre el camino más corto, que no siempre es el más fácil o el más llano. Se engaña con las apariencias y muchas veces tiene que volver al punto de donde partió para comenzar de nuevo su peregrinación. El error es la dote del hombre, pero rara vez se desengaña cuando a su propia costa aprende a conocerlo. El hombre, como el judío errante, jamás se detiene; en su marcha continua está fundada su misión: he ahí la ley del progreso.

Si todos los hombres marchasen de acuerdo, no habría el libre albedrío; la libertad de conciencia es tan ilimitada como la libertad del cuerpo, y esa libertad no sería conocida ni apreciada si fuéramos guiados por una ley fatal en el pensamiento y en las obras. En ese lidiar de todos los días, de todas las horas y de todos los minutos aparecen esas divergencias, esos accidentes, que vuelven a los hombres desiguales entre sí, y esa desigualdad es una condición esencial de las sociedades humanas. El hombre, sin embargo, que aspira

siempre a la perfección, juzga que esa desigualdad se opone a los fines de su misión, y es por eso que la lucha se halla trabada entre los individuos que gozan y los que sufren.

Destruidas las desigualdades de las condiciones jerárquicas por la lucha tenaz del siglo pasado, aún restaban las que ofrecían las riquezas y, por consiguiente, los goces personales. Destruir ese elemento de desigualdad, nivelar las condiciones en todos los sentidos, he ahí el fin de algunos hombres que no ven en los goces de otro sino la vergüenza de su condición; es el amor propio ofendido, es la envidia desnuda de todo sentimiento noble, pero no es la emulación, única virtud capaz de transformar al hombre en superior a sí mismo.

De ese sentimiento mezquino nació la idea del *comunismo*: es la ley agraria de los Gracos, llevada a la evidencia de su irracionalidad por Jovellanos. Por lo tanto, atacar la sociedad actual en sus bases fundamentales (la propiedad y por consiguiente, la familia) es herir lo que hay de más sagrado sobre la tierra; he ahí por qué, defendiéndose la sociedad de ese ataque en su propio seno, hace esfuerzos para repeler esos cuerpos extraños, que perturban o retardan su marcha al contrario de acelerarla. Así como se transformó en título de escarnio y de vileza en el siglo pasado la denominación de filósofo, sin embargo tan digno de veneración, por los ataques repetidos contra las jerarquías sociales, en el siglo actual también se quiere volver ridícula y vil la denominación de socialista como sinónimo de comunista; y además ésta con más razón, porque no solamente ataca las jerarquías sociales, sino también la familia y la propiedad, sin cuyas bases sería imposible cualquier sociedad humana.

Concluiremos, pues, que si no es ni puede ser filósofo el maniaco, el disoluto, el asqueroso y el sinvergüenza, mucho menos es socialista el prostituto Fourier, el ocioso Owen, el bellaco Babeuf y el corrupto Saint-Simon, cada cual más loco si no más embustero.

La sociedad no es ni puede ser la sentina de todas las malas pasiones, entregadas a su exaltación como el bienestar supremo del género humano; insulto grosero que no vale la pena repeler, porque la misión del hombre es más sublime; él se rehabilita por las pruebas y no por los goces de la carne como los irracionales. La palabra *socialista* encierra en sí una misión divina, y a nadie le es lícito envilecerla, prostituyéndola entre la escoria de la especie humana.

XI

DE LA BEATIFICACIÓN DE LA ESPECIE HUMANA

Algunas personas chapadas a la antigua, afectas a rezar solamente por su breviario, se afligen mucho por esa turba siempre creciente de innovadores, quienes, bajo el falso título de *socialistas,* han concebido y propalado los mayores absurdos contra la sociedad, y sostienen que tales absurdos o innovaciones, tendientes a destruir los fundamentos de la sociedad actual, esto es, la *familia y la propiedad*, se fundan en las ideas antiguas de la beatificación de la especie humana, que se hallan en *La República* de Platón, en la *Utopía* de Tomás Moro, en la *Ciudad del Sol* de Campanella, y en el *Código de la naturaleza* de Morelly; y agregan más todavía, que tales innovadores poca cosa han añadido a lo que dijeron estos filósofos, sino algunas combinaciones para llegar a resultados prácticos.

La verdad antes de todo; pero ¿quién conoce la verdad antes de que ella se vuelva como la luz meridiana? Y sin embargo los ciegos no la pueden ver, y ciegos hay muchos del cuerpo y del espíritu. ¿Cómo es posible juzgar a los hombres por una palabra, por una alegoría, por una ficción, por una fábula ingeniosa, por un recuerdo como una profecía, por una idea lanzada al azar como el pensamiento perdido en el espacio, como un "ay" en el desierto? ¿No vieron ustedes a Galileo abjurando de la verdad que él mismo descubriera?, ¿y en el instante mismo de protestar de rodillas ante los hombres que la Tierra estaba inmóvil, levantándose a protestar ante Dios que ella se movía, y ésta era la verdad? Imprudente sería aquel que hace un siglo adelantara la proposición de la emancipación de la esclavitud; no obstante, al final del presente siglo esa idea ya estará realizada. Muchos años costó hacer calar en el espíritu de los pueblos civilizados solamente la necesidad de la extinción del tráfico, hoy la emancipación absoluta es ya un principio corriente.

Entre el patriciado y la plebe existía un profundo abismo a principios del siglo pasado; sin embargo, la plebe ganó una existencia propia, y en consecuencia de reiteradas pruebas llegó a la toma de *conciencia*, después a la vida civil, y finalmente entró en la vida política. De esas sucesivas *iniciaciones*, de esas ventajas obtenidas por las más dolorosas pruebas, nació la igualdad, y el patriciado desapareció. ¿Quién diría hace un siglo, quién podía prever incluso todos esos acontecimientos sin pasar por un innovador peligroso?

¿Será acaso un sueño el proyecto de *paz perpetua* del abad de Saint-Pierre? No, porque este publicista y filántropo, este *filósofo social* es uno de aquellos genios a quienes la Providencia algunas veces levanta el velo del misterio y muestra en perspectiva una de las fases del futuro. ¿Serán los congresos de la paz los precursores de esta misión providencial?, tampoco, porque nadie puede decir a las naciones: ¡desármense! Si se las intimida por la autoridad a que se desarmen, ellas aumentarán sus fuerzas; si acaso lo hace a través de consejos, se reirán de usted y de su filantropía.

Los pueblos se desarmarán cuando así lo exigieren sus intereses; cuando el hombre, eminentemente social, llegue a la perfección de su ser por la rehabilitación; cuando los intereses de todas las naciones estén mutuamente comprometidos y enlazados desde el Oriente hasta el Occidente, desde el Norte hasta el Sur. Entonces la paz universal y perpetua será la ley suprema de la necesidad, y nadie tendrá más interés en la guerra, ni ésta será posible.

Veamos ahora si los innovadores modernos fundaron sus sistemas en las ideas antiguas de la beatificación de la especie humana, como pretende William Belime en su tratado de filosofía del derecho.

XII

LA REPÚBLICA DE PLATÓN

Comenzaremos por *La República* de Platón. Entre todos los escritos de este filósofo pasa por obra prima su diálogo sobre la *justicia*; es el más bello y el más interesante de todos sus diálogos; y como en el juicio de Cicerón ningún otro filósofo lo igualó, se concluye que, de todo cuanto nos dejaron los antiguos sobre la moral y sobre la política, aquella obra es la mejor y la mejor escrita. La tan decantada *República* de Platón no es, pues, otra cosa sino su diálogo sobre la *justicia*.

El método que Platón sigue en esta obra, como en todas las otras, es lo que conviene a una conversación familiar; él se propuso en ella dos cosas: 1ª indagar qué constituye el hombre *justo*, o en qué consiste la *justicia*; 2ª comparar la condición del hombre de bien con la del malvado para poder decidir cuál de las dos es preferible. Para ello comienza proponiendo la creación de una República, porque solo comparando al individuo particular con una sociedad entera es que se puede concebir la naturaleza de la *justicia* o de la *injusticia*.

Platón presenta cinco formas de gobierno, y a estas cinco formas esenciales él opone también cinco especies de hombres; esto es, considerando al hombre según el estado de sus afecciones morales, el filósofo ateniense va comparando, por una prudente analogía, cada hombre a cada gobierno y, por fin, concluye que el hombre *justo* corresponde el gobierno *monárquico*, que es lo que él prefiere para su República; y el hombre dominado por todas las pasiones, sin ninguna excepción, al gobierno *democrático*.

Después de ese ingenioso paralelo, pasa a tratar la segunda cuestión, diciendo que, "así como el más feliz de todos los estados es aquel que es gobernado por un rey filósofo, o sea, amigo de la razón y de la verdad, es el más

desgraciado aquél que tiene un tirano por jefe"[26], del mismo modo la condición más feliz es la del hombre *justo*, que obedece en todo a su razón; y la más miserable la del malvado dominado por todas sus pasiones.

Por consiguiente, por lo antes dicho se entiende que Platón no escribió una obra política en su diálogo sobre la *justicia*, sino tan solo una obra moral; que él mismo confiesa que ni su *República* ni su *justo* podían existir tal como él los imaginara, sino que, para dar una idea de los efectos de *la justicia y de la injusticia* era necesario tener ante los ojos dos modelos completos, uno de la *bondad* y otro de la *maldad*; que cuanto más el hombre se aproxime a uno u otro de esos modelos, tanto más feliz o desgraciado será.

Esta obra contiene muchas digresiones interesantes, entre ellas la que trata de la educación de los *guerreros* y de sus mujeres. Platón distingue tres clases en su República, a saber: los magistrados, los guerreros y el pueblo; pero solo habla de la comunidad de las mujeres entre los *guerreros*, diciendo que las mujeres de estos deben ser comunes entre todos, a fin de formar una sola familia, evitando de esa manera todo principio de discordia y de división. ¿Será esta comunión de las mujeres, tan *solamente entre los guerreros*, una proposición absoluta, o apenas una alegoría?

Platón escribió en un tiempo en que no era lícito aventurar ciertas ideas o palabras, que ya habían costado la vida a su propio maestro; muchas veces se sirve de alegorías para revestir una importante verdad. ¿Cuál sería, pues, el sentido de esa ficción ingeniosa? ¿Qué quería él significar por medio de la *comunidad de las mujeres* solo entre los guerreros? He ahí lo que aún nadie explicó ni tal vez entendió. Platón, a quien los padres de la Iglesia denominaron el *divino*, aquél que imaginó el *justo*, verdadero Cristo del paganismo, no podía manchar tan bello cuadro con un borrón indeleble como esa comunidad de las mujeres, principalmente cuando a eso se oponían las costumbres atenienses.

¿Quién no conoce el *justo* de Platón, el prototipo de su República? Es cosa digna de notarse que un pagano elevara un edificio de moral, cuya perfección es debida a sus propios esfuerzos, mientras que los cristianos, que se jactan de haber heredado toda la sabiduría antigua, trabajan por destruir, no solo la obra de la inteligencia humana y de la razón universal de todos los seres

---

26. Platón, "Libro 9º", *La República*.

criados, sino la de la *revelación*, y de una sabiduría infinitamente superior a toda sabiduría de los hombres.

Se ve bien que no es sobre la llamada República de Platón que los innovadores modernos han fundado sus sistemas, más o menos extravagantes, más o menos excéntricos. Platón, el *divino socialista*, no podía servir de modelo a las mayores aberraciones del espíritu humano. Ahora trataremos de Tomás Moro y de Campanella para defenderlos de igual acusación.

XIII

DIVERSAS UTOPÍAS CON EL MISMO FIN

Tomás Moro (Morus en latín) fue gran canciller de Inglaterra en tiempos de Enrique VIII. Era hombre de gran ciencia y de mucha virtud, al punto de ser generalmente citado en la Historia, tanto por su integridad como por su desinterés; amén de una piedad tal que lo llevó al patíbulo, por no querer aprobar la reforma religiosa, ni prestar juramento de supremacía. Todos los historiadores ingleses lo denominan mártir. Moro dejó muchas obras, escritas en inglés y en latín, todas notables por la pureza y elegancia del estilo; la más conocida, si no por el tema al menos por el título, es su *Utopía*, o *De optimo reipublicae statu de quo insula Utopia, etc.*, obra toda alegórica, imitando *La República* de Platón, en la que propone ideas originales sobre la división de los bienes, el suicidio, etc.

La época en que vivió Tomás Moro, al principio del siglo XVI, y sobre todo en el reinado de Enrique VIII, no era muy propicia para una libertad de pensamiento que pudiera expresar el estado presente y las aprehensiones sobre el futuro. Moro, en su *Utopía*, usó todas esas alegorías con que Platón acostumbraba revestir las más brillantes verdades; pero fuese por la ignorancia de los contemporáneos, o por la poca extensión que debía tener una obra escrita y publicada en latín, lo cierto es que tuvo la misma suerte del libro *El Príncipe* de Maquiavelo, del grande, del inmortal filósofo florentino.

Maquiavelo o no fue entendido o fue expresamente calumniado. Él no compuso un manual o tratado de gobierno; esbozó apenas el gobierno o la política insidiosa de un príncipe contemporáneo, no para ser imitado por el amigo, a quien ofreció su *libro*, sino como una lección contra la perversidad de un déspota, o contra la sagacidad de un tirano, tanto más aborrecido cuanto

era la hipocresía que usaba en todas sus relaciones internas y externas. No obstante, Matter reivindicó la honra de Maquiavelo, defendiéndolo de todas las imputaciones que le fueron hechas después de su muerte, y colocándolo en un lugar que le compete como el primer filósofo que separó la política de la religión[27].

Tomás Campanella, fraile dominico y filósofo, entre los siglos XVI y XVII compuso muchas obras de filosofía, todas en latín; y como apéndice de su *Realis Philosophia* escribió también *Civitas Solis*, que es una alegoría en el género de *La República* de Platón, muy en boga en aquel tiempo. Nótese además que también escribió sobre magia y astrología, a las que daba entero crédito. Sin embargo, quien haya leído la *Ciudad del Sol* de Campanella reconocerá que nada tiene en común con los innovadores modernos sino por la singularidad de algunos pensamientos.

Morelly, por el contrario, es el que más se aproxima a esas máximas extravagantes, no tanto en su *Príncipe, o Sistema de un Gobierno sabio*, sino en su *Código de la naturaleza*, obra atribuida entonces a Diderot, y que La Harpe refutó largamente en su *Filosofía del siglo XVIII*. En esa *Utopía*, Morelly establece como fundamento de la sociedad la comunión de los bienes, y he ahí en lo que parece asemejarse un poco al sistema moderno de *comunismo*. Sin embargo, está muy distante de esas teorías especulativas de los nuevos comunistas, porque Morelly forma una República desde el principio, donde coloca todo a su voluntad, y a la medida de sus fines; mientras que los comunistas quieren enmendar el mundo como él existe y reducirlo a lo que debe ser, o a lo que ellos pretenden que sea.

Pero lo que es cierto es que Morelly, Babeuf, Fourier, Saint-Simon y Owen son abejas de la misma colmena y trabajan como todos en la obra de la rehabilitación; para que haya regularidad en el trabajo es conveniente estar de acuerdo entre todos, si no en los medios, al menos en los fines. Las abejas salen del panal en busca de las flores, unas van a los naranjos, y hacen la miel

---

27. Jacques Matter, *Historie des Doctrines Morales et Politiques des Trois Derniers Siécles*, Paris, A.B. Cherbuliez et Cie., 1836. Tal era, sin duda, la intención de Maquiavelo, al escribir su *Príncipe*; pero como sus doctrinas, escritas de 1513 a 1515 y publicadas en 1532, eran las prácticas puras de Luis XI, Fernando V, Ricardo III, Enrique VII, Alejandro VI, César Borgia, Julio II y de las repúblicas de Venecia y de Florencia, justamente por eso encontraron eco en el interés de Europa y simpatía por el absolutismo real, que ellas establecían.

olorosa a flor de naranja, otras van a los duraznos, cuya flor es venenosa y, sin embargo, la miel es siempre sana y deliciosa. Diferimos, es verdad, en los medios, pero debemos alcanzar los fines, que son el *bienestar*. Locos, maniáticos, excéntricos, no importa, todos son abejas de la misma colmena, y hemos dicho todo.

XIV
LA FAMILIA Y LA PROPIEDAD

Dijimos que los fundamentos de la sociedad actual eran la *familia* y la *propiedad*[28]. ¿Se opondrán al designio de la Providencia esos fundamentos? O sea, ¿serán obstáculos para esa tendencia del género humano a formar una sola e inmensa familia regada por la superficie del globo? No, por el contrario; sin la familia y sin la propiedad sería imposible realizar ese *desideratum*. Tenemos para nosotros que la familia es una institución divina; Dios creó el hombre a su imagen, *macho y hembra los crió*; Dios los bendijo y dijo: crezcan y multiplíquense y llenen la Tierra. El núcleo de la familia es la pareja (marido y mujer) y el matrimonio también es de institución divina; por lo tanto, la piedra fundamental de la sociedad es la familia; destruirla sería destruir la sociedad, que en ella se fundamenta.

Superfluo sería dar ahora la definición de propiedad; basta con recurrir a los juristas, cuyas obras están en manos de todos. Sea que se considere la propiedad bajo el punto de vista del derecho de la libre permuta y de la transmisión, o del propio uso, o sea, del goce de la cosa poseída, lo cierto es que ella es inherente a la familia. Se argumenta contra la propiedad por el abuso, pero el abuso no constituye derecho; y si usted dice que la propiedad es un robo, ¿cómo llamaré yo a aquel individuo o gobierno que me prive de la economía de mi trabajo o del sudor de mi rostro? Considérese la familia como se quiera, desde la tienda ambulante del patriarca hasta el palacio del magnate, la propiedad acompañará siempre el desarrollo de la especie humana desde el estado natural o primitivo hasta el de la más elevada civilización[29].

28. Véase en la presente edición el c. X.
29. Hippolyte Passy, *Des causes de l'inégalité des richesses*, Paris, Pagnerre, 1848.

Desde la primera familia hubo pastores y agricultores, porque las Escrituras nos dicen que Abel había sido pastor de ovejas y Caín labrador[30]. Los pueblos pastores fueron, en su inicio, errantes por causa de los pastos, como todavía hoy los árabes del desierto; sin embargo, la propiedad debería ser, desde luego, la consecuencia necesaria de la familia: cada cual tuvo su rebaño. El labrador, por el contrario, se aferra a la tierra que labra; el hombre del campo considera su granja como obra de sus manos, y todo cuanto lo rodea es para él un motivo de gozo, porque satisface su orgullo.

Uno de los resultados más importantes de la agricultura en su comienzo fue la ventaja de reunir muchas familias, y de poder comunicarse entre sí. De aquí surge la historia, porque es donde comienza la tradición. De aquí también el origen de la primera sociedad, porque fue cuando nació la propiedad[31].

El hombre, según Thiers, tiene una primera propiedad en su persona y en sus facultades; tiene una segunda menos adherente a su ser, pero no menos sagrada, en el producto de sus facultades, que abarca todas las cosas, llamadas *bienes de este mundo*; lo que a la sociedad le interesa en su más alto grado es *garantizársela*, porque sin esa garantía no hay *trabajo*, y sin trabajo no hay civilización (aun la necesaria) sino *miseria, rapiña y barbarie*. Bastiat añade que: *privar a un hombre de sus facultades, o del producto de ellas*, produce el mismo resultado, y a este resultado se llama *esclavitud*. Nueva prueba de la identidad de la naturaleza entre la *libertad y la propiedad*. En fin, Bastiat también ve, como Thiers, la propiedad primeramente en la libre disposición de la persona, después de las facultades, y finalmente del producto de las facultades, lo que prueba, para decirlo de paso, que la propiedad y la libertad hasta un cierto punto de vista se confunden[32].

---

30. Génesis, La Biblia, c. 4:2.

31. La base sobre la cual descansa todo el edificio de la sociedad es la propiedad. Gustave de Molinari, *Entretiens sur les lois Economiques et Défense de la Propieté*, Paris, Guillaumin & Cie., 1849.

32. "La propiedad es sagrada, porque representa el derecho de la propia persona. El primer acto del pensamiento libre y personal ya es un acto de propiedad. Nuestra primera propiedad es nuestra persona, es nuestro *yo*, es nuestra *libertad*, es nuestro pensamiento, todas las otras propiedades se derivan de esta y la reflejan.

"El acto primitivo de la propiedad consiste en la libre imposición de la persona humana sobre las cosas, es de ese modo que las hago mías. Desde entonces asimiladas a mí mismo, señaladas con el sello de mi persona y de mi derecho, dejan de ser simples cosas en relación a los otros, y por consiguiente no quedan ya sujetas a su ocupación y apropiación. Mi propiedad participa de mi persona,

Veamos todavía cómo en el principio las facultades del hombre se desarrollan por medio de la libertad. El deseo de abundancia y de los placeres incitó al hombre a nuevos descubrimientos para obtener mayor goce de la propiedad. El contacto entre los hombres estimuló su ambición; movidos por la envidia y por los celos, procuraron aventajarse mutuamente; y para conseguirlo, pusieron en juego todas las fuerzas del cuerpo y del espíritu. Entonces fueron apareciendo imperceptiblemente las mejoras parciales que confortan la existencia, que desarrollan las fuerzas de la naturaleza, y tornan más productivas y más brillantes las facultades intelectuales del hombre.

Véase lo que está pasando últimamente ante nuestros ojos: la supremacía del hombre, o de una nacionalidad, ya no se consigue por la conquista de las armas, sino por otra mucho más eficaz y duradera, por la de la industria y del comercio. En esta nueva lucha, en que se empeñaron las naciones, todo se transforma, terreno y competidores; el terreno de hoy día es el de la industria, las fuerzas beligerantes los *capitales*.

Después de tantas luchas, que se prolongan a través de los siglos, después de la transformación radical y casi completa que sufren las naciones, operada por el desarrollo progresivo de la civilización moderna, el espíritu comercial vence y cambia la faz del mundo. Si se borra de él la propiedad, es decir, el derecho de la libre permuta[33], ¿qué sería de la civilización actual? El espíritu

---

sustitúyeme en mis derechos, si así puedo expresarme, o mejor dicho, mis derechos me siguen en ella, y son estos derechos los que merecen el respeto de los otros." Víctor Cousin, "De la Justicia", *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (28 de febrero de 1855).

33. En una representación de la asociación comercial de Havre, dirigida contra las tarifas protectoras, que Bastiat transcribe en su respuesta a Thiers, encontramos una prueba de nuestra afirmación en el siguiente fragmento: "La *permuta* es un derecho natural, así como la *propiedad*. Todo ciudadano, que creó o adquirió un producto, debe tener la opción o de aplicarlo inmediatamente a su uso, o de cederlo a quien quiera que en la superficie del planeta consienta en darle el objeto que él prefiera en cambio. Privarlo de esa facultad, cuando él no hace de ella uso alguno contrario al orden público y a las buenas costumbres, y únicamente para satisfacer la conveniencia de otro ciudadano, es legitimar una expoliación, es violar la ley de la justicia.

"También es violar las condiciones del orden, por cuanto, ¿qué orden puede existir en el seno de una sociedad donde cada industria, ayudada en esto por la ley y por la fuerza pública, procura medrar con la opresión de todas las otras?

"Es desconocer el pensamiento providencial, que preside los destinos humanos, manifestado por la infinita variedad de los climas, de las estaciones, de las fuerzas naturales, y de las aptitudes, bienes que Dios no repartió tan desigualmente a los hombres, sino para unirlos por la permuta en los lazos de universal fraternidad.

"Es contrariar el desarrollo de la propiedad pública, por cuanto quien no es libre de *permutar*, tam-

comercial, el amor a la ganancia, es el vehículo poderoso para ejercer esa potencia invisible pero soberana, que va uniendo los pueblos a través de los mares, y sembrando la civilización por todas partes. La ley providencial del *socialismo* como que se revela por ese afán de gozar, por ese anhelo del *bienestar*. Reducir, pues, el mundo a conventos, a verdaderos asilos monásticos, a que tanto quiere abolir la familia y la propiedad*, es no solo profunda ignorancia del corazón humano, sino hasta rematada locura[34].

No fue por cierto en Platón, y mucho menos en Tomás Moro o Campanella, que los innovadores modernos fueron a beber las lecciones de la extinción de la propiedad privada y de la familia; por el contrario, parece más bien que las fueron a buscar en las instituciones religiosas. Viendo ellos que los primeros y más felices reformadores fueron los fundadores de las órdenes monásticas, que estos realizaron en sus retiros el trabajo en comunidad, la fraternidad evangélica y la supresión de la propiedad individual, convinieron en aplicar a la sociedad entera, como regla, lo que era apenas una excepción; sin contar que aquellos fundadores solo llegaron a ese resultado por medio del sentimiento religioso, separando totalmente al hombre de la familia. Estos nunca pretendieron obrar sobre la sociedad entera, sino solamente sobre algunas almas escogidas, puesto que la primera de sus reglas era la del celibato; el hombre, separado de esta manera de la sociedad, moría en vida para ella[35].

Sin embargo, la historia nos ofrece aún otro ejemplo más para probarnos que los innovadores modernos se aproximaron mucho más a esas sectas extravagantes, en las que entra, sobre toda, la manía de la singularidad, más que el deseo verdadero y ardiente de reformar la sociedad. Queremos hablar de los *Hermanos Moravos*, los cuales también viven en comunidad religiosa, pero de manera distinta a la de nuestros conventos. Ellos son para los monasterios lo que la religión protestante es para el catolicismo. Sus casas, esparcidas por los

poco lo es de escoger su trabajo, viéndose por lo tanto obligado a dar falsa dirección a sus esfuerzos, a sus facultades, a sus capitales, y a los agentes que la naturaleza puso a su disposición.

"En fin, es comprometer la paz entre los pueblos, porque es romper las relaciones que los unen, y que tornan imposibles las guerras, a fuerza de tornarlas onerosas.

La asociación, pues, tiene por fin la *libertad de las permutas*".

* Así en el original. (N. de B.A.).

34. Véase en la presente edición la nota al pie Nº 18, pp. 30-31.

35. William Belime, *Philosophie du Droit, ou Cours d' Introduction a la Science du Droit*, Paris, A. Durand Libraire, 1857.

dos hemisferios con nombres bíblicos como Belén, Nazareth, Monte Líbano, etc., presentan comunidades de familias entre las cuales todo es común. Cada hermano ejerce una industria, pero cuando fallece no son los hijos quienes heredan, sino la *comunidad*. Los hijos reciben una educación en común; los matrimonios se hacen tan solo por acuerdo y jamás por motivo de interés. Todos los oficios o profesiones son ejercidos en esas casas, donde reina la más completa igualdad[36].

Para dirigir cualquiera de esas casas, todos los hermanos eligen un *maestro*, además de una *maestra* (que no puede ser la esposa del maestro), encargada de la superintendencia de los cuidados domésticos. La comida se hace en común. Pero, ¿cuál es el móvil de toda esa organización mística? Nótese bien: es el celo religioso llevado al punto de fanatismo. Todas esas comunidades son animadas por un celo ardiente, que es el principio y la base de su fuerza; todas ellas se fundan sobre una asociación puramente voluntaria, garante de todo ese celo fervoroso. Sin embargo, ¿han prosperado esas asociaciones? ¿Siguen ellas en las vías del progreso? Al contrario, muchas de esas mismas asociaciones, divididas por intrigas domésticas, han sufrido luchas internas, y los hermanos acabaron por retirarse en la más profunda desmoralización[37].

Lo cierto es que el mundo no puede retroceder. El género humano en su rápido vuelo para alcanzar el bienestar moral y material se lanza a través de todos los peligros, de todos los sufrimientos, por medio de las pruebas más dolorosas, a fin de mejorar su condición y rehabilitarse. ¿Cómo ha de volver al estado casi salvaje, cuando ese estado es una degeneración de la especie humana? El estado de naturaleza es un absurdo, dice Ballanche, y yo digo mucho más, porque no es solo contrario a la razón, sino que se opone a la esencia del hombre, porque este es un ser eminentemente social. Notemos ahora cuáles son los principales sistemas en boga, llamados *socialistas*. Comparemos sus doctrinas entre sí y veamos si es posible concebir tanta locura estando en pleno juicio.

---

36. M. Louis Reybaud, *Etudes sur les Réformateurs ou Socialistes Modernes*, Bruxelles, Société Belge de Libraire, 1844, v. 1.

37. Guillaume-Thomas François Raynal, *L'Histoire Philosophique et Politique des Etablissements et du Commerce des Européens dans les deux Indes*, Amsterdam, s/d, 1770.

XV
LOS REFORMADORES MODERNOS

Oigamos a Reybaud. Los reformadores modernos no admiten reformas parciales; para ellos no hay salvación fuera de una completa reconstrucción del orden social. Nada de lo que existe les parece en su debido lugar; todo está impregnado de una falsedad sistemática, al punto de ser imposible conocer lo que es el verdadero estado normal de la humanidad. Estos regeneradores tienen los más vastos proyectos, ninguna ciencia se les escapa; la vida presente y la vida futura, Dios y el hombre, la tierra y el cielo, he aquí los elementos de que disponen; el globo entero es el teatro de sus experiencias. Filósofos, legisladores, profetas, reveladores, economistas y moralistas al mismo tiempo, pretenden romper el estrecho círculo de las nacionalidades para hacer salir de él la unidad terrestre. Nunca hubo síntesis más vasta, sin límites, infinita, universal.

La humanidad sufre, no hay duda; he ahí la ley providencial de la rehabilitación por las pruebas; y como existe el mal, algunos lo quieren curar por medio de una panacea universal, en vez de contentarse con un perfeccionamiento gradual, aplicando en los puntos más dolorosos algunos tópicos de una eficacia cierta y conocida. La pretensión de curar radicalmente la humanidad de los males que la afligen no es nueva; en todos los siglos han aparecido esos espíritus aventureros, que se lanzan a los espacios imaginarios, inventando cosmogonías y profetizando todo género de absurdos.

Sin embargo, hay un hecho singular a considerar y es que, entre todos los reformadores, los únicos que siempre han abortado son aquellos que han querido tomar por móvil de sus transformaciones el principio social. En el estado completo de las relaciones humanas hay casi siempre metamorfosis

rápidas; por el contrario, en el estado de las sociedades no hay, ni ha habido nunca, sino modificaciones lentas y sucesivas. La Religión ha sufrido grandes reformas; la política transformaciones; la industria, la navegación, todas las ciencias, en fin, han pasado por alteraciones o modificaciones completas a consecuencia de nuevos descubrimientos, mientras que el estado social propiamente dicho, en cuanto todo se renueva alrededor de él, apenas obedece a ese movimiento lento, que solo permite alteraciones, por así decirlo, superficiales[38].

Los reformadores modernos deberían reflexionar sobre esa resistencia de todas las civilizaciones, antes de entrar en el ensayo de sus combinaciones imaginarias. Lo más difícil en este caso no es formular un sistema, crear nuevas instituciones, legislar profusamente para meter al género humano en el sendero, sino hallar quién se preste a todas esas experiencias. Entre los más innovadores, hay tres especialmente, que se hicieron notables por la vastedad de sus planes, y por la importancia de sus concepciones: Saint-Simon, Charles Fourier y Robert Owen. Los tres hicieron largos comentarios sobre nuestro estado social; y quien quiera conocer a fondo las miserias de la civilización actual procure en los libros de aquellos innovadores la pintura de sus imperfecciones y de sus vicios[39].

Sea bajo este punto de vista, sea en la apreciación de sus elevados e insólitos pensamientos, no son esos reformadores hombres que se deban despreciar. A pesar de que sus ideas orgánicas sean quiméricas, aún así ofrecen en sus relaciones puntos de contacto con la marcha gradual del género humano. Todos desean el bienestar; la cuestión se reduce a los medios, y los innovadores procuran el camino más corto. Sus ideas son tales a este respecto que si fuese posible realizarlas, producirían un mal mayor a la humanidad que su actual condición. Y así debería ser, porque siempre fue cosa muy fácil demoler, mientras que reedificar es tarea muy difícil y de gran trabajo. Pero veamos cuáles son los planes gigantescos de palingenesia de los tres mencionados reformadores, de cuya originalidad y extensión nadie puede dudar.

---

38. Garnier Pagés, *Dictionnarie Politique*, Paris, Paguerre, 1842.
39. *Ibid.*

XVI

SAINT-SIMON

Claudio Enrique, conde de Saint-Simon, pertenecía a la más elevada aristocracia de Francia, porque era descendiente de la noble y antigua familia de los condes de Vermandois. Sirvió, aún muy joven, en la guerra de Independencia de los Estados Unidos; y fue nombrado coronel después de su retorno a Francia, pero dejó el servicio para dedicarse a proyectos de utilidad pública. Después de la revolución de 1789, que él aprobó, se ocupó de ciertas especulaciones en la venta de bienes nacionales, de las que no sacó beneficios. Finalmente, concibió un proyecto de reorganizar las ciencias y de *reconstruir el orden social*; viajó y vivió mil experiencias extravagantes, en las que sacrificó su propia fortuna. Reducido a la miseria, intentó suicidarse, pero no tuvo, ánimo para darse el golpe final; sin embargo, el intento le ocasionó la pérdida de un ojo. Murió en 1825 en los brazos de sus discípulos, verdaderos propagadores de sus ideas.

Saint-Simon es el fundador de una escuela llamada *industrial*, porque por medio de la industria* pretendía mejorar la suerte de la humanidad, y sobre todo de las clases pobres. En cuanto a sus doctrinas, he aquí lo que dice Belime en su tratado de *Filosofía del Derecho*.

El sansimonismo fue anunciado para destruir desde los fundamentos todos los privilegios de nacimiento, especialmente los de la *propiedad y herencia*. La máxima fundamental de los nuevos apóstoles era: *a cada quien según su capacidad, a cada capacidad según sus obras*. El sistema religioso consistía en una especie de Divinidad, creada únicamente para satisfacer la

* Sentido amplio de actividad laboral. (N. del T.).

conciencia de los hombres; los mismos apóstoles nunca podrían definir ese Dios panteístico, el primer ocioso de su sistema. Todas las teorías relativas a la propiedad se concentraban en la municipalidad (*mairie*) constituida de la siguiente manera:

"El municipio (*la commune*), único propietario del suelo, comprendido dentro de sus límites, de los instrumentos de trabajo y hasta de los capitales, da a cada uno, según su capacidad, una extensión de tierra que necesite para trabajar; los frutos de la industria (actividad) pertenecen al trabajador en propiedad como un estímulo a su actividad. El jefe del municipio está revestido del poder considerable de evaluar las capacidades, de decidir sobre las vocaciones, y de asignar por el mérito de cada individuo la porción de suelo o de capitales a que tiene derecho. El jefe debe regularse en esta repartición o distribución por el talento, por la buena fama, por la ancianidad y nunca por el favor. Toda especie de herencia está abolida. El jefe del municipio puede conceder a los hijos del difunto una parte, o incluso la totalidad de los haberes que él haya dejado, pero solo si los hijos son *capaces* y no a título de herederos o sucesores"[40].

Ahora según Reybaud[41], Saint-Simon imaginó cómo someter el mundo a una especie de teocracia. Pareciéndole que el origen de la mayor parte de nuestros males era la división del poder entre lo espiritual y lo temporal, convenía depositar en las mismas manos ambos elementos[42]. El ascetismo cristiano, la abnegación de sí mismo y el desprecio por los placeres terrenales eran la consecuencia de esta separación entre el elemento ideal y el elemento positivo, entre el espíritu y el cuerpo. Una fusión de influencias y de autoridad debía acabar esta lucha. En lugar de un Papa y de un Rey o Emperador, era menester elegir o proclamar un *padre* (*père*); y después, al dividir la sociedad

40. W. Belime, *op. cit*.

41. M.L. Reybaud, *op. cit*.

42. Para que se vea la extravagancia de semejante sistema basta con observar que, cuando todos los filósofos modernos claman contra la reunión de los dos poderes (espiritual y temporal), como contraria a la libertad civil y religiosa, o como la representación de la más pura *autocracia*, ¡Saint-Simon osa invocar este principio como la suprema ley del orden social! En este caso, su sistema ya se halla perfectamente implantado en Rusia, donde el Emperador ejerce una verdadera teocracia real. ¡Qué idea urdiría ese hombre de la libertad humana, si entiende que el poder debía pesar tanto sobre el cuerpo como sobre la conciencia! Si tales son los reformadores modernos, líbrenos Dios de semejante peste.

en tres clases: *sabios, artistas e industriales*, asignar la dirección de ellas a los más sabios, a los mejores artistas, y a los mejores industriales.

Estos jefes del poder no tenían necesidad de investidura; sino que por sí mismos debían conocer su fuerza y asumir su lugar; la familia humana los reconocería por sus obras. Desde entonces el nuevo lazo social, bajo ese régimen, debería ser el *afecto*, el amor, y no el miedo o el temor. Establecida la nueva jerarquía, todo iría a las mil maravillas; cada quien tomaría su lugar según su capacidad, y cada capacidad sería regulada en razón de sus obras. "La Humanidad no formaría desde entonces sino una sola y misma familia", y la tierra un solo campo cultivado en común; pero cuyos frutos serían repartidos entre todos los cooperadores según una ley de justicia distributiva, quedando así todo a la discreción de los más *capaces*.

Tal es el bosquejo del sistema de Saint-Simon, y por semejante concepción se ve claramente todo cuanto contiene de falso y de arbitrario. De 1830 a 1833 sus discípulos intentaron poner en práctica las doctrinas del maestro, pregonando en una pequeña iglesia de París, donde representaban la más ridícula mascarada. Por una interpretación racional de la rehabilitación del principio sensual, los sansimonianos llegaron a la más extravagante moral, y declararon aquello que en su algarabía llamaban la *emancipación de la mujer*, o sea, una verdadera promiscuidad.

Los sansimonianos no pudieron sobrevivir a ese último escándalo y tuvieron que dispersarse bajo insultos y silbidos de los oyentes. Un *papado* político, investido de poderes discrecionales y disponiendo soberanamente de la suerte y de la posición de todos los individuos en la sociedad; y al mismo tiempo pregonando el dominio sensual bajo la capa falaz y desarrapada de la *igualdad de los sexos*; no era por cierto una doctrina que mereciera tanta atención, o que pudiera resistir por mucho tiempo al dictamen de la conciencia pública. ¿Es necesario refutar semejantes disparates? No, pero es verdad que Saint-Simon, tal como otros reformadores, aportó bastante para sondear la llaga infecta que cubre el cuerpo social.

En todos estos sistemas se puede observar siempre la ley providencial, que se revela por entre tantos desvaríos, esto es, la tendencia del género humano a formar una sola familia. La escogencia de los medios para conseguirlo pudo ser arbitraria y hasta errónea, porque tal es la herencia del hombre, pero lo cierto es que todos trabajan para llegar allá; son, como ya lo dijimos, abejas

de la misma colmena. El género humano marcha no obstante, pero con su paso lento y pausado; acelerarlo sería precipitarse, y el hombre desde su caída se ha elevado mucho, de tal suerte que se despedazaría irremisiblemente si volviera a caer: *serva te ipsum.*

XVII
FOURIER

Charles Fourier, fundador de la escuela de economistas reformadores, llamada societaria o falansteriana, nació en 1768 y murió en París el año de 1837. Era hijo de un mercader de telas en Besançon, y fue cajero de diversas tiendas comerciales hasta la edad de 60 años. Desde joven se había dedicado a algunas reflexiones especulativas sobre la organización de la sociedad; y escribió mucho, no solo a este respecto sino también sobre una nueva cosmogonía imaginada por él; era también *iluminado**.

Consultando ahora Belime, Reybaud y el propio Fourier (en su mundo industrial) señalaremos el extracto de las doctrinas y del sistema de este reformador, el más ingenioso entre los modernos, y el que tiene incontestablemente mayores méritos. Comenzaremos, pues, por el resumen de Belime:

"Después de los *sansimonianos* vienen los *fourieristas*, quienes ya no pretenden la abolición de la *propiedad*. La máxima de este nuevo apóstol era 'a cada quien según su capital, su trabajo y su talento'. Fourier quiere una refundición completa de la sociedad, que actualmente descansa sobre una base viciosa, o sea, sobre el fraccionamiento y la rivalidad de las fuerzas individuales, en cuanto que todo el bien debe salir de la asociación. Esta asociación se realiza en el Falansterio, donde cada quien es libre de entrar o dejar de entrar. Un Falansterio es una especie de monasterio de hombres y mujeres, compuesto de cerca de dos mil personas. Todas las profesiones útiles a la sociedad son ahí ejercidas. Toda persona es admitida con su capital o con su trabajo, los cuales le dan un derecho proporcional en la distribución de las ganancias.

* Perteneciente a la Sociedad de los Iluminados. (N. del T.).

"La Falange, de la cual el Falansterio saca su nombre, se divide en series, las series en grupos, los grupos en subgrupos, según la división del trabajo al que estas personas están dedicadas por vocación. Fourier notó (lo que todo el mundo sabe) que cuanto más el trabajo es dividido y especializado, tanto mayor ganancia proporciona: es la historia de los alfileres, 50 de los cuales valen un centavo*. Todo consiste en aprovechar y utilizar la vocación especial de cada individuo, dejándole entera libertad en la escogencia de cualquier género de trabajo; siendo entendido que el sexo no será más una causa de incapacidad en el estado societario; y que la mujer podrá ejercer la medicina (tal como últimamente en los Estados Unidos), administrar justicia o comandar ejércitos (tal como Artemisa, Semiramis, etc.), de la misma forma que un hombre podrá hacer medias, o ser un buen criador de niños, etc.

"El *maestro* tiene como función señalar y dirigir todas las funciones del Falansterio, desde los niños de pecho, quienes serán acunados por máquinas, hasta la cocina, donde habrá siete tipos de varas, giradas por niños de edad adecuada. El gran mal de la sociedad, tal cual la vemos hoy, consiste, según Fourier, en que las pasiones de los hombres contrariadas, oprimidas sin cesar, producen, por la resistencia que ellas encuentran, los crímenes, los vicios y la degradación de los individuos. Dejen a esas pasiones su curso libre y esos torrentes devastadores se volverán un motor útil, del que la industria socialista sabrá sacar partido.

"En consecuencia de este principio, el amor libre será la ley del Falansterio; en otros términos, que el matrimonio será abolido, y habrá, en consecuencia, comunidad de hombres y de mujeres, o mezcla entre los dos sexos, medio violento pero infalible para impedir el libertinaje. El falansteriano rico no será obligado a trabajar; podrá quedarse en su habitación o caminar por las grandes avenidas cubiertas, hechas expresamente para la recreación; pero los ociosos, si no son totalmente bandidos del sistema, serán por lo menos

* La historia de los alfileres es debida a Adam Smith (1723-1790): Para demostrar el aumento de la fuerza productora que se consigue con la división del trabajo, presenta Smith el ejemplo de una fábrica de alfileres, en la cual diez operarios encargados de dieciocho operaciones, divididas entre ellos, producen 48.000 alfileres por día, o sea 4.800 alfileres por cada hombre; mientras que si cada obrero de por sí hubiera tenido que hacer las dieciocho operaciones, o sea estirar el alambre, cortarle, encabezarle, lustrarle, encartonarle, empaquetarle, etc., difícilmente hubiera podido hacer 20 alfileres al día. (N. del T.).

muy raros. En fin, en cuanto a la división de las inmensas ganancias, que el trabajo común haya acumulado, será por el voto y por la elección que se hará el dividendo, teniendo en consideración no solo los capitales empleados, sino también el trabajo y la industria de los asociados"[43].

---

43. Ahora somos nosotros, a nuestro turno, que trataremos de justificar a Fourier por uno de los graves cuestionamientos que se le hace; no lo justificaremos como cristiano o como moralista, sino como reformador *economista*. Efectivamente, parece extraordinario que una ciencia, la Economía Política, que tanto ha contribuido a mejorar la sociedad actual, esté llena de tantas paradojas; que la ciencia que más ha desarrollado los elementos de la prosperidad pública, contenga en sus principios tan grandes absurdos. Los economistas, hombres de los hechos y de las cifras, pretenden, como todos los arquitectos de sistemas, dogmatizar en todo y por todo; hoy establecen una tesis, mañana esa tesis es un axioma, una verdad demostrada, y después un dogma, de cuya infalibilidad no es lícito dudar.

Errores, y errores muy groseros, hipótesis gratuitas han dado causa a un millón de esos absurdos y paradojas, como la balanza del comercio, el equilibrio de la población, la distribución de la riqueza, la propiedad individual, etc. Tomaremos, pues, la tesis sobre el *equilibrio de la población* para la justificación que emprenderemos. Una porción de territorio no puede contener y mantener sino un determinado número de individuos, he ahí el error sobre el que se fundó Malthus para decir con el tono dogmático de un doctrinario: "Si un individuo cualquiera nace en un país ya ocupado, si su familia no tiene medios para sostenerlo, o si la sociedad no necesita su trabajo, ese individuo no tiene derecho a reclamar la mínima porción de alimento, y por consiguiente, está demás sobre la tierra". Como si Dios quisiera engañar, mandando al género humano *crecer y multiplicarse*, y llenar toda la tierra, pretende el mismo autor que en el gran banquete de la naturaleza no haya lugar para aquel que nace en un país ya ocupado; la naturaleza, dice él, manda que se retire, y hará cumplir por sí misma su orden, si no fuese luego ejecutada. "Tanto peor para aquellos que están de más sobre la tierra; porque es muy difícil, sino imposible, dar pan a todos cuantos mueren de hambre. Como la población tiende incesantemente a exceder los medios de subsistencia, *la caridad sería una locura, una incitación a la miseria*".

Y como si este error, tan contrario a la razón como a los instintos de la humanidad, no fuera suficiente para negar fe implícita a semejante blasfemia, hubo incluso un hombre más audaz, discípulo de Malthus, que llevó adelante las conclusiones de su doctrina, proponiendo el sacrificio de los recién nacidos y aconsejando la *asfixia para los hijos de los pobres*; como si hubiera alguien de más en este mundo en la mayor parte vacío, en su mayor parte desocupado: es el Budismo llamado a sustituir el Cristianismo.

Ese mismo error, que en Malthus y su escuela produjo la más horrible de las blasfemias contra la más perfecta de las obras de Dios, no significaba mucho para Fourier sino una *inmoralidad*. ¡El *equilibrio de la población*! ¿Cómo establecerlo, cómo prevenir esa tendencia de la especie humana a exceder los medios de subsistencia? Un discípulo de Malthus aconseja la asfixia para los hijos del pobre, Fourier prefiere que no nazcan al contrario de hacerlos morir después de nacidos; hay en esto por lo menos más humanidad, y no sé si, incluso, más moralidad.

¿Y cómo pretende Fourier prevenir ese crecimiento espantoso de la especie humana? Por medio de la *prostitución integral*, según dice Proudhon: "es ella la clave de la solución *fourierista* al problema de la población. Está comprobado, dice Fourier, que en un millón de veces, las prostitutas conciben una vez, pero la vida casera, los cuidados domésticos, y la castidad conyugal favorecen eminentemente la procreación. Si pues, en vez de ajustarnos por parejas y favorecer la fecundidad por medio

Reybaud agrega[44] que, en cuanto a los frutos del trabajo, deben ser repartidos entre los tres agentes directos de la producción: el capital, el talento y el trabajo. En esta división tiene el trabajo la preferencia sobre el capital y el talento; y entre toda la especie de trabajo son los más rudos y repugnantes aquellos que son mejor retribuidos. La concepción del reformador no se extiende solo al interés, sino prevé todo, abarca todo; no solo las leyes cosmogónicas del universo, sino la trasmigración de las almas, su estado futuro, etc. Los fenómenos astronómicos lo ocupan igualmente y provocan revelaciones curiosas, son locuras, pero locuras llenas de encanto y de suavidad.

De esa manera piensa Fourier e imagina el gobierno de su mundo. Crea villas, capitales, una metrópolis universal; les da jefes, desde el *Unarca*, que gobierna el Falansterio, hasta el *Omniarca*, Emperador del Planeta: es un mundo completo lleno de una sociedad también completa. La imaginación hizo su último esfuerzo en esa concepción, porque es imposible crear otra quimera semejante. Pero en medio de todas esas extravagancias aparece algo serio y es el mecanismo de una asociación al mismo tiempo doméstica, manufacturera y agrícola, donde se trata de dar a las pasiones una libertad menos subversiva, y hacer más atractivo al trabajo.

Y con todo, ¿cómo se mantendrán el orden y la paz en la asociación falansteriana? ¿Con qué medios se evitarán las frecuentes riñas que deben nacer de tal *libre amor*? ¿Cómo encontrar a las personas que deben encargarse por gusto de los trabajos viles y repugnantes? ¿Por qué secreto será cada uno justo con los otros en la partición de las ganancias y que se contente con la parte que le toque? En fin, ¿cuál será el principio de la buena armonía que hará marchar sin grandes conflictos la máquina de la sociedad con un acuerdo de voluntades, que no existe entre los hombres de hoy? Toda esa magia sería producida por tres nuevas pasiones, desconocidas hasta la llegada de

de la exclusión, nos prostituimos todos, hemos encontrado el *equilibrio de la población*. Amor libre es amor estéril".

No obstante, se acusa a Fourier y nadie se ocupa de Malthus ni de sus discípulos. Si fuese verdad que el mundo estuviera en el presente todo ocupado, y que ya no fuese posible contener un solo individuo más, pienso que preferiría, en todo caso, que no naciera, y no verlo matar después de nacido. Felizmente para la humanidad, Malthus y Fourier están muy distantes de la verdad, y apenas nos convencen de que el error es la herencia del hombre, el cual en su rehabilitación debe pasar por todas esas pruebas dolorosas hasta llegar al estado de perfección, en que salió de las manos de Dios.

44. G. Pagés, *op. cit.*

Fourier, en el corazón de los hombres, y que él denominó Papillone, Cabaliste y Composite. La *Papillone* (mariposa) tiende a la satisfacción de todas las pasiones y, por consiguiente, a la variedad en los goces. La *Cabaliste* crea la emulación entre los diferentes grupos para que rivalicen entre sí: ella excita e impulsa al trabajo. La *Composite*, de todas las pasiones la más romántica, la más irreflexiva, es la que resulta de muchos placeres del alma o de los sentidos probados simultáneamente; es por esa pasión que sentimos el entusiasmo por lo *bello*.

Fourier afirma que, por medio de estas tres pasiones, que él llama *mecanizantes*, una nueva era vendrá para la humanidad; que en un Falansterio de 1.810 personas, cada individuo *amará* ardientemente a todos los otros; que la ambición desaparecerá; que los celos mezquinos serán extinguidos por el inmenso bienestar, resultante del régimen armónico; que, en fin, la benevolencia universal será tan grande que establecerá entre los testadores y los legatarios, sean consanguíneos, sean adoptivos, un aprecio tan vivo, que el heredero deseará prolongar la vida del testador al contrario de lo que sucede en el tiempo presente.

Vemos, pues, tanto a Fourier como a Saint-Simon de acuerdo sobre la necesidad de formar una sola familia del género humano, para conseguir el bienestar, porque, como ya dijimos, el bienestar individual depende del bienestar universal. Difieren los hombres en los medios, es verdad, para llegar a ese fin tan deseado, pero en eso mismo consiste el libre albedrío. En medio del gran océano de la vida que tan grande es, ¿qué andemos inseguros en el camino del puerto de nuestro futuro destino? Con todo eso allá llegaremos, porque tal es la voluntad de Dios: rehabilitémonos.

XVIII
OWEN

Robert Owen, uno de los más grandes capitalistas de la Inglaterra contemporánea, propuso un nuevo plan de asociación, que él denominó *sociedad cooperativa*, así como llamó *racional* a su sistema. Concibió los datos principales administrando un amplio establecimiento industrial en New Lanark, donde obtuvo brillantes resultados, tanto para el interés de su fortuna como para el de las poblaciones que dirigía. Su error consistió en atribuir a sus ideas filosóficas aquello que era debido principalmente al hombre, a su paciencia, a su ejemplo y a su hábil dirección.

Animado por los primeros resultados, Robert Owen hizo de ellos una propaganda que sacudió Inglaterra por la palabra y por los periódicos, no ahorrando gastos. Trazó el plan de un nuevo sistema de sociedad donde todo estaba previsto, desde los dogmas filosóficos hasta la ejecución material, desde los medios de educación hasta la forma de las construcciones agrícolas; plan que fue acogido con gran entusiasmo y hubo grandes adhesiones. En fin, fue a Estados Unidos en 1824 para allí fundar la colonia de la *Nueva Armonía* (New Harmony), de cuyos resultados hablaremos posteriormente, por ahora indicaremos las bases de la sociedad cooperativa.

Todo principio religioso era desterrado de ella. Por este lado, Robert Owen era al menos más franco que los sansimonianos y los fourieristas. Como punto fundamental de su doctrina estableció el principio de la *irresponsabilidad humana* y de la igualdad más absoluta. La irresponsabilidad, en su concepto, provenía del principio de que las acciones humanas no son libres. El estudio de los hombres lo había convencido de que ellos son buenos o malos *fatalmente* por la educación que recibieron, por el *medio* en que viven y por

las necesidades que sufren; que la sociedad tiene por misión modificar esa educación, ese medio, pero que el hombre, producto de las circunstancias, no es jamás digno de loas ni de vituperio. Era en una palabra la renovación de la antigua doctrina de la *necesidad*; de lo que resulta que en la *sociedad cooperativa* no había castigo ni recompensa. La inteligencia y la imbecilidad, el trabajo y la indolencia, los crímenes y las virtudes recibían igual paga sin estímulo ni incentivo para el bien, sin represión contra el mal.

El sistema *racional* destruía toda y cualquier desigualdad de condición; los talentos y las capacidades no sobresalían como en la sociedad sansimoniana; ninguna propiedad particular, sino entera semejanza en las ropas, en el modo de vida, de nutrición, de vivienda para todos los miembros de la sociedad. Ese sistema, apoyado por una buena educación de la juventud, debía tener más vigor para regenerar a los hombres, según el pensamiento del reformador, que las prisiones y los suplicios del régimen actual. La imposibilidad de adquirir bienes y de elevarse por encima del nivel general debía estancar la fuente del egoísmo y del espíritu de rivalidad y, como consecuencia, de todos los crímenes que de él resultan. ¿Qué interés tendrían los hombres en ser hermanos, cuando todos tenían igual parte, y la partición estaba marcada de antemano?

Sí, pero además, ¿qué interés tendrían ellos en ser buenos? ¿Dónde se hallaría el móvil de las grandes acciones? ¿Cuál sería el sabio que se extenuaría sobre los libros para estudiar la naturaleza, para arrancarle sus secretos, para promover los grandes descubrimientos, cuando el ignorante obtendría los mismos honores y ventajas que él? Y sin siquiera elevar tanto la vista, ¿quién sacaría al perezoso de la ociosidad en un sistema donde todos tiene su vida ganada con anticipación?[45].

El socialista inglés era al mismo tiempo hombre práctico y teórico: en el primer caso fue una de las más extraordinarias inteligencias de nuestro siglo; en el segundo, debe ser colocado en la categoría de los pensadores mediocres. Industrial en New Lanark, tuvo la felicidad de fundar, por medio de una benevolencia sin límites y por su ejemplo, la colonia más feliz y ejemplar que haya existido sobre la tierra; dos mil obreros gozaban de los saludables efectos de un régimen enteramente patriarcal, todo lleno de una bondad y de una

45. W. Belime, *op. cit.*

tolerancia sistemáticas. Fue en ese brillante ensayo en que Owen concibió el pensamiento de su sistema, queriendo aplicar a la sociedad en general aquello que era efecto de los esfuerzos y de una dedicación particular, he ahí su error[46].

En efecto, las experiencias sucesivas realizadas en New Harmony, en los Estados Unidos, y en Orbiston en Inglaterra, fueron abortadas completamente, probando cuán engañosas eran las esperanzas del reformador. Pero desanimado y hasta persuadido de que era imposible fundar una colonia tan próspera como había juzgado, trató entonces de establecer, o por lo menos divulgar, su doctrina; verdadera negación de todas las ideas, de todos los principios recibidos hasta hoy. No se puede imaginar, dice Reybaud, la sangre fría con que el reformador opera la demolición general de la sociedad; aquí llega la bonhomía hasta la demencia; y las mejores intenciones del mundo nunca podrían reparar los males y la ruina que ocasionarían semejantes doctrinas.

Lo cierto es que todas esas imaginaciones, llenas de originalidad por sus concepciones extravagantes, han desviado, como ya dijimos, por más de 20 años, el espíritu público del verdadero camino de las mejoras posibles, abandonando las reformas practicables por otras quiméricas; como si dejasen la presa para correr detrás de su sombra. He ahí el único efecto real, el único resultado conocido de todas esas ideas extraordinarias, de todos esos sistemas fantásticos, de todas esas doctrinas imaginarias: el desengaño. Basta de ensayo, vamos a la práctica, a la realidad de la vida, si es que no es un sueño, como decían los estoicos.

46. M.L. Reybaud, *op. cit.*

XIX
COMUNISMO

El *comunismo* no es tan claro como los tres sistemas anteriores; comprende una multitud de sectarios, que se denominan *igualitarios, humanitarios, comunistas, comunitarios*, etc.; todos adoptan por dogma político la abolición de la propiedad. En cuanto al primer pensamiento, todos los comunistas se basan en las teorías de Babeuf, que no desaprueban, y de las que se sirven claramente. Pero no todos siguen los mismos pasos, y los periódicos que propagan sus doctrinas no las exponen con la misma sinceridad.

Los comunistas no hacen gala de filósofos: están poseídos antes por el odio que por la filantropía; ellos esperan más de las pasiones políticas que de la persuasión calmada y reflexionada, diferenciándose de esa manera de los sansimonianos y de los fourieristas, que no quieren sino experiencias pacíficas sin expoliaciones ni violencias. Por la misma razón no se han ocupado de trazar el plan de su futura sociedad, como si destruir fuese para ellos más importante que edificar. Todos sus planes de organización parecen reducirse a las ideas siguientes:

El Estado es el único propietario de todos los bienes. Todo aquel que ataque la comunidad universal, o discuta el principio, debe ser castigado, incluso reducido a la *esclavitud perpetua*. La nación, por su parte, está obligada a mantener a cualquier ciudadano en un estado de mediocridad, o de honesta abundancia. El lujo está excluido, y los bienes de oro y de plata suprimidos con el fin de evitar las economías secretas. Las artes puramente agradables serán declaradas inútiles. Nada de ciudades, tan solo poblados o aldeas*.

El Estado es el gran organizador del trabajo, determina la naturaleza de las culturas por zonas; impone a cada quien su tarea, su profesión u oficio,

* Abreu e Lima se refiere a las teorías sobre el comunismo de Belime, como lo aclara más adelante. (N. del T.).

su habitación. El hombre no prepara más sus alimentos, porque hay cocinas y panaderías públicas, y la distribución se hace a través de magistrados. Si un extranjero obtiene el permiso de viajar a la provincia, lo que no debe ser concedido sino con dificultad, pagará al entrar una suma al gobierno, que se encargará de transportarlo por todas partes y de pagar sus gastos.

Es inútil decir que en este sistema, como en todos los otros, la primera condición es la de arrancar los hijos a sus padres, bajo el pretexto de darles una educación nacional, porque el hombre pertenece al Estado desde su nacimiento hasta su muerte.

Por lo que queda expuesto, el comunismo no es precisamente un régimen de libertad; en él es necesario ser feliz, de buen grado o por la fuerza. Se da al individuo la nutrición y la vestimenta con la condición de que no discutirá, ni levantará la vista de su trabajo de cada día; que no aspirará al lujo, que abjurará todo sentimiento de las bellas artes; que renunciará a todos los placeres de la familia y a toda ambición personal.

Es imposible absorber de una manera más positiva la individualidad del hombre en el Estado. ¿Cómo será gobernado ese Estado? Es lo que quedó en secreto. Pero ese régimen hizo bien en darse toda la importancia de la fuerza, porque es menester conocer muy poco de la naturaleza humana para creer que ella se acomodaría espontáneamente a tal sistema: es el materialismo el más brutal y el más franco que jamás se ha imaginado[47].

Hasta aquí Belime. Oigamos ahora a Bastiat, el economista que más ha apreciado el *comunismo* bajo todas sus formas.

Primeramente, dice, ¿qué debe entenderse por comunismo? Hay muchos modos de realizar la comunión de los bienes, al menos de intentarla. Lamartine dice que hay cuatro, Thiers piensa que hay miles, y Bastiat es de la misma opinión de éste; pero dice que todos esos modos pueden reducirse a tres categorías generales, y una sola de las cuales ofrece verdaderos peligros.

En primer lugar, dos o más hombres pueden decidir poner su trabajo y su vida en común; mientras ellos no intenten perturbar la seguridad, ni ofender la libertad, ni usurpar la propiedad de los otros, directa o indirectamente, si algún mal hacen, solo a sí mismos se lo hacen. La tendencia de tal gente será siempre la de ir a remotos desiertos a promover la realización de su sueño.

47. W. Belime, *op. cit.*

Quien quiera que haya reflexionado sobre esas materias reconocerá que esos mezquinos apenas perecerán víctimas de sus ilusiones. Debemos deplorar la ceguera de esos seres, a los cuales fuera obligación nuestra darles consejos, si ellos estuvieran en estado de prestarles oído; pero nada tiene que temer la sociedad de sus quimeras.

La segunda especie de comunismo, seguramente la más brutal, es esta: *hacer una masa de todos los valores existentes y dividirlos igualmente*. Esta especie es la *expoliación* convertida en regla dominante y universal; es la destrucción no solamente de la propiedad, sino también del trabajo, y del móvil, que determina al hombre a trabajar. Este comunismo es tan violento, tan absurdo, tan monstruoso, que en realidad no puede considerarse peligroso. No, el comunismo no es peligroso cuando él se fundamenta en la forma más llana, que es la de *pura y simple expoliación*; ¡y no es peligroso porque causa horror!

El comunismo, sin embargo, se reviste de una tercera forma; esto es, haciendo intervenir al Estado, atribuyéndole la misión de pesar las ganancias y de equilibrar las fortunas, sacando de unos sin su consentimiento para dar a otros sin retribución. El encargo de realizar la obra de nivelación por medio de la expoliación es sin ninguna duda también comunismo. Ni los procesos empleados por el Estado para conseguir este fin, ni tampoco las bellas palabras con que acostumbran ornar ese pensamiento, pueden mudarle la esencia.

Sea que el Estado promueva la realización del mismo pensamiento por medios directos o indirectos, por la restricción o por el impuesto, por las tarifas o por el derecho al trabajo; sea que lo presente bajo la invocación de la igualdad, de la solidaridad y de la fraternidad, esto no cambia la naturaleza de las cosas; el robo de las propiedades no deja de serlo, porque se ejecute con regularidad, sistemáticamente con orden y por la acción de la ley. Bastiat agrega que, en nuestro tiempo, este es el comunismo verdaderamente peligroso[48].

48. ¿Por qué razón? Terminemos con el pensamiento de Bastiat: ¡porque bajo esta forma nosotros lo vemos a cada paso al punto de invadirlo todo! Y si no es así, obsérvese que uno pide que el Estado provea gratuitamente a los artistas, a los labradores, *instrumentos de trabajo*, lo que equivale a invitar al Estado a que arrebate a otros artistas, a otros labradores. Aquel quiere que el Estado haga préstamos sin intereses, lo que no es posible hacer sin violar la propiedad. El otro reclama la educación gratuita en todos los grados: *¡gratuita!*, o sea, a costa de los contribuyentes. Este exige que el Estado subvencione las asociaciones de obreros, los teatros, los artistas, los especuladores de todo género, etc., pero esas subvenciones son otros tantos valores sustraídos a aquellos que los habían legítimamente ganado. Finalmente uno o muchos no descansarán mientras el Estado no haya artificialmente hecho aumentar el precio de un producto para bien de aquel que lo venda; aunque en detrimento de quien lo compre. Sí, bajo esta forma hay pocas personas que una u otra vez no sean comunistas; y en este caso nadie más *comunista* que el gobierno de Brasil.

XX
EPÍLOGO

Del extracto, pues, de todos estos sistemas y doctrinas se deduce que todos ellos, unos más otros menos, tienen por fin la rehabilitación de la carne por medio de los goces y placeres materiales; que todos desconocen el dogma cristiano del libre albedrío; que todos toman por base la antítesis de la sociedad actual, o sea, o la expoliación de la propiedad o la extinción de la familia; y, finalmente, que todos tienden al regreso de la civilización actual. Y, sin embargo, por entre las sombras que enlutan ese cuadro de muerte-dolor, aparece de vez en cuando el reflejo de la ley providencial, que rige los destinos humanos.

Bien se ve que tanta locura no podría abarcar tan gran número de hombres, si la Providencia, en sus inescrutables designios, no consintiera en estas aberraciones continuas del espíritu humano. ¿Y para qué? He ahí el dogma cristiano del libre albedrío contra el de la fatalidad inexorable. Lo cierto es que todos trabajan para realizar los fines de la gran misión del hombre sobre la tierra, la perfección de la humanidad.

Casi todos esos reformadores restringen sus doctrinas a pequeñas asociaciones, pretendiendo separarlas del resto del mundo; y, sin embargo, todos revelan la tendencia manifiesta de formar del género humano una sola e inmensa familia. De esta contradicción palpitante resulta la convicción plena de que todos están de acuerdo en cuanto al fin y solo difieren en los medios.

La civilización actual es obra, sin duda, del cristianismo; ella ha de realizar la misión que le fuera confiada por la Providencia Divina: el mundo será la patria del hombre y el género humano *una sola familia*. El propio Cristo, explicando a sus discípulos el fin de sus trabajos y de su misión, les anunció

que vendría un día, en el cual no habría en la tierra más que un pastor y un *solo rebaño*[49].

Todo, en los designios de Dios, tiende a constituir en el seno de la humanidad esa maravillosa *unidad*. El hombre camina y Dios conduce, dice el filósofo cristiano.

¿Podría alguien pensar que la Providencia fuese extraña a ese prodigioso desarrollo de la industria moderna, a esos admirables descubrimientos, que el genio más vasto y más osado no habría previsto hace cincuenta años? Si la industria borra las distancias, dice el sabio obispo de Estrasburgo, si ella rompe las barreras, que el tiempo y el espacio oponen a sus creaciones, abre también una vía más rápida a las divinas enseñanzas del evangelio; ella hace desaparecer las fronteras, destruye los límites que separan los pueblos, para no hacer de ellos sino *una sola* y *misma familia*, unida en la *caridad*, y en la práctica de las virtudes cristianas[50].

Ningún temor por lo tanto nos pueden infundir los pseudos-socialistas, contra los cuales la sociedad se halla prevenida, y el único mal que debemos deplorar es, como ya dijimos, que todas esas concepciones extravagantes hayan desviado por más de veinte años el espíritu público del verdadero camino de las mejoras posibles, abandonando las reformas practicables por todas esas quimeras. Pero, en fin, consolémonos con el recuerdo de que es por las pruebas que debemos alcanzar la perfectibilidad humana.

49. *Et alias oves habeo, quae non sunt ex hoc ovili: et illas oportet me adducere, et vocem meam audiem, et fiet unum ovile et unus pastor.* (También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir y escucharán mi voz; *y habrá un solo rebaño, un solo pastor*). Evangelio según san Juan, La Biblia, c. X: 16. (N. del T.): la cita original está solo en latín.

50. Hugues Félicité Robert de Lamennais, *Le livre du Peuple*, 3ª ed., Paris, Pagnerre, 1838. Godwin y Madame de Staël creen que la perfectibilidad humana consiste en el desarrollo absoluto de las facultades intelectuales, abstracción hecha de todo el principio del deber, como si la sociedad dependiera de sí solamente para el progreso moral sin el auxilio de la ley de la gracia; Lamennais, por el contrario, dice que por medio del trabajo y de la ilustración del espíritu es que el hombre entra de nuevo en la mira del Creador; porque el hombre tiene dos suertes de vida, la del cuerpo y la del espíritu: la primera se mantiene por el trabajo y la segunda por el conocimiento de la ley religiosa y moral y por las leyes físicas del universo.

XXI
COSMOGONÍA

¿Para qué una nueva cosmogonía? Tenemos la de Moisés y nos basta. Para nuestro sistema, tanto nos sirve el Génesis como la cosmogonía de los caldeos, de los persas, de los brahmanes, o de Fourier. Existe el mundo como es y el hombre que lo habita, ambos obra del mismo Dios. Las relaciones entre el hombre y Dios, entre el hombre y el mundo material y de los hombres entre sí es lo que constituye la vida de la humanidad. En esas relaciones, ¿qué nos importa el Universo? ¿Qué tenemos que ver con esos setenta y cinco millones de estrellas fijas solamente en el hemisferio norte? ¿Representará cada una de esas estrellas fijas un sistema solar como el nuestro, con sus 17* planetas, además de los satélites de esos planetas?

Todo eso importa de verdad para la ciencia y satisface el orgullo del hombre, pero no satisface sus necesidades ni concurre para su bienestar, sino en cuanto la ciencia saca partido en provecho de la navegación, de la agricultura, etc. Pero alguna diferencia se nota entre la cosmogonía de Moisés y el resultado de la experiencia y del estudio de los hombres sobre nuestro globo. Diremos, por lo tanto, algo al respecto, puesto que solo reproducimos un trabajo ya publicado en otro tiempo.

Moisés, el más antiguo historiador que se conoce, el más sublime filósofo y el más sabio de todos los legisladores, según Bossuet, comienza su primer libro con estas palabras “En el principio creó Dios el cielo y la tierra”, lo que quiere decir que hubo un tiempo en que esta tierra que habitamos, el sol, la luna, las innumerables estrellas y todo cuanto vemos y observamos, recibió

* Así en el original. (N. de B.A.).

su existencia de la voluntad y del poder de Dios. Eso aconteció en el *principio*, pero, ¿cuándo fue ese *principio*?

¡Dios creó el mundo en seis días! ¿Pero cómo son los días de Dios? Sea que uno considere el día durante una rotación completa de la Tierra sobre sí misma, sea el espacio de tiempo en que el Sol permanece bajo nuestra vista, lo cierto es que esos fenómenos no se dan, ni pueden darse en lo que concierne a Dios, que está fuera del globo, y cercado de su propia luz. ¿Qué son, pues, los días para Dios? ¿Cómo debía haber sido el mundo en su origen? Reconstruyamos, pues, por la ciencia y por la intuición un pasado enteramente perdido.

El globo, en su origen, debía hallarse vacío y desnudo. La parte que llamamos actualmente tierra no era más que una masa bruta. Las porciones sólidas y las aguas se hallaban mezcladas como en un lodazal, una nata turbia envolvía toda la superficie. Ninguna planta podía vegetar en ese fango, que frecuentemente cambiaba de lugar. De esta suerte no podían existir seres vivientes por falta de alimento; todo era informe y estéril.

Ignoramos lo que pasa en el interior de nuestro planeta, ni podemos saber lo que podría contener en su origen. Sin embargo, por los continuos cambios o alteraciones que se operan en la superficie de la tierra, debemos creer que arde en su seno un fuego constante o por lo menos que se enciende de vez en cuando. Parece también que en la proporción que ese fuego consume una parte del cimiento interior, baja a su superficie, mientras que se eleva en otros lugares por la fuerza expansiva de los vapores subterráneos.

Es también verosímil o probable que, por efecto de esa combustión interior, se abrieran en la tierra vastos y profundos abismos en que las aguas se precipitaran, mientras que aparecieron montañas que debían dominar su superficie. Para fijar y mantener esos inmensos reservorios era menester que los bordes o cuestas fuesen tan sólidas y seguras que los pudieran contener. Se levantó entonces una violenta tempestad; el mar y sus olas encrespadas penetraron en esas tierras movedizas, dejando golfos y bahías, y separando porciones de tierra, las que hoy llamamos islas. De esa forma los cuerpos sólidos fueron fijándose, de manera que todas las partes lodosas desprendidas de las aguas, vinieron a pegarse a sus bases. Todo cuanto podía vivir y medrar dentro del agua, como plantas, conchas, peces, se halló entonces envuelto en una masa dura y fueron acumulándose por capas sobrepuestas.

Aún así, muy distante estaba el mundo de su forma actual. La constante ebullición, producida por el fuego interior de la Tierra, fue purificando las masas separadas de las aguas y, sucesivamente, se formaron rocas sólidas y permanentes, las cuales podían resistir las tempestades. Esas rocas (masas de granito o montañas primitivas), verdadero esqueleto de la Tierra, deben ser, en consecuencia, mucho más antiguas que la forma actual del globo y de la raza humana que lo habita. Antes de la formación de esas rocas, el suelo no podía tomar la consistencia necesaria para imponer límites a los mares; no obstante, después las tierras fueron respetadas por las aguas y su forma se conservó.

Que la Tierra haya sido formada de la manera que acabamos de relatar y que toda la superficie del globo estuvo inundada es cosa sobre la cual tenemos hoy pruebas irrefutables, no solo por la gran cantidad de sustancias marinas y de conchas que se han hallado sobre las más altas montañas, como en las entrañas de la Tierra, donde profundas excavaciones han revelado la existencia de esos cuerpos petrificados y dispuestos en capas. Las convulsiones de la naturaleza debían reproducirse en la primera forma de nuestro globo, porque solo por estos grandes cataclismos podremos explicar las diversas alteraciones de su superficie.

Después de que las primeras rocas fueron formadas, otro gran huracán se levantó, tan violento que no hay antecedentes de que pudiera haber existido otro igual. Esa furiosa tempestad, partiendo del sudeste, arrasó todo el continente; y si las rocas no se hubieran opuesto a su violento impulso, habría arrojado hacia las montañas glaciales de Siberia todo cuanto hubiera encontrado por delante. Es igualmente probable que en el hemisferio sur hubiese pocas rocas, y por esa razón fuese todo destruido, al punto de no ofrecer hoy sino mares cubiertos de hielo. La masa del suelo fue arrojada de regreso para Asia.

África hubiera también desaparecido si su punta meridional, o sea, las montañas del cabo de la Buena Esperanza, no hubiese resistido a esa tremenda tempestad. Puede decirse que aquel continente fue preservado tan solo por la existencia de esa punta. Tanto es así que las tierras vecinas de uno y del otro lado fueron dispersadas y lo que no pudo ser llevado más lejos, por causa del peso de esas masas de montañas, quedó en la parte del este, en las inmediaciones, como, por ejemplo, la isla de Madagascar.

América muestra, igualmente, por la parte sur, una punta de rocas que aparecen desnudas, porque el huracán las despojó de toda tierra. Asia también presenta al sur muchos montes, entre los cuales el mar se precipitó. En cuanto al este, las partes de la tierra que fueron separadas y arrojadas, formaron todos esos grupos de islas de las Indias Orientales. Nueva Holanda*, la mayor de las islas, que componen la quinta parte del mundo, posee al occidente una amplia bahía, al sur una punta considerable, y al oriente dos islas (Nueva Zelanda).

Europa acaba del mismo modo al sur por un promontorio; desde ese cabo hacia el norte toda la región fue arrasada, con excepción de los lugares protegidos por las rocas. El mar penetró profundamente por todas partes donde no encontró montañas que se le opusieran. Fue de esa manera como se formó el famoso golfo de Vizcaya, entre Francia y España, el canal entre Francia e Inglaterra, el Mar del Norte y el Báltico, así como en Brasil la magnífica bahía de Río de Janeiro, rompiendo el mar por entre el Pico y el Pan de Azúcar, y arrojando las tierras que cubrían esas rocas, aquí y allí, formando esa inmensidad de islas que hoy allí se observan.

He ahí cómo se formó la superficie actual de nuestro globo. A pesar de que hoy la Tierra no sufre conmociones tan violentas, ni tan generales, su superficie no es siempre invariable, y la creación continúa su curso, que se anuncia por ligeros cambios en lugares específicos. No solo algunas localidades han descendido sino que otras se han elevado. Otras veces el suelo se sumerge, como según la tradición ocurrió con el amplio continente llamado Atlántida. Muchas de esas alteraciones suceden como consecuencia de varios fenómenos, como los terremotos por efecto de los fuegos subterráneos, las inundaciones, etc.[51].

---

* Nueva Holanda fue un nombre histórico que recibió la isla-continente de Australia. El nombre le fue aplicado por primera vez en 1644. (N. del T.).

51. Gottfried Gabriel Bredow, *Histoire Universelle a l' Usage de la Jeunesse*, Jean-Louis Moré; trad., Paris, A.B. Cherbuliez et Cie., 1838, t. I.

XXII
CREACIÓN DE LAS PLANTAS, DE LOS ANIMALES Y DEL HOMBRE

La Tierra, después de ganar la firmeza necesaria, y de tomar la forma que le estaba establecida, comenzó a producir las plantas, por la fuerza con que la había dotado el Creador. La vegetación fue maravillosa en las colinas como en los valles, en el pico de las montañas como en el fondo de los mares; cada especie se renueva por sí misma y se perpetúa por medio de su propia semilla. Así fue desde el origen del mundo hasta nuestros días y así será hasta la consumación de los siglos.

Después de los vegetales, que revisten la superficie de la Tierra y que sirven de alimento a los seres vivos, Dios creó los animales tan diversos en sus formas, tamaños y figuras que ninguna parte del mundo quedó sin habitantes que no gozasen de la existencia. De esa manera, la creación fue animada con infinitas especies y tan variadas que cuando ya la vista no las pudo diferenciar, vino el microscopio a descubrir nuevos mundos de animalejos poblando una gota de agua, mas las especies que la vista alcanza son ya innumerables. ¡Cuán incomprensibles son los prodigios de la creación!

Por los designios del Creador revelados en todas sus obras se ve que la creación de las plantas precedió la de los animales y, después de estos, la Tierra quedó así preparada para venir a ser la habitación del más perfecto de todos los seres, *el hombre* vio la luz[52]. La materia así dispuesta por sus formas

52. Es enteramente improbable que existieran hombres antes de la última revolución que dio nuestro globo en su forma actual. No se halla en toda la Tierra, ni en las capas inferiores, ningún vestigio de osamenta humana petrificada o fósil, ni señal de cualquier trabajo debido al hombre. Así, pues, la opinión de un sabio (Isaac Peyrère) publicada en 1655, acerca de la existencia de hombres antes de Adán, a los cuales él denominó Preadamitas no puede dejar de ser falsa y equivocada a pesar de

y propiedades, debía satisfacer todas las necesidades del hombre, estimular sus reflexiones y formar su espíritu. He ahí por qué la existencia de todas esas cosas debía preceder la del hombre, cuya imaginación luego se apoderó de todas las ventajas que su uso podría proporcionarle[53].

---

quererla sustentar con la Epístola de san Pablo a los Romanos, La Biblia, c. V: 12-13. Con todo, no valía la pena que quemaran su libro ni que lo redujeran a una dura prisión, de la cual no salió sino después de abjurar de su error.

53. Si el hombre no es, efectivamente, el último anillo de la cadena de la creación, parece por lo menos que fue uno de los últimos, porque en esos restos de las creaciones antediluvianas que se han encontrado en las diferentes capas sedimentarias del mundo primitivo, ningún vestigio se encuentra del hombre, mientras que se han encontrado millares de plantas y animales, cuyas especies ya no existen o dejaron de existir hace millares de años.

Se han encontrado monstruos en las entrañas de la tierra, donde yacían olvidados durante miles de años, y por primera vez se presentan en su grandeza natural, enteramente petrificados, sobre nuestra capa aluvial. Hablaremos de los que se refieren a las primeras capas sedimentarias.

Los *Plesiosaurianos* pertenecen absolutamente al segundo período sedimentario y, por lo que parece, se hallaban del todo extintos en el tercero. Estos monstruos tienen el cuerpo como la ballena, el pescuezo como el de las aves y la cabeza de caimán, una especie de cocodrilo.

La clase de los reptiles, a la que corresponden los *Plesiosaurianos* fue clasificada en cuatro órdenes por casi todos los paleontólogos, a saber: los *Saurianos*, de apariencia semejante a la de los cocodrilos; los *Ofidianos*, que tienen la forma de serpiente; los *Quelonianos*, entre los cuales predominaba el tipo de las tortugas; y los *Batracianos*, cuya configuración es del género *rana* y salamandra. Todos esos reptiles tenían las vértebras de una misma clase.

Restos y señales de estos monstruos fueron hallados en las canteras de silicio de Escocia, Inglaterra, Alemania y también de América. Se descubrieron algunas veces esqueletos enteros con escamas de pez entre las costillas, circunstancia que llevó a los sabios a deducir una súbita y gran revolución en la naturaleza, que fue la causa de su repentina muerte, quedando enterrados entre esas capas de tierra para resucitar después de miles de siglos.

Al mismo período de los *Plesiosaurianos* pertenece el *megalosaurio*, esa raza de gigantes escudados por su competente armadura. Esa aristocrática familia se distinguía no solo por su atavío de caballero armado sino también por sus disformes dimensiones, y la diferencia completa entre su construcción anatómica y el mundo animal de ahora. El megalosaurio reúne al mismo tiempo los caracteres de los reptiles y de los mamíferos. Parece que también vivía en las márgenes de los ríos o lagunas.

El *iguanodonte* es casi como el megalosaurio, aproximándose un poco más a los mamíferos. Es considerado como uno de los mayores monstruos que han existido, porque tiene más de cien pies de extensión, sin la cola. En el seno de un iguanodonte celebraron Cuvier, John Hunter, Ludkland, Mantell (el descubridor del iguanodonte) y más de treinta artistas, el más característico y significativo festín geológico, con más holgura y libertad que las que tuvo Jonás en el vientre de la ballena.

El *Laberintodonte*, rana gigantesca con 15 pies de largo, pertenece a la raza de los *Saurianos*. Todo eso prueba no solo las muchas revoluciones de nuestro planeta, indica también que la forma actual de su superficie está muy distante de lo que fuera en su primitiva estructura.

Sin embargo, dice Luckland, ni el geólogo, ni el anticuario que han explorado en vano todas esas capas sedimentarias, podrán aún descubrir vestigios de la raza humana; mientras que esos animales, que hace miles y miles de años se arrastraban sobre la superficie de nuestro globo, dejaron

El hombre, así colocado por el Creador, comprendió que todo cuanto existía, vegetal, animal o mineral, le pertenecía y que según los designios de Dios debía utilizarse, no solo para conservar y prolongar sus días, sino para instruirse y desarrollar su inteligencia. Nada hizo Dios de inútil, nada que debamos destruir por el placer de un mal designio, porque todo tiene sus fines en la naturaleza y debe marchar según los designios de quien la creó; y si no los comprendemos por nuestro corto entendimiento, hagamos por lo menos por descubrirlos, con el fin de cumplir con nuestros destinos.

Al principio, Dios creó tan solamente un *hombre y una mujer*, porque su sabiduría nada hizo que sea superfluo. Su omnipotencia habría producido al mismo tiempo millones de seres de la misma especie, y con ellos ocupado la Tierra de uno al otro extremo, pero antes quiso que ella se poblase con los descendientes de una sola familia. La Biblia da a estos dos seres humanos el nombre de Adán y Eva, de dos palabras hebraicas que significan *"hombre y mujer"*.

Es una cuestión interesante, que mucho se ha ventilado, el saber si el género humano parte de un solo tronco o si hubo cuatro razas distintas, como algunos pretenden. La opinión de que todos pertenecemos a una sola familia aún no fue considerada equivocada, ni por los fisiólogos más entusiastas, es por esto que no hay raza que no sea susceptible de mejora, por el cruce. Trataremos esta cuestión en otro lugar más pertinente.

---

monumentos indelebles de su existencia; hasta las plantas perfectamente grabadas en las rocas como el pie de nuestros animales domésticos en la arena húmeda; como si la naturaleza quisiera mostrarnos con aire de justo desdén la diferencia que existe entre su progreso silencioso y el arrebatado vuelo del más elevado espíritu. Illust. hesp. [Así en el original].

XXIII

LA EDAD DEL MUNDO

Dice el Génesis: "en el principio creó Dios el Cielo y la Tierra", pero, ¿cuándo fue ese *principio*? ¿Hace cuántos años, miles y millones de años fue la Tierra creada? Es eso lo que la divina sabiduría no juzgó conveniente revelar a los hombres; además, semejante revelación es muy poco necesaria para la salvación o para la felicidad del género humano.

Los teólogos han juzgado, computando la longevidad de los patriarcas que la Biblia menciona, que la Tierra debía tener cerca de cuatro mil años en la época del nacimiento de Jesucristo; así podemos deducir que hace aproximadamente seis mil años que la Tierra existe. Los geólogos, por el contrario, considerando la obra del Creador según su propia naturaleza, a través de las indagaciones e investigaciones sobre los lechos de roca de las montañas y examinando particularmente las capas de lava transformadas en tierra vegetal, después de lanzadas por los cráteres del Etna y de otros volcanes, infirieron que la Tierra debía contar con una existencia mayor de seis mil años, aun cuando no fuese habitada sino después de esa época.

Efectivamente, los sabios del Instituto de Francia que acompañaron la expedición a Egipto, a finales del siglo XVIII, examinaron la base de una de las tres grandes pirámides (conocida por el nombre de Keops) y vieron que estaba asentada sobre una capa *terciaria*, por lo que dedujeron que tenía cuatro mil años de existencia. Ahora, computando por el Génesis la época del diluvio universal, ocurrido en el año de la creación del mundo de 1656, se concluye que esa pirámide había sido construida incluso antes de Abraham, o poco más de 200 años después del diluvio, lo que parece imposible, pues los mismos sabios calcularon que, para hacerla, eran necesarios cien mil obreros

durante el período de veinte años, trabajo que comprobaba la existencia de una gran nación fuertemente constituida, amén de un estado de civilización muy adelantado, como se puede conocer por el siguiente hecho:

Los mismos sabios que llegaron a Egipto admiraron la ingente mole que forma el vértice de esa gran pirámide; ni ellos pudieron comprender la manera cómo fue colocada a una altura de seiscientos pies una piedra de tan prodigiosa grandeza y peso. Todas las reglas de la mecánica moderna no bastaban para explicar la concepción de semejante arrojo; pero allí estaba la piedra atestiguando la insuficiencia de los modernos y la superioridad de aquel pueblo en cuanto a las ciencias aplicadas. ¿Tendría ese mismo pueblo solamente dos siglos de existencia? Imposible respuesta.

Por lo dicho en los dos capítulos anteriores, se conocerá que el período de seis mil años desde la creación es tan corto y tan limitado que en ese período apenas podría nuestro globo salir de su embrión. Muchos sabios son de la opinión de que el mundo tenía de existencia muchos miles de años antes del período *adamita*, tal como lo establece el texto hebreo o la Vulgata. Pasemos ahora a examinar por la ciencia, si es posible calcular, no el origen del mundo, que para mí es y será siempre un misterio, pero por lo menos una época cierta de existencia conocida.

Se sabe que el *nudo equinoccial* (punto equinoccial en que comienza el solsticio de verano o del invierno, o cualquiera de los equinoccios) recorre por su movimiento retrógrado un grado en cada período de 72 años; y por consiguiente sale de un signo en 2.160 años, porque cada signo tiene 30 grados; así, solo al fin de 25.920 años es que el *nudo equinoccial* vuelve a su punto de partida, o que se completa el período zodiacal.

Ahora, estando de acuerdo muchos sabios que en el reinado de Sesostris, por el año de 1420 antes de la era actual (otros pretenden que Sesostris reinó entre 1565 y 1499), se completó un período zodiacal, o sea, que el *nudo equinoccial* había vuelto a su punto de partida, se concluye que hasta entonces tendría el mundo por lo menos cerca de 26 mil años de existencia. ¿Pero quién pudo, ya no digo aseverar, sino tan solo imaginar cuántos períodos zodiacales había recorrido el mundo? Locura sería negarlo, a no ser la fe explícita que requiere el primer libro del Pentateuco[54].

54. El mundo es de toda la eternidad, afirman muchos sabios, fundados en el principio de la materia, en que él se divide; de manera que, estando la Tierra cubierta por las aguas durante muchos siglos,

He ahí también nuestra cosmogonía, porque quisimos acompañar el proceso de todos esos creadores o forjadores de sistemas, sin importarnos en nuestro caso cuántos años de existencia tiene el mundo. Existe, y nos basta para nuestro sistema moral y filosófico.

---

aún así esta o cualquier otra mutación de su forma no podía aniquilar la existencia de su naturaleza primitiva.

Que el mundo primitivo no tenía la superficie que tiene actualmente, es generalmente sabido y hasta de innegable evidencia; así como que en cualquiera de las diferentes mutaciones que atravesó, podía llevar siglos y miles de años sin perder ninguna de las disposiciones que hoy lo caracterizan. Podía hasta existir por miles de años sin habitantes, así como el hombre podía ser el último anillo de la cadena de toda la creación.

Sea cual fuese la importancia de esas diferentes hipótesis, lo cierto es que los chinos y los japoneses cuentan con 54 mil años de una ilustración no interrumpida, y lo prueban por medio de monumentos indelebles, escritos o grabados sobre la piedra y sobre los metales. Hablo de la *ilustración*, y no de la mera civilización, porque para esta basta la reunión de un pueblo en sociedad, con un idioma que exprese sus pensamientos, y algunos preceptos reglamentarios acerca de la vida en común, mientras que para aquella es menester que el pueblo haya recorrido la escala de las artes y de los conocimientos útiles, que haya entrado en el secreto de las ciencias y pueda leer el libro abierto de la naturaleza.

Ahora, para pasar del estado de pura naturaleza al de civilización y de este al de ilustración, ¿cuántos siglos o miles de años no serán necesarios? Egipto, Etiopía, Arabia feliz y Caldea nos ofrecen aún hoy restos de una civilización cuyo origen remonta con solemne majestad la noche profunda de los tiempos. Si hay un continente que pueda presentar una prueba irrecusable de esa antigüedad asombrosa, es sin duda América. Ahí están las famosas y colosales ruinas de Palenque y de Chichen Itzá para atestiguarlo. Era ella tan anterior al pueblo que habitaba este continente cuando a él llegaron los primeros descubridores, que les era enteramente desconocida. Los propios mexicanos ignoraban la existencia de esas ruinas silenciosas en su seno como si estuvieran a miles de leguas de distancia.

¡Seis mil años de existencia para la Tierra, y no solo para la Tierra sino para el cielo, para la luz, para las estrellas, para el sol y para la luna! ¿Qué hacía, pues, la Divinidad antes de esa época? Siendo eterna, ¿dónde existía? Según esta doctrina, la Divinidad estaba envuelta en tinieblas y en el caos desde toda la eternidad, pues que solo se hizo la luz hace seis mil años: ¡los campos del infinito eran apenas un calabozo en que se hallaba encerrada la Divinidad! ¡Seis mil años apenas para toda la creación! ¡Qué blasfemia!

Seis mil años apenas para toda la creación, dijimos nosotros, sí, he ahí cómo explican los teólogos el sentido de las palabras de Moisés, cuando dice: "en el *principio* creó Dios el Cielo y la Tierra", "En el *principio* –dicen los intérpretes y los comentadores sagrados–, esto es, antes de todo comienzo, antes de todo orden de principios, antes de toda la serie de hechos, antes de toda la existencia de cosas, cuando nada aún había comenzado, cuando nada había tenido principio, cuando todo estaba por comenzar, cuando todo era apenas posible y nada existía en acto".

Si este era el *principio* en el que Dios creó todo hace seis mil años solamente, ¿qué idea tendrían de la Divinidad semejantes comentadores? Más avisados anduvieron algunos padres de la Iglesia, como Tertuliano, san Agustín, san Ambrosio y otros, dando diversos sentidos a la palabra *principio*, tomándola como poder y autoridad, o como sabiduría, o como el *verbo* divino, por el cual y en el cual todo fue hecho, etc. Es bueno creer implícitamente en todo cuanto dicen los libros sagrados, menos en aquello que se oponga al poder y a la majestad de Dios, que está muy por encima de todo lo creado.

XXIV
LA RAZA HUMANA Y SUS ESPECIES

Dijimos[55]: "Cuando una raza predomine, cuando la raza caucásica y *primitiva* se haya extendido por toda la Tierra, el género humano formará una sola familia, porque tal es la ley providencial de su inmenso destino". Es necesario probar, en primer lugar, que la raza caucásica es en realidad la primitiva y, en segundo lugar, que ella predominará sobre todas las otras razas.

Examinemos el estado actual del género humano y veamos si en realidad tantas razas distintas podrían salir de un solo tronco. Dice Virey[56] que actualmente existen dos *especies*: la primera se diferencia por el ángulo facial de 85 a 90 grados, y abarca las cuatro razas siguientes: 1ª raza *blanca* (árabe-india, céltica y caucásica), 2ª raza *amarilla* (china, calmuco-mongol y laponio-ostiaca), 3ª raza *roja* (americanos o caribes), 4ª raza *pardo-oscura* (malaya o polinésica). La segunda especie se diferencia por el ángulo facial de 75 a 80 grados y abarca otras dos razas: 1ª raza *negra* (cafres y negros), 2ª raza negral, o sea tirando a *negro* (hotentotes y papús).

La mayor parte de los zoólogos solo distinguen cuatro razas, a saber: *blanca* o caucásica, *amarilla* o mongol, *roja* o cobriza, llamada malaya, y la *negra* o etíope. Todos dicen que los americanos llegaron desde Asia y son verdaderas transmigraciones de las razas mongol y malaya, y aún nadie supone que formaran una raza aparte. Las tres primeras razas solo se distinguen en el color por los matices que ofrecen, pues pertenecen a la primera especie, o sea, tienen todas el ángulo facial de 85 a 90 grados; la cuarta, sin embargo,

55. Véase en la presente edición el c. VIII.
56. Julien Joseph Virey, *Historia natural del género humano*, Antonio Bergnes Las Casas; trad., 2ª ed., Barcelona, s/d, 1835.

pertenece a la segunda especie, y no solo se distingue por el ángulo facial más agudo, sino también por los cabellos lanosos y rizados. El gran contraste, por lo tanto, existe entre la primera y la cuarta raza (caucásica y etíope), o sea, entre blancos y negros.

Si comprobamos que estas dos razas pueden fundirse una en la otra y que puede desaparer cualquiera de ellas por la mezcla y por el paso del tiempo, quedará probado también que hubo una sola raza primitiva y que las razas existentes son degeneraciones de aquella. Es opinión constante, y aún nadie demostró que es equivocada, que el género humano partió de un solo tronco y que todos pertenecemos a una sola familia. Pero, ¿cómo el blanco se volvió negro; cómo los cabellos lisos, rubios y estirados, se convirtieron en negros, crespos y lanosos; cómo tomaron diversas formas los labios, nariz, pómulos y la estructura del cráneo, de las mandíbulas, de la caja torácica, que en esas razas tienen conformación distinta?

Veamos qué dice el célebre Volney[57] al sustentar la opinión, anunciada por nosotros, que el género humano partió de un solo tronco, y de qué manera la misma raza podía haber degenerado por efecto del clima y de otras causas naturales.

"Efectivamente, observo que la fisonomía de los negros representa precisamente ese estado de contracción que toma nuestra cara cuando recibe la luz de frente, o es herida por una fuerte reverberación de calor. Entonces la frente se arruga, los pómulos se elevan, los párpados se cierran, la boca toma naturalmente un gesto de disgusto. ¿Esa contracción de las partes móviles no puede en el tiempo subsiguiente influir sobre las partes sólidas y así moldear la estructura de los huesos? En los países fríos, el viento, la nieve, el aire helado causan casi el mismo efecto que el exceso de luz en los países calientes; y vemos cómo casi todos los salvajes, expuestos a la inclemencia del aire, tienen algo de la apariencia de la cabeza de los negros.

"Se sigue después la costumbre de moldear la cabeza de los niños, hasta incluso por el uso de ciertas cofias, como por ejemplo entre los tártaros, quienes usan un bonete alto, el cual aprieta las sienes y provoca la elevación de las cejas; y me parece la causa de la *ceja de cabra*, que se nota entre los chinos y

---

57. Constantin François Volney, *Viaje por Egipto y Siria durante los años de 1783, 1784 y 1785*, Nicolás Lluy; trad., París, Imprenta de Julio Didot, 1830.

los calmucos. En las zonas temperadas y entre los pueblos que habitan bajo techo, esas diversas circunstancias desaparecen, las facciones se muestran de perfil por el reposo de los músculos y los ojos a flor de la cara, porque están protegidos contra la acción del aire"[58].

Una cosa sabida es que no hay raza que no sea susceptible de mejorar. Al observar las dos razas extremas y más diferenciadas (la blanca y la negra), vemos que, al cruzarse en una progresión constante hacia uno u otro lado, al cabo de cuatro generaciones se eliminan enteramente los vestigios de una de las razas primitivas, como por ejemplo, un blanco con una negra. Y si la hija de esa pareja se une a otro blanco, y así sucesivamente, en la cuarta generación se vuelve el descendiente enteramente blanco; o viceversa, si el cruce continúa con la raza negra. Si fuesen familias diferentes, no habría concepción, o el resultado del coito sería un monstruo, y los monstruos no procrean. Así, cada familia se conservaría intacta y sin alteración, como ocurre con la de varios animales que conocemos.

No hay, por lo tanto, la menor duda de que todas esas razas forman una y la misma familia, y por consiguiente podían haber procedido de un solo tronco y que ese tronco fue la raza blanca, porque solo de ella podrían nacer las degeneraciones que se notan en las otras razas. Ahora es necesario probar que la raza caucásica es la única que promete absorber todas las otras y que por fin habrá de predominar por su inmensa energía, vasta inteligencia y rápido desarrollo; mientras que todas las otras razas disminuyen o desaparecen de la Tierra, por una marcha gradual y retroactiva.

58. *Ibid.*

XXV
CONTINUACIÓN DEL MISMO TEMA

Además de la raza céltica o caucásica, conocemos en Europa tres invasiones de razas diferentes: la de los árabes africanos (de la familia semítica) al principio del siglo VIII; la de los gitanos o bohemios en el siglo XII o XIII después de las primeras cruzadas; y la de los negros en Portugal y España a mediados del siglo XV. Nadie sabe, con certeza, de dónde proceden los gitanos, pero ellos mismos se dicen de Egipto y, por lo tanto, es probable que pertenezcan a la raza de los coptos. Lo cierto es que semejante raza inundó Europa en todos los sentidos.

Pues bien, de la primera de esas razas, la árabe, apenas restan vestigios en la Península Ibérica por la mezcla con la raza céltica que la absorbió, a pesar de haber dominado España durante siete siglos; de la segunda, los gitanos, existen aún, de acuerdo con las mejores estadísticas, 700 mil diseminados por toda Europa; y la tercera, negra, ha desaparecido después de la emancipación absoluta de Portugal y sus islas; por consiguiente prevalece en toda Europa la raza caucásica, la más civilizada de todas las razas.

En América existían las razas mongol y malaya, o la raza americana-caribe, como la denomina Virey. La población de América era asombrosa, tanto en las islas como en el continente, desde el Cabo de Hornos hasta la Bahía de Banfin, desde la costa del mar hasta el más elevado páramo de la Cordillera de los Andes, desde el Atlántico hasta el Pacífico. No había río cuyos márgenes no fuesen poblados de aborígenes: el río San Lorenzo y el Mississippi, el Orinoco y el Amazonas, el Río Dulce como el Río de la Plata. Grandes imperios, como el de México y del Perú; grandes repúblicas, como la de Tlaxcala y la de los Muiscas en Cundinamarca.

De acuerdo con el informe del padre Christoval da Acunha (Cristovão da Cunha), jesuita que acompañó en su regreso de Quito al Pará al capitán Pedro Teixeira en el año 1639, la población en ambas orillas del Amazonas era tan compacta en el espacio de 1.276 leguas, desde la confluencia del Napo hasta la boca de aquel río, que el golpe de hacha en una aldea podía ser oída en la aldea de otra tribu. Toda la costa de Brasil y todos los sertones* estaban inmensamente poblados, tal como lo mencionan Simão de Vasconcellos, padre Vieira, fray Gaspar da Madre de Deus, padre João Manuel, Vaissette, Charlevoix, Southey, padre Cazal, etc.

En el centro del imperio Mexicano existía la república de Tlaxcala que, según Herrera y Solís, contenía 18 millones de habitantes; ¿cuántos tendría todo el Imperio desde uno a otro mar, desde Nuevo México hasta el Istmo de Yucatán? ¿Qué habrá sido del Imperio Inca, desde Quito hasta Cuzco, en un espacio de más de quinientas leguas, que se franqueaba por una carretera perfectamente empedrada, y cuyos restos aún hoy se observan? La república federal de los Muiscas abarcaba toda la extensión entre los dos valles de Cúcuta y de Popayán, que conforma hoy la república de Nueva Granada.

En Chile existía la gran y poderosa nación de los araucanos, tan valiente y audaz que fue la única que resistió con asombro a los españoles, cuya guerra memorable fue cantada por Ercilla en un poema épico de indudable mérito. En Brasil, donde no había cacicazgos, existían sin embargo poderosas tribus, como la de los tupinambás, aymorés, caetés, goitacases, tamoyos, coroados, etc. Toda la extensión del Río de la Plata, desde su boca hasta el lago Ibera, con todos sus numerosos afluentes, era muy poblada por importantes hordas guerreras, así como las pampas de Buenos Aires y toda la costa de la Patagonia.

Los Estados Unidos estaban habitados también en la orilla de sus inmensos ríos y lagos, de sus costas marítimas, en sus cordilleras, hasta en sus desiertos arenosos de Savanah y de Florida. Ningún continente se encontraba tan habitado en el tiempo de la Conquista como América, y no seríamos exagerados si dijéramos que no menos de 300 millones de indígenas poblaban la cuarta parte del mundo, primera en riqueza natural y segunda en extensión.

---

* Se refiere a una región geográfica, el altiplano, de vegetación arbustiva y muy seca; cubre una región inmensa de Brasil. (N. del T.).

¿Qué se hizo de toda esa raza americana, de toda esa población gigantesca, de todos esos imperios y repúblicas colosales? Ha desaparecido casi en el espacio de tres siglos y medio, quedando de toda ella apenas la trigésima parte, o sea, máximo diez millones. ¿Qué raza será llamada a sustituir esa que desaparece a la vista? Es sin duda la raza caucásica.

Computemos la población actual de toda América (tanto en el continente como en las Antillas) en sesenta millones, así divididos: 30 millones de raza caucásica, 10 millones de raza americana, otros diez millones de africanos puros y los últimos diez millones de raza híbrida. Esos 60 millones pertenecen: 24 millones a los Estados Unidos, millón y medio al Canadá, tres millones y medio a las Antillas y Guyana, 22 millones a todas las repúblicas o ex colonias españolas, y 9 millones al Brasil, donde se supone que hay todavía dos millones de indígenas.

Pues la raza americana desaparecerá completamente en dos siglos, o aún antes, la raza negra un siglo después de la emancipación absoluta; y la raza híbrida será absorbida por la raza blanca, y América, como Europa, será habitada por una sola raza y esa raza será la caucásica o céltica.

África había resistido por cuatro siglos a toda especie de colonización más allá de las posesiones portuguesas. Hoy ella está invadida por el oriente y por el occidente, y ocupada por el norte y el sur. La raza negra, condenada a la desaparición gradual por la esclavitud, acabará como los lobos por la cultura y por la civilización[59].

Resta Asia, ya en gran parte habitada por la raza caucásica y por las razas mongol y malaya, quienes tanta afinidad tienen con aquella, porque en realidad todas pertenecen a la primera especie, o sea, todas tiene el mismo ángulo facial y los cabellos lisos y corredizos. La mezcla es por lo tanto más rápida, visto que en la segunda generación está eliminada la raza primitiva, al mismo tiempo que es tal vez la parte del mundo donde la raza caucásica venga a ser

59. En un artículo del *Courier des Etats Unis*, al hablar de las Islas Sandwich, encontramos la prueba de nuestra afirmación en las siguientes palabras: “La población indígena disminuye con rapidez increíble: el año pasado (1853) hubo 1.513 nacimientos y 8.026 óbitos, o sea una diferencia de 6.513 en contra del aumento de la población. La viruela, las bebidas alcohólicas, los vicios que acarrea la invasión de la raza blanca, y que los naturales no saben combatir, la pereza, todo contribuye para abreviar la extinción de la raza indígena. Los indígenas son, pues, absorbidos por el elemento extranjero, el cual conserva, a pesar suyo, las costumbres, sus hábitos, y toma parte activa en el gobierno del país, que en poco tiempo le pertenecerá exclusivamente”.

la más enérgica y la más inteligente por la mezcla, tornándose más depurada, como una recompensa, la civilización que de ella recibimos en el siglo XII y de ahí en adelante.

Hay también en todo eso un designio providencial, porque las razas desaparecen cuando no se mezclan, o no se cruzan, pues necesitan nueva savia o nueva sangre para regenerarse. Ese cruce es, pues, una necesidad que la Providencia creó para llevar a cabo su inmenso designio, conformando de todo el mundo habitado una sola nacionalidad, y de todos los hombres una sola familia. Para conseguirlo, era menester hacer desaparecer el odio que divide las razas, y el único medio era fundirlas en una sola por medio del cruce. Esto vendrá con el paso de los siglos y la raza caucásica predominará, no solo porque es la primitiva, sino porque también es la más enérgica y la más inteligente de todas las razas.

XXVI
CONCLUSIÓN DEL TEMA PRECEDENTE

Que la raza negra está condenada a desaparecer así como la raza americana es tan evidente que nos basta la historia para comprobarlo. Comencemos por Egipto.

Egipto, arrebatado hace más de 24 siglos a sus poseedores naturales, ha visto establecerse en él sucesivamente a persas, macedonios, romanos, griegos, árabes, georgianos y, finalmente, a esa raza de tártaros conocidos por el nombre de turcos otomanos. Actualmente, su población consta de cuatro razas distintas, a saber: 1º árabes, 2º coptos, que descienden de la antigua raza mezclada con los persas y griegos, quienes por su color y características filosóficas, dice Volney, son los verdaderos representantes de los egipcios, 3º turcos, quienes son los señores del país, los mismos pueblos a quienes los griegos llamaban *parthos*, *massagetos* y hasta *scytas*, y a los cuales hemos sustituido por el nombre de tártaros y 4º mamelucos, hoy casi extintos, nacidos al pie del Cáucaso, se distinguían de los otros habitantes por el color rubio de su pelo, distinto a los naturales de Egipto.

Los coptos, dijimos, descienden de la antigua raza mezclada con los persas y griegos. ¿Cuál era, pues, esa raza antigua y primitiva de Egipto? Es lo que se puede deducir del siguiente pasaje de Herodoto: "En cuanto a mí tengo que los Colchos son una colonia de los egipcios, porque, como ellos, tienen la piel negra y los cabellos crespos". Lo que quiere decir que los antiguos egipcios eran verdaderos negros de la especie de todos los naturales de África. Para corroborar esta aserción basta lo que dice Volney: que viendo la Esfinge luego concibiera que el carácter de los primeros habitantes de Egipto era el de los negros; y entonces exclama él: "¡Cuán gran objeto de meditación es ver

la barbarie y la ignorancia de los negros actuales, y pensar que esta raza, hoy nuestra esclava y objeto de nuestro desprecio, es la misma a quien debemos nuestras artes, nuestras ciencias y hasta el uso de la palabra; imaginar, en fin, que la raza que tuvo un genio tan profundo como el de los egipcios vendría a ser objeto de un problema: *¡si los negros tienen una inteligencia como la de los blancos!*”[60].

Blumenbach, profesor de anatomía de Gotinga, disecó varias momias de Egipto y dice que encontró en los cráneos caracteres distintos de tres razas de hombres, a saber: una era la raza etíope, bien caracterizada por los pómulos elevados, labios gruesos, nariz ancha y achatada, pupilas salientes, etc.; otra raza tenía los caracteres de los hindúes; y la tercera mixta, al participar de las dos primeras, o sea, del mismo modo que Volney describe los coptos actuales.

Ahora hablaremos de los mamelucos para deducir un argumento en favor de nuestra proposición. Los egipcios mandaban traer esclavos de las orillas del Cuban y del Phaso, y de ellos hacían su milicia desde el siglo XIII, milicia de esclavos que llegó a los 80 mil. Los mamelucos eran de la más pura raza caucásica, como son todos los de Georgia, Mingrelia, Circasia, etc. Fue tal y tan poderosa esa milicia de esclavos que dominó Egipto durante muchos años. Mehemet Alí acabó con ella para poder imponer su autoridad. Se supondría que tal vez por su duración esta milicia se perpetuaba en el país por medio de la sucesión; pero no era así: ella se renovaba siempre con nuevas partidas de esclavos, porque no hubo durante seis siglos ejemplo de que naciera un solo hijo de algún mameluco casado con mujer de su país.

Sin embargo, ellos se perpetuaban casándose con las egipcias, pero era raro aquel que lo hacía; preferían siempre casarse con las mujeres de su propio país, transportadas como esclavas de Georgia, Mingrelia, etc. ¿Cómo explicar la singularidad de ese fenómeno, viendo a hombres robustos y bien constituidos, casados con mujeres de la misma condición y vigor y no poder conservar su raza en las orillas del Nilo, ni naturalizar en él la sangre pura caucásica? Aquí está la explicación de ese prodigioso fenómeno: por la marcha de la ley providencial convenía la fusión de las razas caucásica y egipcia, porque esa mezcla por espacio de seis siglos habría hecho de Egipto un país de gente

60. C.F. Volney, *op. cit.*

blanca; pero la Providencia fue contrariada en sus designios, puesto que tal vez un prejuicio, un preconcepto popular, no permitió la fusión de las razas para mejorarlas. ¿Y el resultado? ¡La Providencia castigó a los mamelucos, negándoles a que se perpetuasen en los márgenes del Nilo por la muerte de todos sus hijos en tierna edad! ¡Qué prodigio!

Para comprobar lo que acabamos de decir basta el siguiente pasaje de Volney: "Este país (las provincias del Cáucaso) fue en todos los tiempos un vivero de esclavos; los proveía a los griegos, a los romanos y a la antigua Asia. Pero, ¿no es singular lo que se lee en Herodoto, que antiguamente Cólchida (hoy Georgia) recibía los habitantes negros de Egipto, y ver que hoy le retribuye con otros tan distintos?". Cólchida, pues, recibía esclavos negros de Egipto y hoy vende esclavos blancos para el mismo Egipto; los Colchos eran negros, como dice Herodoto, y hoy son blancos, y de la más pura raza; es cierto, por lo tanto, que la mezcla hizo desaparecer en Cólchida, hoy Georgia, la raza etíope, sustituyéndola por la raza caucásica. Entre tanto, ¿dónde están los antiguos habitantes negros de Egipto? Ellos se fundieron con los persas y griegos y de esta mezcla, aún imperfecta, nacieron los coptos, especie de nuestros mulatos, o raza híbrida entre negro y blanco.

Hay un hecho generalmente reconocido, y es que el cruce de las razas casi siempre tiene lugar con ventaja de la raza más noble (permítasenos este término, partiendo de la raza caucásica hasta la etíope). Un hombre blanco, por ejemplo, procura sin dificultad una negra, pero una mujer blanca difícilmente busca a un negro. Los propios mulatos prefieren las blancas para el matrimonio, y muy rara vez se casan con mujer de más bajo *matiz*, porque buscan por instinto elevar su raza. Una mulata prefiere siempre un hombre blanco, y tampoco se casa con un negro sino raramente. Hay, pues, un instinto, un anhelo para mejorar su condición en las razas híbridas, instinto que la experiencia nos ha confirmado. En Haití, donde una mujer del país no puede casarse con un blanco, las mujeres de color (cuarteronas) prefieren ser antes *amasia* (amantes) de un extranjero que casarse con sus propios patricios.

Todos esos hechos prueban en demasía que la raza etíope tiende a desaparecer por el decurso del tiempo como la raza americana, o por la mezcla de otras razas, o por la civilización de los blancos, que para los negros es un veneno que los destruye. Tengo para mí que la emancipación absoluta de la esclavitud en América será el punto de partida para la decadencia total de

la raza etíope en nuestro continente, como ya ocurrió en Portugal y sus islas. En cuanto a África, la colonización creciente de los europeos hará lo mismo que ya hizo en América; o África permanecerá, como hasta aquí, bárbara y estacionaria, o pasará para el dominio europeo; en el primer caso, los negros se destruirán mutuamente poco a poco, y en el segundo, los blancos se encargarán de esa misión de exterminio, porque la raza negra, como la americana, está condenada a desaparecer de la faz de la tierra[61].

---

61. Parecerá tal vez extraordinario lo que avanzamos acerca de la extinción de la raza americana, aún salvaje; pero si reflexionamos que precedió a esa raza otra mucho más civilizada, y de la cual ningún otro vestigio resta de su grandeza sino esos monumentos colosales que atestiguan una civilización muy adelantada, veremos que nada más natural que desaparezca también aquella al comienzo de su civilización.
En efecto, ¿quién no ha oído hablar de Palenque y de Mitla, ciudades desiertas, de las cuales la primera abarca ocho leguas de extensión, ornadas de palacios y templos de granito y de mármol, silenciosas y abandonadas en el seno de México, como Memphis en las arenas de Egipto y Palmira en los desiertos de Siria?
A fines de 1841, B.M. Norman, habitante de Nueva Orleans, emprendió un viaje a Yucatán, cuyo resultado surgió a la luz en 1843. He aquí lo que dice él sobre las ruinas de Chichen Itzá, situadas a once leguas al suroeste de Valladolid. Antes de Norman, ningún otro viajero había visitado esos restos de civilización extinta:
"Cinco días consecutivos –así se expresa él–, empleé en caminar entre los monumentos en ruinas de una ciudad que debe haber sido de las mayores del mundo. Atónito contemplaba delante de mí, en un circuito de muchas millas de diámetro, paredes de palacios, templos y pirámides más o menos derruidas. La tierra sembrada, a perder de vista, de gigantescas columnas, unas ya rotas, otras casi enteras. Ninguna señal, ningún indicio mostraba aquel lugar de haber sido visitado antes de mí". B.M. Norman, *Ruined Cities of Yucatan: Rambles in Yucatan; or Notes of Travels through the Peninsula; Including a Visit to the Remarkable Ruins of Chi- Chen, Zayi, Kabah, and Uxmal*, 2ª ed., Nueva York, s/d, 1843.
Describe el viajero algunos de los muchos edificios que existen aún bien conservados en aquel vasto espacio, y entre otros un templo, cuyas paredes, cargadas de ornamentos esculpidos, tienen de largo más de 130 metros, y la parte del edificio, respetada por el tiempo, 18 metros de altura. Esas ruinas están asentadas en una amplia planicie, poco más o menos a cien millas de distancia del mar, y fuera de toda comunicación por agua. Visitó también Norman (*Synopsis* o *Deduc. chron.*, & c.) las principales ciudades de Yucatán, especialmente Mérida, Mani, anteriormente capital de la provincia, las ruinas de Ticul y Uxmal, y dibujó algunos de los monumentos más notables, obra que poseemos.
¿En qué época, pues, existieron esos pueblos de tanto poder y tanta industria? Debía ser bien remota para los que habitaron después los mismos lugares sin ninguna reminiscencia del pasado. La construcción de los edificios, que aún restan en esas ruinas, el género de arquitectura de los mexicanos y peruanos, como se ve por las pirámides de Cholula y de Tihauanacu, por los palacios de Cayambé y de Cajamarca, y por la misma ciudad de México, en gran parte conservada. Eran, por lo tanto, razas distintas, condenadas ambas a desaparecer en América, una mucho antes de la raza que denominamos americana y esta por la fatal sustitución de la raza caucásica.

XXVII

DIFERENCIAS NOTABLES ENTRE LAS CIVILIZACIONES ANTIGUAS Y LA MODERNA

Vamos ahora a hacer un esbozo del estado actual de la civilización para tratar sobre las instituciones civiles, políticas y religiosas, y de ahí concluir con nuestro principio, o sea, que hay una ley providencial que rige el complejo de los destinos humanos.

¿Qué es y qué significa la civilización actual? Por el lado moral es menester convenir que no estamos tan adelantados cuanto debíamos, pero excedemos en mucho a todas las civilizaciones que nos precedieron.

De todas esas civilizaciones antiguas solo tenemos conocimiento cabal de la de los griegos y los romanos. De la de los persas y medos, asirios o caldeos representada por los magos, y la de los egipcios por los sacerdotes de Isis, solo restan una historia truncada y algunos monumentos; de la de los hindúes, tal vez la más antigua, apenas teníamos hasta hace poco ligeras tradiciones. No obstante, hay dos hechos que nos pueden servir de brújula para guiarnos en el intrincado laberinto de nuestras meditaciones filosóficas: el primero, es que en todas esas antiguas civilizaciones prevaleció la esclavitud, que parece destinada a acabar en el transcurso de esta época; el segundo, es que ninguna de esas civilizaciones fue tan extensa como la actual, porque las antiguas se limitaron siempre a ciertas nacionalidades, mientras el resto del mundo continuaba sumergido en la barbarie y en la ignorancia.

Efectivamente, ¿qué nos queda de esas civilizaciones antiguas? Los persas, los egipcios, los asirios y caldeos, los indios y muchos otros pueblos de la más remota antigüedad, cuyos sabios formaban una especie de secta separada del resto del pueblo, no se servían de la escritura común para las ciencias que profesaban. Si admitimos un lenguaje peculiar a sus respectivas sectas, los

magos, los sacerdotes de Isis y los brahmanes solo se sirvieron de símbolos y de jeroglíficos para representar los fenómenos de la naturaleza que ellos habían observado y cuyo entendimiento les era reservado[62].

Los primeros griegos, que fueron a instruirse en el Oriente y Egipto, fueron iniciados en aquellos misterios y trajeron consigo el lenguaje de las ciencias, transmitido por ingeniosas alegorías. Extinta esa raza de sabios por las revoluciones que asolaron a Asia y a África, se perdió con ellos la clave de esa lengua misteriosa y apenas quedaron los símbolos sin significado alguno; así es que muchas cosas que pasaron por fabulosas durante veinte y treinta siglos porque no eran entendidas, hoy son otras verdades, reconocidas y demostradas después de nuevos descubrimientos.

Además de que, cuando por la irrupción de los bárbaros del norte fuera inundado el sur de Europa por esas hordas errantes, hambrientas de los bienes materiales que buscaban con sus conquistas, se perdió todo cuanto aún quedaba de precioso sobre las ciencias y las artes, cuyos fragmentos destacados apenas comunican la existencia de algún prodigio. En esa pérdida deploramos muchas invenciones curiosísimas y muchos hallazgos importantes de los que apenas tenemos hoy una idea limitada, o de cuya realidad por mucho tiempo dudamos, como los espejos de Arquímedes, las alas de Perseo, el fuego griego, etc.

Es, pues, de los griegos y de los romanos que nos quedaron los monumentos del saber en esas obras maravillosas, que aún hoy nos sirven de ejemplo y de lección, principalmente en filosofía racional y moral, en elocuencia, historia, poesía, medicina y jurisprudencia; pero en cuanto a sus instituciones políticas y civiles, nada aprendemos de ellos sino a detestarlas con todo nuestro corazón.

---

62. He ahí lo que eran los magos, sacerdotes de la religión de Zoroastro, entre los antiguos persas; ellos formaban una corporación dedicada al culto y a las ciencias; cultivaban sobre todo la astronomía, la astrología y otras ciencias ocultas, lo que hacía que se les atribuyese un poder sobrenatural, cuyo recuerdo se conserva aún entre nosotros en la palabra *mágica* o *magia*. San Mateo dice que tres de esos magos vinieron del Oriente hasta Belén a adorar a Jesucristo en su nacimiento; la tradición popular hizo de ellos tres reyes. Los sacerdotes de Isis en Egipto se encontraban en la misma situación, eran únicamente ellos los que cultivaban las ciencias, creando misterios de los cuales hicieron una iniciación, que pasó después a Grecia e Italia. Los brahmanes eran igualmente sacerdotes en el Indostán, pero estos formaban una clase y además del culto se dedicaban a las ciencias, de las que eran los únicos depositarios y por eso eran también los únicos sabios del país. Marie Nicolas Bouillet, *Dictionnarie Universel d' Histoire et de Geographie,* Paris, s/d, 1842.

Y de verdad ¿quién no ha oído desde su infancia ponderar la libertad y el espíritu de igualdad de Grecia y de Roma? Sin embargo, cuando contemplamos el género humano dividido en dos castas enemigas, de hombres que gozan y de hombres que padecen, volvemos, como para consolarnos, la vista hacia aquellos dos pueblos antiguos; pero ¡qué vemos!: en Esparta una aristocracia de treinta mil nobles tenía bajo el yugo horroroso a doscientos mil esclavos; para impedir la demasiada propagación de aquella especie de *negros*, los lacedemonios iban de noche a la habitación de los elotes, como en busca de animales feroces para destruirlos.

En Atenas, en el santuario de la libertad, existían cuatro esclavos por cada hombre libre; no había una sola casa donde aquellos pretendidos *demócratas* no ejercieran el régimen despótico de los antiguos colonos de América, con una crueldad digna de los tiranos; de cuatro millones de hombres que debieron poblar la antigua Grecia, más de tres millones eran esclavos; la desigualdad política y civil era el dogma de los pueblos y de los legisladores, que se hallaba consagrado por Licurgo y por Solón, profesado por Aristóteles, por el divino Platón[63], por los generales y embajadores de Atenas, de Esparta y de Roma, los cuales a través de Polibio, Tito Livio y Tucídides hablan como si fuesen embajadores de Atila o de Gengis Khan.

En Roma también reinaron las mismas costumbres en los llamados *bellos tiempos* de la República; allí el marido vendía a su mujer, el padre vendía a su hijo, el esclavo no era *persona*[64]. El deudor insolvente era reducido a la esclavitud y las leyes autorizaban que un hombre libre se despojase a su albedrío del *imprescriptible derecho de libertad*. Cuando se examinan a sangre fría esas bárbaras costumbres, esos dictámenes de Grecia y de Roma, se pierde la ilusión que hace encarar con respeto tan injustos gobiernos, y nos sentimos inclinados a abrazar el parecer de un filósofo moderno, quien los contempla como muy semejantes a los mamelucos de Egipto o del antiguo Dey de Argel; y cree que no falta a los antiguos griegos y romanos, tan famosos, más que el

---

63. Si un esclavo, dice Platón, mata a un hombre *libre, que arremete para asesinarlo*, *¡conviene que sea castigado como parricida!*

64. Las legislaciones antiguas y particularmente la romana contenían sobre ese tema disposiciones atroces; llegaban hasta negarle a esos entes desgraciados la condición de hombres. Aquel que asesinaba a un esclavo sufría la misma pena, conforme la disposición de la ley *Aquilia*, que el que mataba un perro o el caballo de otro.

nombre de Hunos o de Vándalos para que sean un verdadero retrato de todos los caracteres que diferencian las naciones feroces del Medioevo[65].

Por lo tanto, sería bien difícil reconstruir un pasado enteramente perdido, ni tampoco es menester a nuestro propósito buscar en las civilizaciones que ya existieron el origen de las sociedades modernas, ni incluso entre los griegos y romanos y mucho menos en la Edad Media, en esos siglos de barbarie en que el género humano, lanzado a las tempestades de la vida, representaba un barco sin velas y sin timón expuesto al furor de las olas, llevando por bandera esta fatal inscripción: *Incertum quo fata ferunt*.

Algunos pretenden que la civilización moderna comenzó en el siglo XII, después de las primeras cruzadas; pero nosotros sostenemos que ella empieza en el siglo XV, partiendo de los siguientes hechos: la invención de la imprenta, la toma de Constantinopla, el descubrimiento de América y del Cabo de la Buena Esperanza. Estos cuatro notables acontecimientos tuvieron lugar desde la mitad hasta el fin del siglo XV, como dijimos[66].

---

65. José Inácio de Abreu e Lima, *Bosquejo histórico, político e literário do Brasil*, Niterói (Brasil), Tipografía Niterói do Rego, 1835.

66. Matter y Ancillon son de esta misma opinión, y muchos otros que no es posible nombrar ahora; tanto es así que en sus obras ya citadas, *Historia de las doctrinas morales y políticas de los tres últimos siglos* y *Cuadro de las revoluciones del sistema político de Europa desde el fin del siglo XV*, ellos solo comprenden la marcha creciente e invariable de la actual civilización después de los hechos que mencionamos, como punto de partida para el progreso moral y material.

XXVIII

EL PROGRESO POLÍTICO Y EL PROGRESO MORAL

Es, pues, de la historia durante los últimos cuatro siglos, que sacaremos las pruebas de nuestros argumentos y con ellas trataremos de indicar la marcha futura del género humano según la ley providencial que rige sus inmensos destinos.

Un artículo de la *Enciclopedia Británica*, escrito por el célebre filósofo escocés Dugald Stewart, sobre las ciencias morales y políticas de los últimos siglos, dio lugar a una obra interesante, escrita por M.I. Matter, bajo el título de *Historia de las doctrinas morales y políticas de los tres últimos siglos*. Esta obra, generalmente apreciada tanto en Francia como en Alemania, reúne al mismo tiempo los caracteres más distintos de estos dos pueblos, porque, a la par del estilo conciso y claro de los franceses, se halla el espíritu profundo de los alemanes.

Hay, sin embargo, notable diferencia entre Dugald y Matter: el primero no se ocupó de las ciencias políticas sino en tanto y en cuanto ellas se confundían con las ciencias morales; por el contrario, Matter trata esencialmente de las doctrinas políticas, y de las morales solo en el sentido más restricto; él no habla del progreso en la filosofía ni del estado de la religión, sino cuando así es conveniente para explicar el progreso de la política y de la moral.

En otro punto de vista fundamental aún divergen Matter y Dugald, y viene a ser: el filósofo escocés trató de las ciencias morales y políticas en teoría, o sea, de las doctrinas que reinaban entre los sabios, o prevalecieron en las escuelas; Matter, sin embargo, considerando que rara vez las teorías de las escuelas dominan o gobiernan el mundo; que este se gobierna casi siempre por opiniones contrarias a las teorías; que en tal caso los hechos que prevalecen

sobre las teorías, forman nuestras costumbres, dirigen nuestros destinos y, por lo tanto, merecen de preferencia atraer nuestra atención; trató al mismo tiempo de las teorías de las escuelas y de las doctrinas que prevalecieron en la práctica, para, por este desacuerdo o desarmonía, mostrar cuánto la teoría de las escuelas está muchas veces en contradicción con el mundo.

En efecto, tenemos muchos ejemplos para comprobar esa desarmonía entre la teoría de los sabios y las doctrinas que prevalecieron en la práctica, principalmente cuando consideramos la antítesis profunda que reinaba entre las doctrinas de Erasmo y de Carlos V, de Tomás Moro y de Enrique VIII, de Bodin y de Catalina de Médicis; antítesis llena de irritación y de cólera, extendida por toda Europa. En esta apreciación seguiremos a Matter, a nuestro modo de ver el más profundo filósofo estadista de nuestros días, considerando la constante lucha en que ha estado la teoría y la práctica de las doctrinas que por los últimos cuatro siglos reinaron en Europa; así como los progresos y ventajas que esta lucha ha producido, a fin de llevar a los dos campos algunas palabras de conciliación.

Los cuatro últimos siglos son en verdad siglos de orgullo para Europa y forman la época de las más gloriosas conquistas, las de la inteligencia; era de emancipación política y moral, durante la cual no se sabe qué se deba admirar más: si el progreso de las ciencias y de las artes, o el de las instituciones. Al final, sin embargo, de esa época, dice Matter, aparece otra de trastorno y de controversia, a la que se podría llamar era de decadencia[67] y viene a ser: "falta de fe en los hombres y en las cosas; ausencia o negación de entusiasmo por las doctrinas y por las instituciones; escepticismo por las leyes y las costumbres; tedio por lo que existe y horror por lo que puede llegar a ser". Tal es la situación moral y política en que se halla esa fracción de la humanidad después de cuatro siglos de un inmenso desarrollo.

67. *¿Era de decadencia?* ¡Oh!, no; es necesario ser justo y respetuoso con el tiempo en que se vive. El nuestro ha realizado prodigios que habrían parecido sueños de un visionario; puso en las manos del hombre fuerzas misteriosas y sin límites; sacó de las ciencias resultados que nos deberían llenar de espanto y que contemplamos sin sorpresa; suprimió la distancia y suspendió el dolor a su buen placer; extendió hilos en el espacio y hasta sobre el lecho del océano y la palabra insonora los recorre con la rapidez de la luz; el propio rayo fue domado y la luz eléctrica ahuyentó las tinieblas que ocultaban muchos misterios de la naturaleza; la luz solar fue para el hombre más que el fuego de Prometeo, porque por medio de la fotografía pudo reproducir toda la naturaleza orgánica e inorgánica como el *fiat lux*; nunca la dignidad humana fue mejor representada, ni el hombre conoció más en tiempo alguno toda la elevación de su ser. ¿Dónde pues está la señal de decadencia?

¿En qué consiste este enigma tan extraordinario? En el mismo progreso de estos últimos siglos, y en la manera por la cual se consumó. En la historia, pues, de ese progreso es que Matter funda todo el interés de su obra. De todas las cuestiones que se han agitado durante los últimos siglos, resulta por lo menos una verdad, que para nosotros es un axioma, a saber: *que ningún progreso político es deseable, que ninguno incluso es posible, si no es conducido naturalmente por un progreso moral*[68]. Demuestra plenamente esta verdad la historia de tantas instituciones abortadas entre el espectáculo de las catástrofes más sangrientas, y de las reacciones más deplorables.

Y de verdad solo las costumbres pueden inspirar buenas leyes, y las instituciones que no se corresponden a las costumbres del país ofrecen anacronismos que irritan la razón y perturban el organismo moral de los pueblos, llegando a ser por eso causa de *retroceso*. La historia de los cuatro últimos siglos es tan rica en hechos morales como perturbadora en hechos materiales. Ábrase la historia del primero de esos siglos, y allí se encontrará Luis XI, Ricardo III, Alejandro VI, César Borgia, Enrique VIII, Cristiano II, Fernando e Isabel, María Tudor y Carlos IX; he ahí lo que se llama la primera época o la era de la emancipación moderna.

Sin embargo, el siglo pasado fue más prudente y más grave; fue una era de ciencia y de filosofía. La primera palabra de esa es la *Emancipación de la conciencia por la razón*; pero esa emancipación fue abusiva; de la opresión se pasó a la corrupción y al libertinaje. Del sistema de los filósofos se pasó al deísmo, y del deísmo al epicureísmo moderno, que engendró la abstracción de la conciencia y de los destinos inmortales del hombre. Siguió, por consiguiente, el ateísmo religioso, y de ahí el ateísmo moral, y de los dos nació el ateísmo político que es la disolución de todo vínculo social. Este estado de cosas trajo consigo una lucha horrible; y ya hacia el fin del mismo siglo triunfaría el progreso moral, si la gran revolución de aquella época no hubiera causado nuevas y extremas violencias.

68. Según nuestro modo de entender fueron Fenelón y Price los filósofos moralistas que posibilitaron que esta máxima se volviera una evidencia manifiesta, de la cual se sirve Matter. Después de ellos fue Jean Jacques Rousseau el primero que la manifestó, diciendo que: el progreso de las ideas y de los conocimientos podía caminar sin el progreso paralelo en las costumbres y en sentimientos, pero, en este caso, había decadencia real en el progreso aparente. Victor Donatien de Musset, *Histoire de J.J. Rousseau*, Bruxelles, Impr. de Cautaerts, 1827.

Apoyarse, por lo tanto, sobre el progreso moral será de aquí en adelante la condición de la legitimidad y de la estabilidad de un sistema. *De todo gobierno que quiere vivir* (y los gobiernos morales no viven sino de los pensamientos de la razón pública, y de las pulsaciones de la conciencia nacional), *el principio de vida está en la potencia de sus doctrinas morales*. La independencia, pues, de las doctrinas morales forma el carácter de la era moderna. Por *moral* no se entiende la religión, ni la política, ni la filosofía; pero es tan primitiva como todas ellas, y coexistente. Sin embargo, la moral es invariable, aunque varíen la religión, la política o la filosofía.

La noción de ley moral es la facultad moral más importante, es inseparable de la voluntad y explica por sí misma lo que es el hombre. Entre tanto es menester convenir que sin religión la moral sería un edificio sin techo ni base; no exageremos esa proposición, atribuyendo tan solo al altar y al trono el orden, las costumbres puras y el respeto a las leyes, porque la historia desmiente los hechos, y las disputas entre el Imperio y el Sacerdocio han hecho mucha bulla para que nadie las ignore.

Finalmente, Matter distingue siete períodos en la historia de las doctrinas morales y políticas de los últimos cuatro siglos, comenzando por el renacimiento de las letras (renaissance) hasta la revolución de 1830 en Francia; y concluye diciendo que la era del progreso político por el progreso moral ha llegado y, por lo tanto, que también ha llegado la época del gobierno moral, de aquel que solo vive de las luces de la razón pública y de las pulsaciones de la conciencia popular. ¿Se equivocaría Matter? Veamos.

XXIX
ERA DE LA EMANCIPACIÓN MODERNA

El progreso que Matter pretende describir en estos últimos siglos es una sucesión de la lucha más encarnizada, desde que renació para Europa el estudio de las ciencias, o sea, de la literatura y de la filosofía antigua; ciencias que después de cinco siglos de decadencia y de barbarie reaparecieron por la invasión de Constantinopla, traídas por los refugiados griegos.

Efectivamente, esos refugiados encontraron en Italia una acogida tal que sus doctrinas hallaron eco en todas partes y las voces de la emancipación encontraron los votos de la libertad. Nueve años después de la toma de Constantinopla por los turcos nació en Italia Pomponacio, quien debía emancipar la filosofía, y siete años después de Pomponacio nació Maquiavelo, quien también debía emancipar la *política*. Estos dos hombres realizaron cambios en todas las doctrinas y en todas las instituciones sobre las cuales descansaban el *orden moral y el orden social* del mundo. A ellos, que fueron los más distinguidos discípulos de los refugiados griegos, y a las doctrinas que ellos crearon y propagaron, se deben todos los hechos y doctrinas que cambiaron la faz del mundo por la manera con que Europa acogió semejantes doctrinas hasta llegar la revolución religiosa de 1517.

Antes de esa época, sin haber un derecho público europeo, existía entre los diversos Estados de Europa una especie de *unidad*, que sin ningún sistema, hacía que todos esos Estados tuvieran una comunidad de intereses y una conformidad de tendencias bajo ciertas relaciones, que hoy no se presentan; o sea, toda Europa tenía la misma fe, sujeta al mismo Pontífice: a su voz, Europa marchaba toda bajo la misma bandera. El mismo lenguaje sagrado era conocido de uno al otro extremo, la situación moral y política de todos los

Estados era semejante; los mismos votos, la misma necesidad de orden reinaba por todas partes; y a pesar del aislamiento de esos Estados, de la falta de canales y de carreteras, de periódicos y de tribunas (que han hecho de Europa un *forum*, un senado o un club), la conquista de Granada, el descubrimiento de América y del Cabo de la Buena Esperanza resonaron en las montañas de Escandinavia como en las planicies de Irlanda.

¿Cuál era, pues, el carácter moral y político de esa gran comunidad? ¿Cuáles eran las doctrinas generales que podían considerarse como constitutivas de la vida de Europa? La respuesta a estas dos cuestiones se hallaría consignada en un solo hecho: la *religión dirigía entonces la moral y la política*. El cristianismo había civilizado todos los Imperios, el clero había creado todos los Estados, todas las doctrinas, todas las instituciones eran obra suya: Europa era gobernada por la religión, que se elevaba sobre todos los códigos, hasta incluso el de los conquistadores; y si no había una teocracia verdaderamente pontifical o real, había la teocracia popular, o sea, todo se hacía en nombre y honor de Dios, y era eso lo que quería decir el –*Dieu le veut*– de los Cruzados.

Este orden político ofrecía no solo un carácter altamente religioso y moral, sino que descansaba sobre una base sagrada, sobre leyes divinas y, por consiguiente, eternas. Tal era la Europa antes de 1453; sin embargo, después de esa época vinieron los refugiados de Bizancio a romper el pacto de la religión y de la filosofía, a separar la política de la moral, y a operar una doble emancipación, sustituyendo la autoridad por el debate, la inmutabilidad por el progreso. ¿Cómo pudo la Grecia bizantina hacer esa inmensa revolución? Por las doctrinas que sus filósofos profesaban y que difundieron por Italia, donde encontraron pasto suficiente para mantenerlas y extenderlas mucho más de lo que pensaban. La Iglesia fue la primera en resistir sus efectos, sus doctrinas comenzaron a variar y la defección de los príncipes de la Iglesia trajo la defección de los pueblos, de tal suerte que la dictadura del pontificado aún existía, cuando había desaparecido la preponderancia de la Iglesia.

Italia toda había abrazado la filosofía de los griegos; los príncipes, los cardenales, los mismos papas fueron iniciados en esa literatura que recordaba los bellos tiempos de la antigua Grecia; basta recordar los nombres de Bembo y de León X para decirse que la Iglesia participaba también de esa filosofía, y no solo la Iglesia, sino el Estado, y no solo el Estado sino también las Escuelas,

donde las nuevas doctrinas aparecieron y atacaron esa lógica, esa retórica y esa teología, que reinaban como soberanas después de cuatro siglos. A ese espíritu de insurrección literaria, moral y política, se añadía una especie de exaltación mágica, a lo que mucho contribuyó esa acumulación de las riquezas importadas después del descubrimiento del Cabo de la Buena Esperanza y de América, y sobre todo, más que cualquier otra causa, la invención de la imprenta.

Las doctrinas de Pomponacio se redujeron, pues, a *liberar la filosofía de los dogmas de la religión*; pero ellas no pasaron sin influenciar la política de aquel tiempo, pues otro filósofo había sido llamado a separar también la religión y la moral. En efecto, Maquiavelo, nacido en Florencia de una familia noble el 5 de mayo de 1469, fue, tal como Pomponacio, discípulo de los refugiados griegos, pero su trabajo fue más sencillo y mejor preparado, prefiriendo la historia a la metafísica, se nutrió más de Tácito y de Tito Livio, donde bebió las inspiraciones de su *Príncipe*. Llamado muy joven al servicio de la patria, se envolvió en todas las revoluciones políticas de aquella época. Lleno de perspicacia, de tino y de instrucción, supo aprovechar las lecciones del infortunio para juzgar a los hombres y los Estados; y su juicio fue el más exacto posible, tanto así que para trazar su doctrina política no era menester más que dejar correr la pluma a la merced de sus recuerdos o de sus observaciones diarias.

Maquiavelo, a pesar de lo que había observado bajo los pontificados de Alejandro VI y de Julio II, no era irreverente, ni inmoral; por el contrario, siempre hablaba de las doctrinas religiosas en los términos más comedidos, como se ve del siguiente pasaje del Libro 1º cap. 2º de los discursos sobre Tito Livio: "Así como la observancia del culto divino es una de las causas de la grandeza de los Estados (naciones), así también el desprecio, que se tolera, es la causa de su ruina". Sin embargo, Maquiavelo es más estadista que hombre religioso; para él la política es la causa primaria, la razón de Estado, la religión en su sistema no es siempre un medio de gobernar. "No es con Padre Nuestros que se conservan los Estados", decía él en su historia de Florencia[69].

Pomponacio, cuyas doctrinas no fueron bien recibidas, sufrió por ellas persecuciones y sinsabores, porque las revoluciones morales no se hacen de un solo golpe; tienen de ordinario tres períodos, y necesitan de tres generaciones:

69. Tito Livio, *Historia de Florencia*, l. 7º.

una que la concibe, otra que la madura, la tercera que la ejecuta, y así aconteció. Otros filósofos fueron también innovando hasta que Erasmo apareció a principios del siglo XVI y lanzó de nuevo sobre la arena los principios de Pomponacio. Las doctrinas de Maquiavelo, por el contrario, modeladas sobre la práctica de aquellos tiempos, encontraron eco en el interés de Europa y simpatías por el absolutismo real, que ellas establecían. La filosofía, por lo tanto, se constituyó en juez de la religión, y la política de la religión y de la moral. Dos revoluciones, pues, se hicieron en ese sentido, que en breve debían producir una tercera, esto es, una revolución religiosa.

XXX

LA REFORMA RELIGIOSA, SU CARÁCTER MORAL Y POLÍTICO

La resurrección de las letras comenzó a producir sus frutos a principios del siglo XVI; fue entonces cuando Occidente comenzó también a ser la tierra del progreso. El carácter entero de ese período, dice Matter, está en las siguientes palabras: "una revolución religiosa, que trae en su vientre una revolución política". A esa revolución religiosa se refieren todas las doctrinas morales y políticas posteriores hasta la revolución de los Países Bajos. ¿Cómo se pasó repentinamente de las doctrinas de un poder fuerte hacia las que produjeron esa revolución? Es que la libertad de conciencia debía traer consigo la libertad civil y política, porque son coexistentes: la emancipación debía ser completa en todos los sentidos, a pesar de no ser éste el carácter político de la *Reforma*[70].

En efecto, por el lado moral, la *Reforma* fue una revolución completa, un cambio de profesión de fe y, por consiguiente, del gobierno de la iglesia. La nueva doctrina hacía sustituir a la vieja el evangelio, solo en virtud de una interpretación directa, abstracción hecha de toda autoridad humana; tal fue por lo menos su carácter primitivo, tal era el principio de la revolución religiosa de 1517. Por el lado político basta para caracterizarla el siguiente pasaje de Martín Lutero, al defender a Cristiano, rey de Dinamarca:

> Cambiar y mejorar los gobiernos son dos cosas tan distintas una de la otra, como es el cielo de la tierra. Es fácil cambiar, sin embargo, difícil y peligroso es mejorar, ¿y por qué? Eso porque esta no es nuestra misión, sino que está reservada a Dios únicamente. El pueblo en sus excesos, incapaz de saber lo que

70. Se llamó *Reforma* a la revolución religiosa de 1517, y así debe ser entendido cuando usemos ese término.

> será mejor, se limita a querer otra cosa, salvo cambiar, incluso si se va de mal a peor. Cuando las ranas de la fábula no quisieron más el plato, tuvieron entonces la cigüeña que las devoró. Una poblada desenfrenada es una raza tan mala que solo un tirano la puede gobernar. El tirano es la mordaza que se le pone al animal indomable; si fuese posible sujetar a un pueblo malo con una orden regular, Dios no habría instituido el despotismo y la espada.

Por esta opinión se ve bien que la autoridad real nada había perdido con la *Reforma*: al contrario, el carácter político de la revolución religiosa de 1517 consiste todo o se apoya en esa triple doctrina, esto es, una inviolabilidad sagrada, una legitimidad directa y una independencia completa del poder espiritual. Las doctrinas de Erasmo, el escritor más clásico de toda Europa, moldeadas sobre el hermoso ideal de la filosofía antigua, y embellecidas por las graves lecciones del cristianismo, fueron admiradas pero luego olvidadas. Lo que exigía aquella época eran opiniones decididas, hombres vigorosos, listos a seguir hasta el final, y con riesgo de sus vidas, las inspiraciones de su entusiasmo o los sueños de su imaginación; era, por consiguiente, Maquiavelo quien convenía más que Erasmo, cuya utopía clásica era bandera vieja para aquellos tiempos de furor y de locura.

Dijimos más arriba que la libertad de conciencia debía traer consigo la libertad civil y política como el complemento de la emancipación moderna. En efecto, era natural que los pueblos, viendo en la *Reforma* la libertad de sus conciencias, quisieran también emanciparse de toda autoridad que pudiera pesar sobre sus fortunas y derechos políticos; por lo tanto, no era de admirar el rápido vuelo que tomaron todas esas doctrinas tendentes a la libertad civil y política después de la libertad religiosa. He ahí el origen de esas leyes comunales, o por otro, del gobierno representativo moderno en los privilegios de los pueblos de Aragón. Sin embargo, la exageración de todas esas doctrinas trajo también una reacción igual, si es que no fue más violenta, y esta es la razón por la que fueron necesarios tres siglos para hacer triunfar las doctrinas de los *comuneros* de Castilla.

Por su parte, los gobiernos oponían una tenaz resistencia a los pueblos y a sus excesos, de los cuales resultaron revoluciones y tales horrores, por lo que fue entonces forzoso abrigarse bajo el poder y retroceder a los tiempos anteriores a la *Reforma*. Respecto de las doctrinas que las pasiones populares dedujeron de los principios de 1517, la opción fue forzada, pero no hubo otro

remedio, porque esas doctrinas ponían en riesgo todas las instituciones y, por consiguiente, los destinos de todas las naciones de Occidente. Entre los dos males escogieron el menor, o sea, conservarse a costa de algunas libertades, que para conquistarlas podían arriesgar la propia existencia[71]. En esa época figuraron dos hombres (Carlos V y Francisco I de Francia), a favor de quien parecía haber sido hecha la revolución, que ellos animaron por un lado y a la que resistirían después.

En todo ese período, de más de un siglo, impetuosas doctrinas de emancipación salieron de las escuelas de los filósofos, del púlpito de los predicadores, de la choza del labrador, de los consejos de las ciudades, y de las asambleas de los Estados. La ley del progreso parecía proclamada por Europa entera; la imprenta fue el órgano de ese movimiento, del que el teatro se volvió eco; pero las pasiones arrancaron ese progreso del poder de la ciencia y de él hicieron los pueblos una bandera de desorden: he ahí la cara de esa época. Por otro lado, se divulgaban las doctrinas del absolutismo y de la represión, y de ahí

71. Cuando se observa de qué manera las doctrinas de la *Reforma* pudieron servir al mismo tiempo para ensanchar las usurpaciones de poder o para excitar las pasiones de los pueblos, convertidas las teorías de emancipación en teorías de absolutismo o de revuelta, se pregunta naturalmente: ¿quién se las enseñó a Europa, quién las divulgó, quiénes fueron esos hombres? Después de Pomponacio, Lavacquerie y León X, Commines y Maquiavelo, sin hablar de la república feliz de Tomás Moro, citaremos a La Boetie, entre cuyas obras resalta por su audacia aquella que trata del elogio fanático de todos cuantos libertaron su país, enterrando el puñal en el pecho de un tirano, como por ejemplo el elogio de Harmodius y de Aristogiton, de Thrasybulo, de Bruto, de Dion, de Valerio, de Casio, y del joven Catón, que pedía un puñal para matar a Sylla.

Se ve, pues, que las doctrinas morales de los escritores políticos no fueron más honestas ni valían más que las doctrinas morales de los filósofos y de los teólogos. Son unas y otras de igual quilate: declamaciones clásicas sobre la moral, tesis enfáticas sobre la libertad, tratados insidiosos sobre la religión, disertaciones estériles sobre Aristóteles o Platón, escepticismo, y un ligero movimiento de eclecticismo; he ahí todo cuanto las escuelas opusieron a las pasiones o ambiciones de los príncipes y a los excesos de los pueblos.

Para contrastar con los escritores políticos de aquella época, aparecieron las célebres instrucciones de Carlos V a su hijo Felipe II. En efecto, aquel príncipe tenía una gran ventaja sobre los otros políticos, porque sus consejos eran fruto de una experiencia consumada y en nada se parecían a las *antítesis* de Erasmo, a la *utopía* de Moro, ni a las declamaciones de La Boetie. Así, es digno de notarse como Carlos V inculca en su hijo el amor sincero a su pueblo, demostrándole la inutilidad de todos los esfuerzos para suplir esa afección por medio del terror, o por apariencias de virtudes que no se posean.

Pero esos consejos fueron despreciados; es, pues, en los Países Bajos donde la lucha entre la moral y la política se transforma en actos de violencia; y por eso es ahí también donde tuvo origen la serie de todas las revoluciones modernas.

nació un poder nuevo –la autocracia– que todo invadió y todo absorbió, tratando la razón y la conciencia como cosas de las que la Providencia le hubiese confiado la gerencia o la propiedad: he ahí la otra cara.

De estos dos sistemas de teorías nada aprovechó Europa, y para guiarse solo tenían delante de sí antiguas tradiciones y viejos sufrimientos; sin embargo, continuó siempre esa lucha, donde la pasión real o popular era su verdadera inspiración, su existencia continua. La gran lección de toda esa época (1517 a 1641) consiste en que el progreso se tornó violento, despótico y sanguinario, que el absolutismo luchó cuerpo a cuerpo y que, irritado por las pasiones que encontró a su paso, lanzó por tierra el edificio social, y de sus ruinas construyó un trono para sí en la persona de Cromwell. Pero no nos anticipemos a los hechos, y volvamos a la revolución de los Países Bajos, la primera y la más grande de todas las revoluciones modernas.

XXXI

LA REVOLUCIÓN DE LOS PAÍSES BAJOS (1565-1648)

De los dos sistemas contrarios que se hallaban enfrentados, Felipe II representaba el absolutismo o la *autocracia*, y el pueblo de los Países Bajos, el *progreso*; fue por lo tanto en este país, donde esas dos fuerzas se opusieron y chocaron con descomunal violencia. ¡Cuán digna es de meditación la historia de la primera de las revoluciones modernas![72]. Sus lecciones no son frías teorías de combates estériles entre la aristocracia o democracia de Grecia, o entre los patricios y proletarios de Roma; no ciertamente, porque son algo más, son el resultado de una lucha que duró 40 años y en la cual debían desaparecer las nuevas doctrinas y las viejas instituciones por la tenacidad incansable de los combatientes.

De todo el sistema de Felipe II, así como de cualquier otro sistema político, salta a la vista una verdad, y viene a ser que no basta para gobernar tener buenas doctrinas, sino que es menester también hombres adecuados y costumbres convenientes para asegurar el poder. El sistema de represión en los Países Bajos sucumbió no solo porque era malo en sí mismo, sino porque fue aplicado por pésimos agentes. Sin embargo, es para admirar en las instrucciones que Felipe dio a su hijo, cómo cambia de los hechos a las palabras; ellas son el idealismo de Casiodoro; la utopía de Moro y el purismo de Erasmo; instrucciones que parecen increíbles en la boca de un príncipe, que fue llamado el "demonio del sur y el flagelo de la humanidad".

---

72. Johann Christoph Friedrich von Schiller, *Geschichte des Abfalls der Vereinigten Niederlande von der spanischen Regierung* (*Historia de la separación de las Provincias Unidas de los Países Bajos del gobierno español*), s/d, 1788.

En Francia, los mismos dos principios se hallaron presentes, o sea, *el progreso y la represión*, pero allí el poder o principio rector estaba fraccionado entre Catalina de Médicis y Carlos IX, los Guises y la Liga; así fue que el espíritu de Felipe II no pudo encarnarse entero en ese grupo. Sin embargo, se trabó la misma lucha, en que se ve figurar a Enrique IV hasta que la reacción lo hirió y apareció entonces el sistema de Richelieu, reducido a estos dos puntos cardinales, grandes, simples y admirablemente ligados; es decir, 1º *instaurar la realeza absoluta en el país*, 2º tornar a Francia preponderante en Europa.

Sin embargo, antes de Richelieu, cuando la reacción se hallaba fraccionada, nadie se avergonzaba de un asesinato como medio de represión; el duque Francisco de Guise o el príncipe de Condé, asesinados, fueron ambos víctimas ordinarias de esa lucha tenebrosa, donde hubo también otros asesinatos, propuestos o ejecutados con vistas más elevadas, cuya puerta fue cerrada por Enrique IV. Todos los partidos maldijeron entonces la horrible doctrina del regicidio erigida en deber, y aún mucho más cuando el propio hijo de ese mismo Enrique IV se sirvió de ella para asesinar al favorito de su madre, el Mariscal d'Ancre. Del sistema, pues, de Richelieu, seguido después con saña por Mazarine, data esa lucha furiosa entre las doctrinas antiguas y modernas, cuyo duelo sólo tenía que acabar por dos revoluciones.

Habiendo sido Alemania teatro de la más grande de las revoluciones producidas por el renacimiento de las letras, lo fue también de la guerra más general, que hizo reventar las nuevas doctrinas morales y políticas en Europa. En efecto, la guerra de los Treinta Años no fue solo una guerra civil, una guerra alemana, sino el tremendo duelo de todo el Occidente, dividido en dos campos enemigos por el *Renacimiento* o por la *Reforma*. En ese duelo se precipitaron Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Francia, España e Italia; y en esa guerra, si se puede llamar de *principios*, se hallaron comprometidas todas las doctrinas desde 1453 hasta aquella fecha, así es como toda Europa respetó por más de un siglo el juicio de las naciones inscrito en el tratado de Westfalia.

El tratado de Westfalia, firmado en Osnabruck, ciudad protestante, el año de 1648, y en Munster, ciudad católica, por las mayores potencias de Europa, estableció varias doctrinas, entre ellas la paz pública como el resultado de esa gran lucha, el reconocimiento formal de la república de Holanda, la tolerancia al calvinismo, libertad para los príncipes de Alemania para escoger

cualquiera de las tres confesiones cristianas; y la misma facultad para los súbditos desde 1624, año normal para todas las reparaciones.

Bajo esas condiciones, según esos principios, tanto en moral, como en política, en filosofía, en literatura, Alemania tiene desde 1648 una era de orden, de regeneración y de progreso. La paz y el equilibrio de Europa se hallaron de esa manera por más de un siglo en armonía con las doctrinas: es que en Munster y en Osnabruck se había distribuido un poco de orden y un poco de libertad para todos.

XXXII
CONTINÚA LA LUCHA ENTRE LOS DOS SISTEMAS (PROGRESO Y REPRESIÓN)

Hasta ahora el sistema de represión había sido aplicado contra las doctrinas nuevas en nombre de las doctrinas antiguas; en Inglaterra, por el contrario, es contra las doctrinas viejas que la represión va a ser empleada en nombre de las nuevas; y algunas veces hasta entre estas, reprimiéndose unas en nombre de otras más modernas. Quien haya leído con madura reflexión la historia de Inglaterra, desde Enrique VIII hasta Carlos I, se habrá horrorizado más de una vez por esas revoluciones, persecuciones y proscripciones, que enlutaron por tantos años los tres reinos. En ninguna parte como allí se ofrece, en relieve, la doctrina de la regeneración del hombre por las pruebas, porque también allí fue donde esas expiaciones dolorosas trajeron el verdadero progreso.

A mediados del siglo XVII se representa un drama completo en dos actos, del que son protagonistas Cromwell y Luis XIV. Una gran reacción figura en esa época en dos sentidos: Cromwell representa la represión en nombre de las doctrinas modernas, y Luis XIV la representa en nombre de las viejas; y a pesar del contraste singular, Luis XIV se vio obligado a firmar un tratado de alianza con Cromwell y de ahí en adelante, Francia apoyaría en Europa y en los países monárquicos todos los movimientos de emancipación que nacían de la revolución de Inglaterra, así como el progreso violento, sembrando la agitación en los países sometidos a dominación española; esto mientras Europa toda se había mostrado resentida por la catástrofe de Carlos I.

Si en los veinte años recorridos, de 1640 hasta 1660, no hay en ese intervalo un solo día que no sea señalado por un desorden o por una revolución; también en los veinte años siguientes, desde 1660 hasta 1680, no hay un solo día que no esté marcado por un regreso o por una reacción. La primera se

operó en Inglaterra después de la muerte de Cromwell por la abdicación de su hijo Ricardo, que dio lugar al retorno de Carlos II al trono por el mismo ejército que había llevado al cadalso a Carlos I. Aun en vida de Cromwell había comenzado la reacción; fue en su contra que se publicó el panfleto de *Titus*, cuyo mote era: *Killing no murder* (matar no es asesinar), o sea que matar a Cromwell sería un acto glorioso[73].

Carlos II nada había aprendido ni olvidado a pesar de las lecciones de todos sus infortunios, y vino a cooperar con esa misma reacción que tan funesta había sido para su antecesor, porque tal era el espíritu de la época. Luis XIV, libre ya del parlamento de París y de los protestantes, no tuvo más consideraciones y aplastó todo bajo la majestad de sus derechos soberanos. Alemania también sucumbió, a pesar de ser la cuna de esa *reforma*, que se consideraba como un gran acto de emancipación. Suecia fue la única que, a pesar del despotismo de Carlos Gustavo, salvó su constitución fundamental, pero Dinamarca sufrió la reacción más completa, porque fueron los mismos pueblos que se despojaron de sus derechos para entregarlos a Federico III.

Solo Holanda figuraba como un país libre y sin reacciones, pero ni ella escapó de la ley general, tanto así que Juan de Witt y su hermano Cornelio fueron víctimas de sus principios por querer oponerse al ascendiente de la casa de Orange, que ya había tomado mucho cuerpo en la república, de tal suerte que Guillermo, discípulo del mismo Juan de Witt, conservó ese ascendiente al punto de ser designado como rey de Holanda, si no hubiese sido predestinado para serlo de Inglaterra. La reacción triunfaba por todas partes, porque el pueblo parecía cansado de la anarquía.

Sin embargo, aún no se había logrado el designio de la Providencia, que se revelaba por esa exageración en las doctrinas morales y políticas, como para provocar una nueva reacción. En efecto, después del regreso de los Estuardo, no se contentaron estos con una reacción política, hicieron más: intentaron una reacción religiosa que los perdió. El pacto entre Luis XIV y Carlos II, para defraudar a Holanda, irritó mucho a Guillermo de Orange, quien luego se

---

73. Véase la importancia histórica de Cromwell por Abel François Villemain, *Historia de Cromwell: sacada de las memorias del tiempo y de las colecciones parlamentarias*, s/d, 1842, y sobre todo, las observaciones preliminares sobre *La historia de Inglaterra*. Véase también el cuadro de las revoluciones del sistema político de Europa desde el principio del siglo XVI por Ancillon, así como la *Historia de las doctrinas morales y políticas de los tres últimos siglos*, por M.I. Matter.

separó de los intereses de ese príncipe. La Cámara de los Comunes reaccionó por fin contra Carlos II, y se puso bajo el amparo de las libertades nacionales, de ese *habeas corpus*, tan célebre en Inglaterra y que hoy forma parte de su Constitución.

Finalmente, los grandes llamaron a Guillermo de Orange, quien desembarcó en Torbay con un pequeño ejército, y Jaime II, abandonado, tuvo que retirarse para ir a morir a Saint Germain. Guillermo, quien había quedado de simple espectador, después de ese desenlace fue invitado por el Parlamento para que aceptara la corona bajo la condición de aceptar también la declaración de los derechos de la nación. El destino de Guillermo es, en efecto, singular; él es menos un hombre o un guerrero que un príncipe o un *símbolo*; es el hombre de su siglo por excelencia; es el principio de transición entre el progreso republicano y la inmovilidad monárquica; es el símbolo de transición entre la política absoluta del Medioevo y la doctrina constitucional de los tiempos modernos[74].

74. Dijimos al principio de este capítulo que a mediados del siglo XVII figuraba una gran reacción en dos sentidos; que Cromwell representaba la represión en nombre de las doctrinas modernas, y Luis XIV la representaba en nombre de las antiguas; sin embargo, ni uno ni otro representaban el verdadero *genio* de esa época, porque, como muy bien dice Matter, "el verdadero *genio* de una época es el complejo de ideas y de hechos que llamamos progreso moral", y de esa época los verdaderos representantes son Guillermo III y Fenelón; porque Guillermo funda la era de la legalidad nacional y Fenelón enseña a la Europa moderna la ciencia de la política moral.
A esos dos nombres hacen cortejo otros también ilustres, porque ese siglo es el de Malebranche, Pascal, Locke, Racine, Molière, Puffendorf y Leibnitz, genios sublimes, a quien sigue una brillante cohorte de émulos, porque el bien es tan contagioso como el mal. La revolución dará, pues, la vuelta al mundo; salió de Grecia, vino al sur, y pasó al norte; de Holanda a Inglaterra pasó a América del Norte, de ahí volvió a Francia que la propagó a Italia y España, Bélgica y Polonia; ya en Europa la restituyó a Grecia, de donde había partido. El ciclo aún no está completo, Europa la enviará a Egipto y a la India, cunas primitivas de las civilizaciones, y con ese gran hecho, la humanidad completará en fin una era de verdadera civilización general y aprobada por el largo curso de las edades y por la experiencia de todos los grandes pueblos de la Tierra.

XXXIII

AÚN SOBRE EL MISMO OBJETO HASTA LA REVOLUCIÓN EN AMÉRICA DEL NORTE

Debemos aún volver al período más importante de la lucha entre los dos sistemas; es decir, a la revolución de Inglaterra, porque ella se hizo sentir en toda Europa, y tanto más fuerte fue el deseo de emancipación cuanto más violenta era la represión. La monarquía española era entonces el prototipo del absolutismo y por eso las doctrinas de emancipación fueron más violentas en los países que dominaba, como Cataluña, Portugal, Nápoles, etc. Cuando la industria, el comercio y la navegación se encontraban deprimidas, vino además la intolerancia de Felipe III a dar el último golpe a la prosperidad nacional; la expulsión de los moros, decretada en 1609, fue una verdadera calamidad que arruinó todo el reino de Valencia[75].

El último esfuerzo del absolutismo se verificó en Inglaterra, tal y como lo dijimos, por la restauración de los Estuardo, así como se conservaba en Francia por la tenacidad de Luis XIV. La revolución de 1688 no había producido casi ninguna alteración en las instituciones inglesas y en la dinastía, porque en lugar del suegro, entró el yerno a gobernar. Si, no obstante, Inglaterra con la revolución de 1688 no quiso tocar su dinastía ni sus instituciones, fue porque aspiraba a un cambio más sensible en sus doctrinas y en el espíritu del poder, antes que en las personas. Fue entonces en Francia donde esa crisis

75. Este hecho, semejante al que tuvo lugar en Portugal durante el dominio del rey don Manuel, expulsando los judíos, y del que tantas quejas hizo el famoso obispo de Sylves en la historia de aquel monarca, tuvo las mismas consecuencias; uno y otro, sin embargo, no evitaron la revocación del edicto de Nantes por Luis XIV que, en el sentir de los mejores escritores, atrasó a Francia en un siglo en su industria y comercio. Los judíos, expulsados de Portugal, se llevaron consigo la riqueza y el comercio del cual eran el alma, pues las conquistas de Asia y África, lejos de enriquecer al país, acabaron por aniquilarlo en la ostentación y en las guerras que se suscitaron después.

se desarrolló con mayor rapidez, gracias a los últimos años de Luis XIV y a las doctrinas de la regencia. Cuanto más avanza la civilización, tanto más contagiosas son las crisis sociales; así veremos tornarse más europea la revolución de América del Norte que todas las de Inglaterra.

La catástrofe y la revolución de 1649 (muerte de Carlos I) habían sorprendido a las viejas monarquías de Europa; a pesar de eso, se vio a Mazarine dando la mano a Cromwell y sembrando la insurrección en Cataluña, en Nápoles, en Hungría, así como lo había hecho Richelieu en Inglaterra y Escocia, y el mismo Carlos I en Francia y en los Países Bajos. Europa, se puede aseverar, fue casi toda insensible a la suerte del desgraciado monarca, como también parecía indiferente a las doctrinas que sucumbieron, o a las que dominaban. ¿Sería acaso porque los gobiernos de Europa confiaban demasiado en sus doctrinas antiguas? Así parece por el procedimiento de aquellos gobiernos, a pesar de lo mucho que influyó sobre todos ellos la revolución de 1688.

Esta segunda revolución debía ser decisiva, porque era obra de la calma y de la reflexión; sin embargo, poco tiempo después, sus efectos eran poco visibles, y la propia Inglaterra como que la olvidó, a pesar de las doctrinas del famoso decreto de Oxford del 21 de julio de 1683, apoyadas por los más célebres escritores radicales de antes y después de aquella época, como Buchanau, Godwin, Baxter, Hunton, Bilby, Goodman, Owen, etc. Fingiendo ignorar esas máximas, el nuevo gobierno estuvo a punto de caer. Si eso aconteció en la propia Inglaterra, ¿qué debería esperarse de todos los gobiernos del continente, que solo tenían delante de sí el ejemplo de Luis XIV y el sistema de Florencia?

Como los gobiernos hicieron caso omiso de la revolución de 1688, se quedaron detenidos, o se volvieron retrógrados, la razón pública no solo se volvió progresista, sino que irritada por una oposición provocadora y violenta, se había vuelto revolucionaria y hasta radical con respecto a todas las doctrinas antiguas. De este modo, Francia marchaba en el último siglo hacia una revolución que amenazaba al mundo moderno, y para romperlo bastaba que la autoridad real se perdiera por segunda vez, como ya se había perdido durante el reinado de Luis XV. Pero, ¿por qué la revolución de 1763 irrumpió antes en América que en Francia? ¿Cómo, finalmente, una revolución hecha en América, país de excepción, antítesis completa de la vieja Europa, pudo trastornar Francia y Europa entera, al punto de que aún hoy las agita?

Sean cuales fueren los motivos de la revolución de las ex colonias inglesas, lo cierto es que ella no podía ser considerada como un hecho aislado, o como un drama representado lejos de la escena principal; sino como un eslabón de la cadena que une las dos revoluciones de 1688 y 1789, o como el complemento de la primera de esas revoluciones y el estreno de la segunda. Sin embargo, más que ambas fue aquella revolución pura, grave, decisiva y tan rápida como una exhalación; es que los más nobles sentimientos, comprimidos por tanto tiempo, tenían que hacer explosión en la cabeza y en los corazones de los pueblos trasatlánticos, donde el instinto de emancipación se había vuelto no una máxima política, sino un artículo de fe.

Esta revolución es, sin duda, aquella que más ha difundido en el mundo moderno las doctrinas más importantes, porque fueron las que dieron el golpe decisivo al antiguo sistema de Florencia y de Castilla, de Carlos V y de Felipe II, de Carlos I y de Jaime II, de Richelieu y de Luis XIV, y de todos sus imitadores. En efecto, un gobierno representativo, de forma puramente popular, perfectamente combinado en las relaciones entre sus poderes, no solo capaz de garantizar el orden interno sino de infundir respeto y veneración a todas las naciones del globo, debía ser un espectáculo nuevo y encantador. Y no es sorprendente que el eco de esas nuevas doctrinas hiciera tanta impresión en Europa entera, y sobre todo en Francia por el contacto que había tenido durante la guerra de Independencia.

XXXIV
LA REVOLUCIÓN DE 1789

Los estadounidenses aplicaban sus teorías del *self-government* mientras los pueblos de Europa, fatigados de largas y desastrosas guerras de política general o de mezquinas combinaciones de familia, no habían alcanzado ningún resultado glorioso, ni compensación equivalente a sus grandes sacrificios; los tratados de 1763 habían acabado de irritarlos. Mientras los Estados Unidos consumaban la gran obra de su Independencia, Europa había visto desaparecer, por componendas de interés del poder absoluto, la existencia de un gran pueblo (Polonia), y esa violenta anulación no podía dejar de estimular los sentimientos de simpatía por ese otro pueblo que acababa de inscribirse por sí mismo en la lista de las naciones.

Lo que se volvió aún más notable fue la parte gloriosa que la vieja aristocracia tomó en esa lucha, de manera que todas las clases de la sociedad hicieron votos por Estados Unidos. Todas las naciones quisieron su parte de gloria en ese torneo contra Inglaterra, especialmente Francia y España, hasta que todas vieron la conclusión de la paz en 1783, y el principio del *self-government* quedó sancionado. ¿Cuál fue la influencia inmediata de las doctrinas en boga? La reacción de los gobiernos y la oposición de los pueblos, pero no de las últimas capas de la sociedad, sino principalmente del *Estado medio*, perfectamente definido por Sieyés.

Es inconcebible cómo dos hombres hicieron una de las mayores revoluciones políticas y sociales por la que haya pasado el mundo durante la civilización actual, ¿y de qué manera? Fue Sieyes el hombre que más contribuyó al desarrollo de todas esas doctrinas que fueron el verdugo de la *realeza*[76],

76. El abad Emmanuel Joseph Sieyés, hombre que se volvió tan notable en esa revolución que votó por la muerte de Luis XVI, acusado algún tiempo antes de demócrata, respondió en los términos

dándole garrote con su respuesta: –*el Estado medio es la nación*– cuando se propuso en nombre del rey la siguiente cuestión: *¿Qué es el Estado medio?* Esta única respuesta pasó por una demostración. Mirabeau acabó de dar el último golpe, reduciendo a una asamblea nacional y soberana lo que hasta allí no se consideraba sino como votos de *bailliages* (votos de distritos o comarcas).

El día 17 de junio de 1789 fue, por lo tanto, el de la era de la revolución francesa. De ahí en adelante, todo llevó el cuño de ese nuevo orden de cosas que se había realizado por los consejos de Sieyés y por el ascendente de Mirabeau. He ahí, realizadas en Francia, las doctrinas de Inglaterra de 1640 a 1649 y renovadas en 1688; las mismas que Estados Unidos había enseñado al ejército francés y que Franklin explicaba a los publicistas franceses[77].

---

siguientes: "Se difunde la idea de que me inclino por el *republicanismo*, no es tal, no es para acariciar viejos hábitos, ni por algún sentimiento supersticioso de la *realeza* que yo prefiero la monarquía; la prefiero porque me parece demostrado *que hay más libertad para el ciudadano en la monarquía que en la república*. El mejor régimen social, según mi modo de pensar, es aquél donde, no uno ni algunos solamente sino todos, gocen tranquilamente de la mayor extensión de libertad posible. Tendré breve ocasión de desarrollar esta cuestión, y la espero comprobar, no que la monarquía sea preferible en tal o cual circunstancia, sino que, en todas las hipótesis, *se es más libre en la monarquía que en la república*".

77. ¿Quién podría dudar de un designio providencial en los destinos humanos? Si hubiese alguien tan escéptico que lo dudase, habría que inclinarse ante la lógica irresistible de los hechos. Ahí tienes, quien quiera que seas, escéptico o fatalista, una serie de hechos, cuya coincidencia comprueba más que nada la existencia de una ley providencial que rige el complejo de los destinos humanos desde el principio hasta el final; ahí tienes dos grandes revoluciones, una a mediados del siglo XVII y la otra a fines del siglo XVIII, ambas bajo la misma influencia, con los mismos principios, coincidiendo en todo y por todo, tanto en los hechos como en las doctrinas. He ahí, realizadas en Francia, las doctrinas de Inglaterra de 1640 a 1649, y renovadas en 1688. La referencia de los datos que siguen son atribuidos a la fuente: J.I. de Abreu e Lima, *Bosquejo...*, *op. cit*.
Hagamos por lo tanto el paralelo, como sigue:

REVOLUCIÓN INGLESA	REVOLUCIÓN FRANCESA
Los Estuardo.	Los Borbones.
Carlos I.	Luis XVI.
Resistencia del Parlamento.	Asamblea de Notables.
Este niega los subsidios.	*Idem*.
Parlamento disuelto.	Juramento del *Jeu de Paume*.
Parlamento interminable	Asambleas constituyentes y legislativas.
Efervescencia popular siempre.	*Idem*.
en aumento.	
Carlos I en Cork.	Luis XVI en Versalles.

Sucesivamente aparecieron diez declaraciones de los derechos del hombre, de diferente redacción, pero todas más o menos conformes a la del Congreso

---

Guerra civil
Huida de Carlos I, capturado en isla de Wight.
Juicio y ejecución de Carlos I.
República inglesa.
Oliver Cromwell, protector.
Parlamento disuelto por este.
Nuevo parlamento.
Despotismo militar, potencia exterior.
Alianza de Cromwell con Mazarine y Luis XIV.

Caída de Cromwell.
Exclusión de su hijo.
General Monck.
Restauración, los Estuardo.
Carlos II.
Promesa de conservar la Carta.
Desarticulación del ejército de Cromwell.
Triunfo de los realistas.
Los Whigs y los Torys.
Reacción católica y realista.
Muerte de Russell y de Sydney.
Influencia del duque de York, hermano del rey.

Jaime II.
Buenas palabras al subir al trono; falacia.
Triunfo de los católicos y de los Torys
Jeffrys y sus cómplices.
La nación indignada.
Caída de Jaime II, llamada *revolución gloriosa.*

Guillermo de Nassau.
Pretendiente Príncipe Carlos Eduardo, montañeses de Escocia, los MacGregors, la derrota y fuga.
Reacciones parciales.
Marcha constante del sistema representativo (1745); potencial intelectual de la Gran Bretaña: industria, poder, riquezas, etc.
Pitt, Fox, Canning, Pell, etc., etc.

Emigración Vandea, etc.
Huida de Luis XVI, capturado en Varennes.
Juicio y ejecución de Luis XVI.
República francesa.
Napoleón Bonaparte, cónsul.
El 18 Brumario.
El senado.
Idem.
Matrimonio de Napoleón con una archiduquesa de Austria.
Caída de Napoleón.
Idem.
Talleyrand, Fouché, etc.
Restauración, los Borbones.
Luis XVIII.
La Carta y promesas para mantenerla.
Desarticulación del ejército del Loire.
Idem.
Los liberales y los ultras.
Idem.
Muerte de Berton, Bories, etc.
Influencia del pabellón Marsán, conde de Artois, hermano del rey.
Carlos X.
Idem.
Triunfo de los jesuitas y de los ultras.
Ministerio Villele e Polignac.
Idem.
Caída de Carlos X, llamada *revolución gloriosa.*
Luis Felipe de Orleáns.
Enrique V, Vandea, los Chuans, la duquesa de Berry, su prisión y expulsión.

París, Lyon, etc.

Ibid.

estadounidense. Se diría que era un tema dado a estudiantes de derecho sobre las teorías sociales de los Estados Unidos.

El siglo XIX, dijimos al principio de esta disertación, fue el siglo de las ideas, de la filosofía trascendental, porque era necesario destruir la sociedad que existía, sustituyéndola por otra para consecución del designio providencial. En efecto, recorriendo todas las doctrinas morales, políticas y religiosas durante los tres últimos siglos, se ve claramente la lucha de los principios, es decir, entre el principio religioso y el irreligioso, entre el principio espiritualista y el materialista, entre el principio monárquico y el democrático, entre el principio de progreso y el de represión, y, finalmente, entre la libertad y el despotismo.

Cada uno de esos principios, actuando sobre el otro que le era contrario, debía producir durante una larga serie de años de lucha continuada, todas esas revoluciones que ensangrentaron el mundo como otras tantas expiaciones dolorosas; y no es de admirar que hayamos llegado a una época de progreso, recordando que el género humano expía y se rehabilita por las pruebas, así como cada expiación es para él un paso para el progreso, porque lo aproxima paso a paso a ese estado divino anterior a la primera culpa[78].

Concluiremos este artículo con el siguiente pasaje de un escritor moderno:

78. Las formas de la sociedad, cuando son adecuadas, son inquebrantables; el temerario que osa tocarlas se despedaza al encuentro con ellas; pero cuando una forma de sociedad ha completado su tiempo, cuando concebimos, cuando queremos más derechos, además de aquellos que con ella poseemos, cuando lo que era un apoyo se ha convertido en un obstáculo, cuando al fin el espíritu de la libertad y el amor de los pueblos, que camina a su lado, se retiran al mismo tiempo de la forma otrora más poderosa y más adorada, el primero que pone la mano en este ídolo vacío de Dios, que lo animaba, fácilmente lo tumba y lo reduce a polvo.
"Así camina el género humano, de forma en forma, de revolución en revolución, solo marchando sobre ruinas, pero marchando siempre. El género humano, como el universo, no va viviendo sino por la muerte, pero ella es aparente, pues contiene el germen de una nueva vida. Las revoluciones, consideradas por ese lado, no consternaron más al amigo de la humanidad porque, además de destrucciones momentáneas, él percibe una renovación perpetua porque, presenciando las más deplorables tragedias, conoce su feliz desenlace, porque, viendo declinar y caer una forma de la sociedad, cree firmemente que la forma futura, cualesquiera que sean las apariencias, será mejor que todas las otras: tal es la consolación, la esperanza, la fe serena y profunda de la filosofía". Víctor Cousin, "De la Caridad", *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (28 de febrero de 1855).

Desde el principio de la historia, la injusticia y la violencia producen los mismos desvíos; ¡y es esa la razón por la que la historia está llena de lágrimas y de sangre! Cuando los hombres se convenzan de que la violencia y la injusticia son malditas por Dios, y que el cielo bendice tan solo la justicia y la libertad, será menester cancelar la historia antigua, porque el seguimiento no tendrá semejanza alguna con el principio. El nuevo libro de nuestros destinos, al contrario de tener una mancha de sangre en cada página, será el cuadro de prosperidades calmas e infinitas.

XXXV

DOCTRINAS MORALES DEL SIGLO XVIII

¿Cuáles fueron las doctrinas que prevalecieron en las escuelas, en la prensa y en el teatro durante el siglo XVIII? Desde 1763 los más grandes y distinguidos escritores del mundo profesaban el *deísmo*. Cerca de un siglo antes había aparecido en Inglaterra, donde Hume lo sostuvo cuando ese sistema comenzaba a envejecer. Voltaire y Rousseau, Diderot y D'Alambert lo habían propagado en Francia. Edelmann, Lessing, Wieland y la Colonia de Federico II lo transmitieron a Alemania, donde Goethe también debía favorecerlo; Franklin, Jefferson y Thomas Paine lo lanzaron en América; así era casi imposible dejar de obtener una victoria tan completa.

Por la serie de los progresos de los deístas, llamados *pensadores libres* en Inglaterra, *filósofos* en Francia, y *espíritus fuertes* en Prusia, el escepticismo, el sensualismo y el materialismo habían tomado su lugar en el mundo, instalándose en las escuelas, en la prensa y en el teatro, e introduciéndose en las costumbres, en la razón y en el corazón de los hombres, en fin, en la vieja sociedad espiritualista y cristiana; el principio hostil a las instituciones y a las doctrinas religiosas aseguró su triunfo con mucha habilidad, constituyéndose en el órgano del progreso. Cuando esa masa de ideas, ese cuerpo de doctrinas marchó en columna cerrada por todas partes, nadie osó hacerle frente, sino parte del clero, y algunos escritores fuera del espíritu de la época.

Cuando los más grandes genios de aquel tiempo ejercían sobre la prensa toda su influencia, el teatro los acompañó, adoptando para la escena las doctrinas de las escuelas. El teatro era, por así decir, el reflejo de las escuelas o de las doctrinas que en ellas se profesaban; por ejemplo, la parodia del Parnaso de Favart, donde aparecen las más sutiles doctrinas de uno de los mayores publicistas de Europa. Pero cumple confesar que hubo un hombre que osó

elevar la doctrina moral a una verdadera ciencia, arrancándola del *eudemonismo*[79], esto es, al instinto del goce y del interés, y a todas las máximas del sensualismo, ese hombre, ese filósofo, fue Price[80].

---

79. Tenemos tal vez que emplear esta palabra otras veces, es necesario, por lo tanto, definirla. Por *eudemonismo* no entendemos el goce moral y material que resulta del bienestar universal, sino ese goce de la carne, el interés egoísta que hace del hombre colectivo un ente aislado, una entidad circunscrita a sí misma, sin relación con las de su especie: es el sensualismo en su más vasta acepción. Veamos cómo Ancillon en su *Justo medio*, hablando de lo *absoluto* y de lo *relativo*, definió el *eudemonismo*, que él divide, para explicar mejor, de la siguiente manera:
"Tesis: No existen sino sensaciones agradables o desagradables, cosas útiles o nocivas. La moralidad consiste en el arte de evitar unas, de adquirir y conservar otras. El *eudemonismo* es, pues, la verdadera *ética*".
"Antítesis: Existen deberes y derechos que se elevan sobre todo. La *ética* es la teoría de unos y de otros, y la idea de perfección combina con todas las otras exigencias de la naturaleza humana".
Ahora, Ancillon en el desarrollo de su tesis trata perfectamente la cuestión del deber, pero en cuanto a la del interés o del *eudemonismo*, se olvida muchas veces de la naturaleza humana para seguir únicamente los dictámenes de una razón esclarecida. La cuestión de si entre el *deber puro* y el interés individual o *eudemonismo* existe alguna relación o relaciones que puedan poner en armonía todas las diversas partes que forman la naturaleza intelectual y moral del hombre. Sin una apreciación semejante de todas esas cosas, todo el sistema moral será siempre cojo, y parecerá estar en contradicción con la naturaleza humana.
Lo que es verdad, lo que parece cierto, es que todo cuanto desconocen y condenan los partidarios severos del *deber puro*, es adoptado por el *eudemonismo* como fundamento de su doctrina, la cual parte siempre de lo agradable y de lo útil como principio de la actividad humana. Cualquiera que sea la diversidad de las formas bajo las cuales se presenta el *eudemonismo*, todos los sistemas de ese género se reúnen en el mismo punto, o sea, en el interés considerado como único y legítimo principio de nuestra conducta. Hay variación solamente en la naturaleza de ese interés, siendo más o menos elevada, más o menos grosera, e incluso más o menos justa.
Sin olvidarnos –el *nisi utile est quod facimus stulta est gloria*– del viejo fabulista, diremos que la idea del deber no siempre puede ser prescrita por la ley, y es el caso en que la moral no puede estar separada de la religión, como tendremos ocasión de explicar más adelante. Puede el legislador fundar sobre la justicia más pura y absoluta todas las relaciones que él establece en el Estado, pero no cabe en su ámbito determinar todas las relaciones necesarias, no puede obligar a ninguna persona a ser justa. La ley, pues, no tiene poderes para grabar la justicia en el corazón del hombre, porque solo la religión puede llegar hasta la conciencia, solo ella puede dar alma y vida a las doctrinas, así como también solo a la razón le es dado llegar a la libertad que hace el mérito de las acciones.
Finalmente, Ancillon, quien en esta obra se inclina un poco hacia la opinión de los estoicos, los cuales admitían en todas las doctrinas y principios contradictorios una cierta porción de verdad, y que de esa porción debía servirse el filósofo para apreciar la conveniencia o discrepancia de todas las opiniones, concluye que la ética, verdadera y única noción del deber, es seguramente el fundamento de toda la moralidad, mientras que el *eudemonismo*, la doctrina del interés, está igualmente en la naturaleza humana y no se debe despreciar. Parece que el autor estaba escribiendo con los ojos fijos en el futuro de Brasil, donde el *eudemonismo* posee actualmente un trono de hierro.
80. Richard Price, ministro protestante y célebre escritor inglés, vino a figurar en el tercer cuarto del siglo pasado, comenzando su reputación por la obra titulada *Revista de las principales dificultades*

En Alemania se atribuye a Kant esa doctrina que dio a la moral una cara nueva, porque Kant, al reproducirla, no habló de Price, sino de Hume; pero nada más justo que unir siempre a cualquier reforma el nombre del sabio que la produjo. Price, al dar nueva forma a la doctrina moral, purificada del escepticismo, del sensualismo y del materialismo, la elevó, como dijimos, a una verdadera ciencia, impregnado sus principios de todo cuanto hay de más sagrado para el hombre.

He ahí las doctrinas morales y políticas en sus tendencias generales desde el Renacimiento, en 1453, hasta la revolución de 1789. Este drama parece completo, a pesar de que, después de esta última época, algunos ensayos, algunas nuevas doctrinas han recibido también nuevas aplicaciones, en teoría, sin embargo, no hay progreso[81]; la forma y el espíritu de las instituciones apenas han sufrido ligeras modificaciones, en eso consiste toda la novedad. Recorra usted la fórmula de los derechos del hombre, ofrecida por Lafayette y adoptada por la Convención, y caminando por todas las alternativas de las diferentes constituciones del 91, 93, 95 y 99, llegará, infaliblemente, a la Carta de 1814 y al acto adicional de 1815.

---

en moral. Pero, sobre todo, lo que más reconocimiento le proporcionó fue su correspondencia con el célebre físico Priestley, también de gran reputación como uno de los primeros sabios de Europa. En esa correspondencia, publicada bajo el título de *Discusión de las doctrinas del materialismo y de la necesidad*, Price elevó la moral a la altura de su misión e hizo de ella una ciencia, como dice M.I. Matter.

81. Esta conclusión es de Matter; en otro capítulo diremos nuestra opinión a ese respecto. Véase en la presente edición el c. XXXVIII.

XXXVI
LAS REVOLUCIONES DE 1830 Y DE 1848

Del acto adicional de 1815 a 1830 todo el movimiento de las doctrinas se hizo en el sentido de la revolución de este último año, pero no era nuevo ni imprevisto: era la consecuencia de las doctrinas antiguas y el complemento de la revolución de 1814; así como la revolución de 1688 había sido en Inglaterra el complemento de la de 1660. Carlos X, al subir al trono en 1824 por la muerte de Luis XVIII, su hermano, tenía en su contra el precedente de ser considerado jefe oculto del partido ultrarrealista; sin embargo, sus promesas de conservar la carta, la abolición de la censura, y otras medidas semejantes parecieron calmar esos temores por algún tiempo.

De lo que no queda duda es que la lucha entre los dos principios (el progreso y la represión) volvió con la misma intensidad de los tiempos antiguos, los mismos odios, las mismas violencias volvieron a aparecer de parte del poder y de parte del pueblo, que entre sí no conoce otro límite en sus luchas sino los excesos, o el despotismo, o la anarquía. En efecto, el voto de indemnidad para los emigrados, el restablecimiento de la censura, el desmantelamiento de la guardia nacional, la ley del sacrilegio, etc., volvieron a excitar todas las aprensiones de los hombres verdaderamente pensadores, como había acontecido en Inglaterra en época semejante.

Un ministerio moderado, presidido por M. de Martignac, calmó a principios de 1828 esa agitación sorda que más tarde había de hacer tremenda explosión, pero ni la época convenía a un hombre de término medio, ni los partidos podían transigir en la efervescencia de sus ideas ni en la violencia de sus pasiones. Otro ministerio, el Polignac, debía, pues, desarrollar toda la energía necesaria para una agresión externa y una represión interna. El 6

de julio de 1830 fue la toma de Argel; el 25 del mismo mes aparecieron las famosas *ordenanzas*, que disolvieron las cámaras, convocaron otras bajo una nueva forma electoral y suspendieron la libertad de prensa[82].

Todo el mundo conoce el efecto de esas *ordenanzas*, que apenas sirvieron de mecha para inflamar esa mina cargada de inmensos combustibles. Una sublevación universal hizo salir del trono a Carlos X en tres días, y abdicó en su nieto el duque de Burdeos; quedando sin efecto esa abdicación, tal y como había quedado la de Napoleón en 1814 en favor de su hijo, el supuesto rey de Roma. Hasta aquí tenemos una perfecta coincidencia en los hechos tanto de Inglaterra como de Francia: allí Guillermo de Nassau es llamado para ocupar el trono después de la expulsión de Jaime II; aquí es Luis Felipe de Orleáns quien sustituye a Carlos X; allí es Príncipe el jefe de una república, aquí es *rey el ciudadano*.

En ese punto comienza Francia a separarse de Inglaterra; diversas fueron de ahí en adelante las circunstancias, diversos también debían ser sus futuros destinos. En efecto, la reacción monárquica de 1660 a 1688, por muy general y profunda que fuese, ya no halló más simpatías en el corazón del pueblo, porque otras doctrinas lo ocupaban. Sin embargo, Guillermo, nacido en una república despedazada por las facciones, tenía horror a todas las invasiones ya democráticas, ya aristocráticas, y por eso se inclinó más hacia la antigua monarquía. Él no sabía qué era preferible, si la república o la monarquía, pero decía francamente que la monarquía, sin los poderes necesarios, le parecía el peor de todos los gobiernos.

Sin embargo, su acceso al trono había sido obra de un partido poderoso, el cual no podía retroceder sin despeñar al país en nuevas revoluciones. Sin embargo, el Parlamento no lo dejó tranquilo y lo privó hasta de su propia guardia. Los intentos de Jaime II, apoyado por Luis XIV, y los supuestos asesinatos o

82. Luis XVIII había mantenido la carta, si no en su esencia al menos en su forma; Carlos X, quien había prometido guardarla fielmente, no solo la desvirtuó sino que también la aniquiló. A los excesos de la realeza respondió el pueblo con sus excesos, con sus pasiones violentas como de costumbre. No hay término medio, exceso por exceso, injusticia por violencia, despotismo por guerra civil: o César o la anarquía, como dijo Proudhon. Aquí cabe bien el dicho de un sabio escritor moderno: "Luis XVIII supo llenar el abismo entre 1789 y 1814, pero no se ignora que le lanzó dentro a toda la vieja monarquía. Carlos X, como la quisiera remover de allí, volvió a abrir el abismo". Jacques Matter, *De la influencia de las costumbres sobre las leyes, y de la que ejercen las leyes en las costumbres*, Barcelona, España, Librería de D.J.A. Sellas y Oliva, Calle de la Platería, 1839.

verdaderos proyectos de asesinato contra Guillermo en nombre de su suegro, hicieron que la nación se uniera a él. Guillermo no era un príncipe vulgar; sin embargo, las faltas de sus enemigos hicieron mucho más que su propio genio para conservarle la corona: Guillermo murió en 1702 como rey de Inglaterra.

La suerte de Luis Felipe fue distinta; después de 18 años de reinado tuvo que huir como Carlos X, abandonando un trono a las llamas que debían devorar, no la realeza, sino los prejuicios y el pasado de una raza entera de reyes. Luis Felipe tuvo en su contra una circunstancia que en otra ocasión cualquiera le hubiera sido favorable, esto es, una gran familia, a la que fue preciso conciliar reviviendo la época de Luis XIV, conocida por los pactos de familia. Esta época, de ominosa recordación para los pueblos, porque aún provoca recuerdos de esas guerras desastrosas que, a la par de mezquinos intereses personales, tanto favorecieron el despotismo, era o debía ser en Francia, en la mitad del siglo XIX un ridículo anacronismo.

Sin embargo, hay un inmenso contraste entre la revolución de 1830 y la de 1848. En la primera habían tomado parte activa todas las clases de la nación, todas las jerarquías desde el proletariado hasta el noble, el sabio, el rico; era el pueblo en su expresión genérica contra el diminuto partido de los *ultras*. La prensa fue entonces representada por los mayores genios, por los escritores más distinguidos, por los hombres más notables en todas las jerarquías; la tribuna simbolizaba la opinión pública, porque era la expresión de un sentimiento íntimo, profundo, general y escrupuloso. Podía entonces decirse que la prensa y la tribuna revelaban la conciencia pública como un grito de alarma, como un grito de guerra: era el duelo a todo trance entre el progreso y la represión.

No obstante, la revolución de 1848 no tuvo ninguno de esos precedentes, fue el encuentro fortuito, se puede decir así, de algunas nubes que incendiaron la atmósfera. ¿Cómo, pues, explicar ese fenómeno? Es que los pueblos, después de repetidas pruebas, llegan a una época tal de indiferencia y de indefinible agotamiento, que los mayores eventos no los conmueven ni los excitan. Si la situación de Francia en aquel momento no era muy grave, era por lo menos singular. Para definir mejor esa situación citaremos aquí textualmente lo que habíamos escrito el 1º de agosto del mismo año de 1848, acerca de aquella revolución[83].

83. *Diario Novo* (Recife, Brasil) (1º de agosto de 1848).

EXTERIOR. "Se están verificando todas nuestras predicciones al respecto de la última revolución francesa. Dijimos en diversos artículos de este periódico, que la revolución no podía prosperar, ni la república progresar, porque veíamos que la parte *pensante* de la nación no había tenido la menor injerencia en la revolución ni en la declaración de la república, que fue generada por la explosión de un arcabuz en la cámara de diputados. Un solo tiro no podía producir tamaña revolución en las ideas, en los hábitos y costumbres, en las instituciones, en los intereses públicos y, mucho menos, en la inteligencia de todo el país.

"Dijimos, igualmente, que la república no podía asegurarse sino por medio del *terror*, pero que el siglo en que vivimos repelía la idea de esos asesinatos en masa, o de la anarquía feroz de las últimas capas de la sociedad. Pero Francia ya no podrá evitar una guerra civil por corta y pasajera que sea, para poder reunirse entonces y fulminar los principios que la estaban llevando para la época de 1792 y 1793. Todos los hombres eminentes que habían tomado parte en la revolución de julio contra la rama más vieja de los Borbones, retrocedieron delante de la perspectiva de una subversión total de las instituciones del país; el ejército y la marina quedaron neutrales en la lucha trabada entre los burgueses de París y la nueva dinastía de Luis Felipe.

"Una república *unitaria* e indivisible para 35 millones de habitantes es una quimera que nadie pudo concebir ni evaluar en sus resultados. La civilización en las clases medias de Francia repele, y repelerá siempre, todas las funestas consecuencias del sufragio universal. Cuando la parte más inteligente de un gran pueblo, sorprendida por graves trastornos, se ve sometida a la dirección del mayor número, procura luego reasumir sus derechos, repeliendo la fuerza bruta: es la inteligencia que reclama sus fueros y busca elevarse sobre el instinto de las multitudes desenfrenadas.

"¿Quién diría que en el seno de esa misma Asamblea Nacional, que con tanto entusiasmo proclamó la República de Febrero, existía oculto el veneno, que la había de matar? ¿Quién diría que este pueblo de París, que destruyó la realeza en dos horas, había, en menos de cuatro meses, de apelar ante las cenizas del trono, el mismo que quemara en la plaza pública como un sacrificio expiatorio? Ya no es el rey de las barricadas sino el nieto de Carlos X quien se proclama; ya no es la realeza que expiró en julio de 1830, sino el imperio con todos sus recuerdos, ¡es el sobrino de Napoleón, dos veces mal sucedido en sus ambiciosas tentativas! ¿Quién lo diría?

(...)

"El día 11 de junio el pueblo se apiñó en la plaza de la Concordia para ver la llegada de Luis Napoleón, y fue necesario que el gobierno mandase disolver los grupos a punta de bayoneta, llevando por la fuerza al pueblo que, delante de la tropa, gritaba: '¡Viva el Emperador, viva Luis Napoleón!'. Por todas partes las reuniones eran numerosas y siempre los mismos vivas repetidos al nuevo pretendiente, de suerte que se puede aseverar que un nuevo trono se yergue sobre la tumba del gran hombre: *es el cadáver del Napoleón galvanizado*"[84].

¿Cómo ese mismo fuego que incendió Francia en 1848 abrasó también Italia y Alemania? Es fácil concebir la fuerza del contagio cuando hay predisposición orgánica para desarrollarlo, como en esos países y sus dependencias, donde la represión había maniatado el progreso, y el despotismo como que había encadenado la libertad. Pero lo que causa espanto no es el efecto prodigioso y rápido del ejemplo, ni la eficacia del contagio, sino la muerte prematura de la Revolución, no solo en Francia sino en el resto de Europa. ¿Sería, pues, como dijo Matter, porque desde 1789 para acá no ha habido más progreso, ni político ni moral, o porque no pudo haber progreso político, e incluso ni este es deseable, sin el progreso moral? Ya lo veremos.

84. *Ibid.*

XXXVII

INGLATERRA Y LAS ÚLTIMAS REVOLUCIONES DEL CONTINENTE

¿Por qué las últimas revoluciones de Europa no agitaron a Inglaterra? ¿Por qué hoy, tranquila y pacífica, contempla con mirada serena las agitaciones de toda Europa? Ninguna respuesta sería más adecuada ni más convincente que la de un artículo de *Presse*, que resume la presente situación de aquel pueblo en pocas palabras. Es tal la energía de su dicción y el laconismo de su frase que sería casi imposible resumirlo; por lo tanto, lo reproducimos íntegramente:

"Inglaterra, hace dos o tres siglos, era el escándalo de Europa, era la patria de las tempestades políticas. *Más agitada en sus tierras que en su océano*, según la bella imagen de Bossuet, ella cambiaba violentamente sus leyes, sus instituciones y sus jefes. Cromwell sustituía a Carlos I, cuya cabeza rodaba por los escalones del cadalso. Guillermo de Orange, a su vez, sucedía a Jaime II quien iba a terminar en el exilio con su familia dos veces condenada por las revoluciones.

"Pero, ¡cuánto movimiento, cuántas agitaciones en esos dos dramas! No es solo el Estado, estremecido hasta sus fundamentos y que vacila como un hombre embriagado; la Iglesia, como el Estado, tiene también sus tempestades. En las proscripciones políticas se confunden las proscripciones religiosas, y casi durante un siglo Europa asiste, con una especie de terror, a ese espectáculo de un pueblo entero conjurado, por decirlo así, en contra de sí mismo. ¡Oh tiempos, oh costumbres!

"Esas tempestades, que agitaron Inglaterra por tanto tiempo, pasaron al continente, e Inglaterra, hoy tranquila y pacífica detrás de los mares que la cercan, contempla con una mirada serena las agitaciones de toda Europa.

"¿Cómo se explica este cambio? ¿Por ventura son hoy los ingleses menos altivos, menos celosos de la libertad que en el siglo XVI o XVII? ¿O han hecho

bastantes progresos en la vida pública para no tener más que ganar en ese juego terrible, pero siempre necesario de las revoluciones?

"No debemos creer que el espíritu público se haya debilitado en Inglaterra después de la época de esas grandes crisis; por el contrario, se ha engrandecido y fortificado. ¿Por qué se habría él debilitado? El comercio y ese culto de los intereses materiales, de los cuales es él muchas veces la fuente, tienden sin duda alguna a disminuir la energía moral de las sociedades, pero la libertad es un vino generoso que nutre y conserva el espíritu del pueblo.

"Del mismo modo nos engañaríamos si supusiésemos que Inglaterra desprecia los cambios, porque ella no tiene necesidad de transformarse y debe solamente gozar en paz de las ventajas que ha sabido procurarse.

"Es lícito, sin duda, admirar esa civilización inglesa, la cual representa tan gran papel en el mundo. El patriotismo de los otros pueblos puede hasta tener envidia de ella; pero ¡cuántas mejoras aún tienen lugar! ¡Cuántas reformas son aún necesarias! Moro y Harrington tendrían siempre el derecho de crear sus utopías.

"¿Cómo es, pues, que los ingleses están tranquilos y no buscan, como otrora, en las agitaciones revolucionarias un remedio para los defectos y vicios de sus instituciones sociales?

"Algunos espíritus han procurado explicar esa calma por el respeto casi religioso que existe en Inglaterra para con la Constitución. Pero ese mismo respeto debería ser explicado. Un pueblo esclarecido, un pueblo celoso de sus derechos y dotado de un sentido eminentemente práctico, no erige altares ciegamente a una constitución, cualquiera sea su origen. Si la acerca a una especie de culto es porque ella es para él un principio de fuerza y le proporciona los medios para desarrollarse según sus necesidades y sus deseos.

"Pues tal es precisamente el carácter de la constitución inglesa, y he aquí por qué los ingleses, que otrora atravesaran todas las tempestades políticas con esa flema imperturbable con que pasean en medio de las olas del océano, pueden descansar hoy de sus antiguas conmociones, en una calma perfecta. Ellos no tienen más nada qué pedir a esas tormentas que afrontaron primero que los otros pueblos. Gracias a su prudencia y a su sabiduría, ellos acumularon desde hace tiempo un tesoro de derechos y de libertades que es suficiente para todos sus desarrollos sociales.

"Ellos tienen en primer lugar el Parlamento, el gran baluarte del derecho, *ars-juris*, como decían los antiguos. Es este el verdadero Consejo de la

Nación, a pesar de sus defectos, bajo el doble punto de vista de su composición y su origen. Él discute libremente los intereses materiales y morales del país, cuyos destinos fija y regula. La realeza, que se sienta a su lado en toda su magnitud, le obedece en vez de mandarle, porque ella sabe que él representa el pueblo, o sea, el derecho y la fuerza, estos dos grandes poderes que dirigen el mundo[85].

"Después del Parlamento viene la prensa, la prensa con todos sus órganos y toda su audacia. Es otra tribuna tan poderosa y tan respetada como la de Westminster. Ella no ha perdido el rigor de los opúsculos de Milton y de las cartas de Junius; servía de órgano a Burke, a Godwin, a Mackintosh, y a Cobbett y hoy es el intérprete de Carlyle y de sus rivales; es el eco, el eco sonoro e infatigable de todos los derechos, de todas las quejas, de todos los sufrimientos, y como esos ecos retumbantes que la naturaleza diseminó por el mundo, ella repite con una fuerza nueva todos los sonidos, todos los gritos que se le entregan.

"La libertad de enseñanza se junta a esa libertad de palabra, completarla. Todas las doctrinas y todas las teorías hallan allí un asilo inexpugnable. Si les faltaran escuelas (no siempre la verdad tiene una habitación) ahí están las plazas públicas, ese dominio de los pueblos libres; ahí gozan del derecho de ciudad y ahí comienzan, al aire libre, la conquista de los espíritus.

"Finalmente, el derecho de reunión y de asociación sirve de cimiento y de lazo a ese poderoso conjunto de franquezas nacionales. Todos los intereses, todas las ideas se agrupan y revelan muchas veces sus relaciones naturales; nada los perturba en esa combinación armoniosa. Son pequeñas sociedades que se constituyen en el seno de la sociedad general, cuya vida ellas aumentan y consolidan.

"¡Cuántas fuerzas, cuántos instrumentos no tiene el pueblo en sus manos para actuar sobre todo lo que lo rodea, y reformar, en caso de necesidad, su destino! Es por estos medios enérgicos e irresistibles que Inglaterra ha podido hacer en nuestros días tantas reformas útiles. ¿Cuál es el obstáculo que podría hacer parar el movimiento de un pueblo entero caminando hacia el futuro?

85. Tengamos presente el ejemplo del último acontecimiento en febrero del corriente año (1855), esto es, la caída del ministerio Aberdeen, y la llamada de Lord Palmerston para formar otro ministerio contra los sentimientos de la reina, porque tal era el sentimiento público.

“La emancipación del catolicismo fue reclamada por la conciencia pública. Es el héroe del *torysmo*, el “Duque de Hierro” (*Iron Duke*) como dicen los ingleses, Lord Wellington, en una palabra, que presenta la nueva idea al Parlamento, y se arma solemnemente con la autoridad de la ley.

“Otro día piden la reforma electoral. Es incluso un miembro de la aristocracia, el conde Grey, quien la impone de alguna manera a las cámaras y a la corona, hablando el lenguaje de un tribuno.

“Después se trató de la libertad comercial, la cual vino a ser a su vez una idea popular; y el hombre que une su nombre a esa nueva reforma es Robert Peel, o sea, otro tránsfuga del *torysmo*”[86].

Esas instituciones, amplias y sencillas como la vida, se completan de este modo por hombres investidos del poder por el nacimiento, riqueza o talento[87]. Esta armonía explica la historia moderna de Inglaterra y la tranquilidad

---

86. Véase en la presente edición el c. IX.

87. La tendencia de las sociedades, así como los deseos de todo hombre social, dice el distinguido autor de la historia de los gobiernos representativos [Guizot], consiste en el empeño de ser gobernadas por los mejores ciudadanos, por aquellos que saben más y que se ocupan de indagar la verdad, de ilustrar su razón y de buscar la justicia donde quiera que ella exista. En este sentido, todos los buenos gobiernos, y particularmente el gobierno representativo, tienen por objeto elevar del seno de la sociedad esta aristocracia verdadera y legítima, por quien ella debe ser gobernada, y que tienen el derecho de gobernarla.

En otra obra que publicamos hace 20 años, *Bosquejo histórico, político e literário do Brasil*, tuvimos la oportunidad de ampliar esa opinión de Guizot de la siguiente manera:

“En ninguna parte del mundo esta regla de la *aristocracia inmaterial* es más verídica y positiva que en Inglaterra. La aristocracia *material*, aquella que consiste en la inmensa fortuna inmobiliaria, no da preeminencia alguna a la clase que la posee, si los hombres que la componen no se elevan por el merecimiento personal, por las virtudes y por el talento. Pitt y Fox, por ejemplo, fueron elevados al apogeo de la gloria ministerial por sus respectivos talentos en oratoria parlamentaria y en la ciencia de gobierno, aunque el primero (quien llegó a ser Lord Chatham) perteneciera a una familia moderna, como dice Lord Chesterfield, y el segundo fuese 3º del primer Lord Holland.

“Canning, quien salió de la clase popular, llegó por el mismo camino de la tribuna a ser también primer ministro. Hoy mismo se ven figurando en la escena, en dirección opuesta, dos hombres extraordinarios, Lord Grey, jefe de una de las familias más ilustres de Inglaterra, al frente del *partido popular*, y Roberto Peel, simple hijo de un rico empresario, al frente del *partido aristocrático*. Otro fenómeno, no menos notable, es que Lord J. Russell, el mejor orador *whig* de la Cámara de los Comunes, es hijo del duque de Bedford, de la más alta nobleza.

“La influencia del nacimiento no prevalece allí sobre la influencia de la capacidad, por el contrario, el espíritu público es quien aquilata ese grano de preeminencia social a la que ciertos hombres han llegado en Inglaterra; la primera clase es la del talento sobre todas las otras; la nobleza viene después de la riqueza, y así sucesivamente hasta la última clase del Estado. Así es que allí se observa un fenómeno moral que da mucho peso a nuestras observaciones y viene a ser: que muchos grandes

profunda que ella goza, mientras las tempestades revientan por todas partes alrededor de ella.

"Conocí ministros en otras partes que se titulaban modestamente *estadistas* y que se juzgaban grandes porque resistían a la opinión pública. ¡Qué grandeza y qué heroísmo! Grandeza y heroísmo limitados.

"En medio de esas instituciones, cuya acción soberana nada detiene, los ingleses se sienten armados para todas las conquistas sociales. De ahí proviene esa calma que tanto contrasta con su carácter tumultuoso de otrora. En efecto, ¿por qué se agitarían ellos?

"¿Qué es una revolución en la vida de los pueblos? Una ruina que manos audaces cavan en las tinieblas bajo los pies de aquellos gobiernos que pretenden hacer parar la marcha de las sociedades.

"No se acude a la mina cuando el suelo no resiste; y el camino está enteramente trazado. He ahí porqué los ingleses, quienes otrora tanto se agitaban, no hacen hoy más revoluciones"[88].

---

talentos han salido, y salen constantemente de la clase de la nobleza hereditaria, como un esfuerzo más para alcanzar aquello que ni se hereda, ni se compra, o sea, la sabiduría. Nadie nace con derecho a ser primer ministro, pero este derecho se adquiere por el talento y por el saber: esta es la primera y la más legítima y verdadera, real y positiva aristocracia de Inglaterra".
No es demasiado que un pueblo semejante tenga gran fe en sus instituciones.
88. *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (17 de noviembre de 1853).

XXXVIII
EPÍLOGO

Dijimos con Matter[89] que desde 1789 hasta la revolución de 1830, sobre lo que él escribió, no había habido en teoría progreso entre las doctrinas morales y políticas de los tres últimos siglos y que la forma y el espíritu de las instituciones apenas habían sufrido ligeras modificaciones, en lo que consistía toda la novedad. En efecto, Matter, al recordar el pasado únicamente para explicar el presente, llegó por la observación de la historia y desarrollo de las doctrinas a concebir que la situación moral y política del mundo era más grave de lo que había sido en tiempo alguno, porque él no conocía en los anales de los tres últimos siglos una época en que se haya llegado a un grado de más orgullosa indiferencia y de indefinible decadencia.

Si esa situación, dice él, no es más grave que otra cualquiera, es por lo menos más singular, porque nuestra ambición es al mismo tiempo sin límites y sin base. Soñamos con un futuro lleno de todos los géneros de gloria y de grandeza, ¡y en nuestro presente nos falta el terreno bajo los pies! ¿Cuál es pues nuestro *presente*? Ya lo dijimos[90]: falta de fe en los hombres y en las cosas, ausencia o negación de entusiasmo por las doctrinas y por las instituciones, escepticismo en las leyes y en las costumbres; tedio por lo que existe, y horror por lo que puede venir a ser. Este estado, en verdad indefinible, debía tener una explicación, ¿cómo tres siglos de progreso pudieron llevarnos a esa situación?

En efecto, ¿cuál era la preocupación, el pensamiento de toda esa época? El mejoramiento y el progreso del sistema social. ¿Y cómo quisieron obtener-

89. Véase en la presente edición el c. XXXV.
90. Véase en la presente edición el c. XXVIII.

los? Por medio del progreso político, sin cuidar del progreso moral. Sin cuidar de las costumbres, cuidaron solo de las leyes, y por fin, cuando los gobiernos usaron la violencia, el pueblo solo tuvo que oponerles otras violencias[91]. Para que, el progreso político sea posible conviene que sea acompañado del progreso moral, haciendo que las teorías pasen de las inteligencias, no solo a las instituciones, sino al corazón del pueblo, volviéndolas convicciones nacionales, porque solo en las doctrinas morales de un país está la seguridad de sus doctrinas políticas, esto es, solo las doctrinas morales tienen el poder de cerrar el abismo de las revoluciones.

He ahí perfectamente definida la era de la emancipación moderna esbozada ligeramente, tanto cuanto es posible hacerlo en un opúsculo de pequeña dimensión, como el presente. Exponiendo francamente las opiniones de un filósofo profundo acerca de las doctrinas morales y políticas en que se ha dividido el mundo civilizado en estos cuatro siglos que ya pasaron, reservamos nuestra opinión que, como verán los lectores por las doctrinas que establecemos en los primeros capítulos de este nuestro trabajo, difiere un poco de la conclusión de Matter, aunque se encuentre perfectamente de acuerdo con muchas de sus teorías.

Convenimos enteramente en que ningún progreso político es deseable ni posible si no es natural y necesariamente conducido por un progreso moral, pero no podemos convenir en esa falta *absoluta* de fe en los hombres y en las cosas ni en esa ausencia de entusiasmo por las doctrinas y por las instituciones, y mucho menos en ese horror al futuro, que todas las naciones procuran con una avidez siempre creciente. Así como no nos parece que la moral pueda estar separada de la religión, ni la filosofía de la moral, ni todas ellas de la política, que no es únicamente, como pretenden algunos, la ciencia del gobierno, sino también la complejidad de las causas que determinan la asociación civil, de las circunstancias que la hacen más o menos perfecta y de los efectos que resultan de esa asociación[92].

Desde que la *filosofía* se constituyó en juez de la religión, y la *política* de la religión y de la moral, dos inversiones absolutas en las doctrinas del siglo XV, no era mucho lo que esas ideas produjeron, como produjeron las dos

91. Véase en la presente edición el c. XXXVI.
92. G. Pagés, *op. cit.*

revoluciones del siglo inmediato, o sea, la Reforma religiosa (1517) y la Revolución de los Países Bajos (1565). De ambas revoluciones ya tuvimos ocasión de hablar, así como de su carácter moral y político, y de las consecuencias necesarias que semejantes doctrinas debían traer a las instituciones de aquella época[93]. Desde entonces, la lucha entre el progreso y la represión se volvió permanente, infatigable, tenaz hasta la brutalidad, feroz hasta la barbarie; ríos de sangre no pudieron ahogar las violencias de los pueblos ni los excesos del poder.

Por todas partes se hacía valer el antagonismo de las doctrinas; a las de Pomponacio se oponían las de Marsilio Ficino, de los dos Pico de la Mirándola, de Reuchlin y de sus discípulos; a las de Maquiavelo se oponían también las de La Vacquerie, de La Boetie, de Bodin, de Erasmo, de Moro, y de muchos otros, quienes combatieron a pie firme las doctrinas de la represión. En medio de esa confusión espantosa de las doctrinas y de los hechos que ellas produjeron, vino la Guerra de los Treinta Años en el siglo XVII a cerrar el abismo que había abierto la revolución de los Países Bajos en el siglo anterior. El tratado de Westfalia fue el resultado de esa lucha encarnizada que debía producir un progreso tan marcado: la libertad de conciencia como principio político y los primeros rudimentos del derecho europeo (1648).

La catástrofe del año inmediato en Inglaterra (muerte de Carlos I, 1649), y la revolución de 1688 eran aún la consecuencia forzada de la lucha entre los dos principios; la primera fue la victoria del progreso exagerado, la segunda fue la tregua entre los mismos principios, fue la transición, como dijimos, para la marcha futura de aquel pueblo único que después de sus escándalos llegó a conquistar el pleno dominio de sus derechos y la pacífica posesión de una libertad bien entendida[94]. ¿Puede alguien hoy aseverar que falte en Inglaterra fe en los hombres y en las cosas o entusiasmo por las instituciones y por las doctrinas? Y no solo en Inglaterra sino en los Estados Unidos, donde el respeto por las instituciones excede a todas las previsiones de los autores de la Constitución de 1787. Nadie por cierto lo diría[95].

---

93. Véase en la presente edición el c. XXX y el c. XXXI.
94. Véase en la presente edición el c. XXXVII.
95. Véase *O Federalista*, escrito y publicado por Hamilton Madison y Jay en 1787; el segundo fue presidente de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos al poner en práctica la doctrina del *self-government* y al declarar Francia que el *Estado medio* era la nación (1789), habían comprobado que la *plebe*, después de haber llegado a la toma de conciencia y de la vida civil, había al fin conquistado el control de la vida política; naciendo de esa posesión la igualdad, el *patriciado* desapareció, porque su misión estaba concluida[96]. El Imperio, al nivelar todas las condiciones, lejos de ser una reacción, fue antes el complemento de la doctrina de Sieyés. La Restauración, sin embargo, fue un nuevo rebate contra la doctrina del progreso, no por la represión, que ya era impotente como teoría, sino por las remembranzas de un pasado saturado de odios y de venganzas.

La revolución de 1830, por lo tanto, fue el complemento de la de 1814, esto es, a la represión de 1814 por las armas extranjeras sucedió el progreso de 1830 por la conciencia pública, incluso el triunfo del progreso contra la represión. Si en los dieciocho años que se siguieron Francia quedó estancada, si ningún progreso hubo en teoría, ella aumentó considerablemente todos sus recursos físicos y morales, de manera que la espantosa revolución de 1848 no la pudo hacer retroceder. Esta revolución ensangrentada, en que todos los principios se hallaron confundidos por la sorpresa, en que las violencias del bajo pueblo armaron en su contra a la clase media, esa revolución murió por sus excesos, y cuatro años después desapareció como humo barrido por la ventisca.

La reacción, pues, de 1852 fue aún un progreso, porque la república ya no podía mantenerse sin las violencias de 1792 y 1793, lo que sería para Francia y Europa un retroceso de más de medio siglo. Europa occidental marcha, por lo tanto, en una progresión ascendente, que no puede variar por su elevada ilustración y por el caudal de experiencia que ha sabido acumular en el espacio de tres siglos, durante el cual el género humano se ha purificado muchas veces en el crisol de las calamidades: es, pues, la rehabilitación por medio de las pruebas y de las expiaciones dolorosas.

He ahí, en resumen, la serie de hechos que fueron consecuencia de las doctrinas importadas por los griegos del bajo imperio a mediados del siglo XV; no que esas doctrinas formaran las bases de nuestras instituciones, sino que crearon los principios que se pusieron en lucha, hasta que de ella resultó

96. Véase en la presente edición el c. III.

el maravilloso progreso realizado en el siglo pasado, acrecentado por las importantes conquistas de la inteligencia en todas las ramas de los conocimientos humanos. Así es como Matter supone que desde 1789 hacia acá no ha habido progreso en teoría, y nosotros decimos que ese progreso es constante en todas las relaciones que constituyen la asociación humana, sea ella civil, sea ella política o religiosa. *Il mondo va da se*, dicen los italianos, y dicen una verdad, porque el mundo marcha por sí mismo sin necesidad de nuestro impulso.

XXXIX

LA RELIGIÓN Y LA POLÍTICA, LA FILOSOFÍA Y LA MORAL

Dijimos en el capítulo anterior que no nos parecía que la moral pudiera estar separada de la religión, ni la filosofía de la moral, ni todas ellas de la política. Definamos estas cuatro palabras para que veamos si ellas pueden casarse entre sí, y el sentido en que las debemos emplear. Por *moral* entendemos la noción de todo *deber*. En el siguiente capítulo explicaremos la diferencia que existe entre la moral de los filósofos y la conciencia pública.

La religión es la ley suprema de los seres inteligentes, es la ley del hombre, como lo dice Lamennais, y expresa sus relaciones con la causa suprema, con Dios; ahora bien, esas relaciones contienen el culto que, por la noción de los deberes para con el mismo Dios, no está ni puede estar separado de la moral. Por filosofía entendemos también las relaciones entre el hombre y Dios, de los hombres entre sí y con el mundo físico; esas relaciones traen consigo deberes y derechos, y en las relaciones con Dios viene asociada la idea de culto, por lo menos interno, por lo tanto no puede estar separada de la moral y de la religión.

Finalmente, por política entendemos no solo la ciencia del gobierno como el complejo de las causas que determinan la asociación civil, de las circunstancias que la hacen más o menos perfecta y de los efectos que de esa asociación resultan; viniendo, por lo tanto, a ser la política el complejo de todas las relaciones del hombre en sociedad, y en esas relaciones están contenidas todas las nociones del deber del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes; por consecuencia, la moral, la religión y la filosofía son como bases sobre la cual descansa la política.

No obstante, no piense alguien que cuando decimos que la religión no puede estar separada de la política queremos significar con esto una religión que sirva de escabel al gobierno civil, o una teocracia real o popular; no es cierto: las hogueras de Torquemada no volverán a incendiar el mundo civilizado. Una religión no puede ser efecto de una ley civil: las Constituciones pueden garantizar la existencia de una religión pero no pueden crear una religión nueva, ni reformarla o modificarla. Sentimos hoy gran placer en estar perfectamente de acuerdo con nuestras ideas de hace veinte años[97].

Cuando la Constitución de Brasil dijo en su artículo 5º: "La religión católica apostólica romana *continuará* siendo la religión del Imperio", estableció una garantía para la religión existente, o sea, aseguró el tranquilo goce de la conciencia de los brasileros, porque ellos no deben ser incomodados en sus creencias y, por consiguiente, en los actos exteriores de su culto, a los que únicamente se limita el efecto del poder temporal. Este artículo no es *mandamiento*, porque no estatuye una religión nueva; es *garantía*, porque protege la religión que existía.

Para evitar funestas interpretaciones muchos políticos sostienen que las constituciones políticas no deben contener artículo alguno relativo a la religión, ni prescribir culto alguno, porque todo esto está fuera del dominio del poder temporal, el cual debe limitarse tan solamente a garantizar la libertad de conciencia, así como la libertad civil y política. De esa opinión son todos los americanos del Norte, y algunos del Sur, entre los cuales se distingue uno, cuya opinión a ese respecto es de un gran peso[98].

---

97. J.I. de Abreu e Lima, *Bosquejo...*, *op. cit*.

98. Cuando en 1825 las armas de Colombia libertaron el Alto Perú, se formó una república que tomó el nombre de *Bolivia*, en honor de aquel que les había dado vida y libertad. Entonces pidieron los bolivianos al general Bolívar que les diera una constitución política. En esa obra del genio, quien entonces planeaba sobre los Andes, omitió su autor hablar de religión; y en su discurso preliminar, en que él justificó sus doctrinas, se expresó sobre esa omisión de la siguiente manera:

"*¡Legisladores!* Haré mención de un artículo que, en mi conciencia, debí omitir. En una constitución política *no debe prescribirse una profesión religiosa*; porque según las mejores doctrinas sobre las leyes fundamentales, estas son solamente las garantías de los derechos políticos y civiles; y como la religión no toca a ninguno de esos derechos, ella es de naturaleza indefinible en el orden social, y pertenece a la moral intelectual. La religión gobierna al hombre en la casa, en el gabinete, dentro de sí mismo: solo ella tiene derecho de examinar su conciencia íntima; las leyes, por el contrario, miran la superficie de las cosas: no gobiernan sino fuera de la casa del ciudadano. Aplicando estas consideraciones, ¿podrá un Estado regir la conciencia de los súbditos, velar sobre el cumplimiento de las leyes religiosas, y dar el premio o el castigo, cuando los tribunales están en el cielo, y cuando

Otros hay, sin embargo, que piensan de modo diverso y juzgan que la ley fundamental debe garantizar el culto profesado por la mayoría de una nación, porque ese culto es el patrimonio de la conciencia. Ellos dicen que el gobierno político saca ventajas considerables al adoptar una religión como nacional, sin que sea ni se llame *dominante*; porque los vínculos religiosos fortifican la unión cordial de los miembros del cuerpo político del Estado con su respectiva cabeza y entre sí mismos; lo que mucho contribuye a que exista también conformidad nacional en el proyecto de las leyes civiles y en el uso práctico de ellas.

Nuestra opinión es que una constitución política no debe prescribir una profesión religiosa, sino solo limitarse a garantizar la libertad de conciencia; así como las leyes civiles deben garantizar la libertad de todos los cultos hasta donde sea compatible con la existencia simultánea de todos ellos en el mismo país. De esa manera la religión, elevada a su verdadera altura, será la ley suprema del hombre, porque será el vínculo que lo une a Dios, y esta unión es la vida, que constituye la *unidad* del género humano.

El dogma primordial, el dogma esencial en su compleja unidad es: *Dios y la creación distinta de Dios pero unida a él*. El lazo de esta unión lo es todo

---

Dios es el Juez? La Inquisición solamente sería capaz de reemplazarlos en este mundo. ¿Y volverá la Inquisición con sus ideas incendiarias?

"La religión es la ley de conciencia. Toda ley sobre ella la anula porque imponiendo la necesidad al deber, quita el mérito a la fe, que es la base de la religión. Los preceptos y los dogmas sagrados son útiles, luminosos y de evidencia metafísica; todos debemos profesarlos, mas este deber es moral, no político.

"Por otra parte, ¿cuáles son en este mundo los derechos del hombre hacia la religión? Ellos están en el Cielo; allá el tribunal recompensa el mérito, y hace justicia según el código que ha dictado el Supremo Legislador. Siendo todo esto de jurisdicción divina, me parece a primera vista *sacrílego y profano* mezclar nuestras ordenanzas con los mandamientos del Señor. Prescribir, pues, la religión, no toca al legislador; porque éste debe señalar penas a las infracciones de las leyes, para que no sean meros consejos. No habiendo castigos temporales, ni jueces que los apliquen, la ley deja de ser ley.

"El desarrollo moral del hombre es la primera intención del legislador: luego que este desarrollo llega a lograrse, el hombre apoya su moral en las verdades reveladas, y profesa de hecho la religión, que es tanto más eficaz, cuanto que la ha adquirido por investigaciones propias.

"Además, los padres de familia no pueden descuidar el deber religioso hacia sus hijos, los pastores espirituales están obligados a enseñar la ciencia del Cielo: el ejemplo de los verdaderos discípulos de *Jesús* es el maestro más elocuente de su divina moral; pero la moral no se manda, ni el que manda es maestro, ni la fuerza debe emplearse en dar consejos. Dios y sus ministros son las autoridades de la religión, que obra por medios y órganos exclusivamente espirituales; pero de ningún modo el cuerpo nacional, que dirige el poder público a objetos puramente temporales". *Discurso ante el Congreso de Bolivia*, Lima, 25 de mayo de 1826.

en las leyes de la conciencia, leyes inmutables, sancionadas por aquel que las grabó en el corazón de todos los hombres. ¿Quién osaría estatuir preceptos de esas leyes cuando el tribunal está en el Cielo y Dios es el Juez Supremo?

¿Qué es la creación? Para Dios, *crear* es comunicar su sustancia y sus propiedades: y por eso se dice que Dios es el alimento universal del cual todos los entes se nutren. El Universo, pues, no es otra cosa sino una gran comunión que tiende a la unidad, como todos los seres que la componen tienden hacia Dios. He ahí, pues, por qué en la esfera de la vida superior, o de la vida moral, todas las leyes del amor se reducen a este simple precepto: *amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo*.

Así como las condiciones de la existencia de todos los seres derivan de su propia naturaleza, así también el complejo de todas esas condiciones forma lo que llamamos *naturaleza*, la cual está unida por un lazo *necesario* a su autor; y fuera de ese lazo nada existe ni puede existir y, por consiguiente, nada hay que sea *sobrenatural*. De ahí podemos concluir, especialmente en cuanto al hombre, que la religión, idéntica con sus leyes, es la suprema condición de su existencia; negarla sería pronunciar contra sí la sentencia de una muerte eterna.

Sin embargo, la religión, inmutable en su esencia como la naturaleza humana, progresiva en su desarrollo como esa propia naturaleza, deja de ser lo que ella es, lo que ha sido en el correr de tantos siglos, deja de colmar sus fines, su misión, luego que es desviada del camino trazado por la mano poderosa que la colocó entre sí y sus criaturas; ella no es, entonces, otra cosa sino una concepción quimérica. En esas épocas de decadencia, la mano de Dios se ha mostrado para regenerar el hombre; una de ellas fue la de nuestra redención, llamada la era vulgar.

XL
LA MORAL FILOSÓFICA

Todas las veces que la filosofía salió de la órbita puramente intelectual para lanzarse en el orden de los hechos, perdió toda su importancia como ciencia moral y fue a alistarse en las filas de las ciencias experimentales o especulativas. En el siglo pasado los filósofos se ocuparon de todo, tanto de la política como de la religión, del gobierno, de las leyes, de las ciencias, de las artes, de las costumbres, construyendo para sí un trono sobre las ruinas de la sociedad que existía y que ellos desmontaron pieza por pieza, desde la choza del campesino hasta el palacio del magnate, desde el hogar doméstico hasta el santuario de los templos. En sus aspiraciones tenebrosas ellos hicieron de la filosofía una máquina de guerra contra la moral, contra la política y contra la religión.

En ese desmoronamiento de la sociedad que existía aparece el dedo de la Providencia regulando la marcha futura del género humano por el progreso moral; progreso que se revela, no solo por las grandes conquistas de la inteligencia, sino también por las nociones de lo *justo* y de lo *honesto*, que deben servir de norma a todas las relaciones sociales. Parece, por lo tanto, que la antigua filosofía, obra gloriosa de una civilización pagana, completó su misión, y que hoy solo debe tener un papel secundario en las sociedades modernas esclarecidas y guiadas por el cristianismo.

La moral que tiene, según la opinión de Pascal, un tribunal más elevado que el de las leyes humanas, porque el Juez está en el Cielo, no puede estar a merced de la discusión. Entre tanto, ¿cuál es la moral de los filósofos, sujeta siempre a un estado de controversia?, si por una parte ella ejerce alguna influencia sobre la opinión, por otra, esa opinión se vuelve muchas veces contradictoria. La opinión, o mejor dicho la conciencia humana, es esencialmente

cambiante, y es a esta modalidad que llamamos la ley del progreso. Un instinto inevitable, como la fatalidad, impele a la humanidad en las vías de su inmenso destino; como la leyenda del judío errante, es menester que marche, es necesario que obedezca a ese impulso natural.

Las fórmulas de la moral son variables como las opiniones, pero los principios en que ella se funda son inmutables y eternos como el origen de donde dimanan. Se encontrarán en los anales de la Antigüedad muchos hechos que nuestras costumbres hoy reprueban, pero en ningún código del mundo encontrarán sancionado el egoísmo como ley, ni que la virtud sea una ficción contraria a los intereses de la humanidad o el deber un sofisma del espíritu del sistema. En cada variación las fórmulas de la moral parecen absolutas, porque son la expresión de la conciencia pública; pero por la ley del progreso, esas mismas fórmulas, restringiéndose o ampliándose, se modifican de manera que no autoricen el escepticismo individual.

¿Qué hicieron los filósofos en el siglo pasado? Crearon una moral escrita, controversial por sus doctrinas contradictorias y sobre ella quisieron fundar un código, sin importarles las costumbres, ni las preocupaciones y prejuicios de los pueblos; porque, decían ellos, siendo las costumbres el efecto del libre desarrollo de un ser moral, parece a primera vista pertenecer a un orden de cosas que ninguna relación tiene con las leyes. Estas proceden de una autoridad política o civil, están revestidas de una fuerza obligatoria, encadenan la voluntad y la acción natural del hombre, y prescinden muchas veces de los motivos de humanidad y virtud que presiden siempre la moralidad.

Parece, pues, según la opinión de aquellos filósofos, que ninguna reciprocidad de influencia pueda haber entre las costumbres y las leyes; por el contrario, debe existir divergencia, e incluso disidencia, lo que realmente es un error. Las costumbres, dice Matter, a pesar de su naturaleza libre, carácter independiente y tendencia elevada, dependen de un gran número de circunstancias que las modifican; son efectos de una multitud de causas que las provocan; y entre esas causas y circunstancias ocupan las leyes un lugar distinto. Las leyes muchas veces sirven al mismo tiempo de reglas que dirigen y de barreras que estorban el inmenso desarrollo de las costumbres[99].

99. J. Matter, *op. cit*.

Más aún, decía que las leyes consideradas en sí mismas parecían no tener la menor relación con las costumbres, porque ellas no atendían a los individuos sino a la sociedad, y casi siempre sacrificaban los intereses particulares al interés común; lo que hasta cierto punto posee visos de verdad. No obstante, a pesar de esa divergencia, las costumbres y las leyes no dejan de tener entre sí muchos puntos de contacto, ya sea por el origen común de donde dimanan, ya sea por la autoridad suprema que les da la sanción. No son, en efecto, en último análisis, las leyes civiles y políticas más que copias más o menos imperfectas de las naturales y divinas, sublimes en esa semejanza, criminales y abyectas cuando se despojan de una afinidad de la cual no dejan de tener conciencia.

Ahora bien, las mismas leyes naturales y divinas, de que son copias más o menos imperfectas las leyes políticas y civiles, presiden también las costumbres de las naciones, que son igualmente su obra más o menos defectuosa. De ahí resulta que no solo las leyes divinas que constituyen la moralidad, como las humanas que forman la legalidad, deben sostenerse y apoyarse mutuamente, como también el que las costumbres y las leyes deben, en concurrencia, establecer en el corazón del individuo y de los pueblos esta armonía de motivos y de tendencias que es, al mismo tiempo, fuerza y virtud, y que debe caracterizar tanto a los pueblos como a los individuos[100].

Uno de los grandes vicios de esas sectas filosóficas que quisieron sujetar el mundo a sus dictámenes fue la pretensión de reducir todas las relaciones de la sociedad humana a las leyes escritas, haciendo absorber la moral y la religión por la política. Ahora bien, puede el legislador fundar sobre la justicia más pura y absoluta todas las relaciones que él establece en el Estado, pero no cabe en su competencia el determinar todas las relaciones necesarias. No puede obligar a ninguna persona a ser justa. Lo más que puede hacer es punir a los que manifiesten sentimientos injustos mediante actos externos, susceptibles de verificarse por un daño visible; la ley, pues, no tiene poderes para grabar la justicia en el corazón del hombre, tal como ya tuvimos ocasión de decir.

Es verdad que la ley puede recomendar la dignidad moral, el honor nacional, la capacidad personal; puede crear instituciones para enseñar sus principios; puede incluso prescribir su aplicación a todo aquello que es de la

100. *Ibid.*

competencia de la autoridad; puede establecer escuelas de ejercicio y abrir amplios senderos para la práctica; pero solo la religión puede llegar a la conciencia, solo ella puede dar alma y vida a las doctrinas, así como solo a la razón le es dado llegar a la libertad, que hace el mérito de las acciones. Ahora bien, sobre lo que pertenece a la razón y sobre lo que es del imperio de Dios, la ley no tiene derecho ni autoridad mientras un acto exterior no le proporciona un cuerpo de delito[101].

Finalmente, diremos que la sociedad tiene derecho a satisfacer todas sus necesidades, así sean físicas, como intelectuales y morales; pero al satisfacerlas, conforme a la naturaleza de cada una, no debe nunca perder de vista la dirección suprema de una *Providencia*, que es la ley del mundo. Que existe una ley providencial que rige el conjunto de los destinos humanos desde el principio hasta el final es de una evidencia manifiesta; negarla sería sustituir la razón y la conciencia por la ley brutal de una fatalidad inexorable.

101. *Ibid.*

XLI

LA MORAL CRISTIANA

Dijimos en el capítulo anterior que la antigua filosofía, obra gloriosa de una civilización pagana, había cumplido con su misión, pero que hoy solo debía tener un papel secundario en las sociedades modernas, esclarecidas y guiadas por el cristianismo. Permítannos aquí los lectores que volvamos a echar mano de pensamientos ajenos para probar nuestra proposición, tanto más cuanto será prueba igualmente de que hay otros más que piensan como nosotros[102].

"En efecto, entre los pueblos a los cuales las religiones sin moral y sin precepto dejaban en las tinieblas, y que no podían obtener de prácticas sin alcance alguna regla segura que pudiera servir de dirección en los principales actos de la vida, era bello y saludable que grandes espíritus, depositarios de todo el saber de su tiempo, procuraran elevarse por la fuerza de la razón a la noción más exacta posible de Dios, del hombre y del mundo. Ellos sustituyeron así, en la proporción compatible con el poder del pensamiento humano, las verdades más elevadas, más generales y más prácticas reservadas a los pueblos por la providencia, y las naciones tuvieron la felicidad de poseer la filosofía, en cuanto esperaban por la revelación.

"No es que la filosofía, obra del espíritu humano, sintiera la insuficiencia y los males inherentes a su origen. Encerrada en el santuario de las escuelas, envuelta de fórmulas sabias, dejaba fuera de ella al común de los hombres, incapaces de alcanzar tales abstracciones, o desviados de su estudio por los trabajos y por las necesidades de la vida. Fruto de la imaginación y de la razón,

102. Artículo de *Le Constitutionnel* (Paris), respondiendo a la última obra de Víctor Cousin, "De lo verdadero, de lo bello y del bien", *Liberal*, s/d (1º de mayo de 1854).

carente de sanción superior, la filosofía no tenía, compréndase bien esto, un gran imperio sobre los mismos que la habían inventado o profesado.

"Nunca se vio que los filósofos se lanzasen, como misioneros, en medio de los pueblos salvajes y fuesen a ofrecer sus vidas como prueba de su fe. El mismo Sócrates, el más ilustre de esos sabios, perseguido por los depositarios del culto ateniense como propagador de nuevos dogmas, manifestó su respeto por los dioses del Olimpo ordenando, antes de morir, que se sacrificase un gallo a Esculapio. Sin embargo, por más débil que fuese, en el medio de las tinieblas generales, la luz de la filosofía, su obra ni por eso dejó de ser útil y gloriosa.

"Su importancia ha disminuido y su misión se halla completamente cambiada después de que el cristianismo ha dado, no a algunos centenares de literatos, sino a todos los hombres indistintamente, tanto a los ignorantes como a los sabios, tanto a los labradores como a los oradores, una noción cien veces más elevada, más verdadera y más clara de Dios, del mundo y del hombre, de su naturaleza y de sus fines; puesto que, entre todos los pueblos civilizados, la conciencia universal prestó solemne testimonio por una adhesión profunda, tradicional, ardiente, a la enseñanza cristiana, que esclarece con sus rayos luminosos todas las condiciones, todas las cuestiones, todos los actos, todos los accidentes de la vida y de la muerte, de este y del otro mundo.

"El cristianismo se apoderó enteramente del hombre y envuelve con su solicitud tanto al viejo como al niño, tanto al esclavo como al emperador. Él preside el nacimiento, educa la juventud, sanciona el matrimonio, dirige al ciudadano, consuela al moribundo. En presencia de una doctrina que no deja ningún problema sin solución, ningún movimiento del alma sin guía, ningún crimen, aunque secreto, sin castigo, los filósofos nada tienen, es preciso reconocerlo, más importante para enseñar a los hombres. El efecto natural de la revelación ha sido el de imponer silencio a la filosofía y a los oráculos.

"La única misión razonable que el cristianismo dejó a los filósofos es la de desarrollar el espíritu sobre las grandes cuestiones del alma, de Dios y del mundo, y de mostrar cómo, sobre esas cuestiones, la razón se alía con la fe. Fuera de ese círculo de estudios modestos, pero prácticos y aprovechables, los sistemas de los filósofos, considerados como enseñanza fundamental en materia de religión, de moral o de política, son otras tantas tentativas impotentes y gastadas, eliminadas con muy justa razón del programa oficial de los colegios.

“Se nota igualmente, y con fundada razón, que los sistemas de los filósofos están desprovistos de toda sanción. Ellos no poseen la autoridad de Dios, pues son obra de los hombres, tampoco la adhesión general de los pueblos, pues están todos reducidos a un pequeño número de adeptos, ni la garantía de la certeza científica, pues conforman un gran número de pequeñas sectas en guerra unas con las otras. Ahora bien, la idea de sistema excluye la idea de certeza, porque no existe sistema de aritmética, ni de geometría, ni de álgebra, ni de ciencia alguna, que merezca ese nombre.

“Falta de base, la filosofía, en cuanto doctrina moral, religiosa o política, aún no tiene finalidad, pues incluso por la forma de su enseñanza se torna inaccesible al noventa y nueve por ciento del género humano; al cual no pueden los filósofos enseñar sus doctrinas y, en consecuencia, queda necesariamente sin política, sin moral y sin religión. Según Cousin, es preciso comenzar por comprender la psicología, o la ciencia de la verdad, antes de poder comprender la estética o la ciencia de lo bello[103]; solo después de que se llega a comprender la moral o la ciencia del bien. Y solo después de haber enseñado la psicología, la estética y la moral, es que Cousin pasa a la teodicea, que es la ciencia de Dios”.

No poder llegar a la moral sino después de haber atravesado la psicología y la estética, sería para la masa de las naciones nunca llegar allá. Hacer depender el conocimiento de Dios del conocimiento de la psicología, de la estética y de la moral, sería lo mismo que dejar a los pueblos sin religión. Nada más quimérico que la pretensión de guiar las generaciones y dominar los gobiernos por medio de la filosofía, porque el eclecticismo, una de las más razonables y honestas, está además, como todas las otras, en la imposibilidad de enseñar al pueblo lo que resume para sí como el más precioso saber de

103. Ancillon, en su *Justo medio*, hablando de la idealidad y de la realidad, dice que la realidad solo por sí misma puede bastar a la naturaleza del hombre; que ella solo puede satisfacer a sus necesidades, a sus votos y a su destino. La idea de lo *bello*, dice él, no es ciertamente la esencia de la realidad, pero ¿cómo entender que solo es bello aquello que aún no existe? Él conviene en que hay un bello ideal pero la magnificencia de los cielos, la riqueza de la naturaleza vegetal, los fenómenos más extraordinarios de los destellos de la luz, las estrellas luminosas que adornan las olas del océano en las noches de fosforescencia, ¿no será todo eso bello en realidad? Lo cierto es que no puede haber idealidad sino teniendo por base la realidad; una separación total entre una y otra es, pues, imposible y hasta inconcebible. Ancillon, *Du juste milieu. De la legitimité dans l' administration et la legislation*, s/d, 2 v.

este mundo, esto es, la *religión* y la *moral*, dos cosas que el más pobre niño del campo aprende en el catecismo desde la edad de los seis años y que balbucea en el regazo del alma cristiana que lo amamanta.

Juzgamos, pues, haber explicado el sentido en que tomamos las palabras filosofía y moral, política y religión, sin entrar en el fondo de cada una de ellas; visto que esas cuatro palabras han ejercido durante toda la era de la emancipación moderna una influencia extraordinaria sobre el orden social. Imponerles límites sería encadenar el espíritu humano, cuyas aspiraciones son siempre nobles y elevadas. Solo el tiempo y la experiencia pueden fijar las funciones que las ciencias morales tienen por misión desempeñar bajo la ley providencial que dirige los destinos humanos[104].

---

104. El género humano marcha recto hacia su fin con la ley de la gracia, que es el progreso moral, y con las ciencias y las artes que proporcionan el progreso material; ambos tienden, pues, al mismo fin, esto es, al *bienestar*. Véase en la presente edición el c. XXVIII.

XLII
LA MORAL SOCIAL

Y sin embargo dijimos[105]que las doctrinas de Pomponacio se redujeron a *liberar la filosofía de los dogmas de la religión*, y las de Maquiavelo a *separar la política de la religión y de la moral*; así como esas doctrinas causaron dos grandes alteraciones en el orden social antiguo, es decir, la reforma religiosa y la revolución de los Países Bajos[106], alteraciones que fueron el origen de todas las revoluciones que siguieron hasta el final del siglo pasado. ¿Cómo, después de esas doctrinas, y de los hechos que ellas establecieron, podemos aliar la filosofía con la religión, la moral con la política y con la religión? Dios nos libre, aún lo repetimos, de una teocracia real o popular, y mucho más de una religión sirviendo de soporte al gobierno civil y político; pero, por cierto, no es de semejante alianza que tratamos. Expliquémonos.

Ya definimos la palabra *moral*, generalmente hablando, como la noción de todo deber; tratamos especialmente de la moral filosófica y de la moral cristiana; pero ¿qué quiere decir moral *social*? Si por moral también entendemos las costumbres de un pueblo, esto es, los hábitos de la vida pública y doméstica de cada uno, debemos confesar que el culto religioso forma el hábito más característico de cualquier pueblo; y por consecuencia necesaria, aun por ese lado, la moral no puede estar separada de la religión. Además, la misión de Jesucristo no fue menos social que religiosa y por eso decimos la *moral del Evangelio* para significar las doctrinas que constituyen la base sobre la que descansa la emancipación moderna; así es que la moral social, como nosotros

105. Véase en la presente edición el c. XXIX.
106. Véase en la presente edición el c. XXX.

la comprendemos hoy, no es ni puede ser distinta de la moral cristiana, y por lo tanto del dogma, que es la revelación[107].

En efecto, Jesucristo, al contrario de todos los reformadores, no estableció ninguna forma de gobierno. "*Mi reino no es de este mundo*", dijo él, y hasta parece que se conformaba con el gobierno establecido, cuando respondió: "al César lo que es del César, a Dios lo que es de Dios". Tampoco estableció culto externo[108] ni edificó iglesias, ni levantó altares, ni exigió sacrificios, ni ofrendas, ni libaciones. Su misión, toda de dulzura y mansedumbre, poseía la caridad como medio y la redención como fin: el amor de Dios y el amor del prójimo –*ubi caritas et amor, ibi Deus est*–. En cuanto a la existencia de Dios, una vida futura, recompensas y castigos, ya muchos filósofos paganos habían antes propagado esos mismos dogmas[109], así como la mayor parte de las doctrinas morales, que debían regenerar la sociedad humana; pero esa inefable dulzura, esa mansedumbre celestial, esa abnegación prodigiosa de sí mismo solo pertenecían a aquel que se llamó el hijo del hombre por excelencia.

Las doctrinas de Jesucristo se dirigían a mejorar el estado social; él atacó los vicios de la sociedad que existía: así la corrupción de las costumbres, como la depravación de los sacerdotes y la venalidad de los magistrados. De esa

107. En realidad, el dogma es la religión revelada, porque entre los católicos la *revelación* es lo que se llama *religión* por excelencia. En efecto, la religión *natural* supone un Dios, una Providencia, una vida futura, recompensas y castigos, pero la *revelada* supone además una misión inmediata de Dios mismo, atestiguada por milagros y profecías. La religión revelada, en su verdadero sentido, es el conocimiento de Dios como creador, conservador y redentor del mundo, del culto que le debemos por esas cualidades y de los deberes que su ley nos prescribe, tanto en relación con los otros hombres como con nosotros mismos. J.I. de Abreu e Lima, *Bosquejo…*, *op. cit*.

108. Culto es el homenaje debido a Dios, porque es nuestro Padre y Señor y se divide en interno o interior, y externo o exterior: el primero es invariable y reside en el alma; el segundo igualmente necesario en las sociedades civiles, aunque varía según la diversidad de las costumbres y de los tiempos. La natural inclinación del hombre a implorar el auxilio divino en sus calamidades; el amor y la veneración que presta al Ser Supremo, meditando sobre su grandeza y excelencia, prueba que el culto interior es hijo de la razón, y proviene de un instinto de la naturaleza. El culto exterior es obra de la sociedad, y consiste en las demostraciones públicas de respeto, de amor y de gratitud, que rendimos a Dios y a sus Santos por medio de actos externos, y he ahí porque diversifica, aun entre los pueblos de la misma creencia, según las costumbres de cada uno. *Ibid.*

109. Platón, llamado el *divino* por los primeros padres de la iglesia, tenía de tal modo delineado su *Justo* que fue considerado, según los caracteres de la vida y muerte de Jesucristo, como el precursor del Mesías. Sócrates, de quien Platón y Jenofonte eran discípulos, y los mejores intérpretes de sus doctrinas, Aristóteles, discípulo de Platón, Cicerón entre los latinos, Epicteto, Séneca y Marco Aurelio, fueron filósofos moralistas, cuyas máximas la Iglesia nunca repudió; antes san Agustín, en el libro 2º de la doctrina cristiana, las recomienda como dignas de nuestra atención y de nuestro estudio.

misión providencial resultó una religión nueva y sublime que tenía por base la igualdad, la libertad civil y religiosa, la caridad y la completa abolición de las clases privilegiadas. Con el lento correr de los siglos, el pueblo, ayudado por las doctrinas del cristianismo, llegó a la toma de conciencia, después a la vida civil, y al fin entró a la vida política, rehabilitándose por sí mismo por medio de los sufrimientos y de las sucesivas expiaciones dolorosas[110]. De esta suerte, el género humano formará aún una sola e inmensa familia, cuando no haya más que un símbolo de fe –LA CRUZ–; pero la cruz apoyada sobre la pura, simple y celestial moral del Evangelio, abstracción hecha de toda autoridad humana.

Si la moral del Evangelio se hubiera conservado tan pura como en su origen, muchas calamidades se habría ahorrado el hombre en su regeneración. Uno de los dogmas del cristianismo fue también la separación absoluta de los dos poderes, espiritual y temporal: esa doctrina santa, consignada en los cuatro Evangelios y actos apostólicos, duró hasta que los emperadores romanos se volvieron cristianos. La conversión de Constantino cambió todo el gobierno exterior de la Iglesia, los obispos católicos buscaron obtener su protección contra los arianos, aún más que contra los idólatras; y le dieron el título de Obispo *exterior* de la Iglesia, para que no fuese menos en la religión cristiana que en la gentil, de la cual era *Pontífice máximo*. Esto le agradó mucho a Constantino y lo manifestó en el Concilio Ecuménico de Nicea, diciendo que él tomaba a su cargo favorecer la religión como Obispo *exterior*, y dejando el *interior* al cuidado de los sumos sacerdotes.

En ese tiempo ya los cristianos gozaban de mucha consideración por su número, como lo atestigua Tertuliano; y Constantino reconoció que ellos no eran insensibles a los honores y a las riquezas. He ahí la primera unión entre el trono y el altar; y de ahí en adelante todo fue en la Iglesia, sin exceptuar el dogma, una mera expresión de la voluntad del César, siendo fácil legitimar todos sus actos por una doble potestad. Otro tirano (Carlomagno), aunque no tan cruel, también tuvo el título de *Obispo exterior* por sus larguezas y generosidades, tal como había procedido su padre para legitimar una escandalosa usurpación. No obstante, los papas hasta entonces no eran poderosos; aún no habían aparecido las falsas *Decretales* que en el siglo IX atribuían a los

110. Véase en la presente edición el c. III.

pontífices anteriores una autoridad que nunca habían ejercido. Correspondió el efecto a los deseos, y fue motivo para que de ahí en adelante los papas aspiraran a mucho más de lo que ya poseían.

A tal grado llegó su audacia que Gregorio VII, Pontífice en el siglo XI, decretó las máximas de la infalibilidad, primacía y poder temporal, al punto de arrogarse la autoridad para deponer los emperadores, privarlos de su dignidad y del ejercicio del poder soberano; máximas estas que en el decurso del tiempo inundaron Europa de sangre, y disminuyeron a la mitad el rebaño de san Pedro. He ahí el supremo imperio a su vez absorbido por el Sumo sacerdote, o ambos unidos en la persona del Jefe de la Iglesia; amalgama monstruosa, que Maquiavelo combatió y derrotó separando la política de la religión, conforme a las doctrinas del Evangelio.

Y en verdad nadie podrá negar que los primeros cristianos fueron siempre obedientes a la autoridad civil y a los emperadores, aunque paganos, como en tiempos de Constancio o Valente; y todavía bajo Juliano, el Apóstata, que quería restablecer la idolatría cuando aquellos eran ya mucho más fuertes; sin embargo, los cristianos nunca quisieron usar la fuerza contra sus príncipes. Entre tanto, la Iglesia prosperaba y se hacía grande y luminosa, sin que fuese menester el poder temporal para hacer prosélitos y divulgar el cristianismo desde el oriente hasta el occidente, desde las márgenes del Éufrates hasta las riberas del Báltico. Pero la conversión de los emperadores cambió, como ya dijimos, la faz de los negocios; las consideraciones proporcionadas a los papas desde la conversión de Constantino hicieron que, faltando los emperadores, pasara para el pontífice romano un poder que comenzó sin título y acabó por obtenerlo; así se volvieron los papas soberanos temporales, con grave detrimento de los negocios espirituales[111].

Tal era el estado en que Gregorio VII pretendió ampliar los límites de su autoridad en todos los sentidos, al punto de hacerse árbitro de todos los reyes y disponer de las coronas y de los cetros como pretendía disponer de las almas y de las conciencias. Si no fuese palpable la corrupción que introdujo esa alianza del trono y del altar en el imperio de oriente, cuya ruina aceleró; si nuestros anales, escritos en caracteres de sangre, no atestiguasen los escándalos, las guerras, y los males originados por las discordias que dividieron el

111. J.I. de Abreu e Lima, *Bosquejo…*, *op. cit.*

occidente, bastaría la simple luz de la razón para conocer que no ha habido error tan fatal para el género humano y que más haya depravado la religión y la política, el sacerdocio y el Estado, que la mezcla impura de los dos poderes, sean ejercidos acumulativamente por un rey o por un papa; de ahí datan los grandes cismas que anegaron el mundo de sangre, desde los Waldenses, Lugdunenses, Albigenses, hasta Lutero, Calvino y todos los reformadores del siglo XVI.

Sin embargo, dijimos[112] que no nos parecía que la religión pudiera estar separada de la política. Seguramente, el *ciudadano*, hombre político, no puede dejar de ser hombre religioso y moral; la religión y la moral preparan al ciudadano, el cual debe entrar en la vida política, porque no puede ser buen ciudadano sin ser buen hijo, buen esposo y buen padre. El ejercicio de los derechos políticos requiere ciertas habilidades que solo se reciben por medio de la educación moral y religiosa; se sale, por decirlo así, del santuario de la religión y de la moral para entrar al recinto de la política y de los negocios civiles. Hay pues, o debe haber, correlación entre las *doctrinas* religiosas, morales y políticas; hay incluso dependencia y una cierta unión; pero no puede haber esa unión entre los *poderes* temporal y espiritual, poderes que constituyen el supremo imperio y el sumo sacerdocio, sin que la *libertad* peligre; porque el principio que separa el hombre civil del hombre religioso, quedando solamente aquél sujeto a la autoridad de las leyes, no permite al poder temporal injerencia en los negocios de su conciencia, o que pertenezcan a la vida futura.

112. Véase en la presente edición el c. XXXIX.

XLIII
LA MORAL SOCIAL Y LA MORAL ESCOLÁSTICA

Nadie pensó disputar a los doce primeros Pontífices romanos sucesores de san Pedro su primacía en su jurisdicción, porque tampoco ellos nunca pensaron involucrarse en asuntos temporales. La moral, pues, del Evangelio, pregonada por los apóstoles y sus discípulos, se conservó pura y sin mancha hasta que la ambición de algunos hombres la depravó, empleándola en su propio provecho. Tan pronto Europa comenzó a caer en la ignorancia por las primeras invasiones de los bárbaros septentrionales, en el siglo V, todo el saber que aún quedaba se refugió en los asilos de los conventos, y el clero regular se tornó el vehículo de esa poca instrucción civil y religiosa. De las escuelas eclesiásticas, fundadas por Carlomagno entre los siglos VIII y IX, data esa famosa *Scholastica* cuyo carácter esencial era la unión más o menos íntima de la filosofía con la teología.

Desde que la filosofía fue subordinada enteramente a la teología, esa amalgama impura recibió formas especiales, llenas de abstracciones, de barbarismos, volviéndose la moral cristiana, de máximas divinas que era, en meros casos de conciencia. El arte de argumentar fue llevado a un punto de argucia tal, que el chiste y la agudeza constituían el fondo de todos los razonamientos. Hombres sin práctica del mundo, sin ninguna noción social, fueron encargados de la educación del pueblo, donde más empleaban disputas ociosas que lecciones convenientes para volverlo útil a sí y al Estado. Todas las nociones concernientes a la vida pública y privada eran encaradas por el lado teológico o dogmático; la vida del hombre se volvió, de social como debía ser, en ascética y contemplativa, cuando no en palestras donde los escotistas y tomistas esgrimían la palabra con el mismo encarnizamiento de los gladiadores romanos.

En esa época de decadencia, la filosofía moral pasó por todos los trances de un completo martirio; ya no era la noción del deber el objeto simple de la moral; no bastaba para esto las máximas del evangelio, era menester que la moral abrazara todo, el cuerpo y el alma, la acción, la palabra y el pensamiento, la vida pública y la privada, los cinco sentidos, todas las sensaciones, en fin, voluntarias. San Pablo dijo: *la carne es el pecado*, y los escolásticos materializaron al hombre, e hicieron de todo él un solo pecado. Todas las acciones y pensamientos del hombre fueron reducidos a una escala de pecados; y como el pecado resulta de una falta de deber o trasgresión de los preceptos religiosos, lo elevaron a la condición de *crimen* y establecieron penas desde la simple amonestación hasta el fuego lento. Ahora bien, para la ejecución de esas penas materiales era necesario el brazo secular, de lo que resultó en la necesidad de apretar aún más los lazos entre los poderes espiritual y temporal.

Para clasificar esa inmensa categoría de pecados fue necesario dividir y subdividir las acciones, las palabras, los gestos, los pensamientos, y de cada especie formar un catálogo de crímenes. Para eso fue aun menester encarar cada cosa bajo todos los aspectos; no hubo acción, no hubo palabra, no hubo pensamiento, por inocentes que fuesen, que no se consideraran como susceptibles de una falta. El mismo pudor fue sacrificado en esa pira infernal en que se quemaba, no el incienso y la mirra, sino lo que había de más asqueroso y repugnante, desde la torpeza del lenguaje hasta la impudicia del pensamiento. Los *moralistas*, pues eran ellos los encargados de esa tarea, llevaban la imprudencia a tal punto que en uno de ellos[113] encontramos la siguiente repulsiva impiedad como cuestión moral: *Utrum Virgo Maria semen emiserit in copulatione cum Spiritu Sancto*, lo que muestra no solo inmensa inmoralidad como supina ignorancia de los fenómenos fisiológicos de la reproducción[114].

Todavía más, para elevar a un grado indefinible el número de pecados bajo todas las formas, entraron en el hogar doméstico, la vida privada, el seno de la familia, el lecho de los esposos, el regazo de la virgen, hasta incluso en la

113. Thomas Sánchez, *Disputationum de Sancto matrimonni sacramento*, Antuerpiae, Ex Officina Typographica Martini Nutii, 1672, 3 t.

114. Cuando juzgábamos que el siglo XIX, por su ilustración, estaría exento de semejantes torpezas, tuvimos el doloroso desengaño de nuestra credulidad por la publicación de un folleto en esta provincia, cuya inmoralidad espanta: es una especie de moral escolástica, que revela nuestro atraso y nuestra miseria. Ver: "El pastor y la oveja", etc.

conciencia de cada uno, en el fondo del alma, para arrancarle un pensamiento presumible o un secreto que el pudor haría respetar; todo fue develado, si no por los propios ojos al menos por la presunción. El crimen del pensamiento o conciencia fue juzgado más atroz que el de las acciones condenadas por las leyes humanas; pero como para las faltas de la conciencia, el tribunal está en el cielo y solo Dios es el juez competente, cometieron el enorme atentado de una usurpación sacrílega, ¡llamando a la Tierra el tribunal del Cielo y erigiéndose en jueces en lugar de Dios! He ahí lo que era la Inquisición con sus leyes de sangre y de fuego, con sus verdugos, con sus suplicios y sus martirios, con su saña inexorable, con sus horrores; abismo insondable donde se confundieron las lágrimas de las víctimas con la sonrisa de los verdugos[115].

115. Los propios brasileros no escaparon de semejante flagelo, y contribuyeron con 540 víctimas con esas hecatombes que se representaban en Lisboa cada año. Desde 1700 hasta 1778 se celebraron en Lisboa 76 autos de fe, pero solo a partir de 1704 comenzaron a figurar en ellos colonos de Brasil, hasta 1767, esto es, en el espacio de 63 años consecutivos. Fue la mano poderosa del marqués de Pombal que al fin los liberó de ese martirio.

Con menos de 20 años de edad entraron en las cárceles de la Inquisición 11 infelices niñas brasileras, entre ellas, 3 de 16 años y 1 de 13, que fuera llevada para reconciliarse por culpa del judaísmo. De todas esas víctimas muchas murieron en las cárceles del Santo Oficio (¡Santo, qué blasfemia!), algunas fueron quemadas, entre ellas doña Guiomar Nunes, hija de la provincia de Pernambuco, dama rica de 37 años de edad, y el célebre poeta Antonio José da Silva, hijo de Río de Janeiro, de cuyo lastimoso suceso hizo el señor Magalhães una tragedia. Ninguna de ellas retornó a sus hogares, porque, aún después de liberadas, eran confinadas a ciertos lugares de Portugal, donde acababan sus días en la más espantosa miseria, visto que la primera medida del Santo Oficio era la confiscación de todos los bienes en su provecho. Maldita institución, más torpe que los misterios impúdicos de Belfegor, más infame que la estatua de Moloc. Y todas esas infamias, todas esas torpezas, todas esas iniquidades se hacían en nombre de Jesucristo, quien fue el arquetipo de la dulzura, de la mansedumbre, de la tolerancia y de la misericordia. ¡Oh!, la religión cristiana no era la de esos malvados, porque ellos solo adoraban el becerro de oro y el cabrío de Mendes.

He ahí un hecho entre mil para comprobar que no declamamos ni exageramos. Menciona Llorente, como secretario que era del tribunal del Santo Oficio en el reino de Valencia, lo siguiente: "había en Cartagena de Indias un convento de Santa Clara con 17 monjas, entre las cuales solo una vieja; y tenía por su director espiritual un fraile franciscano. Al enfermarse una de las monjas más jóvenes fue a curarse en una aldea llamada Santa Rosa y, al agravarse su mal, pidió ser oída en confesión por el propio obispo. Fue este al sitio y la hermana confesó que había sido desflorada por el fraile director, no solo ella sino todas sus compañeras, *con excepción de la vieja*. El obispo, horrorizado, procedió a todas las averiguaciones y, después de convencido del hecho con todas sus particularidades, agarró al tal fraile y lo mandó para el Santo Oficio de España. Fue pues al Tribunal de Valencia a quien tocó el proceso; el fraile compareció al interrogatorio y dice Llorente que es imposible concebir más sangre fría, más presencia de espíritu, más conciencia de un acto loable, mayor inocencia de la que expresaba el fraile en esas respuestas llenas de unción toda evangélica. El fraile empezó por confesarlo todo y a explicar cómo había sido el hecho; dijo él que tuvo una visión beatífica, en la cual el

¡El dogma! pero el dogma mezclado con interpretaciones impías; fue de éste que Pomponacio separó la filosofía. ¡La moral de los escolásticos! Fue de ella que Maquiavelo separó la política, de esa moral corrupta, inficionada de vicios y torpezas, de errores y miserias; no podía ser de otra manera, porque no hay política sin moral, ni filosofía sin el conocimiento de Dios. Desde la época de la decadencia hasta el renacimiento de las letras, es decir, en el espacio de mil años entre los siglos V y XV, ninguna de las calamidades que afligieron al mundo fue tan funesta como la unión de los poderes espiritual y temporal; ella fue por espacio de largos años rémora de la civilización y de los progresos del espíritu humano; ella desvirtuó la política y convirtió la religión en un flagelo.

Tenemos pues, como un principio sin controversia, que la moral social abarca las nociones de lo *justo y de lo honesto*; que la *justicia* y la *honestidad* son la piedra fundamental de toda la sociedad humana[116]. Si Platón, imaginando y describiendo su *Justo*, dijo que no pretendía que semejante modelo pudiera existir, pero que cuanto más el hombre se aproximara a él, tanto más feliz sería; nosotros que poseemos un modelo real y verdadero en la persona de Cristo, abusaríamos de su infinita bondad si no nos aproximáramos a él

---

Espíritu Santo le había comunicado la gracia que debía transmitir a aquellas pobres pecadoras, sus dirigidas, y hasta la manera cómo debía hacerlo; que en ese acto nada hubo de concupiscencia, ni de lubricidad, antes fue un sacrificio a que se plegó por amor a la religión y de un mandato tan expreso, y muchas otras cosas de esa jaez. El tribunal, convencido de la *inocencia* del fraile, apenas lo relegó a un convento de España, con la conminación de no volver más a Cartagena".

Ver: "O Brasil e a Inquisição", *Revista del Instituto de História y Geografia de Brasil*, 7 t.; Juan Antonio Llorente, *Compendio de la historia crítica de la inquisición de España*, París, Tournachon Molin, 1823, t. I, *História da Inquisição de Goa*, Goa (India), s/d, 1623, 2 t. La importante obra de Hypólito José da Costa Pereira Furtado de Mendonça, *Narrativa da Perseguição*, Londres, 1811, 2 t. (también brasilero), preso y procesado por el Santo Oficio, de cuyas cárceles escapó en 1802. Y, finalmente, Alexandre Herculano, *Historia da origem e estabelecimento da Inquisição em Portugal*, 2ª ed., Lisboa, Imprensa Nacional, t. I, 1864.

116. Es innegable que en decencia y honestidad el mundo civilizado no ha quedado estancado: hay hoy mucho más pudor público de lo que había hace uno o dos siglos. He ahí lo que dice un escritor contemporáneo en sus estudios morales sobre el siglo XIX: "El famoso secreto que en el último siglo reveló el libro mediocre y pretencioso de Helvecio era, como todos saben, la regla benévola del placer, sustituida por los principios del espiritualismo cristiano, o sea, del deber y del sacrificio. Para honra de nuestra época cumple confesar que la moral renovada de Epicuro es generalmente repudiada, por lo menos en su expresión franca y suelta. Sobre ese punto somos más *escrupulosos* que Helvecio. Ningún publicista de algún nivel osaría suscribir la teoría desacreditada del egoísmo individual. Si no hay progreso en la conciencia pública y en la práctica, al menos lo hay en el *pudor público*".

tanto cuanto nos permiten la debilidad de nuestras fuerzas y la distancia que separa nuestras naturalezas. Las nociones, por lo tanto, de lo justo y de lo honesto forman el dogma de perfectibilidad humana, tanto cuanto podamos aproximarnos al modelo de suma perfección que nos legó el más justo de todos los hombres, porque era al mismo tiempo hombre y Dios.

XLIV
LA ESCLAVITUD

Dijimos[117] que dos hechos muy significativos distinguían la civilización actual de todas las que la precedieron: primero, que en todas ellas prevaleció la esclavitud civil o doméstica, que parece destinada a acabar en la presente civilización; segundo, que ninguna de esas civilizaciones fue tan extensa como la actual, porque las antiguas se limitaron siempre a ciertas nacionalidades, en cuanto el resto del mundo permanecía en la ignorancia y en la barbarie. Aun hay un tercer hecho, tan significativo como los dos primeros, y es la creación de los establecimientos de caridad, obra de la civilización cristiana[118].

Trataremos, pues, de cada uno de esos hechos por el orden en que fueron mencionados. ¿Qué es la esclavitud, qué es el esclavo? En un país como el nuestro, no es necesario definir ni una ni otra cosa; la definición está patente a nuestros ojos, grabada en nuestro corazón, presente en nuestra imaginación, siguiéndonos como nuestra propia sombra, en fin, cuanto vemos, cuanto oímos, cuanto sentimos, todo nos revela esa condición miserable que acompañó el género humano desde la cuna como una de sus primeras maldiciones.

La esclavitud se remonta a las primeras tradiciones orales, mucho antes de la era histórica, ella acompañó el dogma de la primera culpa, que también se halla en esas mismas tradiciones. En un pasaje del Génesis se ve que hasta antes del diluvio ya algunos hombres eran propiedad de otros. En la historia de los patriarcas está consagrada la esclavitud como costumbre de los pueblos primitivos; Agar fue esclava de Sara, sobrina y mujer de Abraham, y también concubina de este, de quien tuvo a Isaac.

117. Véase en la presente edición el c. XXVII.
118. Véase en la presente edición el c. IX.

Nemrod, nieto de Cam, segundo hijo de Noé, y que se dice había sido el fundador de Babilonia, también tuvo esclavos. Los descendientes de Cam, que poblaron Palestina y África, conservaron esclavos, de quienes hablan los libros del Antiguo Testamento. Herodoto también habla del comercio de esclavos en Cólquida, casi dos mil años antes de Jesucristo. La esclavitud en Grecia remonta a los tiempos fabulosos, se perpetuó con su civilización, pasando a otros pueblos con su decadencia. Roma fue un vivero de esclavos desde los bellos tiempos de la República[119].

Europa toda tuvo esclavos desde la más remota antigüedad, tal como Asia y África, y los conservó durante la Edad Media; aún hoy en Rusia la servidumbre es una costumbre que ha resistido a todos los esfuerzos de la civilización moderna. El emperador Alejandro emancipó algunos siervos de la Corona contra la voluntad de estos, y Nicolás no pudo conseguir la emancipación de los siervos particulares porque a ella se opusieron los mismos siervos y sus señores[120]. Todas las legislaciones del mundo consagraron la esclavitud como una ley inherente a la condición de la humanidad.

La legislación era casi la misma en la Grecia civilizada que en Roma, en Asia que en África; el esclavo no era persona, su vida como sus bienes pertenecían a su Señor. Estas costumbres de Roma republicana o imperial pasaron a sus colonias y conquistas, para sus aliados y clientes. Europa toda profesó esas doctrinas que la Edad Media conservó, hasta que el Evangelio, al penetrar en el corazón de los pueblos y al elevarse hasta los tronos, infiltró en el ánimo de

119. La esclavitud fue sin duda la causa de la relajación de las costumbres en Roma, y de ese resquebrajo no hay ejemplo en la civilización moderna. Se sabe que 160 matronas romanas, mujeres de otros tantos senadores, fueron condenadas por haber querido envenenar a sus maridos, quienes las despreciaban por las esclavas. En el año 539 de la fundación de Roma fue descubierta una asociación enorme de hombres y mujeres que se entregaban en común a la más grande desvergüenza. Más de siete mil individuos de ambos sexos, cuya mayor parte eran mujeres, pertenecían a ella, y más de la mitad de ese número fue condenada al último suplicio. Charles Louis de Secondat, señor de Brède y barón de Montesquieu, *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, Tarragona, Imprenta de Miguel Puigrubí, 1835.

120. Un escritor moderno, quien conoce bien Rusia, al hablar del emperador Nicolás, se expresa de la siguiente manera: "En su política interna, el Zar ha sido menos feliz; no tuvo éxito su honroso intento de emancipar a los siervos, y para convertir en un simple contrato de locación, obligatorio a las dos partes, la *degradante esclavitud* de los siervos de la gleba".

"Los Boyardos la repelieron como atentatoria de sus derechos; los propios siervos tampoco la quisieron, por no estar suficientemente preparados para esa libertad relativa, que no pudo tener lugar sin la responsabilidad de su suerte, y que ellos no pueden apreciar su importancia, al no saber usarla".

todos la idea de libertad. Un pensamiento de emancipación universal se introdujo, pues, en todos los espíritus y modificó gradualmente esa legislación bárbara, que fue el borrón de la civilización que nos antecedió.

A mediados del siglo XV comenzó en Europa otra especie de esclavitud, que debía trasplantarse al Nuevo Mundo después de su descubrimiento: hablamos de los africanos llevados a Portugal como esclavos en 1442[121].

¡Notable coincidencia! Ese impedimento de la nueva civilización que iba a aparecer, precedió en once años el renacimiento de las letras. El tráfico de africanos esclavos se tornó luego importante para Portugal y sus islas, y para España, donde adquirió mucha fuerza, principalmente en Sevilla. He ahí el origen de esa esclavitud que todavía hoy contrasta la civilización de ambas Américas.

Fue España la primera nación que introdujo esclavos africanos en América, pero es una calumnia repugnante atribuir, como lo hacen algunos autores, solo por ignorancia, esa medida al célebre Las Casas, obispo de Chiapas, con el fin, dicen ellos, de liberar a los indios de la esclavitud, a cambio de la de los negros, más aptos que aquellos para el servicio a que estaban destinados[122].

---

121. "Año de 1442, Antón Gonçalves, después de armado caballero en el puerto de los Lobos Marinos, al regresar a Portugal trajo algunos bárbaros que allá capturara, de los cuales el Infante no cesaba de sacar nuevas informaciones sobre las costas, tierras y gente que allí habitaba.
"Como esos moros prometieron dar algunos *negros* de Guinea, para su rescate, cosa que el Infante mucho deseaba, por lo que el vulgo fabulaba sobre aquellas tierras, volvió Gonçalves con ellos a África en este año de 1442. Los moros cumplieron la promesa y ofrecieron como pago por su libertad algún oro, y diez negros de diferentes tierras. Este, dicen nuestros autores, fue el primer oro que vino de aquellas partes, así como los *negros* fueron los primeros *esclavos que de la Costa occidental de África vinieron a Portugal*.
"Año de 1443, Nuno Tristão, a quien hace poco dejamos en Cabo Blanco, continuando sus exploraciones, descubrió la isla de Adeger y de las Garzas, en el golfo de Arguim, la segunda de las cuales tomó el nombre de las muchas aves así llamadas que allí encontró. Después regresó a Portugal trayendo más de cuarenta *negros cautivos*, que acá apreciaron mucho (dice un antiguo escritor portugués) por su extraña figura.
"Año de 1446, hablando del segundo viaje que hizo a la costa de África Luiz de Cadamosto con sus dos carabelas, dijo lo siguiente: "Fueron a Gambia y entraron por ella más de 60 millas hasta el señorío de Battimanza, donde estuvieron 11 días permutando las telas que llevaban por oro y *esclavos*". De ahí en adelante, el comercio de la Costa de África tomó tal incremento que ya en el año de 1447, dice el mismo *Índice cronológico de las navegaciones, viajes, descubrimientos y conquistas de los portugueses, etc.*, se hallaron reunidos en aquellos parajes 27 navíos salidos de Portugal y de la isla de Madeira.
122. Es tan miserable esa calumnia como la de que el mal venéreo fue llevado de América a Europa a fines del siglo XV, cuando era ya conocido en la más remota antigüedad. La gonorrea o blenorragia

Dicen estos mismos escritores que la introducción se hizo en 1517 a instancias Las Casas, cuando en las instrucciones, dadas al tercer gobernador de Santo Domingo, Nicolás Obando, en 1500, se le ordenaba que permitiese la importación de *esclavos negros*, en tanto fuesen nacidos en tierra de cristianos[123].

Fue Sevilla la que proporcionó gran número de esclavos negros, y tantos que en 1502 escribía Obando al rey católico, diciéndole que juzgaba necesario impedir ese comercio, porque los negros abandonaban las casas de sus señores y se fugaban a los bosques, llevando con ellos los indígenas, de manera que era imposible aprehenderlos. El comercio, sin embargo, fue hecho con tal incremento que en 1506 el gobierno español prohibió que se transportasen hacia América esclavos negros del *Levante*, porque no era conveniente introducir en la nueva colonia individuos que no fuesen cristianos de nacimiento.

---

es bien descrita en "Libro del Levítico", La Biblia, c. XV: 2-35. Las ulceraciones, llamadas chancros, en las partes genitales, eran conocidas no solo por Celso, sino por Oribase, Paulo de Egina y de Aecio, como lo comprobó Sprengel, lo mismo sucede con la fimosis y la parafimosis, que Guy de Chauliac describe con los nombres de *preputii clausura*. Julien Joseph Virey, *Peligros de la incontinencia*, s/d. Muchos autores demostraron que, incluso antes del regreso del ejército francés del cerco de Nápoles en 1496, ya la sífilis era conocida en Francia, y se había legislado para impedir su propagación. Jacques Joseph de Gardane, *Practiques recherches sur les maladies veneriennes*, Paris, P.F. Didot, 1774. ¿De dónde surgió esa calumnia? Tal vez de la coincidencia del descubrimiento de América con la extensión del mal, importado de Italia por el ejército de Carlos VIII con poca diferencia. ¡Pobres americanos, que recibieron esa dádiva, igual que la viruela, a cambio de su oro y de su plata, y además la calumnia!

123. Tenemos a la vista la vida del padre Las Casas, escrita y publicada por Juan Antonio Llorente con las obras del propio Las Casas, además de la *Historia general de las Indias Occidentales*; por Antonio de Herrera y Tordesillas, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar océano*, Madrid, 1601-1615, v. 6-7, en las cuales se trata largamente del famoso obispo de Chiapas. Las Casas se ordenó presbítero en Santo Domingo en el año de 1510. Ese mismo año fueron para aquella isla los frailes dominicos, teniendo como prior al padre Pedro de Córdoba, los cuales tomaran a pecho eximir a los indígenas de las crueldades con las que los maltrataban los colonos españoles; en cuya obra meritoria los acompañó Las Casas, y se constituyó por eso en apóstol de América muchos años después.

Ahora bien, el mismo Herrera transcribe las instrucciones reales dadas al gobernador Obando en 1500, en las cuales se le ordena que permita la introducción de esclavos negros, así como la correspondencia del mismo Obando, de la cual consta que en 1502 ya era ese comercio muy extenso; tiempo en que Las Casas no tenía la menor influencia, ni importancia alguna en la Corte, ni había figurado en negocio administrativo alguno de la Colonia. Lo que es más notable es el *Memorial*, que Las Casas, ya obispo de Chiapas, presentó en 1542, al estar en España, a la Junta de Sevilla, por orden del emperador Carlos V, sobre el modo de mejorar la suerte de los indígenas; y en las proposiciones de que dicho Memorial se compone, en ninguna de ellas aparece la idea de sustitución de los indígenas por los negros, cuyo comercio databa de más de 40 años antes.

Oviedo dice, igualmente, que en 1517 una compañía alemana, con privilegio concedido ya por el emperador Carlos V, introdujo en la *Costa firme* (Venezuela) los primeros esclavos importados directamente de África. Lo cierto es que los Reyes Católicos declararon siempre que los indígenas eran libres, con excepción de los *Caribes* de Santo Domingo, y siempre los mandaron a tratar como tales, aun cuando los colonos, y sobre todo los gobernadores, obraran de manera distinta, o abusaran con largueza de la fuerza y de la autoridad en aquellos tiempos de ignorancia y fanatismo.

En Brasil no encontramos documento alguno que indique precisamente el año en que fueron introducidos los primeros esclavos africanos, o la Capitanía que primero los importó; pero está fuera de duda que en la mitad del siglo XVI ya existían negros en Brasil[124], cuando también fueron por un acto real (1556) declarados esclavos los caetés de Pernambuco. Lo que sucedió en América española ocurrió en Brasil: allí todos los indígenas eran considerados *Caribes* y por consiguiente, esclavos; aquí todos eran Caetés, cualquiera que fuese la tribu a la que verdaderamente pertenecieran, y por la misma razón condenados al cautiverio.

Mientras progresaba el comercio de los esclavos africanos, la libertad de los indígenas era disputada palmo a palmo por los misioneros de ambos hemisferios; al norte los Córdobas, Montesinos, Bernardo de Santo Domingo, el padre Las Casas y muchos otros a que refiere extensamente Herrera; al sur los Nóbregas, Anchietas, Nunes, Vieiras, no menos valientes y dedicados a su misión divina de apóstoles de la fe y defensores de los indígenas, hasta que el Decreto Pontificio de 1741 declaró formalmente libres a todos los americanos, y nula, írrita y sacrílega la esclavitud a que habían sido condenados por la avaricia y por la usurpación injusta de los colonos[125].

---

124. El comportamiento opresivo de los colonos de Pernambuco para con los indígenas caetés excitó de nuevo el odio de esos salvajes que se armaron y pusieron sitio al establecimiento (o factoría) de Iguarassú. Componían su guarnición 90 portugueses y 30 *esclavos negros*, los sitiadores eran 12 mil. El sitio duró más de un mes, pero los salvajes perdiendo la esperanza de apoderarse del establecimiento por el hambre, hicieron la paz y se retiraron. Después de esas hostilidades la capitanía de Pernambuco, y principalmente la ciudad de Olinda, continuó prosperando hasta la muerte de Coelho". José Inácio de Abreu e Lima, *Compendio da historia do Brasil*, Rio de Janeiro, s/d, 1843, t. I, p. 59. Ahora bien, Duarte de Coelho Pereira murió en Olinda en el año 1554 y es probable que desde la mitad del siglo ya existiesen en la Capitanía esclavos negros, si no venidos directamente de África, al menos de los que existían en Portugal.

125. "En un capítulo tan resumido no es posible extendernos cuanto lo deseamos. Para aquellos que quieran profundizar sobre el tema basta con recordarles la *Histoire Philosophique et Politique des*

Finalmente, desapareció la esclavitud de los indígenas cuando tres cuartas partes de esos infelices habían desaparecido de la superficie de la tierra que los vio nacer, por todas partes, desde Canadá hasta el Cabo de Hornos, la libertad de los americanos fue un dogma consagrado por las leyes y por la religión. La ordenanza del 8 de mayo de 1758 hizo extensivas a todo Brasil las disposiciones de las Cartas de ley de 6 y 7 de junio de 1755[126]; igual que la Carta Real del 4 de abril de 1755 había declarado que los vasallos de Portugal que se casaran con las indígenas, se volverían por eso dignos de la real atención para empleos, honores y dignidades, sin necesidad de gasto alguno[127].

Etablissements et Commerce des Européens des deux Indes, Ámsterdam, s/d, 1770, 6 v., obra escrita por Guillaume Thomas François Raynal; Tupac Amarú, *Los incas del Perú*; A. de Herrera y Tordesillas, *op. cit.*; Juan de Torquemada, *Monarquía indiana,* México, Editorial Porrúa, 1975; Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, Edición de la Real Academia de la Historia, 1851, 4 t.; el padre Agustín Dávila Padilla, *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México y de la orden de Predicadores*, México, s/d, 1599, Antonio Remesal, *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la Gobernación de Chiapas y Guatemala*, Guatemala, s/d, 1619; Juan Antonio Llorente, *Obras de Bartolomé Las Casas.* París, 1822; finalmente, en el Brasil su propia historia, desde Gabriel Soares hasta Southey, y todos esos fragmentos que por ahí andan, de los padres Nóbrega, Anchieta, Vieira, etc.

126. "Considerando el Rey D. José, que SS Benedicto XIV había por la Constitución de 20 de diciembre de 1741 reprobado todos los abusos contra la libertad de los indígenas del Brasil, condenando bajo penas eclesiásticas la esclavitud de las personas y la usurpación de los bienes de dichos indígenas, considerando, además, que por las cartas de ley del 6 y 7 de junio de 1755 había establecido inviolablemente la libertad de las personas, bienes, de raíz como muebles, ejercicio de la agricultura y comercio a favor de los indígenas del Gran Pará y de Marañón, dándoles una forma de gobierno propia para civilizarlos y atraerlos por ese medio adecuado al gremio de la Iglesia; considerando así, halló que sería de mayor utilidad hacer las sobredichas leyes generales en beneficio de todo el Estado del Brasil, y por eso mandó por la Ordenanza del 8 de mayo del año de 1758, que sus disposiciones se extendieran a los indígenas de todo el continente de Brasil sin restricción alguna, y a todos sus bienes, de raíz, semovientes o muebles, y su agricultura y comercio, así y de la misma suerte que se halla expresado en las referidas leyes, sin interpretación, restricción o modificación alguna, cualquiera que ella fuese". José Inácio de Abreu e Lima, *Synopsis dos factos mais notáveis da história do Brasil*, Pernambuco, Typographia de M.F. de Faria, 1845.

127. "Queriendo el Rey D. José I promover cada vez más los medios de propagación de la fe católica, declaró por la C.R. del 4 de abril de 1755 que los vasallos del reino y de América que se casasen con indígenas no sufrirían infamia ninguna, por lo contrario, se harían dignos de la real atención para empleos, honores y dignidades, sin necesidad de gasto, lo mismo sería para las portuguesas que se casen con los indígenas. Esta determinación se extiende también a los descendientes. *Ibid*.

En efecto, el marqués de Pombal no se contentó solo con dar plena y entera libertad a los indígenas, sino también en hacer desaparecer toda idea de esclavitud anterior, ennobleciéndolos y elevándolos sobre los mismos colonos, en lo que no hizo más que pagar un tributo a sus antepasados, porque el marqués de Pombal era 6º nieto de una indígena de Pernambuco, quien había sido esclava; ni es esto de admirar porque Semiramis, reina de Asiria y Catalina I de Rusia, fueron ambas esclavas, y ambas llegaron al fausto de toda grandeza humana, o sea, al trono y la diadema.

XLV
CONTINUACIÓN DEL MISMO TEMA

Al paso que se fortalecía la libertad de los indígenas por toda América, crecía espantosamente el tráfico de los esclavos africanos, no solo en el continente sino en todas las Antillas. Y como hablamos de la esclavitud en España y en Portugal, cumple explicar cómo allí se extinguió este flagelo. La extinción de la esclavitud de los esclavos negros de España precedió a la de Portugal. Los españoles enviaron para América todos sus esclavos de origen africano y abolieron la esclavitud en Europa a principios del siglo pasado[128]. Los portugueses no fueron tan diligentes como sus vecinos, y la conservaron por más de un siglo.

En Portugal, pues, fue prohibida la importación de gente de color de Ultramar por la Ordenanza del 19 de septiembre de 1761, declarando al mismo tiempo que cualquier esclavo que allí fuese quedaría libre por el hecho de desembarque. Otra Ordenanza con fuerza de ley del 16 de enero de 1773 ordenó que el cautiverio no podía extenderse más allá de las abuelas; en cuanto al futuro, todos los que nacieron después de la publicación de la citada Ordenanza quedarían por beneficio de ella enteramente libres; y al mismo tiempo, hábiles para todos los oficios, honores y dignidades en la forma en ella declarada. La emancipación absoluta se verificó con el tiempo en virtud de esa Ordenanza.

Sin embargo una especie de esclavitud, más horrible que todas las otras, era la de los cristianos en general en los Estados berberiscos. Aun en el principio de este siglo, los corsarios o piratas de África septentrional infestaban

128. En tiempos de Felipe V, después de la paz de Utrecht.

el Mediterráneo, e incluso el océano más allá de las columnas de Hércules. Felizmente, el concurso poderoso de las naciones cultas de Europa acabó con esos restos de barbarie que afrontaba y desafiaba la civilización europea. África comienza a civilizarse por los cuatro puntos cardinales, bajo el poderoso influjo del cristianismo.

Volvamos al tráfico de africanos en América y veamos cómo progresó de una manera rápida y espantosa, y no solo el tráfico sino la procreación de los esclavos del mismo origen. Los Estados Unidos poseían después de su Independencia 659.825 esclavos; pero hicieron cesar el tráfico al final del siglo pasado, y dos tercios de los estados abolieron completamente la esclavitud[129]. Sin embargo, en un tercio de los mismos estados existen hoy más de tres millones de esos infelices de todos los colores, desde el negro azabache hasta el blanco de más pura raza sajona.

En Brasil, según el censo o padrón de 1798, existían en aquella época 1.500.000 esclavos[130]. Hoy, que nuestra población se ha casi triplicado, no es mucho que contemos, como los Estados Unidos, tres millones, principalmente porque el tráfico continuó entre nosotros de una manera asombrosa hasta 1852 sin la menor interrupción, antes con excesivo empeño. He ahí que solo en dos naciones de nuestro continente, una al Norte y la otra al Sur, hay cerca de seis millones de esclavos, de los cuales más de un millón tal vez hay de raza híbrida.

Los ingleses, quienes por el tratado y paz de Utrecht habían reservado para sí el derecho de suplir de esclavos a las colonias españolas, no se descuidaron en cuanto a sus islas de barlovento, hasta que el tráfico cesó en 1807. Cerca de 800.000 esclavos fueron manumitidos en las colonias inglesas de América en virtud de la ley del 28 de agosto de 1833, y más de 200.000 en las Antillas francesas en 1848, es decir, un millón de esclavos, que vivían en América, y que dejaron de pertenecer a esa clase por absoluta emancipación.

---

129. J.I. de Abreu e Lima, *Bosquejo...*, *op. cit*.

130. "El censo de 1798, dice el bien conocido Abad Correa da Serra, fue hecho con mucho cuidado, pero no se publicó, ni tuve de él ninguna noticia específica. Con todo, sé por personas fidedignas que había más de tres millones de habitantes (para Brasil), de los cuales 1.500.000 eran esclavos, lo que no es de extrañar, porque las instituciones y tal vez las costumbres favorecen particularmente la población del Brasil. El sistema de esclavitud que los portugueses han adoptado se dirige a *multiplicar los negros*: ninguna nación introdujo más negras, ni emplea mayor atención en la educación de los hijos de estas, etc.". *Ibid*.

En las colonias españolas del continente americano, hoy independientes, no será exagerado si decimos que entre México, Guatemala, Nueva Granada, Venezuela, Perú y Buenos Aires, existía tal vez más de un millón de esclavos, porque solo México poseía 400.000 antes de la Independencia. Venezuela y Nueva Granada más de 300.000[131]. Entre Cuba y Puerto Rico no deben existir menos de 700.000 a 800.000 esclavos, porque solo Cuba en 1843 tenía 436.000. He ahí, por lo tanto, en el continente americano e islas adyacentes, cerca de 9 millones de esclavos de origen africano, de los cuales 2 millones en plena libertad, porque así debe considerarse a más de un millón que existía en las ex colonias españolas del continente[132].

En efecto, la primera que dio el ejemplo fue Venezuela. El Congreso de Cúcuta, que creó la República de Colombia en 1821, decretó al mismo tiempo una ley de manumisión, estableciendo para el presente, tasas para ir liberando todos los años un número de esclavos entre los más viejos; y para el futuro, que todos cuantos nacieran de ahí en adelante quedaran libres en virtud de la misma ley. Hubo señores que, a ejemplo del general Simón Bolívar, liberaron de una sola vez todos sus esclavos, entre ellos el marqués del Toro y muchos otros. Guatemala y Bolivia abolieron la esclavitud, y México siguió el ejemplo de Colombia. Últimamente creemos que solo en Montevideo existían aún algunos esclavos, que fueron liberados por Manoel Oribe durante la última guerra civil.

Sin la ley que abolió el tráfico en 1807, sin el acto del Congreso de Viena en 1815, sin la independencia de las colonias españolas, que a su vez no importaron un solo esclavo más, ¿qué sería hoy del continente americano? Juzguemos por Brasil y por Estados Unidos, esa masa bruta que por su espantoso número nos recordaría sin cesar las agitaciones de la antigua Roma y sus guerras civiles. Para obviar males de naturaleza semejante en el futuro, o para poner un clavo en la rueda de la degradación de la especie humana, hubo un hombre de inaudito coraje que afrontó todos los prejuicios de una época,

131. *Ibid*.

132. Omitimos hablar expresamente de la isla de Santo Domingo, hoy Haití, cuyos esclavos se insurreccionaron en 1791 y por una lucha encarnizada se tornaron libres e independientes en 1803. Por la ocupación que los negros hicieron de la parte española de la misma isla, también desapareció de ella la esclavitud. Esa es, por lo tanto, una población de más de 600.000 almas, hoy emancipada, y que antes fuera esclava.

todos los intereses de un pueblo, y enfrentó por sí solo la opinión pública, que debía más tarde decidirse a su favor: ese hombre fue Wilberforce*.

Es verdad que ya el abad Raynal y Montesquieu habían proscrito la esclavitud, ya los enciclopedistas la habían condenado, cuando Wilberforce, ayudado por el espíritu del siglo y por la propaganda religiosa, presentó en 1787 en la Cámara de los Comunes, de la que era miembro, su primera moción para abolir el tráfico de los negros africanos. Veinte años después, a través de mil dificultades, de una oposición vigorosa, de intereses de toda casta, por una perseverancia sin ejemplo, él vio realizada su idea, y admitida como ley y como principio la abolición del tráfico de carne humana. Esa idea, ese principio, esa ley de Inglaterra, fue consagrada en el Congreso de Viena, y sancionada por el concurso de las naciones que lo conformaron en 1815.

De todas las naciones que concurrieron al Congreso de Viena, solo Portugal y España protestaron contra esa deliberación que habían aceptado condicionalmente, hasta que en la Convención del 23 de noviembre de 1826 (entre Inglaterra y Brasil) fue considerado como piratería el comercio de esclavos en la costa de África[133]; pero que solo en 1835 cuando España adhirió esa medida llevada por la sugestión de toda Europa. Finalmente, sus cartas de ley del 7 de noviembre de 1831 y del 4 de septiembre de 1850 sancionaron el artículo 1º de la citada Convención de 1826, y el tráfico fue *legalmente* abolido en Brasil. Todavía continuó de una manera escandalosa hasta 1852, tiempo en que el gobierno apoyado por la prensa, dio el último garrote a ese comercio infame, obra de traficantes extranjeros.

Hace 65 años el proyecto de abolir el tráfico de esclavos fue un grito de alarma que aterró a ambos mundos, hoy la emancipación absoluta es una idea admitida y ya realizada en gran parte: Europa la proclama como un principio, América la recibe como una necesidad. El mundo todo contribuye a la emancipación del género humano, que no puede ser completa en cuanto seres de la misma especie estuvieren divididos en esclavos y señores, en hom-

* Político británico, líder abolicionista. (N. de B.A.).

133. "Concluidos tres años después del intercambio de las ratificaciones del presente tratado, no será permitido a los súbditos del imperio de Brasil hacer el comercio de esclavos en la costa de África bajo ningún pretexto o manera cualquiera que sea. Y la continuación de este comercio, hecho después de dicha época por cualquier persona, súbdita de su Majestad Imperial, será considerado y tratado por piratería". Convención del 23 de noviembre de 1826, artículo 1º.

bres que gozan y hombres que solamente sufren, en privilegiados y degradados de la misericordia divina, o de esa justicia eterna, delante de la cual todos los hombres son iguales, sea que ella castigue, sea que ella recompense.

XLVI
AÚN SOBRE EL MISMO TEMA CONCLUSIÓN

Fue, pues, Inglaterra la primera nación que en Europa tomó la iniciativa de abolir el tráfico de esclavos, para eso ella no consultó sus intereses, obró según los dictámenes de su conciencia; pero ¿cuántos intereses, cuántos prejuicios no iba a herir ese acto de humanidad, mal visto o mal comprendido por todas las naciones que poseían colonias en América? Los ingleses fueron atrozmente calumniados; se les atribuyó un interés remoto, porque no era posible hallar un interés inmediato; ¡ellos pretendían aniquilar todas las colonias occidentales para hacer prosperar sus establecimientos orientales! ¡Miseria de las miserias!

Mil obstáculos crecían todos los días entre la extinción del tráfico y el interés de su continuación; Inglaterra luchaba contra la avidez de Europa y la ignorancia de América. Era imposible bloquear toda la costa de África, a pesar del apoyo y auxilio de los Estados Unidos. ¿Cómo evitar el contrabando, cómo acabar con el estímulo, qué lucros espantosos ofrecían la avidez de millares de armadores, de especuladores de todo género, quienes veían en el tráfico una mina profunda e inagotable? El único recurso, la emancipación absoluta. La emancipación, por lo tanto, se tornó para Inglaterra en un negocio de honra.

Dijimos[134] que el principio del sentimiento público era una religión en Inglaterra, y que todos lo acataban como materia de fe. Obligado a ceder al movimiento filantrópico, dirigido por la opinión pública, el gobierno inglés quiso dar un gran ejemplo al mundo, emancipando los esclavos de sus

134. Véase en la presente edición el c. IX.

colonias. Diez años fueron consagrados a la preparación de este acto decisivo. El 15 de mayo de 1823, M.F. Buxton, conforme al deseo de su ilustre colega W. Wilberforce, llevó al conocimiento de la Cámara una proposición sobre la extinción de la esclavitud[135].

Canning enmendó la moción de Buxton y el Parlamento decidió que se tomasen medidas para mejorar el estado moral de los negros y prepararlos para la libertad. En una circular con fecha del 9 de julio del mismo año de 1823, comunicó Lord Bathurst esas resoluciones a las legislaturas coloniales y les prescribió que con ellas se conformaran. Las intenciones de la metrópolis, sin embargo, encontraron vivas resistencias de parte de los hacendados de las colonias.

Las medidas preparatorias, recomendadas en la Circular de Lord Bathurst, no fueron ejecutadas o lo fueron de manera incompleta. En 1831, el Gobierno, sin atender los reclamos de los colonos, dio comienzo a la emancipación general, liberando los esclavos de los dominios de la Corona. Finalmente, el 18 de mayo de 1833, Lord Stanley presentó al parlamento británico una ley para la abolición de la esclavitud. Adoptada por la Cámara de los Comunes el 12 de junio del mismo año y por la Cámara de los Lores en la noche del 25 del mismo mes y año, la ley fue sancionada por la Corona el 28 de agosto siguiente[136].

Con las restricciones impuestas por la citada ley del 28 de agosto de 1833, la emancipación absoluta solo vino a completarse en 1840[137], causando gran impacto en la fortuna de los hacendados, y sobre todo en las relaciones comerciales de las colonias occidentales. Francia, poseedora también de colonias en las Antillas, observaba con escrupulosa cautela los resultados de las

135. Diego Luis Molinari, "Sobre la abolición de la esclavitud", *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (1º a 7 de febrero de 1854).

136. *Ibid.*

137. He ahí algunas de las condiciones de ese gran rescate de hombres: los esclavos de una cierta edad pasaron al estado de aprendices trabajadores e hicieron de ellos tres categorías, esto es, aprendices trabajadores rurales adscritos al suelo; aprendices trabajadores rurales no adscritos al suelo; aprendices trabajadores no rurales. Seis años como aprendices fueron impuestos a las dos primeras clases, y cuatro años a la tercera, a partir del 1º de agosto de 1834. Los señores tuvieron derecho al trabajo de sus esclavos de antes, convertidos en aprendices, con la condición de proveer su subsistencia. Los trabajadores negros tuvieron, sin embargo, la facultad de rescatar los años de servicio que todavía debían aportar a sus antiguos señores. Amén de eso, una indemnización de 20 millones de libras esterlinas fue concedida a los propietarios de esclavos. *Ibid.*

medidas adoptadas por los ingleses, previendo tal vez los mismos impactos y temiendo los mismos sacrificios. Sin embargo, la revolución del 24 de febrero de 1848 provocó una crisis igual a la de 1791 en Santo Domingo, o sea, hubo una completa insurrección, cuyos funestos efectos fueron prevenidos por la metrópolis, decretando la emancipación de los esclavos en las Antillas francesas.

En efecto, a la primera noticia del establecimiento de la república en París, la libertad de los esclavos de las colonias francesas se realizó por sí misma, y de un modo irresistible. Todavía el decreto del gobierno provisional del 27 de abril de 1848, que encima señalaba para aquel fin un plazo de dos meses, no era conocido en las colonias, y ya los negros por el rumor de la proclamación de la República, considerándola incompatible con la esclavitud, habían reclamado en masa y obtenido su libertad[138]. La catástrofe, pues, de Santo Domingo fue prudentemente prevenida por la política de la metrópolis: es que la Francia de 1848 ya no era la Francia de 1791.

"Este siglo, en que ha comenzado y aún comienzan tan grandes cosas, es, de alguna suerte, el molde gigantesco donde toda la humanidad está en fusión". Razas enteras desaparecen como por encanto, otras se elevan por el cruce, mejorando su condición; la libertad nivela esas mismas razas que el prejuicio y la costumbre habían puesto fuera de la esfera humana, y la ley del progreso moral se revela en esa marcha constante, aunque variable en las fórmulas, pero permanente en los principios. El género humano, dice un sabio moderno, marcha directo hacia su fin con la ley de la gracia, que es el progreso moral, y con las ciencias y artes que proporcionan el progreso material, ambos tienden al mismo fin, o sea, al *bienestar* (art. 1º).

¿Quién diría a principios de este siglo que la extinción del tráfico sería negocio terminado cincuenta años después y que la emancipación absoluta sustituiría la cuestión del tráfico? ¿Quién puede dudar hoy que en el fin del siglo actual la esclavitud civil y la doméstica hayan desaparecido de la superficie de nuestro globo? Pues bien, no tardará que en Estados Unidos sea decretada una ley de manumisión como la de 1773 en Portugal y de 1821 en Colombia. Este ejemplo será seguido por las Antillas españolas y por Brasil.

138. A. Garnier, *op. cit*.

Ese hecho tendrá lugar tal vez en menos de veinte años, y al final del presente siglo la esclavitud estará extinta.

¿Será posible esa profecía nuestra, será realmente factible, no nos podremos engañar? No. La cuestión será de fecha, de tiempo, de más o menos años, pero la emancipación de esas razas, condenadas por tantos siglos a la esclavitud, es un decreto de la Providencia: se realizará. ¡Cuánto orgullo para aquellos que primero concibieron la idea de una fusión de todas las razas, de fundir la humanidad entera en un solo molde! ¡Qué noble pensamiento aquél que se elevó de la tierra hasta el cielo, y leyó en el firmamento la ley providencial escrita que rige los destinos humanos desde el principio hasta el final!

Todas las opiniones religiosas, cualquiera que fuese su diversidad y contraste, eran toleradas en el imperio romano, con exclusión del cristianismo, ¿y por qué? *Jesús* representado bajo los rasgos del pincel y los atributos con que Platón había trazado la pintura de su *Justo*; Jesús figurado en su vida y virtudes, ultrajado por un pueblo grosero y bárbaro, entregado después de eso a los verdugos y a la muerte, debía causar gran impresión en todos los corazones bien formados.

Una moral que vertía sobre la Tierra y sobre todos los desgraciados consolación en esta vida, y para la otra abría las puertas del Cielo con las delicias y felicidades prometidas; una moral tan consoladora, una moral que confundía todos los ayes y clamores, que llamaba a todos los hombres a la participación y banquete de la misma felicidad, debía ser recibida con entusiasmo por los infelices esclavos y clases desvalidas, quienes, atormentados en esta vida, veían en la muerte el término de sus sufrimientos y la aurora de la felicidad prometida.

En efecto, el cristianismo, al condenar los privilegios de clases y al llamar a todos los hombres a la participación de los mismos derechos, debía irritar el orgullo del patriciado romano y ofender sus derechos de señor. Y, sin embargo, por una compensación bien trivial en los destinos humanos, nunca la gloria del cristianismo tuvo tanto brillo como cuando esos mismos romanos, que habían sido los señores del mundo, se vieron ellos mismos viles esclavos de déspotas sañudos e insensatos. Fue entonces, en sus sagrados misterios, que la libertad expirante vino a buscar un asilo y fue por ellos que la religión, casi siempre perseguida, pudo sustentarse y restablecerse.

Desde entonces marcha el cristianismo hacia el complemento de la misión de su fundador. *Jesús* comenzó su doctrina llamando a todos *hermanos*;

la fraternidad, pues, excluye la esclavitud, porque esta vuelve a los hombres desiguales entre sí. Y esa esclavitud, que se remonta a la cuna del género humano, y ha atravesado todas las civilizaciones que nos precedieron, está destinada a acabar en la que recorre actualmente, bajo el poderoso influjo de la religión y de la moral, no aquí ni allí solamente, no en este o en aquel país, en esta o aquella parte del mundo, sino en toda la superficie de la Tierra, donde el hombre pueda vivir al abrigo del estandarte de la Cruz[139].

139. Hay otro rasgo más de la Providencia, para corroborar lo que dijimos en nuestro primer capítulo, esto es, que ella escribe recto en líneas torcidas. No es solo el cristianismo, sino el propio islamismo que está llamado a acabar con la esclavitud en el Oriente.

En efecto, el sultán acaba de abolir el tráfico de esclavos en todos sus Estados por dos *Firmans*, uno de los cuales impone graves penas a los transgresores. La reconstrucción de Polonia, inevitable hoy para el equilibrio de Europa, acabará con la esclavitud civil entre la raza eslava, y Rusia recibirá por necesidad la lección de moral y de justicia que le darán sus propios súbditos (los polacos) ya emancipados, y sobre todo, los turcos; sí, esa Turquía que la mano de la Providencia llama hoy a regenerar Oriente y preservarlo de un dominio aun más atroz, porque es más fuerte el dominio ruso.

XLVII
DE LAS CIVILIZACIONES ANTIGUAS, SU EXTENSIÓN Y LÍMITES

Dijimos anteriormente que ninguna de las civilizaciones que nos precedieron fue tan extensa como la actual, porque las antiguas se limitaron siempre a ciertas nacionalidades, en cuanto el resto del mundo permanecía en la ignorancia y en la barbarie[140].

Remontémonos, pues, a la primera de esas civilizaciones de que tengamos noticia y que parece la más antigua de todas, y veamos si ella u otra fue tan extensa como la nuestra, esto es, si ella abarcó el mundo, o por lo menos toda aquella parte que era entonces conocida.

Antes de todo debemos confesar que no existe un solo documento, una sola prueba de que la superficie entera de nuestro globo fuese conocida desde mucho tiempo antes de ahora; y no podía serlo sino después de la invención de la brújula. Incluso nosotros, que hicimos un estudio especial a ese respecto, estamos hoy convencidos de que América y todas las islas del océano Pacífico fueron enteramente desconocidas por los antiguos hasta finales del siglo XV; la misma África meridional era también ignorada en toda la extensión de su costa occidental hasta el Cabo de la Buena Esperanza, descubierto en 1486.

De todas las civilizaciones anteriores, ¿cuál fue la más antigua? ¿La fenicia, la hebraica, la caldea, la sánscrita, la griega o la egipcia, la persa o la asiria? Si para evaluar estas civilizaciones es menester tener documentos escritos, los que conocemos como más antiguos son los libros de Moisés, en la lengua

140. Véase en la presente edición el c. XXVII. Allí hicimos notar la diferencia entre esta y aquellas por la legislación y por las costumbres, por las ciencias y por las artes; aquí trataremos de la extensión que ocupó cada una con respecto al territorio y a las nacionalidades de que se componían, sus épocas de existencia y las relaciones entre todas ellas.

hebraica, y la mayor parte del Antiguo Testamento; sin embargo, el libro más antiguo de la Biblia no excede tres mil quinientos años, cinco siglos más moderno que las pirámides de Egipto, las cuales revelan por sí solas una alta y antiquísima civilización.

Ahora bien, la historia nos dice que fueron los fenicios los primeros que inventaron las letras del alfabeto, y que estos las transmitieron a Egipto con la escritura, donde Moisés la aprendiera, pues había sido educado e iniciado en las ciencias por los sacerdotes de Ísis, depositarios no solo de los misterios sagrados, sino también de los signos jeroglíficos y de la escritura alfabética. De la misma historia consta también que Sanchoniaton, antiguo historiador fenicio, y de cuyas obras aún nos quedan algunos fragmentos, había sido contemporáneo de Moisés, y otros pretenden que de Semiramis, tres siglos antes. ¿Cuál de estas dos civilizaciones, fenicia y egipcia, fue la más antigua? Es de suponer que fuesen coetáneas así como las de todos los pueblos de la familia semítica[141].

¿Qué era, pues, Fenicia? Pequeña región de Siria comprendida entre el anti-Líbano y el mar, limitando al norte con la boca del Eleutero, y al sur con la del río Bellus en Asia occidental; y tenía colonias en algunas islas del Mediterráneo y en la costa septentrional de África algunas ciudades como Cartago, Hipona, Útica; Gades en España; Panorma y Lilibea en Sicilia. El antiguo Egipto, según los geógrafos de las más remotas eras, apenas comprendía el valle del Nilo, y parte de Arabia, llamada por los mismos *egypcia*, antes de la invasión de los etíopes. Es de creer que después de esta, Egipto comprendiera todo el Bajo y el Alto Nilo desde las cataratas hasta el Delta y, por consiguiente, gran parte de Etiopía desde el Cabo Delgado hasta la costa de Zanzíbar en el África oriental.

Aun así, ¿qué eran esas nacionalidades pequeñas, con pueblos de muy diversas creencias, y enemigas unas de las otras? Uno de los mayores imperios antiguos, antes de Jesucristo, fue sin duda el de Persia, durante el reinado de Ciro, quien absorbió Media, Asiria, Caldea, Egipto, Fenicia, esto es, desde la

141. Se sabe hoy que el hebraico, el sirio, el fenicio, el caldeo y el antiguo egipcio, así como el árabe antiguo pertenecían a la familia de las lenguas *semíticas* o de los pueblos que, según la Biblia, descendían de Sem; y es probable que la civilización fuese contemporánea entre todos ellos, o por lo menos que se transmitiera de unos a otros, principalmente durante el segundo imperio asirio, del que todos esos pueblos formaron parte.

parte más occidental de Asia hasta el Indo, desde el Mar Rojo hasta el Caspio, desde el Cáucaso hasta la gran Bukharia o antigua Sogdiana; todavía ese inmenso imperio era más pequeño que el de la Rusia actual. Cualquiera que fuese la civilización de todos esos pueblos, era común entre ellos el odio profundo que se profesaban, las guerras mutuas en que se destruían, desapareciendo, de un momento a otro, la nacionalidad absorbida por un conquistador feliz[142].

No hablaremos del efímero imperio greco macedonio, mayor todavía que el anterior, porque apenas tuvo de duración la corta vida de Alejandro Magno. Ese imperio abarcaba todos los países desde el mar Adriático hasta el Indo, desde el Danubio, el Mar Negro y el mar Caspio hasta la frontera meridional de Egipto y el Golfo Pérsico. Alejandro murió en Babilonia a los 33 años de edad, 324 antes de Cristo. No habiendo designado sucesor, sus generales repartieron entre sí tan gran imperio, y de todo ese inmenso coloso resultaron ocho reinos pequeños e insubsistentes, de los cuales Seleuco Nicator reunió después la mayor parte. ¿Cuál era la civilización de ese vasto imperio? La de los griegos, que florecía, y la de los caldeos, que se deshacía para acabar envuelta en las ruinas de la ciudad meretriz.

De las civilizaciones, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, es sin duda una de las más notables, si no la más antigua, la de la India, nombre vago, y que hoy tiene varias acepciones. En efecto, ¿qué era o qué es aún hoy la India? Entre los geógrafos modernos, unos dividen la India en dos partes, aquende y allende del Ganges, o sea, en la India cisgangética o Indostán, y transgangética o Indochina; otros apenas llaman India propiamente dicha la porción del Asia meridional comprendida entre el Indo y el Ganges, entre los golfos de Omán y de Bengala al sur, y el Himalaya al norte. Aquí podemos

142. Ya hablamos de la civilización de los Magos en la nota Nº 62 del c. XXVII y de los sacerdotes de Isis, ahora corresponde hablar de los caldeos, cuya civilización parece la más antigua o, por lo menos, la que sobrevivió a la decadencia y ruina de su nación. Es menester no confundir la Caldea propiamente dicha con Babilonia, aunque fuese durante algún tiempo esta ciudad la capital de Caldea; porque el reino de Babilonia estaba comprendido entre el Tigris y el Éufrates, mientras que el reino de Caldea estaba todo situado entre la confluencia de esos dos ríos y el Golfo Pérsico y cuya principal ciudad era Teredon. No queda la menor duda que los caldeos fueron célebres desde la más remota Antigüedad por sus conocimientos en matemáticas, astronomía, y astrología judiciaria. Aún en tiempos de los últimos emperadores romanos, los astrólogos de Caldea eran muy estimados en Roma. Caldea pasó por todas las revoluciones y calamidades que asolaron Babilonia y Asiria. Marie Nicolas Bouillet, *Dictionnaire Universel d' Historie et de Geographie*, Paris, s/d, 1842.

considerar dos civilizaciones distintas, la de la India propiamente dicha o Indostán, y la de la China, o India transgangética.

Prescindimos del espacio de 54.000 años, con que unos y otros (indios y chinos) glorificaron la era de sus respectivas civilizaciones, y vamos al resultado de las investigaciones etnográficas en que se han ocupado los más distinguidos orientalistas, sobre todo ingleses. Se sabe hoy que el Indostán comprende más de veinte razas diferentes, hablando otros tantos idiomas, pero la raza denominada *hindú* es la primitiva y depositaria de las últimas reliquias de esa lengua sagrada y muerta, como la griega y la latina, hace mucho más de mil años. Además, es sabido que la India posee una de las más antiguas y más ricas literaturas del mundo, no solo en sus libros sagrados y vastísimos comentarios, que por sí solos formarían una enciclopedia completa, con poemas, dramas y muchas obras filosóficas, en las cuales se hallan perfectamente representados todos los sistemas de la antigua Grecia y de Europa moderna.

¿Fue acaso esa inmensa literatura fuente de la de los egipcios, quienes la transmitieron a los griegos y romanos y, por consiguiente, también de la literatura moderna?[143]. ¿Por cuáles medios se efectuó esa migración desde la India gangética hasta Europa occidental? Será esta indagación objeto de un capítulo especial; por ahora limitémonos a la extensión del territorio que comprendía la literatura *sánscrita*, porque es en esa lengua, sobre todo, que ella se halla representada. El Indostán no fue perfectamente conocido y explotado sino a fines del siglo pasado. Los griegos no conocieron la India sino de nombre, hasta la invasión de Alejandro Magno. Después de la expedición de Seleuco Nicator, quien penetró hasta el Ganges, se conservaron algunas relaciones comerciales entre Asia occidental y oriental; mientras que sobre las relaciones con el imperio bizantino no sabemos otra cosa sino que un fraile

143. De la historia antigua, llamada con razón de los tiempos *fabulosos* o heroicos, no se puede deducir con precisión las fechas, los lugares y los nombres propios, hallándose, por esa razón, muchas veces en contradicción los autores profanos con la Biblia. Sin embargo, se sabe que Cécrope (egipcio), casi del tiempo del nacimiento de Moisés, llevó de Egipto una colonia y fundó con ella las doce aldeas o villas que formaron después el reino de Atenas. Poco más o menos por ese tiempo, Cadmo, hijo de Agenor, transportó a Grecia una colonia fenicia y fundó la ciudad de Tebas, en Beocia. De ahí en adelante, los egipcios continuaron poblando Grecia; Danau (egipcio) se hizo rey de Argos y es probable que la civilización de Grecia partiera como las primeras colonias que le dieron nacimiento, de Egipto y de Fenicia. He ahí como esas civilizaciones fueron transmitidas de pueblo a pueblo y llevadas, por las circunstancias locales de cada uno, a un grado de perfección que aún hoy admiramos.

del siglo VI de nuestra era llevó de la India a Constantinopla las primeras semillas del gusano de seda.

A principios del siglo VIII los árabes conquistaron gran parte de las riberas del Indo, y hasta el siglo XV fueron ellos quienes transmitieron a Europa algunas nociones imperfectas sobre esa región. Los portugueses, al principio del mismo siglo XV, apenas exploraron las costas marítimas de las dos Indias, sin adelantar un solo paso en el conocimiento del país. Fueron los ingleses los primeros que explotaron y subyugaron a su dominio aquel vasto territorio, pero de todas sus indagaciones etnográficas no se pudo deducir en cuál porción de terreno se halló colocada la raza primitiva, dónde o en qué latitud, desde el Himalaya al norte hasta el Cabo Camorín al sur. Cualquiera que fuese la posición que ella ocupó, entre el Indo y el Ganges, lo cierto es que esa inmensa civilización debía conservarse en límites bien estrechos antes de su primera migración, como luego veremos.

La antigua Grecia, cuya extensión y límites nunca fueron descritos con precisión por los geógrafos antiguos, estaba comprendida desde Tesalia y el Epiro al norte, hasta el Peloponeso al sur, quedando en el centro Hélade, o Grecia propiamente dicha. También se daba el nombre de Grecia a Iliria, a Macedonia, a Tracia y a las islas Jónicas, además de las colonias del Asia menor, de Europa oriental, y las de Italia llamadas la gran Grecia. Lo que hay de notable, en primer lugar, es la división y subdivisión de todo ese territorio en pequeños Estados independientes, algunos confederados, casi siempre en guerra entre sí, enemigos unos de los otros; y, en segundo lugar, que de una población de cuatro millones de hombres, que es lo que podría tener toda esa aglomeración de pequeños pueblos, más de tres millones eran esclavos y, sin embargo, ha sido esa la más brillante y la más colosal de todas las civilizaciones antiguas, no solo en ciencias sino en artes, en literatura en monumentos.

XLVIII

DE LA CIVILIZACIÓN ROMANA Y DE LA ARÁBICA

Vamos a tratar por separado la civilización romana, porque es de ella que parte inmediatamente nuestra civilización, tanto en moral como en religión, tanto en literatura como en legislación; y porque fue ella también, de todas las civilizaciones que nos precedieron, la más extensa y la más cercana a nosotros, excepto la civilización de los árabes de la que luego hablaremos. El imperio romano, uno de los más vastos que hayan existido en el mundo, llegó por sus conquistas a dominar inmensos pueblos de razas y caracteres distintos, desde el circasiano de la más pura raza caucásica hasta el troglodita del estrecho de Bab-el-Mandeb.

Italia, con sus islas adyacentes, era el centro de ese vasto sistema, que abarcaba la mayor parte de Europa, toda el Asia menor y la parte más considerable de África sobre las costas del Mediterráneo, desde las Columnas de Hércules hasta Egipto. Roma era la capital en que residieron todos los emperadores hasta Constantino, en el año 333 d.C., esto es, el Imperio se extendía desde el Atlántico (al Occidente) hasta el mar Caspio (al Oriente), desde las montañas de Escocia, el Mar del Norte, el río Reno, el Danubio y el Mar Negro (al Norte) hasta las cataratas del Nilo, las fronteras meridionales de Egipto, los desiertos de Arabia y de África (al Sur)[144].

144. El imperio romano, entre Octavio y Constantino, se extendía desde la extremidad occidental de Europa hasta el Éufrates, desde Bretaña y una parte de Caledonia hasta Getulia [comarca del norte de África] y los inicios de los desiertos de Libia; y aún así era más pequeño que el imperio de China al principio de la era cristiana, que el dominio mongol sobre Gengis Khan, que la monarquía española en tiempos de Felipe II, y que el actual imperio de Rusia. Alexander von Humboldt, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, Madrid, Edit. Vicente García T., 1851-1852, 4 t.

Parece increíble que ese inmenso coloso, compuesto de partes tan inconsistentes, pudiera asimismo resistir los movimientos convulsivos de la anarquía y de la guerra civil durante los cinco primeros siglos de nuestra era. Los romanos, señores de Grecia, Egipto, Fenicia y Caldea, poseyeron toda la civilización del Oriente con sus tesoros de la inteligencia acumulados por los Magos, por los sacerdotes de Ísis y por los filósofos griegos. Roma había recibido las leyes, la filosofía y la retórica de los griegos, las primeras nociones de agricultura y de astronomía de los egipcios y caldeos, y aprendido de los fenicios el arte de navegar y de construir navíos. De una galera cartaginesa llegada a la costa en el estrecho de Mesina sacaron ellos el primer esbozo de esa escuadra que años después debía aniquilar la de sus propios maestros.

Fue por lo tanto la civilización romana la más extensa de todas las civilizaciones que nos precedieron, porque ella abarcó cuatro de las más antiguas y más ricas civilizaciones, dos en su ocaso (fenicia y caldea), las otras dos en su apogeo (egipcia y griega). Roma, por medio del comercio con los griegos, se ilustró, adquirió el gusto por las bellas artes y pulió sus costumbres; fue después del saqueo y del incendio de Corinto, una de las más florecientes y suntuosas ciudades de Grecia, que Roma se adornó con las obras insignes del arte, allí transportadas por el cónsul Mummio.

Al final de la república ya el gusto se había formado, ya las luces se habían derramado: la comedia, la elocuencia, la historia y la filosofía habían producido sus obras admirables; solo faltaba disputar la palma a Homero y a Píndaro; los dos poetas, Virgilio y Horacio, amigos de Augusto y de Mecenas, felizmente lo lograron. Ovidio, a pesar de sus defectos, fue una prueba más de la ilustración y del buen gusto de aquel siglo. Si no había bibliotecas públicas, había las particulares; casi todos los grandes personajes se esmeraban por tener una biblioteca magnífica, por ejemplo la de Sylla, Ático, Lúculo y Julio César, quien encargó al ilustre Varrón de la dirección de la suya. Cicerón ocupaba gran número de esclavos como copistas[145].

145. Para dar una idea del estado de la literatura en Roma en aquellos tiempos, citaremos parte de un artículo de la *Revista Británica* sobre el comercio de libros en la antigua Roma: "Los romanos diferenciaban los *librarii*, o copistas de libros, de los *bibliopolae*, o mercaderes de libros; dos expresiones distintas, cuyo sentido había sido confundido. También se llamaban *antiquarii*, porque transcribían obras antiguas; *amanuenses*, porque esa transcripción era hecha a mano. Sabemos hoy que los romanos conocían una especie de *estereotipia*, además del arte de la estenografía, de la cual el poeta Enio era tenido como inventor. Casi todos los copistas eran esclavos; pero los que

Dividido el imperio romano en dos, la decadencia de las letras comenzó en Occidente, por la invasión de las hordas septentrionales en el siglo V, mientras que en del Oriente se había conservado el depósito del saber de los griegos, que mil años después debía revertir para Occidente, como una especie de resurrección. La civilización había venido por primera vez de Oriente y cuando ella ya se había perdido en Occidente, volvió nuevamente con los emigrados bizantinos en el siglo XV. ¡Verdaderamente es un misterio, digno de toda atención, lo que representan esas transformaciones sucesivas de tantas civilizaciones que se ligan entre pueblos distintos, que se aniquilan y resurgen en épocas tan distantes, como fuerzas misteriosas que convergen hacia un blanco providencial! Sin embargo, es esta la marcha gradual de la humanidad y de la cual ya no es posible dudar.

Aún así, ¿qué era la civilización romana comparada con la actual? ¿Cuál era su extensión en Europa, en Asia y en África, comprendiendo las civilizaciones griega y egipcia? Si exceptuamos a Italia y Grecia, ¿qué era el resto de Europa con respecto a la civilización? Se sabe que los romanos, tal como los griegos, llamaban bárbaros a los que nosotros llamamos extranjeros; pueblos conquistados y sometidos por la fuerza, no tenían más civilización que los alemanes en tiempos de Tácito. Toda la Península Ibérica, Inglaterra, Escocia, las Galias o Francia, Bélgica y Holanda, Suiza, Dalmacia y Panonia, ¿acaso eran ellas, por ventura, más civilizadas que los alemanes, getas, partos, escitas, sármatas o etíopes? Toda la civilización romana estaba, pues, concentrada en las costas del Mediterráneo y sus islas, desde Italia hasta Egipto, esa era su verdadera extensión[146].

Dijimos que la civilización romana era la más próxima a nosotros, excepto la árabe, especie de reflejo pasajero entre los siglos X y XV. El imperio árabe comenzó en el siglo VII con la fuga de Mahoma, y dos siglos después

---

bien servían a sus señores y lograban captar su aprecio, tenían la certeza de obtener su libertad, quedando en la casa a que pertenecían, y donde eran tratados con honrosa distinción. Se sabe de la viva amistad que Cicerón consagraba a su liberto Tirón, a quien había confiado la educación de su hijo. Los ciudadanos ricos e instruidos tenían gran número de copistas, ocupados principalmente en transcribir obras griegas".

146. La raza humana, dice Humboldt, hablando del imperio romano, ofrecía también todos los matices de la civilización y de la barbarie; si aquí poseía artes y ciencias desde la más remota Antigüedad, allí estaba todavía sumergida en el primer crepúsculo que acompaña el despertar de la inteligencia. Alexander von Humboldt, *op. cit.*

abarcaba Portugal y gran parte de España, el norte de África, Egipto, Palestina y todos los países bañados por el Éufrates. Profetas y guerreros llevaban por todas partes el Corán en el filo de las cimitarras. Gran parte de Asia se volvió así musulmana, siendo los turcos los que más se distinguieron como sectarios y también como conquistadores, a tal punto que comenzaron por despojar a los propios árabes de sus más importantes conquistas, apoderándose de Jerusalén, donde vejaban y maltrataban a los cristianos que llegaban desde Europa en romería.

Los turcos, después de gran lucha en Palestina, ocuparon el Asia menor y pasaron a Europa, donde se apoderaron de todo el imperio de Oriente, últimos restos de la civilización griega y romana. Se sabe cómo, por la toma de Constantinopla en 1453, algunos emigrantes bizantinos llegaron a Italia y ahí forjaron los fundamentos de la literatura moderna[147]. Mientras se formaba el imperio otomano en Oriente, a mitad del siglo XV, se debilitaba y desaparecía en Occidente el imperio árabe a finales del mismo siglo, con la pérdida irreparable de Granada, último resquicio de ese poder colosal que había destruido la monarquía de los godos y amenazado toda la parte occidental de Europa.

Ahora bien, ¿cuál era, pues, la civilización de los árabes? No queda la menor duda de que ellos cultivaban las ciencias y las artes, introdujeron la filosofía de los griegos y se volvieron célebres en muchas ramas del conocimiento humano. A los árabes se les debe las primeras nociones de química, así como la introducción de la brújula, cuya invención es atribuida a los chinos. Obsérvese lo que dice de los árabes de España, Bory de Saint-Vincent:

> Desde el siglo XI tenían academias y escuelas públicas, modelo de nuestras universidades modernas, donde la filosofía y otras ciencias eran enseñadas y donde se formaban célebres médicos, geógrafos y matemáticos; el álgebra fue inventada por esos moros de España, que también escribieron los mejores y más completos tratados de su época sobre la agricultura. El estudio de sus libros se volvió indispensable para aquellos cristianos, quienes quisieron salir del estado de ignorancia en que yacía toda la cristiandad[148].

147. Véase en la presente edición el c. XXIX.

148. Los árabes, dice el Barón de Humboldt, deben ser considerados como los verdaderos fundadores de las ciencias físicas, tomando esta denominación en el sentido que le damos actualmente. Alexander von Humboldt, *op. cit.*

También cultivaron con muy buen gusto las bellas letras y humanidades, porque tuvieron excelentes poetas e historiadores, y como moralistas no fueron inferiores a los filósofos de la gentilidad; aún hoy sus apólogos son los más graciosos y los más sentenciosos que se conozcan. Era cierto que en Occidente constituía la única civilización que existía, mientras que Oriente se debatía entre las cuestiones dogmáticas, los cismas, los concilios, la guerra civil y la anarquía. Si la civilización de los árabes no fue tan extensa como su imperio, al menos fue más duradera, porque ella se transmitió a los cristianos de la Península Ibérica, los primeros que en esa época ampliaron los conocimientos del mundo con atrevidas navegaciones y descubrimientos asombrosos.

XLIX
CIVILIZACIÓN HINDÚ

En el penúltimo capítulo prometimos tratar especialmente de la antigua civilización hindú, con el fin de comprobar cómo ella llegó hasta nosotros, pasando por sucesivas transmigraciones a lo largo, tal vez, de cuatro mil años. Sin los datos que los orientalistas franceses, alemanes, holandeses y sobre todo ingleses, nos ofrecen hoy, sería bien difícil semejante tarea; pero después de inmensos trabajos, de indagaciones minuciosas, de estudios profundos en los lugares donde esa civilización nació, creció y se elevó como el Himalaya que le sirvió de cuna, nada más fácil ni más comprensible, aun para una inteligencia mediana. Vamos, pues, a cumplir con nuestra palabra[149].

En un artículo primorosamente escrito y publicado en la *Revue des Deux Mondes*, bajo el título "La sociedad y el gobierno del Indostán en los siglos XVI

149. En este capítulo apenas nos limitamos a la investigación de las transmigraciones primitivas y del origen de las razas, sin ocuparnos de las ciencias y las artes que profesaban las diversas ramas del gran tronco escítico, de donde proceden los pueblos del Indostán. Las ciencias, las artes, la religión y hasta la lengua sagrada del Indostán eran enteramente desconocidas en Europa hasta hace muy poco tiempo. Fue William Jones quien las reveló al mundo civilizado, y desde entonces se volvió la lengua sánscrita, muerta tal vez hace más de 1.500 años, una lengua clásica a la que se dedican todos cuantos pretenden iniciarse en los misterios del Oriente.
Hoy se sabe que los antiguos hindúes poseían una vastísima literatura con una de las lenguas más ricas, más armónicas y más perfectas que se conozca, ofreciendo analogías singulares con el latín, griego, gótico, alemán, y con los idiomas de todos los pueblos indogermánicos. Además de los cuatro libros sagrados llamados *Vedas*, que conforman la Biblia de los hindúes, y de sus inmensos Comentarios (*Puranas*, *Sutras*), ellos poseían diversos sistemas filosóficos, cuentos, poemas, un código con las leyes de Manú, y muchos otros escritos, de forma que se puede aquilatar la riqueza de semejante literatura solo por el número de sus escritos. Sin embargo, no es de esa civilización científica de que hablamos, porque de ella nada aprovechamos aún, ni nos sirvió sino en sus primeros esbozos, cuando esas razas se expatriaron y trajeron consigo los primeros rudimentos de una sociedad naciente. William Jones, *Disertación sobre la literatura oriental*, s/d.

y XIX", encontramos perfectamente delineada así como un mapa, la ruta seguida por esa civilización antiquísima a través de varios pueblos de razas y creencias diversas, de guerras atroces, de conquistas pasajeras o permanentes y de sucesivas migraciones. Y así debía ser, porque, como ya dijimos[150], para que el mundo se vea poblado, partiendo de una sola familia, era menester haber sido el teatro de una constante migración, cruzándose en todos los sentidos.

No entraremos en esas curiosas investigaciones, que desde W. Jones han develado los misterios más importantes del origen de las razas del Indostán, partiendo de la masa gigantesca del Himalaya, donde se destacan tantos pueblos, y que fuera tal vez la cuna del género humano. Para nuestro propósito nos bastan los hechos ya obtenidos por la ciencia etnográfica y los resultados logrados por ese método de investigación, paciente y escrupuloso, que se apoya sobre el estudio de las lenguas, de los monumentos y de las costumbres, y sobre los caracteres físicos que distinguen todas esas razas, dando por solucionado el gran problema de la dispersión y subdivisión de las razas primitivas, problema que interesa a toda la humanidad.

El estudio de las razas himalayas desde su origen, la marcha de algunas de ellas a través del globo, sus divergencias desde un mismo punto de partida, sus reencuentros, sus luchas, sus alianzas, su fusión más o menos íntima en ciertas circunstancias, tales han sido para estos sabios infatigables los puntos de sus análisis, de sus estudios y de sus investigaciones hasta hoy. De esta suerte, el estudio de las razas himalayas los hizo remontar a la historia de esas hordas guerreras que plantaron sus estandartes sobre los muros de Pekín, Delhi, Viena y Moscú, y así fueron llevados a comprender la gran familia mongoliana o touraniana (una de las ramas del gran tronco escítico), no solo los turcos, mongoles y tangúes, sino también, muy probablemente con entera certeza, los tibetanos, chinos y tamulianos o aborígenes del Indostán[151].

De esas investigaciones cuidadosas, de esas pruebas acumuladas ha resultado el hecho, hoy admitido, de que los persas, hindúes, alemanes, rusos, ingleses e irlandeses son miembros de la misma familia, esto es, de la familia *iraniana*. ¿Cómo, pues, será posible compaginar la flaqueza, apatía e inferioridad conocida de la actual raza hindú con la energía, vigor e inteligencia de

---

150. Véase en la presente edición el c. VII.

151. Artículo mencionado en la *Revue des Deux Mondes*, *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (mayo de 1854).

la raza anglosajona, una de las más fuertes e inteligentes del mundo? Esa diferencia resulta de las alteraciones sufridas por cada uno de esos pueblos en las diferentes fases de su vida guerrera y política; alteraciones que atacaron más o menos profundamente no solo las costumbres y las creencias, sino también los caracteres físicos que los distinguen.

Otro resultado, tan importante como el anterior, es lo que revela Bunsen en sus sabias investigaciones sobre Egipto, es decir, que el conocimiento de Dios, así como el del lenguaje entre los egipcios tiene sus raíces en la antigua Asia, y en el antiguo territorio armenio-caucasiano. Los descubrimientos más recientes, hechos en las márgenes del Tigris, parecen confirmar estas audaces concepciones y unir las ramas hindú y egipcia a un mismo tronco sepultado, por decirlo así, bajo el polvo de los siglos. Torrens también intentó mostrar las analogías, o mejor, las identidades notables, que presentan los egipcios y los hindúes, la naturaleza de las relaciones indicadas entre estas dos grandes familias, originariamente partidas del mismo punto y las épocas a que esas relaciones se refieren[152].

En la subdivisión de esa raza primitiva, una parte llegó a Egipto, donde se diseminó, digámoslo así, por todo el mundo por la guerra, el comercio y las artes; la otra quedó en la India gangética, donde la esperaban otros destinos bajo la influencia de un clima diferente y de una naturaleza más poética. Torrens reconoce en esta rama de la emigración primitiva la raza brahmina, invadiendo el Indostán por el noroeste, y atravesando después el Indo, para ocupar todo el país al norte y al sur del Himalaya. Esa raza no encontró la civilización en la India, por lo contrario, la trajo consigo de las regiones transindianas.

152. Admitiendo aquí la opinión de Torrens, Bunsen y Hodgson sobre el origen de los egipcios, pareciera que estamos en completa oposición con lo que dijimos en el capítulo XXVI al exponer la opinión de Volney; pero es necesario advertir que no señalamos las fechas en que semejantes hechos habrían tenido lugar, ni se opone a la opinión de los primeros la existencia posterior de hombres negros ocupando Egipto, principalmente después de la invasión y conquista de los etíopes; pues es sabido que Egipto fue durante varios períodos dominado por diversos conquistadores venidos de Asia, África o Europa. ¿En qué época o épocas esas nuevas razas ocuparon Egipto? ¿Cómo se verificó la fusión de todas ellas en el mismo suelo que ocupaban? He aquí hechos arqueológicos aún no completamente conocidos, pero que, sin embargo, no destruyen lo que pretendemos comprobar ahora, esto es, que civilizaciones antiguas concentradas en pequeñas nacionalidades, migraron de manera sucesiva de uno al otro extremo de nuestro globo, desde las razas primitivas hasta nuestros días, así como la actual civilización se tornará universal por la fusión de todas las razas existentes hoy.

Hodgson, en las memorias con que enriqueció el *Periódico de la Sociedad Asiática de Bengala*, observa que la población idólatra de la India se divide en dos grandes clases, arianos o inmigrantes, y tamulianos o aborígenes; y que la unidad de la familia ariana desde el país de Gales, en el extremo occidental de Europa, hasta el país de Assam, extremo oriente de la India inglesa, ha sido demostrada por las investigaciones lingüísticas. Diversas ramas destacadas de esta gran familia se establecieron en todos los climas comprendidos entre el ecuador y el círculo ártico. Lo que ahora conviene indagar es cuándo esa gran migración o dispersión tuvo lugar y reconstruir la unidad de la raza tamuliana, con auxilio de los idiomas comparados, de los caracteres físicos confrontados, de las creencias y de las costumbres cuidadosamente analizadas.

Es en verdad un gran y asombroso espectáculo, y muy digno de ser estudiado y meditado, el que presentan los cultos, las alianzas, las fusiones parciales, las transformaciones graduales de tantos pueblos y la marcha de la humanidad, resultante misteriosa de esas fuerzas que convergen, sin saberlo, hacia un blanco providencial. Las alteraciones sufridas por cada uno de esos pueblos en las diferentes fases de su vida guerrera y política, alteraciones que, como queda dicho, les han atacado más o menos profundamente no solo las costumbres y creencias, sino hasta los caracteres físicos, ya han sido en parte analizadas por los historiadores musulmanes, y son aún hoy asunto de interesantes investigaciones etnográficas.

Pero lo que hay de singular, lo que en realidad maravilla, es que esas razas de la India que emigraron hacia el extremo occidente de Europa, regresen hoy hacia el oriente de Asia perfectamente transformadas, llevando toda la energía de su antiguo carácter y una más elevada civilización de la que trajeron. Son los ingleses, cuya identidad con la raza hindú es hoy perfectamente conocida, los que por un rasgo de la Providencia fueron llamados a regenerar sus hermanos mayores. Dios los haga comprender la alta misión de que fueron encargados, y que sepan aprovechar las lecciones profundas y enmendar los errores crasos de los primeros conquistadores europeos en la India.

Otro hecho revela, además, esa tendencia del género humano a regenerarse y a una fusión universal, y viene a ser que, cuando en Europa el renacimiento de las letras alteraba todo el orden social y se operaba una revolución moral, filosófica y religiosa a principios del siglo XVI, al mismo tiempo, otra revolución igual comenzaba en el Indostán, cuya unidad política fue creada

por Akbar, fundador del imperio mongol durante el mismo siglo[153]. El reinado de Akbar tuvo, pues, dos fines hoy perfectamente conocidos; el primero, crear la unidad política del Indostán; el segundo, hacer converger el concurso de la raza hindú hacia el desarrollo de una civilización progresista.

Examinando atentamente el avance del espíritu humano en aquella época, quedamos admirados por las tendencias progresistas que, de uno al otro extremo del mundo civilizado, parecían arrastrar los pueblos a cambios más o menos profundos en su organización. De este hecho se deducen los síntomas de una transición crítica, señalada en todos los puntos por una lucha, ya comenzada o inminente, entre principios opuestos. Se podía hasta prever que esa lucha abarcaría no solo las creencias religiosas, sino también las teorías políticas, el desarrollo industrial, el movimiento científico; que, en fin, afectaría hasta los usos y las costumbres de las naciones más fanáticamente devotas del principio *conservador*.

En el momento en que la estrella de Akbar se levantaba en oriente, la sociedad occidental entraba manifiesta e irrevocablemente en la fase revolucionaria que caracteriza especialmente la época moderna. Nueve años antes de que Akbar viera la luz, nació Isabel junto a un trono, que ella debía ocupar con tanta gloria y en el cual se sentó casi al mismo tiempo que Akbar subía al de Delhi. Del reinado de aquella princesa varonil iba a datar la grandeza marítima de Inglaterra y el nuevo desarrollo de las empresas comerciales que tan poderosamente han contribuido para cambiar la faz del mundo.

En fin, por una coincidencia que nos parece maravillosa, estas dos grandes existencias, presidiendo a pueblos tan diferentes en costumbres, religión

153. Es tal la confusión de los nombres propios que se nota en todos los orientalistas, que preferimos escribirlos como los modernos, principalmente Jones, Mill, Wilson, Torrens y Hodgson. En la biblioteca oriental d' Herbelot (que poseemos), para hallar el nombre de un príncipe que reinó en esta o en aquella parte de Asia, es menester a veces recorrer toda su dinastía, y no siempre hemos sido felices en encontrarlo. Los nombres de origen árabe son para nosotros un inconveniente, y es que no siempre nuestro alfabeto se presta a reproducirlos fácilmente, como bien notó Volney, al comparar las letras de uno y otro alfabeto; e incluso eso no es de extrañar, porque entre las lenguas de origen latino, entre las dos hermanas gemelas (la portuguesa y la española) no tenemos en portugués una letra que represente el sonido de la X y de la J española. Lo mismo acontece con la infinidad de idiomas orientales y sus dialectos, por ejemplo nos basta el nombre del tan conocido Tamerlán, que se escribe Teimur, Timour-Leng, o Timour-Lieg, y todavía en otras formas. Sin embargo, como en nuestro caso solo tenemos necesidad de los hechos y de las ideas que ellos representan, seguiremos a los modernos en su modo de escribir los nombres propios, como lo dijimos anteriormente.

y lenguaje, separados por dos continentes y por la inmensidad de los mares, se hallaban relacionados, sin que lo supiesen, por un lazo misterioso a los destinos del mismo Imperio. Isabel, al firmar el 31 de diciembre de 1600, cinco años antes de la muerte de Akbar, la carta de la Compañía de las Indias Orientales, entregaba la herencia de ese célebre legislador y conquistador, así como los destinos de cien millones de hombres, al genio de Gran Bretaña.

Observemos, además de esto, que al gran movimiento intelectual y científico que comenzaba en Europa con Pomponacio, Maquiavelo, Copérnico, Kepler, los dos Pico de la Mirándola, Erasmo, Napier, Bacon de Verulanio, Descartes, etc., corresponde en la India gangética un movimiento análogo, un verdadero *renacimiento*, debido al poder de iniciativa del fundador del imperio mongol. La duda religiosa, filosófica y política caracteriza esa época en el Indostán, igual que en el occidente europeo. Las artes y las letras tuvieron su parte en esa doble regeneración. Desde entonces camina el mundo entero con marcha imperturbable hacia nuevos destinos[154].

154. Artículo citado de la *Revue des Deux Mondes*.

L

LA CIVILIZACIÓN MODERNA, SU EXTENSIÓN Y SUS LÍMITES

La civilización moderna no se restringe a un pueblo, a una nacionalidad, a una Confederación, a un Imperio, por extenso que sea; ella abraza el mundo en toda su vasta extensión, y tiene por límites de Norte a Sur los círculos polares, y de Este a Oeste toda la redondez del globo. Ella no se limita solo a la esfera terrestre, invade la esfera celeste y revela millones de mundos que fueron desconocidos por los antiguos. En su avance ascendente y progresivo revuelve la tierra y se ahonda en los mares, hasta el abismo; sujeta los elementos a sus reiteradas pruebas, divide la materia, dispone de sus átomos como de sus aglomeraciones; le da nueva forma, cambiando su naturaleza y hasta su propia esencia, robándole sus fuerzas y dándoles dirección conveniente.

La civilización moderna es como el aire, penetra el mundo por todos sus poros y avanza a veces serena como el aura matutina, a veces terrible y veloz como el huracán. Con su audacia domó el rayo, quebró todas sus fuerzas y lo sometió al poder del hombre. No satisfecha con las creaciones de la naturaleza, creó el caballo dinámico, gigante de fuerza asombrosa, lo emparejó a otro en número prodigioso, y con ese escuadrón, más fogoso que el caballo bíblico, recorre los continentes y los mares. Con un anillo de hierro ciñó el globo, lo apretó, acortándole las distancias[155]. Más veloz que el águila recorre

155. En efecto, la apertura del istmo de Suez, comunicando el Mediterráneo con el Mar Rojo, y el istmo de Panamá, o entre este y el de Yucatán, comunicando el Atlántico con el Pacífico, acortarán las distancias de tal modo que los países que confinan con el Mar Rojo y con el Golfo Pérsico, la costa oriental de África, la India, el reino de Siam, de la Cochinchina, Japón, el vasto imperio de China con sus trescientos millones de habitantes, las Filipinas, Australia, y ese inmenso archipiélago para el cual se va dirigiendo también la emigración de la vieja Europa, al mismo tiempo cerca de tres mil

espacios infinitos como el pensamiento. He ahí lo que es y lo que puede la civilización moderna.

Hemos tenido tan grandes capitanes como Alejandro y como César, pero los antiguos no tuvieron conquistadores como san Agustín, san Dionisio, san Francisco Javier, quienes conquistaron reinos enteros sin derramar una sola gota de sangre sino la suya; aquellos mataron y destruyeron, estos salvaron y edificaron. No tenemos circos, es verdad, ni coliseos, ni luchas ni pugilatos, pero tenemos hospitales, asilos para la infancia desvalida, para los indigentes, para aquellos de quien la naturaleza fue madrastra y que nacieron ciegos, sordos y mudos, sin brazos o sin piernas. No tenemos laberintos como el de Creta, ni jardines colgantes como los de Babilonia, ni colosos como el de Rodas, pero tenemos penitenciarías, donde el hombre pervertido por las pasiones ruines, es domado y regenerado por la paciencia y por la misericordia.

La desigualdad civil, política y religiosa era un dogma consagrado en todas las legislaciones antiguas; la igualdad, por lo contrario, forma la base de toda la legislación moderna. El pueblo, cuya aristocracia como la de Roma, es en la actualidad la más fuerte y poderosa, es justamente aquel que goza de más libertad: el pueblo inglés es el pueblo rey por excelencia, las clases privilegiadas y el pueblo tienen iguales derechos, porque todos son iguales ante la ley. Allí no hay luchas entre patricios y plebeyos; la civilización moderna resolvió el problema, cuya solución, costó a Roma por más de un siglo ríos de sangre entre los horrores de la guerra civil y de la anarquía, desde la ley agraria del primer Graco hasta la batalla de Accio.

Nos excedieron los antiguos en algunos aspectos, en las fuerzas del ingenio y del arte, de ellos hemos aprendido gran parte de lo que sabemos, pero es indudable que los excedimos en las dotes del alma, en todos los afectos de la naturaleza, como el pudor, la sensibilidad, el amor, no como una pasión ruin, sino como el símbolo de lo culto, de la delicadeza y de la caridad. Ese exceso vino desde los griegos, por una gradación sucesiva hasta nosotros; los romanos fueron más delicados que los griegos, el Medioevo más que los romanos y el presente siglo más que el siglo pasado. Para eso bastará comparar las cartas de Eloísa, del siglo XII, con la que salió de la pluma de Pope en nombre de la

---

leguas de la cuenca del Mediterráneo y del norte de Europa. *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (8 de marzo de 1855).

propia Eloísa, y cuyo lenguaje seductor no soporta la menor comparación en la delicadeza y en la sensibilidad[156].

Aún no alcanzamos todo el saber de los griegos; no tenemos *Pórticos*, ni *Academias*[157], pero tenemos mejores escuelas de moral y de filosofía en las instituciones que nos dejaron san Vicente de Paúl y san Juan de Dios; y si la filosofía se destina a esclarecer al hombre, y la moral a perfeccionarlo, las doctrinas de los dos filósofos cristianos colman mejor su finalidad, porque al perfeccionar al hombre por la caridad lo esclarecen al mismo tiempo por la fe. ¡Oh, la filosofía no tiene nada más que enseñar a los hombres, cuando vemos que los dolores del alma, los sufrimientos del cuerpo, todas las miserias de la vida, hallaron en las obras de san Vicente de Paúl y de san Juan de Dios, en sus ejemplos y en sus palabras, un consuelo o una esperanza! Y quien dice esperanza, lo dice todo en la vida humana.

¡La felicidad! Sí, la felicidad es una cosa que todos buscan y que nadie todavía definió. Pues bien, la felicidad es el *bienestar*, gran problema que la civilización moderna está resolviendo por la industria, por el comercio, por la libertad y por la religión. Para ser feliz es menester ser virtuoso; la virtud es al mismo tiempo una afección del alma y una verdad demostrada: es necesario sentirla y comprenderla por el instinto y por la razón. Las sociedades modernas han comprendido mejor los destinos humanos, buscando en la elevación de sus ideas y de sus pensamientos el remedio para todos sus males[158].

La guerra, que era, por decirlo así, el elemento de todas las civilizaciones antiguas, se volverá imposible por la civilización moderna. El poder del

---

156. Respecto de las dotes del alma, ninguna opinión es más valiosa que la de una mujer fuerte e ilustrada, y por eso citaremos de preferencia un fragmento de Madame de Staël, como prueba de lo que acabamos de decir:
"Nadie puede negar la superioridad de los romanos sobre los griegos, de Tibullo sobre Anacreonte, de Virgilio sobre Homero, en todo lo que se relaciona con la *sensibilidad*; igual que se verá que Racine, Voltaire, Pope, Rousseau, Goethe, etc. pintaron el *amor* con una especie de delicadeza, de culto, de melancolía y de dedicación, que eran enteramente extrañas a las costumbres, a las leyes y al carácter de los antiguos. Cuando Racine puso en escena su Andrómaca, pensó que la delicadeza de los sentimientos exigía que se le atribuyese la decisión de suicidarse, si por desgracia fuese obligada a aceptar a Pirro como esposo; Virgilio, por lo contrario le dio dos maridos, Pirro y Eleno, después de la muerte de Héctor, sin pensar tal vez que esa circunstancia pudiera disminuir el interés que ella debía inspirar". Madame de Stäel, *De la Literatura*, 1800. Véase en la presente edición la nota al pie Nº 116 del c. XLIII.
157. *Academia*: escuela filosófica fundada en Atenas por Platón. *Pórtico*: otra escuela creada por Zeno.
158. *Ibid*.

pensamiento destruirá un día el flagelo de la guerra. Cuando la inteligencia llevare los medios de destrucción a un punto inevitable, y cuando esos medios se tornaren generales, debido a las ciencias y las artes, comunes a todos los pueblos, la guerra será inútil, porque no habrá triunfo posible, y la civilización moderna no admite el duelo a todo trance entre dos naciones como si fuese entre dos hombres.

La libertad es el primer agente de la civilización moderna; el gobierno es el principio del orden, sin el cual no habría sociedad posible. Para pensar y para obrar es menester libertad; pero esta libertad no puede ser arbitraria ni ilimitada: *no hagas a los otros lo que no desearías que te hicieran*. En el orden civil y político la libertad debe estar circunscrita a las reglas de la moral. Si alguna vez el principio de *conveniencia* es útil y necesario, es cuando se vuelve general. Lo que conviene a todos debe convenir a cada uno; he ahí el principio de la conveniencia pública, al cual debe estar subordinada la libertad, según lo entienden los pueblos modernos.

Aquellos que piensan que la libertad consiste en esta o en aquella forma de gobierno, no sienten ni comprenden la libertad. En cualquier forma de gobierno el hombre guarda en el fondo de su corazón un asilo para la libertad; pero ¿qué es ser libre? Es ser inteligente y moral, es ser *justo* antes de todo. Concédase la libertad al tigre, al león, a la cascabel enjaulados, y sin la perversidad meditada del hombre, aquellos animales harán uso legítimo de su libertad al ejercer sus funestos instintos. ¿Tendrá usted motivo de queja si el tigre lo despedazara o la cascabel lo mordiese?

La libertad en el orden físico es la conciencia que el hombre tiene de su fuerza, y el poder de ejercerla sin obstáculo; se pregunta: ¿sería lícito o permitido a cualquier espadachín, confiado en la destreza de su brazo y en el temple damasquino de su espada, matar a todo el mundo impunemente? Lo cierto es que el pueblo más moralizado y más inteligente será siempre el más libre, porque semejante pueblo no consentirá nunca un gobierno inmoral y grosero como son los gobiernos despóticos: para tal pueblo tal gobierno, es la regla que nunca falla[159].

Si los antiguos también nos excedieron en algunas virtudes políticas, como en el amor a la patria y en la dedicación a la causa pública, los modernos

159. César Du Marsais, *Ensayo sobre las preocupaciones o el influjo de las opiniones en las costumbres y la felicidad de los hombres*, Gerona (España), Imprenta de A. Oliva, 1823, c. 3.

los exceden en mucho en las virtudes sociales, en las relaciones de hombre a hombre, en la benevolencia, en la delicadeza y en la generosidad. Entre los antiguos, el amor a la patria, por excesivo, se volvía mezquino, y se reducía casi siempre al terruño en que se nacía: entre los modernos, por lo contrario, el hombre desearía ser ciudadano del mundo. Todas las naciones civilizadas rivalizan hoy en liberalidad, en franqueza, en amabilidad con relación a los extranjeros, de cuyas relaciones el mundo se compone.

Mientras todos los pueblos de la Antigüedad se extremaban en sus antipatías tradicionales, los modernos procuraron un centro alrededor del cual poder aglomerarse, y sea, por decirlo así, el principio y el fin, el *alfa* y el *omega* de la civilización actual. Es que en esa gran fusión de las creencias y de las razas consiste tal vez el misterio que oculta en sí la ley providencial que rige los destinos humanos. Para nosotros, que tenemos una fe robusta en la rehabilitación del hombre por sí mismo, ese misterio es un dogma infinito como el de la bondad de Dios y el del pecado original.

LI

CONTINÚA EL MISMO TEMA

Un legislador famoso[160] proscribe las riquezas de su república, prohíbe el comercio y, para mantenerla con seguridad, regula las dotes y el orden de las sucesiones; destruye el derecho de propiedad y quiere que las tierras pertenezcan al Estado. Establece al mismo tiempo leyes suntuarias, anima la frugalidad, envilece la industria, abandona la agricultura a las manos esclavas y prohíbe a los ciudadanos que se dediquen a otras ocupaciones que no sean la gimnasia y la guerra. Para prevenir las consecuencias funestas de una ociosidad semejante, todas las acciones del individuo social, así como las de su subsistencia, y hasta sus discursos en las asambleas públicas, son regidos por ley.

La lucha, la carrera, la danza y cuanto puede darle vigor al cuerpo y habilitarlo para las fatigas de la guerra, son objeto de entretenimiento público, igual que un manantial de estima y de consideración para el ciudadano. Para prevenir el libertinaje establece el mismo legislador un medio que parece provocarlo: ordena que las doncellas lleven el rostro siempre descubierto, y que en los juegos públicos combatan *desnudas* con los mancebos para que los sentidos se acostumbren a aquel espectáculo y pierdan el impacto de sus efectos, debilitando las impresiones de la naturaleza[161].

El resultado justificó su sistema, y la república de Lacedomonia se volvió la admiración de Grecia, conservando por espacio de seis siglos su felicidad y

160. Plutarco, *Vida de Licurgo* (legislador de Esparta), t. I.
161. "Un hombre de avanzada edad entre los espartanos que tuviera mujer aún joven y fecunda, podía (sin considerarlo reprensible) escoger a un joven bien formado y que tuviera una naturaleza robusta, para traérselo a su mujer; así es como le era permitido reconocer como propio el fruto de esa unión". *Ibid*.

su gloria. El pudor no era, por cierto, la gran virtud de las mujeres antiguas, ni entre los pueblos más civilizados de Europa, ni entre los de Asia y de África[162].

Relegadas a una reclusión absoluta en la clase rica, eran condenadas a los más duros trabajos en las clases pobres. La poligamia desheredaba a la mujer de los privilegios de esposa: los caprichos de un libertinaje desenfrenado presidían al matrimonio y al divorcio. En muchos países todos los grados de parentesco eran confundidos en monstruosos incestos. En fin, la mujer considerada como bestia de carga, despojada de todo el derecho social, vio hasta ser negada la inmortalidad de su alma. ¡Cuán diferente es pues la mujer en la civilización moderna!

En la antigua familia, dice un grave escritor moderno, la mujer tenía solo el rol de esclava del marido y de ama de las hijas; en la familia cristiana asumió el título de esposa, se volvió compañera del hombre y lo siguió hasta la nueva casa que él fundó al lado de la casa paterna. Este cambio contenía el germen de la emancipación y de la grandeza de las sociedades modernas. El hombre quedó al frente de la familia, pero como protector y no como señor: la mujer asumió el cuidado de sus hijos. Ella se tornó así la mediadora en nombre de una alianza más fecunda entre Dios y la humanidad.

---

162. Quisiéramos trazar aquí el cuadro de todas las depravaciones y torpezas que caracterizaron las civilizaciones que nos precedieron, desde el diluvio hasta la extinción del imperio romano; pero tememos que nuestro libro pueda caer en manos de personas ingenuas, para quienes debe ser un secreto semejante libertinaje. Para conocer tales torpezas, y de ellas hacer juicio cabal, basta con leer la disertación sobre los peligros de la incontinencia de Virey, traducida por el magistrado João Cándido de Deus e Silva, a la cual remitimos a nuestros lectores; ahí podrán ver que el pudor, la primera virtud de las mujeres, nunca fue concebida ni puesta en acción como en nuestra civilización, y más que todo en nuestro siglo.

Incluso hasta las lenguas modernas son mucho más castas que la griega y latina, las cuales son más libres y ricas en materia de lascivia e impudicia. Desde los más remotos tiempos, la impudicia ha sido el tipo de costumbre de todos los pueblos antiguos: los propios libros sagrados nos testifican sus infamias, y las historias de Grecia y Roma están llenas de ejemplos monstruosos de desvergüenza y lascivia, de las que no pudo liberarlas el propio cristianismo, ni todavía después de la conversión de los emperadores; tal era el estado de sus depravadas costumbres.

En cuanto a Egipto, bastarían la procesión del Phallus y del Macho Cabrío adorado en Mendes, de lo que habla Plutarco, para dar una idea de sus costumbres, sin hablar de sus reyes y reinas hasta la impúdica y depravada Cleopatra. Lo que fueron Babilonia y Nínive lo saben todos cuantos leen los libros sagrados. Acerca, pues, del pudor y de las costumbres existen notables disimilitudes entre la nuestra y las civilizaciones que nos precedieron; y esa diferencia es una de las más notables y la que revela incontestablemente la ley del progreso moral en la marcha del género humano desde la culpa hasta la rehabilitación.

Las creencias, las leyes y la educación, y después las costumbres, continúa el mismo escritor, concurrieron para tornar la mujer más digna del bello nombre de compañera del hombre, y para trazarle los deberes facilitándole su cumplimiento. Para que, según la promesa del Señor, la progenie de Abraham se volviera más numerosa que las estrellas del firmamento, era necesario destruir la unidad absorbente de la familia patriarcal y alejar de la sombra del árbol secular los tiernos pimpollos que reclamaban, para medrar y multiplicarse al infinito, una tierra menos exhausta y una parte más amplia de los rayos del sol.

Después de los trabajos de selección por los que la filosofía hizo pasar los hábitos íntimos, se concibe cómo la mujer pudiese emanciparse de las pasiones brutales, contra las cuales ni el título de madre la defendía siempre; consiguiéndose, igualmente, proscribir la voluptuosidad, mortificar los sentidos y hacer suplantar las licencias de la antigua ley por la monogamia indisoluble. Antes de ser introducida en el santuario de la iglesia naciente, donde Jesús le aseguraba la igualdad espiritual, ella rompió enteramente con las costumbres que habrían perpetuado su envilecimiento; la revolución fue radical, pero su triunfo en Oriente fue lento, difícil y restringido.

En Occidente, por lo contrario, bajo un clima templado, donde la religión más tarde debía penetrar con toda la luz de sus rayos divinos, la mujer, purificándose en el lar doméstico, se rehabilitó más rápidamente, fiel al pensamiento de la revelación cristiana. La mujer de Occidente, libre de los prejuicios con que los pueblos de Oriente miraban su triste condición, reliquias de una civilización más humana y más honesta, se volvió en la Edad Media objeto de un culto casi religioso. En ese tiempo heroico, la mujer no era verdaderamente sino un mito, un pensamiento, hoy ella es una realidad, es el hada bienhechora que preside el hogar, es el arca de la alianza de la familia y el eslabón de la gran cadena social[163].

163. Narcisse Achille de Salvandy, en un discurso pronunciado en la Academia Francesa, de la que es presidente, dijo lo siguiente: "Las propias mujeres del siglo XII, estudiadas con relación a los grandes acontecimientos de la vida, parecen inferiores a los modelos que nos ofrece nuestro tiempo. Dudo que se encuentre en el mismo grado, entre las más admiradas, este cúmulo de pureza superior, de dignidad simple y fuerte, de disposición para el sacrificio, de calmada existencia en la actividad del espíritu, de inspiración siempre alta y generosa, de virtudes domésticas con todos los dones del mundo, que es el encanto y la honra del siglo en que vivimos". *Diario de Pernambuco* (11 de enero de 1855), y de las llagas sagradas de un Dios, dando a la verdad, a la belleza y a la bondad eternas el testimonio de su sangre derramada.

El sentimiento de elevación del hombre es mucho más activo entre los modernos que entre los antiguos: estos solo aspiraban a la libertad en la esfera de su individualismo, aquellos, al contrario, aspiran a la igualdad en la esfera social. La religión cristiana, al llamar a todos los hombres a la participación en el mismo banquete celestial, independientemente de su condición, desarrolló el espíritu de igualdad en la Tierra, puesto que, si eran todos iguales ante Dios, debían serlo también delante de los propios hombres. La igualdad, por lo tanto, es el más noble sentimiento que inspiró la civilización moderna, porque tiende a nivelar todas las condiciones.

La sociedad moderna tiene además otro carácter especial que la diferencia de las viejas sociedades, y que viene a ser la educación popular. Para que el hombre pudiera llegar a la posesión de la conciencia y entrar en la vida civil y política era menester desterrar la ignorancia y la barbarie en que vegetaba el pueblo entre los antiguos. Desde el *Renacimiento* hasta nuestros días los más grandes hombres y los más distinguidos literatos se han dedicado a difundir y propagar la instrucción hasta la más baja clase del pueblo, como un elemento de orden y de bienestar. Es aún el espíritu de igualdad que fomenta y promueve ese deseo y ese interés entre los pueblos modernos: ellos se realizaron[164].

He ahí lo que ha sido y lo que es actualmente la civilización moderna; lo que será, solo a Dios pertenece. Pero si es lícito aventurar una profecía o anunciar un presentimiento, ya hoy universal, podemos decir que la humanidad avanza en las vías del progreso con una velocidad asombrosa y que su marcha es tan segura como es firme el interés que ella toma en volver a la verdadera senda de lo justo y de lo honesto. ¿Será esta civilización la última por la cual haya de pasar el hombre hasta su completa rehabilitación? Para aquellos que tengan fe implícita en las palabras de la revelación es esto de evidencia manifiesta, al menos deben creer que la sangre del Dios-hombre no se derramará en vano sobre la Tierra que habitamos[165].

164. C. Du Marsais, *op. cit*.

165. En efecto, la civilización que produjo la imprenta, la brújula, el vapor, el magnetismo, no parece destinada a acabar como las que la precedieron. La verdadera civilización del mundo, dice Dupanloup, obispo de Orleáns, debía nacer del martirio y de las llagas sagradas de un Dios, dando a la verdad, a la belleza y a la bondad eternas el testimonio de su sangre derramada.

LII

AÚN SOBRE LA CIVILIZACIÓN MODERNA CONCLUSIÓN

Aquel que quiera juzgar la fuerza y el poder de la civilización actual por Brasil, o por las repúblicas de la raza española, o incluso por Estados Unidos de América septentrional, se equivocará una y muchas veces. Estamos un siglo atrasados con relación a Europa occidental, donde la inteligencia ha elevado su trono sobre las ruinas del feudalismo político y de la superstición religiosa. Esa república norteamericana, llamada tal vez a realizar nuestro pensamiento de fusión de todas las razas, sirviendo de centro a la unidad cristiana, posee actualmente un carácter repulsivo de independencia salvaje, que la torna *sui generis* entre todos los pueblos de la Tierra.

Los ingleses y los norteamericanos son las dos naciones más *nómadas* de la Tierra; para ellos atravesar el espacio es apenas un entretenimiento, un juego, con una diferencia y es la siguiente: que el inglés, en cualquier parte en que se encuentre, se siente unido por el corazón a la patria ausente; y el americano, sin ser cosmopolita, ha llevado el *nomadismo* (permítasenos la expresión) a tal punto que su vida puede considerarse como la solución del problema del *moto continuo*; los americanos son los arrieros del mundo. En ninguna parte, sin embargo, se observa entre ellos ese amor íntimo y profundo por la patria; su patriotismo es apenas de familia, de sangre, es la creencia robusta en la superioridad de su raza. El suelo natal para ellos no es sino un medio de poder y de riqueza, una constante *exploración*. En esta especie de patriotismo los hombres lo son todo, el país es nada.

El pueblo de Estados Unidos, que desde su formación, dice un publicista moderno, había quedado exclusivamente americano, cuyos intereses en nada se aproximaban a los de Europa, que era simplemente un objeto de estudio, la

representación sensible y viva de lo que puede el espíritu humano trabajando en un sentido y con un cierto fin, comienza a salir de su soledad y a participar en las cuestiones que se debaten en el resto del mundo. Ahora él se agita para entrar en la política universal y pretende una interferencia más amplia de lo que le es permitido por el derecho de las gentes. No es solo el ardor republicano el que lo impulsa hacia adelante, es un ardor mucho más fatal, el ardor de la sangre y del temperamento, propio de los pueblos adolescentes, al cual viene a reunirse la codicia egoísta de las naciones viejas.

A este ardor así complicado de salvajismo y de civilización, al presentimiento oscuro y fatídico de una gran misión providencial, viene a juntarse todo cuanto puede desarrollar la ambición nacional y los instintos religiosos. Es menester a los americanos, ahora con fama en el exterior, la embriaguez de los éxitos, el respeto de las naciones y temor en ausencia de respeto. Para llegar a este fin todos los medios son buenos, contando con el prestigio de sus instituciones y con el ejemplo del buen éxito democrático que han dado al mundo. Si faltare ese prestigio moral, no faltará el recurso del poder material; veinte a treinta millones de hombres deben hacer algún peso en los negocios del mundo. Ellos cuentan con estar al abrigo de todo y cualquier peligro por su posición, y con buscar fuera adversarios en que puedan fomentar esa ambición naciente que procuran desbordar.

Es un error creer que la prosperidad de los norteamericanos proviene de ese ajuste legal, de esa combinación política llamada Constitución de Estados Unidos; de ahí los himnos y los ditirambos en honor de la filosofía del *contrato social* y de la razón humana. La experiencia y los hechos demuestran hoy que la causa primaria de la grandeza de los americanos consiste no solo en su origen *anglosajón*, sino también en su origen protestante, auxiliares más poderosos que tal Constitución. ¿En qué consiste esta Constitución tan alabada? Fue un compromiso entre los hombres, que no podían tener la menor repugnancia en vivir unidos por los mismos lazos políticos cuando ya lo estaban por los mismos lazos morales. La República no era una concepción nueva, ella ya se encontraba en las costumbres y en las creencias del pueblo; por lo tanto nada crearon ni inventaron, apenas proclamaron la existencia de hechos consumados y admitidos.

La audacia de los norteamericanos comienza a inquietar a todas las naciones; ese humo que exhalan sus cabezas es el síntoma de una gran erupción.

Cuando esa población vivaz del valle del Mississippi salga de sus márgenes, nadie podrá calcular hasta dónde llegará su desbordamiento, tal como esas erupciones septentrionales que inundaron todo el occidente y sur de Europa; México y Guatemala están destinados a tener la suerte de Italia y de la Península Ibérica en la Edad Media. ¿Dónde se parará ese aluvión destinado, no a destruir una civilización, sino a llevarla a una conquista tanto más fácil cuanto no encontrará ninguna resistencia? Tal vez en el istmo de Panamá, porque allí, al estrecharse el continente entre los dos mares, la naturaleza puso una demarcación entre las dos Américas[166].

Hablamos de la civilización norteamericana, destinada a recorrer toda América septentrional hasta su límite meridional; ¿qué civilización es esa? A la civilización europea repugna tanto un *yanqui* como a la civilización norteamericana un europeo. La única sociedad tolerable en Estados Unidos es la de las mujeres; ningún europeo (excepto el inglés), ningún americano del sur puede soportar la brutalidad imperiosa de los americanos del norte, ni su grosería habitual, ni su independencia salvaje, ni su libertad aristocrática. No existe sobre la Tierra un pueblo más egoísta ni más interesado[167].

---

166. En un tratado de Geografía, publicado recientemente en Estados Unidos, se ven así definidos los límites de aquel país por los cuatro vientos cardinales: "Los Estados Unidos están limitados al este por el sol en oriente, al oeste por el sol en el ocaso, al norte por las expediciones árticas, al sur por lo que *nos convenga*". ¿Será esto solo presentimiento de la ley providencial o exceso de orgullo nacional? ¡Entendido! Quien tenga juicio que aprenda.

167. En cuanto a Inglaterra, por ocasión del Tratado de Nankín, empeñaba su influencia para que todas las naciones pudieran aprovecharse de los favores comerciales y marítimos que China le concedía, los americanos del norte apenas se limitaron en Japón a obtener para sí mismos los favores que los holandeses disfrutaban, de cuyo exclusivismo eran celosos. Europa, esperando con impaciencia el resultado de la famosa expedición del Comodoro Perry, quedó espantada cuando se publicó el tratado de Kanagawa: fue una completa decepción.

Lo que ellos han planeado en las islas Sandwich, para apoderarse de ese archipiélago y excluir a los franceses e ingleses de sus relaciones, es de todos conocido, así como lo que ya han hecho con relación a La Habana, a cuya posesión aspiran como la reina de las Antillas. Es aún más indignante la manera insidiosa y desleal con que ellos han procurado enemistar con todas las repúblicas de lengua española el Imperio del Brasil, cuyos territorios son atravesados por afluentes del Amazonas.

Los norteamericanos han solicitado tratados especiales con aquellas repúblicas para la navegación exclusiva de esos afluentes como causa forzosa y necesaria de la *libre* navegación del Amazonas. ¿Libre? ¡Claro que para ellos, porque solo ellos representan la *humanidad* y la *civilización*! ¡Pero la humanidad representada por los cañones de la corbeta "Cyane", y la civilización por las ruinas humeantes de Greytown en plena paz!

Su egoísmo y su ambición por fin acabaron por voltear en su contra a todo el mundo; ambición que se revela en sus obras, y que no ocultan en sus discursos. En la sesión del Congreso de Estados

Sin embargo, ese pueblo medio salvaje, medio civilizado, es el predestinado a formar el centro de la gran civilización moderna y de la unidad cristiana *alta sunt judicia Dei*.

Las repúblicas de lengua española han perdido tanto de su antigua civilización como de sus riquezas, y hasta de su población; hoy apenas sirven de escándalo a todo el mundo por sus guerras civiles o por el despotismo militar; aquí cabe bien la frase de Proudhon: o César o anarquía. Ninguno de esos pueblos parece destinado a fundar en América una gran nacionalidad; apenas han venido para desbrozar la tierra que ha de servir para nuevas fundaciones. ¿Qué se hizo de esa gran y poderosa República de Colombia que liberó por sí sola casi toda América meridional del poder de los españoles? ¿Dónde está la obra del inmortal Bolívar? De tanta gloria y esfuerzos sobrehumanos apenas quedaron dos nombres y dos recuerdos grabados en la lápida de una sepultura.

De toda América meridional solo Brasil representa una nación organizada, con una nacionalidad indisputable, avanzando por los estrechos límites de su civilización apocada, pero consciente de sus fuerzas y de sus inmensos recursos. Nuestra natural apatía, nuestro pésimo origen portugués, nuestros prejuicios habituales enervaron por mucho tiempo nuestras fuerzas o retuvieron los gérmenes preciosos de nuestra futura grandeza en el capullo que los contiene. ¿Cuál será nuestro futuro en medio de la gran revolución política y social que ha de preparar este continente para volverlo centro del mundo civilizado? ¿Conformaremos acaso el núcleo de ese gran pueblo que ha de realizar en el Sur la misión providencial de Estados Unidos en el Norte?

Unidos en 1836, un senador (Preston), profirió las siguientes palabras: "¡La bandera estrellada en poco tiempo ondeará sobre las torres de México, y de allí seguirá su avance hasta el Cabo de Hornos, cuyas olas agitadas son el único límite que el *yanqui* reconoce a su *ambición*!".
Que llegaron a México es una evidencia manifiesta, porque allá fueron y hasta Panamá donde ya se encuentran instalados, tal vez incluso al Orinoco; pero para llegar a Cabo de Hornos tienen los *yanquis* que atravesar el Amazonas, donde se ahogarán como el ejército del faraón en el Mar Rojo. Es que los *yanquis* desconocen que Brasil está llamado a desempeñar en el hemisferio sur la misión providencial para la que ellos fueron escogidos en el hemisferio norte; el tiempo lo mostrará.
Brasil, dentro de 25 años, será el único rival de Estados Unidos: ambos se mirarán en actitud amenazadora, porque ambos tienen el mismo designio. No es Europa que ha de servir de obstáculo a la ambición *yanqui* en el continente americano, sino solo Brasil. Cuando la corriente de emigración, que hoy recorre en todos los sentidos la Unión Norteamericana, se desvíe hacia Brasil (fenómeno que no está muy distante de acontecer), ¿qué será de esas vastas regiones, ricas y fértiles como no hay otras en el mundo? La loca ambición *yanqui* puede incomodarnos por momentos, pero nunca desviarnos de nuestros destinos futuros.

Tres cosas nos diferencian esencialmente de los americanos del Norte: instituciones políticas, instituciones religiosas y origen de las razas. ¿Cómo avanzaremos juntos para un mismo fin, pero con caracteres tan opuestos entre sí, con diferencias tan notables en la índole recíproca de nuestros pueblos? En cuanto a las instituciones políticas, ellas ninguna influencia pueden ejercer sino entre pueblos bárbaros que comienzan una civilización forzada; en los pueblos ya civilizados su acción se reduce a los medios de gobierno, sin ninguna importancia sobre las relaciones internacionales.

En cuanto a la religión somos católicos, es verdad, pero somos cristianos antes de todo, y cristianos son también los norteamericanos[168]. La tolerancia religiosa, marca principal de la civilización moderna, hará todavía esa fusión tan deseada, y hasta preconizada por los primeros estadistas de Europa, y de lo cual hablaremos más adelante. La diferencia de las razas desaparecerá en el decurso del tiempo, porque tal es la misión providencial de esa alta civilización que tiende a hacer del mundo una sola e inmensa familia. El contraste entre la energía de los americanos del Norte y la apatía de los del Sur desaparecerá también por las modificaciones que la civilización europea debe hacer, sea frenando una, sea estimulando la otra, hasta que se encuentre en su punto de equilibrio.

No siempre esa sobreexcitación de la sangre y del temperamento, o esa energía brutal, puede ser considerada como una virtud política, o convenir a una civilización muy adelantada, cuyos resultados son, por el contrario, amenidad en las costumbres, delicadeza, urbanidad y amabilidad en el trato social. Por lo que acabamos de decir, no es imposible que Brasil y Estados Unidos se encuentren en el mismo continente en su avance progresivo bajo todas las relaciones políticas, morales y religiosas, y que el punto de contacto sea también el de la fusión de las razas céltica y latina[169].

---

168. La diferencia es bien pequeña: negar o afirmar *que existe en la Tierra una autoridad doct*rinal. "Discurso de recepción del obispo de Orleáns en la Academia Francesa", *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (16 de febrero de 1855).

169. Es una cosa digna de notarse, que, habiendo nosotros comenzado a escribir este opúsculo en 1852, desde entonces todo cuanto se ha publicado en Europa sobre los destinos humanos, coincide perfectamente con nuestras ideas; parece que hay un presentimiento íntimo acá y allá sobre el futuro de la humanidad. Hace más de un año habíamos escrito este capítulo cuando tuvimos ocasión de leer lo que Ampère publicó en la *Revue des Deux Mondes*, cuyo título es "Las antigüedades de México, las minas, el futuro", y fue tal la aprehensión que él nos causó por la coincidencia de un pensamiento tan singular, que vamos a copiar aquí toda la parte relativa al *futuro*:

“Cuando alguien ha vivido en Estados Unidos, entre el pueblo que más haya confiado en sus destinos futuros, queda atacado por el contagio de esta confianza ilimitada, abre su alma a los presentimientos y tal vez a las ilusiones del porvenir. En esta planicie elevada de México, en presencia de las gigantescas montañas que la coronan, no puedo eximirme de un sueño colosal como ellas, y que tal vez no tiene su solidez; pero si el profeta se ilusiona, si al menos está convencido, considero como muy verosímil que la *fuerza de las causas ocasionará un desplazamiento en el centro de la civilización y la transportará*, al cabo de mayor o menor número de siglos, *hacia abajo, en los trópicos, entre las dos Américas y los dos océanos, verdadero medio del mundo futuro*.

“Lancemos una mirada hacia el Viejo Continente. En primer lugar, vemos en oriente grandes imperios, aislados por su situación no menos que por el genio de los pueblos que los habitan. Egipto estaba preso en el valle del Nilo, entre dos desiertos como entre dos murallas inaccesibles; el mar habría podido ser una puerta, pero los egipcios tenían horror al mar. La India está separada de Occidente, al sur por el desierto, al norte por las montañas de Afganistán; apenas vislumbrada por los antiguos fue, por decirlo así, descubierta por Vasco da Gama, y nunca pudo ser para el antiguo mundo un centro, porque era un polo. Más distante, más perdida en las extremidades del oriente, y aunque equivocadamente la nombren el imperio del medio, China aún menos podía representar este papel.

“El único imperio central que se haya formado en Oriente es el que fue sucesivamente asirio, babilonio y persa, pero no salió de Asia. Cuando de allá pretendió salir, encontró en Maratonia un puñado de griegos que lo repelió y después de algunos siglos un joven, al salir de Macedonia, vino a romperlo. Grecia fue el centro de un mundo muy restricto, cuyos límites casi no transponían las costas del Mediterráneo sembradas de sus colonias. Los romanos también se transformaron en centro de ese pequeño mundo mediterráneo que se extendía alrededor de ellos, después fueron tomando poco a poco por medio de sus armas, y gobernaron con sus leyes, casi todo lo que era conocido en la Tierra. El capitolio, ya que en una extremidad del mundo civilizado, se tornó por la conquista el centro político y soberano; después la invasión bárbara deshizo lo que había hecho la invasión romana, y durante largo tiempo no hubo nada que se asemejase a un centro político del mundo.

“Hubo, sin embargo, más tarde un centro religioso que, al heredar la universalidad romana, y al transformar un dominio guerrero en dominio moral, gobernó toda Europa desde las márgenes del Tigris. Por segunda vez se vio la autoridad extenderse sobre los pueblos, desde el sur hasta el norte, desde las costas del Mediterráneo hasta los límites septentrionales de Europa. La religión, menos que cualquier otro poder, tiene necesidad, para ser un centro de acción, de ser un centro geográfico. Pero incluso aquí la importancia de una posición central se hizo sentir: el mundo griego, el mundo eslavo y oriente resistieron a la Roma cristiana, y, en el siglo XVI, casi todo el norte de Europa siguió el mismo ejemplo.

“El imperio, que Carlomagno intentó rehabilitar, y que pasó poco después de Francia a Alemania, aspiró a ser el centro de Europa sin nunca conseguirlo. Alemania, a pesar de su posición geográfica, no podía ser un centro, porque tampoco tenía centro. En los tiempos modernos varios Estados de Europa manifestaron sucesivamente la pretensión de hacerse centros por la conquista; sin embargo, ninguno lo logró de una forma duradera. Las tres principales tentativas de ese género fueron la de Carlos V, la de Luis XIV y la de Napoleón, la más audaz de las tres y la más quimérica, en razón del estado actual de Europa.

“Hoy Rusia nutre también un sueño aun más vasto. Mejor colocada para ser el centro del mundo, porque toca occidente y oriente, norte y sur, el Báltico y el Mar Negro, que es una prolongación del Mediterráneo, Turquía y Alemania, sin embargo, Rusia no logrará ser el centro del mundo europeo ni del mundo asiático, porque *es inferior al resto de Europa en cuanto a civilización*, y porque nada puede prevalecer contra el ascenso de una civilización superior.

"No hay, pues, probabilidad alguna en el futuro para un centro de poder creado por las armas. La igualdad de cultura es demasiado grande entre los pueblos cristianos, y por eso uno de ellos no puede dominar a los otros, tal como los romanos dominaron el mundo; y los pueblos no cristianos están contaminados por una inferioridad moral y social que no permite temerlos. Pero, en los tiempos modernos, una nueva fuente de poder se formó: es el comercio. Se puede, pues, preguntar dónde será el centro comercial del mundo y, por consiguiente, dónde será el centro de la civilización moderna.

"Se operó otro gran cambio. La Tierra de la que los antiguos solo conocían una parte, es ahora casi toda conocida; y Europa, que hasta el siglo XV accidentalmente había salido de sus límites en tiempos de las cruzadas, comenzó a transponerlos. Este desbordamiento, esta inundación sucesiva, ha ido a parar al pie de la cordillera de los Andes y del Himalaya; las islas y los continentes del gran océano recibieron poblaciones europeas, igual que las islas de Mar Egeo, las costas de Asia y de Libia recibían colonias de helenos. El teatro de la acción humana aumentó prodigiosamente: el mar mediterráneo era el mar de los antiguos; el mar de los modernos es el doble océano que abraza y une las cuatro partes del globo. La posesión de este océano por el comercio es de ahora en adelante la gran fuente de riquezas y de importancia. ¿Qué punto de la Tierra está reservado a ser un día el centro comercial del mundo?

"Aquí la posición geográfica influye mucho más que cuando se trataba de una influencia adquirida por la religión o por la guerra, o cuando se trataba solo del comercio del Mediterráneo. Cualquier posición era buena para ejercer el imperio comercial en límites tan estrechos y tan accesibles, y este imperio pertenecía, según las circunstancias, a Tiro o a Cartago. Pero ya la ventaja de la situación geográfica se muestra en Alejandría; en esa ciudad que el genio de su fundador había colocado entre África, Asia y Europa, y que abrió al comercio de occidente la ruta de la India, utilizado hasta el siglo XVI.

"En la Edad Media floreció el comercio en varios puntos de las costas del Mediterráneo, en Venecia sobre el Adriático, en Génova y Pisa sobre el mar de Toscana. Entre estas potencias mediterráneas, y todas del litoral, ninguna estaba en posición central. Lo mismo aconteció con las que estaban sobre el océano, desde las ciudades de Hanse (hanseáticas), que se apoderaron del Báltico y del Mar del Norte, hasta Portugal y España; las cuales al principio dividieron entre sí el océano, nuevamente explorado, y las dos Indias abiertas, una por la navegación de Vasco da Gama y la otra por el descubrimiento de Colón.

"Francia, Holanda e Inglaterra se encontraron en una posición análoga con relación a las colonias lejanas que fundaron; entre esas colonias y las metrópolis no se estableció ningún centro comercial importante, porque el celo de las naciones y de las compañías europeas no sufrió como intermediario sino que lo hicieron sus representaciones en las colonias. Pero entre esas representaciones la utilidad de una posición central fue señalada por la grandeza efímera de Ormuz, situada en la confluencia del Mar Rojo con las vías del Océano Índico. Poco a poco varias potencias comerciales desaparecieron de escena o se extinguieron, y el comercio marítimo solo fue entonces disputado por Holanda y por Inglaterra, hasta que esta vino a poseer casi todo. Pero entonces comenzaron a aparecer los Estados Unidos.

"Estados Unidos, con sus límites actuales, aún no ocupa el centro de los dos océanos. Pero hacia esa situación se está encaminando. Aun hace poco sus puertos contemplaban el Atlántico; hoy Oregón y California le abrieron el Pacífico. Un movimiento inmenso, cuyos precursores son los mormones, se dirige hacia el oeste de América septentrional. Los ferrocarriles, que se están proyectando en este momento, reunirán los dos mares. Desde entonces los angloamericanos habrán ya tomado una posición verdaderamente central entre estos dos mares y las tres partes del mundo que ellos bañan;

Hemos tratado hasta aquí de la civilización moderna, no solo desde su origen hasta nuestros días, sino de lo que ella vendrá a ser para el futuro, según la ley providencial que rige los destinos humanos. Podremos equivocarnos, pero ningún presentimiento, ninguna idea es más lisonjera que esta para un americano de cualquiera de los dos hemisferios. El pensamiento, que leyó en el porvenir y creó en nuestra patria el centro de la civilización moderna, es de una valentía noble, grandiosa, y tan elevada como el pico de Soratá en la cordillera de los Andes.

---

pero esta posición central de Estados Unidos no será verdaderamente conquistada sino cuando la porción más estrecha del continente, por donde debe pasar el camino más corto de uno al otro mar, les pertenezca, cuando estén en México y en el istmo de Panamá.

"Entonces se encontrarán verdaderamente establecidos en el centro comercial del mundo: entre Europa al este, China e India al oeste. La ciudad desconocida, que se elevará un día en el punto en que se reúnan las dos Américas, será la Alejandría del futuro; de esta forma será un emporio de Occidente y de Oriente, de Europa y de Asia; pero en otra escala enteramente más vasta y en la proporción del comercio moderno, aumentado como la extensión de los mares que le son concedidos. El istmo de Panamá será el istmo de Suez de esta Alejandría gigantesca, pero un istmo de Suez cortado. Imaginemos semejante situación comercial, cuando China sea abierta, lo que no puede dejar de acontecer cuando América meridional sea ocupada y regenerada o por Estados Unidos o por Europa, si pudiere lograrlo, lo que ocurrirá también un día.

"Entonces, ¿qué país de la Tierra podrá disputar tales ventajas a esta zona favorecida, extendiéndose por ambos lados del Ecuador, desde el golfo de México hasta el magnífico embarcadero de Río de Janeiro, país admirable donde crecen en las llanuras todas las plantas tropicales y donde, sobre todo, un clima templado permite cultivar los vegetales de Europa; que encierra las mayores riquezas minerales de la Tierra, el oro de California, la plata de México, y los diamantes de Brasil? ¿Cómo no creer que alguna parte en esta región predestinada, en el punto de unión de las dos Américas, en la ruta de Europa y Asia, sea la capital futura del mundo? Entonces la vieja Europa se hallará en una de las extremidades de la carta geográfica del universo civilizado.

"Será ella el pasado, pero un pasado venerable, porque es de ella que ha de venir este nuevo desarrollo. Serán sus lenguas, sus artes, su religión, las que han de reinar tan lejos de ella; es a la libertad moderna, nacida en la pequeña isla nublada de Inglaterra, que estas vastas y serenas regiones deberán la libertad aún más completa que han de gozar. Entonces vendrá alguien a hacer piadosas romerías en el Viejo Continente, así contemplaremos los lugares célebres de donde salió nuestra civilización: se visitará Londres y París como visitamos Atenas o Jerusalén. Pero el foco de la civilización, desplazado por la fuerza de las cosas y por la consecuencia de la propia configuración del globo, habrá sido transportado para el punto marcado por el dedo de Dios sobre nuestro planeta, para ser el verdadero centro de la humanidad". *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (22 de junio de 1854).

LIII
UNA RAZA Y UN SÍMBOLO DE FE

Dijimos que[170] cuando una *raza* (la caucásica)[171] predominara, cuando no hubiese más que un símbolo de fe (la cruz)[172], el género humano formaría una sola e inmensa familia. ¿Será eso posible? ¡Una sola raza entre tantas, una sola religión entre mil! Y aun cuando prevalezca la *cruz* como símbolo de fe, ¿posee acaso la religión cristiana esa unidad prometida por la revelación y sustentada por la Iglesia? ¿Cómo es posible concebir la unidad del cristianismo, reducida a un rebaño y a un solo pastor: *et fiet unum ovile et unus pastor*? Pero nada más fácil de explicar, nada más natural que concebirlo: un solo rebaño, el género humano, un solo pastor *Jesús Cristo: Ego sum pastor bonus*[173].

Que una sola raza pueda predominar, absorbiendo todas las otras, es hoy de una evidencia manifiesta; igual que es de simple intuición que el género humano formará una sola e inmensa familia una vez que desaparezcan to-

170. Véase en la presente edición el c. VIII.

171. El célebre barón Alexander de Humboldt, el primer sabio de Europa, en su importante obra ya citada dice, basado en la clasificación que del género humano hizo Prichard, que la denominación de *iranianos* es más adaptada y más verídica para los pueblos que habitan Europa, que *caucásicos*. Encontramos mucha razón en Humboldt, tanto más cuanto que es aquella la denominación que dan a esa raza todos los orientalistas modernos, los cuales van a buscar en el Himalaya la cuna, por decirlo así, de esa civilización primitiva que se irradió por todas partes por las frecuentes migraciones de la raza iraniana, como ya dijimos, cuando tratamos de la civilización hindú. Ver c. XLIX de la presente edición. Sin embargo, nosotros que escribimos no un tratado ni una obra completa, sino un esbozo, ensayo o bosquejo, preferimos antes la denominación más vulgar y generalmente usada por muchos sabios, de *raza caucásica*, para designar la primitiva o la raza blanca pura, y seguimos las huellas de Virey, Blumenbach, Volney, Cuvier, Spurzheim, Hunter, Luckland y muchos otros.

172. Véase en la presente edición el c. XLII.

173. *Yo soy el buen pastor*, dijo Jesús a los fariseos, *y conozco mis ovejas y las que son mías también me conocen*. San Juan, La Biblia, c. X: 14.

dos los odios tradicionales de las razas antiguas. Pero que el género humano, formando una sola familia, o un solo rebaño en el lenguaje bíblico, esté sujeto a un solo hombre como jefe, aunque sea espiritual, es no solo un pensamiento absurdo sino impío y sacrílego; absurdo por opuesto a la simple razón e impío porque solo a Dios pertenece el gobierno y la dirección de la humanidad; solo Dios puede ser el supremo pastor de ese inmenso rebaño.

Sin embargo, antes de tratar la segunda cuestión, esto es, la de un solo símbolo de fe, tratemos del predominio de una sola raza, absorbiendo todas las otras, o haciendo desaparecer por la civilización aquellas que no puedan acompañarla en su desarrollo progresivo por una degeneración que ya no admite mejora, como la de los esquimales, hotentotes, papúes, etc. Todo cuanto nos ofrece la historia del género humano, todo cuanto podíamos decir a ese respecto, lo hemos dicho[174] y suplicamos a nuestros lectores que recuerden lo que allí referimos con la extensión permitida en capítulos tan limitados.

Sin embargo, nos parece que el predominio de la raza caucásica quedó plenamente demostrado; igual que las razas embrutecidas tienden a desaparecer por la fuerza expansiva de la civilización moderna, no por medio de la conquista ni de la efusión de sangre, sino porque la naturaleza las expele de la superficie de la Tierra, donde no hay más lugar para ellas. Para llenar el vacío que ellas deben dejar, la misma naturaleza hace esfuerzos incomprensibles reproduciendo la raza más enérgica y volviéndola, por decirlo así, cosmopolita. La raza anglosajona al paso que se desarrolla de una manera espantosa en América, sigue el mismo progreso en Gran Bretaña. Y si observamos que de Inglaterra es de donde sale la mayor parte de la emigración para Estados Unidos, debemos confesar que allí es mucho más asombroso el aumento de la población que aquí.

En efecto, dice Johnston, autor de las *Notes on the North America*, que hace 60 años Nueva York pasó de 60.000 a 400.000 habitantes, pero que en ese mismo período, Glasgow aumentó también de 77.000 a 367.000 y Birmingham de 73.000 a 300.000, y lo comprueba con documentos auténticos, en tanto que Estados Unidos aumenta con la prodigiosa emigración de Inglaterra. Para probar esa afirmación tomemos las estadísticas de la emigración hacia Estados Unidos en los dos años de 1848 y 1849, en que ella parece haber

174. Véase en la presente edición los c. XXIV, XXV y XXVI.

llegado a su punto culminante, y veamos de dónde partió ese aluvión de gente destinada por la Providencia a llenar el vacío que dejó una raza casi extinta.

La emigración hacia Estados Unidos en el año 1848, según las estadísticas que tenemos a la vista, fue de 189.176 europeos, distribuidos de la siguiente manera: de Inglaterra, propiamente dicha, 23.062, de Escocia 6.415, de Irlanda 98.061, de Alemania 51.973, de Holanda, Suecia y Noruega 2.734, de las razas latina y eslava 6.931: por lo tanto, solo Gran Bretaña aportó a esa cifra espantosa: 127.538 emigrados. En el año 1849, la emigración llegó a 220.607 individuos, a saber, de Inglaterra 28.321, de Escocia 8.840, de Irlanda 112.591, sumando todo 149.732, de Alemania 55.705, escandinavos 6.754, de las razas latina y eslava 8.396[175].

Sobre esta cifra calculemos además la emigración que sale de Inglaterra para Australia, para el Cabo de Buena Esperanza, para el Indostán, para Canadá y Antillas, y veamos si ella, al triplicar su población en el período de medio siglo, no anduvo más rápida que Estados Unidos, al cuadruplicarse en el mismo período. Notemos además una coincidencia en esa emigración europea para América, y es que casi toda ella se compone de raza germánica, algunos escandinavos, pocos latinos, y casi ningún eslavo. Los emigrados, pues, no pertenecen indiferentemente a todas las naciones del mundo, como mucha gente equivocadamente piensa: la mayor parte es de ingleses, los otros

175. Últimamente vimos también otro cómputo de la emigración europea hacia Estados Unidos, dando para el año 1848 un resultado de 248.089 emigrados, en 1849 de 299.498 y en 1850 de 280.849. A pesar de una gran diferencia de lo que aseveramos en el texto, es cierto que fue en el año 1849 que la emigración llegó a su punto culminante, a lo que contribuyó la revolución en que Europa se vio envuelta aquel año y en el precedente.
En el año 1853 la emigración de Europa para diversas partes del mundo fue, solamente por el puerto de Liverpool, de 244.000 individuos, en la mayor parte súbditos británicos. De esos 244.000 constan en los registros oficiales 225.000 y los 19.000 restantes se supone pasajeros a bordo de navíos que no eran exclusivamente destinados a llevar emigrados, y por eso no entran en los registros oficiales destinados a esos navíos.
De los 225.000 emigrados que constan en los registros, 187.000 fueron hacia Estados Unidos, 21.000 hacia Australia, 10.000 hacia las posesiones inglesas de América y el resto para las Indias orientales. *Jornal do Commercio* (Lisboa) *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (23 de septiembre de 1854).
La emigración de ese año (1853) todavía viene a confirmar lo que dijimos arriba, o sea, que la mayor parte de la emigración se dirige de Gran Bretaña hacia América del Norte y se compone de la raza germánica, la cual está destinada a renovar el mundo.
Es singular, pero es una verdad, que solo de Inglaterra en el espacio de 38 años, desde 1815 a 1853, salieron 3.793.529 emigrados, cifra espantosa que sería increíble, a no ser por los datos en que ella se afirma. ¡Y sin embargo durante ese tiempo Inglaterra casi duplicó su población!

son alemanes y escandinavos; por ahora la fusión de las razas en Estados Unidos no pasa de un sueño, porque la sangre que allí parece renovarse es la de sus propias venas.

Así es, añade Johnston, cómo los americanos reclutan entre todas las naciones aliadas y hermanas; las diversas ramas de la gran raza bárbara que ha renovado el mundo (germanos, sajones, escandinavos), después de tan largo tiempo desunidos o enemigos en el suelo de nuestra Europa, domesticados, por la disciplina y por la tradición, o aislados del continente como los ingleses, se encuentran en ese terreno común para unirse de nuevo y ¿quién sabe? para de allí tal vez partir y renovar el mundo una vez más. Los instintos particulares de cada una de esas razas se borran por todas partes para dejar predominar sus instintos comunes.

Pero recuerden los lectores lo que decíamos en el capítulo XLIX, hablando de la civilización hindú, esto es, que los persas, los hindúes, los alemanes, los rusos, los ingleses y los irlandeses eran miembros de la misma familia, y que la unidad de la familia ariana, desde el país de Gales en el extremo occidente de Europa, hasta el país de Assam, extremo oriente de la India inglesa, quedaba demostrada por las investigaciones lingüísticas. Aquí tenemos, pues, la misma raza dando la vuelta al globo, y partiendo de Oriente hacia Occidente por el hemisferio Norte, y ahora volviendo de Occidente hacia el Oriente por el hemisferio Sur. Si esa marcha no es un designio de la Providencia, nadie podrá explicarla de seguro por la simple ley del azar.

En cuanto a la raza eslava, hoy poderosa por el número y por una civilización muy adelantada, es decididamente una rama del gran tronco escítico que, quince siglos antes de la era vulgar, se había establecido entre el Volga y el Po[176], la raza latina, formando hoy una familia aparte, no tuvo otro origen; ella se mezcló con los pueblos del norte, y esa fusión, se puede decir, en nada alteró su origen primitivo, porque era de la misma sangre. Las más nobles y antiguas familias romanas se decían descendientes de los antiguos reyes de Alba[177] y Alba había sido fundada por los troyanos después del incendio de Troya. Ascanio, hijo de Eneas, fue el primer rey de Alba.

176. Son eslavos los rusos, los polacos, los bohemios y los serbios; por lo menos la lengua eslava se divide hoy en esos cuatro idiomas. La familia eslava pertenece indudablemente a la raza indogermánica.

177. Julio César en una oración fúnebre por las exequias de su tía Julia, dijo que ella por su madre descendía de los dioses inmortales y por su padre, de los antiguos reyes de Alba.

La identidad, pues, de todas esas familias está hoy hartamente comprobada, aun cuando se hubiesen separado por esas migraciones espantosas desde era remotísima[178]. Ellas se cruzan hoy en todos los sentidos, buscando un centro común, donde se puedan reunir como miembros del mismo cuerpo social. Entre tanto, el resorte principal de todo ese inmenso movimiento es la raza anglosajona que, partiendo del extremo occidente de Europa, va a lanzarse sobre Oriente y de este lado del Atlántico desde las regiones hiperbóreas hacia el Sur hasta *donde le convenga*[179].

178. Véase en la presente edición el c. VII.
179. Véase en la presente edición la nota Nº 166 del c. LII.

LIV
EL CRISTIANISMO

¿Qué es el *cristianismo*? Es la civilización moderna, o viceversa, la civilización moderna es el cristianismo; y como ya definimos la civilización moderna, lo que era, lo que puede y lo que vale[180], hemos dicho todo cuanto era menester para explicar el poder inmenso que la moral cristiana ha ejercido sobre los dos quintos del género humano. En cuanto a la historia del cristianismo, ahí están los libros sagrados, que todos leen y que todos entienden: y para los abusos y profanaciones de sus doctrinas divinas sobran historias profanas que las revelen a los hombres como otras tantas lecciones de sus faltas, de sus errores y de sus vicios. No es, pues, la historia del cristianismo lo que nos ocupa, sino su importancia, su poder civilizador, su prodigioso desarrollo por medio de la tolerancia, del ejemplo y de la caridad.

Sin embargo, veamos hasta dónde alcanza esa importancia, cuáles son sus límites actuales y la extensión del dominio de la cruz como símbolo de fe. Computando, según Malte-Brun, la población del globo en 737 millones de almas, él calcula para la religión cristiana 260 millones[181]. Otros geógrafos y

180. Véase en la presente edición los c. L-LII.

181. Conrad Malte-Brun, *Abrégé de Géographie universelle ou Voyage descriptif dans toutes les parties du monde,* Paris, Furne, 1840.

Catolicismo	139 millones
Iglesia griega	62 millones
Iglesias protestantes	59 millones
	260 millones
Judaísmo	4 millones
Islamismo	96 millones
Brahmanismo	60 millones

sabios más modernos consideran que el mundo tiene mil millones de habitantes, de los cuales más 500 millones pertenecen a Asia, y entonces la cifra del cristianismo debe elevarse a cerca de 400 millones de almas[182].

De cualquier modo, más de un tercio del género humano profesa la religión cristiana, lo que nunca ha ocurrido con ninguna otra religión desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

Europa y América son las dos porciones de nuestro globo más civilizadas y son también aquellas donde el cristianismo es, por decirlo así, la religión universal. Inglaterra, centro del gran movimiento de la raza humana que se opera en el presente en todos los sentidos, se repliega hacia América, la cual se vuelve a su vez foco de una luz brillante que ha de ser el faro de toda la cristiandad. La cruz será el estandarte de esa Iglesia militante que viene a instalarse en el Nuevo Mundo, Iglesia cuyas puertas serán los dos mares, que tendrá por altar los Andes y por techo el arco celeste azulado de nuestro firmamento. Entonces, y solo entonces, las ovejas descarriadas del redil acudirán al llamado del Divino Maestro, y habrá un solo rebaño y un solo pastor[183].

¿Quién podrá calcular el poder civilizador del cristianismo? Envolviendo al hombre desde la cuna hasta la sepultura ningún acto de su existencia le

---

Budismo	170 millones
Todas las otras con todas sus ramas incluyendo también el fetichismo	147 millones
	737 millones

182. Si computamos la población del mundo en mil millones, así es como ella se divide:

Europa	310 millones
Asia	525 millones
África	85 millones
América	60 millones
Oceanía	20 millones
	1.000 millones

En este caso deben calcularse en cerca de 400 millones aproximadamente el número de cristianos diseminados por toda la Tierra, independientemente de la Iglesia a que pertenezcan, en la siguiente proporción:

Europa	290 millones
América	50 millones
Asia	40 millones
África	10 millones
Oceanía	5 millones
	395 millones

183. San Juan, La Biblia, c. X: 316.

es extraño, desde que nace hasta la otra vida. El cristianismo, al establecer el matrimonio, emancipó a la mujer por la monogamia indisoluble, haciéndola compañera del hombre en vez de sierva, que era en la antigua ley. Por la abolición de las clases privilegiadas, la igualdad elevó al hombre a la condición primitiva de su ser; hecho a la imagen de Dios, ¡cuánto no había perdido de su esencia y de su dignidad! Fue el cristianismo el que rescató al hombre del envilecimiento a que había llegado y lo elevó sobre sí mismo, tornándolo en lo que había sido en el acto de la creación.

El cristianismo, dice Lerminier, desarrolló en el hombre la conciencia individual, fortificó necesariamente el sentimiento de propiedad[184].

Fundándose la sociedad moderna sobre la familia y sobre la propiedad, el cristianismo preparó esos elementos y los consagró al progreso moral del género humano. Medios materiales de sumisión, formas de gobierno hábilmente combinadas, un largo hábito de servilismo, podían sin duda reunir los pueblos y hacerlos salir de su existencia aislada; pero el sentimiento de fraternidad y de unidad de la raza humana, la conciencia de los derechos comunes a todas las familias que la componen, tienen un origen más noble, porque están fundados en las relaciones íntimas del corazón y en las convicciones religiosas.

Es, pues, al cristianismo que cabe la honra de haber evidenciado la unidad del género humano y de haber por ese medio penetrado el sentimiento de la dignidad humana en las costumbres y en las instituciones de los pueblos. El principio de la libertad individual y de la libertad política tiene sus raíces en la firme convicción de una igual legitimidad entre todos los seres que componen la raza humana. La humanidad es, pues, un vasto tronco fraternal, como un todo constituido a fin de llegar a un término único, que es el libre desarrollo de la inteligencia; y para eso han ayudado en gran parte las lecciones del Evangelio[185].

El cristianismo ennoblece en su fuente las propensiones del hombre, porque lo pone en posesión de su verdadera dignidad. Sea cual fuere la oscuridad de su condición, cualesquiera que sean su dependencia y debilidad, de sus relaciones con el Creador recibe grandeza que lo eleva a sus propios ojos,

184. M.E. Lerminier, *op. cit.*
185. A. von Humboldt, *op. cit.*

sin inspirarle orgullo funesto. Ya no es engaño de ciego acaso, ni desapercibido átomo que pasa por la escena de la vida con la rapidez del relámpago; por el contrario, va a buscar su lugar en el sistema universal de todos los seres y en la vasta armonía de la creación. Autorizado a contemplar el modelo de infinita perfección, en él encuentra al mismo tiempo su origen y su fin[186].

Rey de la creación, solo por el cristianismo fue el hombre investido del verdadero título en virtud del cual ejerce ese imperio. A las relaciones que él tenía con sus iguales, con la larga escala de los seres inferiores a él, vino la revelación a agregar un nuevo orden de relaciones, sublime, porque lo eleva a la cima de la Tierra y lo pone en relación con Dios. Franqueándole la puerta de ese mundo más elevado, le explica el papel que representa en este, donde está momentáneamente puesto, como bien lo explica la misma creación. Solo el cristianismo revela al hombre su propia naturaleza y verdadero destino: por él se reconoce hijo de Dios y entra en posesión de un futuro.

Ninguna religión había aún dado al hombre tanta fuerza, tanta dignidad, tanta elevación, tanta nobleza de alma, ni infundido tanta confianza en sus futuros destinos, ni tanta esperanza, ni tanto consuelo. El hombre, así ennoblecido a sus propios ojos, debía romper las cadenas que lo ataban a una región situada bajo él, y elevarse por el espíritu a la mansión celestial, para cuyo banquete había sido convidada sin distinción la raza humana[187]. El cristianismo, igualando a todos los hombres ante Dios, rompió y anuló todas las diferencias odiosas, las que no nacían de la virtud o del propio mérito: mató la envidia y creó la emulación, única virtud capaz de volver al hombre superior a sí mismo.

El cristianismo enseñó al hombre a ser recogido y a tener confianza, indicándole el Supremo Benefactor el regulador de sus destinos; le enseñó a amar, mostrándole en la infinita perfección el más digno objeto de su amor: le enseñó la benevolencia, haciéndolo reconocer en sus semejantes otros tantos hermanos; le enseñó a perdonar, con la sublime abnegación de Jesucristo

186. Joseph Marie Degérando, *Curso normal para maestros de primeras letras, ó preceptos de educación física, moral é intelectual, con aplicación á las escuelas de primera enseñanza*, Madrid, s/d, 1853.
187. En efecto, nadie fue exceptuado del banquete celestial; todas las criaturas, sin distingos, fueron llamadas a gozar de los beneficios de la nueva ley; por todo el mundo debía correr ese torrente de gracia que se fortaleció con el martirio de un Dios, dando a la verdad, a la belleza y a la bondad eternas el testimonio de su sangre derramada *Euntes in mundus universum, praedicate Evangelium omni creature*. "San Marcos", La Biblia, c. XVI.

sobre la cruz, perdonando a sus propios enemigos; le enseñó el desinterés y la generosidad, descubriéndole los designios del Creador en el reparto de sus dones, y manifestándole el grandioso privilegio, por el cual está la criatura humana asociada a sus planes y puede venir a ser instrumento de la divina bondad[188].

¿Con una religión semejante, qué no sería el hombre capaz de emprender por la elevación de su espíritu y por el vasto desarrollo de su inteligencia? Él rompió los estrechos límites de su envoltura terrestre, se elevó a la altura de las nubes y fue a investigar la esfera celestial y los millones de mundos que la pueblan. Se puso en relación con Dios y aceptó la misión que le fuera confiada por la bondad divina; habiendo decaído por la culpa, se purifica por las pruebas y, de expiación en expiación, ayudado y fortalecido por la ley de la gracia, avanza hacia el fin que le fue señalado por la mano omnipotente que lo creó a su imagen y semejanza.

He aquí lo que es el cristianismo, he ahí lo que es la civilización moderna, la más extensa, la más moral y la más perfecta de cuantas civilizaciones hayan existido desde la creación hasta nuestros días. Estamos todavía lejos de alcanzar la perfección prometida al hombre por la revelación; pero es cierto que el progreso moral nunca fue tan rápido como ha sido últimamente, nunca el espíritu humano llegó a la altura a que se ha elevado en estos últimos tiempos, nunca la dignidad del hombre fue más respetada, ni la moral tuvo un culto más puro y más sincero. La importancia y el poder civilizador del cristianismo están, pues, sobradamente comprobados por su propia obra, por la civilización moderna.

188. M.J. Degérando, *op. cit.*

LV

LA CARIDAD CRISTIANA Y LA CARIDAD SOCIAL

La caridad es una tendencia de la civilización moderna porque contribuye al bienestar. La caridad, pues, no es solo una virtud cristiana, es también una necesidad social. Cuando observamos[189] qué pasó en Europa y en América, en ese afán de crear establecimientos de beneficencia, hospitales, asilos de toda naturaleza, casas de huérfanos, maternidades, montepíos, premios a la virtud, etc., prescindimos del sentimiento religioso para atender únicamente el principio social; pero este es tan moral como aquel, y llegan ambos a confundirse en la unión íntima, que existe entre el cristianismo y la sociedad actual.

"El mayor mal de nuestro tiempo, dice un orador sacro, es el egoísmo; el remedio es la *caridad*. La caridad será, pues, el gran poder contemporáneo, porque el egoísmo es el gran flagelo de la época. Solo ella podrá curar las tres miserias del siglo: la miseria del cuerpo, o sea, el pauperismo; la de los corazones, el odio social; la de las almas, la falta de religiosidad. Para que la caridad pueda hacer triple curación de nuestra triple miseria es necesario que la busquen donde ella se halla, es decir, en el cristianismo".

No obstante, ¿cómo se debe entender esa caridad, además del amor al prójimo? ¿Cómo hacerla obligatoria? ¿Cómo volverla útil y no la fuente de la pereza y de la ociosidad, de la envidia y del odio contra todos aquellos que poseen, solo porque poseen? No es posible esperar de legislación alguna remedio para las clases desvalidas, porque leyes iguales para todos, o una libertad civil, compatible con la seguridad individual y de la propiedad, no pueden hacer

189. Véase en la presente edición el c. IX.

desaparecer el contraste aflictivo de las condiciones que presentan hoy todas las sociedades civilizadas. ¿Qué se debe hacer? ¿Qué esperanza nos queda? Solo una, pero eficaz y poderosa: un progreso interior, un progreso espiritual será el único remedio heroico contra los males sociales[190].

"Lo que precisamos, dice un filósofo socialista moderno, es una propagación nueva de fraternidad cristiana, que incite a los poderosos y felices a socorrer libremente y animar a los infelices o los débiles; lo que necesitamos es una nueva difusión de fuerza moral e intelectual, para que el *pueblo satisfaga por sí mismo sus necesidades, se habitúe a regular su comportamiento y adquiera el espíritu de independencia, que desprecie pedir o recibir un socorro inútil*"[191].

La caridad no consiste únicamente en dar pan a todos cuantos de él necesiten, sino también en ilustrar al pueblo, y conducirlo por las vías del cristianismo práctico, enseñándole a vivir a costa de su trabajo, animando la industria y el comercio, fomentando las artes útiles y las ciencias. Y cuando se hubiesen realizado todos esos progresos sociales, habremos igualmente levantado fuertes barreras para proteger las fortunas honestamente adquiridas, así como otras tantas y tan fuertes contra la violencia y la rapacidad revolucionarias.

No será incitando a los pobres en contra de los ricos, ni indisponiendo estos contra aquellos que habremos de conseguir la unión fraternal; es conveniente que no nos irritemos unos con los otros por medio de mutuas calumnias. Donde todos tienen un interés común no debemos dividirnos en dos campos. Es una manera casi infalible de inducir a los hombres hacia el delito el proporcionarle designios criminales. No defenderemos nuestra propiedad a costa de los pobres, acusándolos de atentar contra ella; y no será el medio de hacer que el rico se ponga en favor de la sociedad el denunciarlo y estigmatizarlo todos los días como el enemigo del pueblo[192].

La tolerancia y la libertad, la justicia y la caridad darán la vuelta al mundo; la civilización, que penetra por todos sus poros, llevará el cristianismo como el haz que debe iluminar su ruta. La religión es el espíritu de verdad, que

190. Édouard de Laboulaye, "Introducción a la obra de Channing", *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (29 de julio de 1854).
191. William Ellery Channing, el gran filósofo reformador americano.
192. *Ibid.*

opera bajo todas las formas y en todas las comuniones. Cuando el Evangelio haya penetrado por todas partes, cuando sus doctrinas hayan producido los sazonados frutos de una misión divina, cuando los hombres se convenzan de que su propia dignidad exige que se aproximen lo más posible al modelo de perfección, que les legó el más perfecto de todos los hombres, porque era al mismo tiempo hombre y Dios, la caridad no será solo una virtud cristiana, o una necesidad social, sino la presencia de Dios en todos los actos de la vida humana.

La educación del pueblo es una de las bases sobre las cuales estriba la civilización moderna, y por eso grandes hombres en Europa y América se hicieron apóstoles de esa enseñanza cristiana que tanto ha desarrollado el poder intelectual de las multitudes. En efecto, la mayor parte de los males que vejan la sociedad es consecuencia de la irreflexión y de la ignorancia, y no de intenciones criminales. Todos los días, con las mejores intenciones, hombres poco ilustrados hacen tanto mal como si fuesen verdaderos criminales. La educación que más conviene al pueblo es la religiosa, porque, iluminado por ella, el hombre sea cual fuere su situación, se halla en su lugar en el orden universal, pues su porción le fue dada por la divina voluntad[193].

No anda en tinieblas, porque sabe que cumple el destino que le marcaron la sabiduría y la bondad de Dios. Así queda exento de los desasosiegos del futuro y de los tormentos de una ambición desmedida; anda armado contra las tentaciones que vienen a asaltarlo; conserva serenidad en medio de los vendavales, sosiego en medio de los peligros, porque confía en la Providencia Divina; no se deslumbra con el éxito y, sin esfuerzo, se torna superior a la fortuna. La religión siembra de flores los atajos más arduos y dificultosos y pone al hombre en posesión de su verdadero patrimonio.

Los límites marcados entre las diversas clases de la sociedad, por la diferencia de las jerarquías, fortunas y profesiones, dejan, bajo la influencia de la religión, de ser barrera de separación para los corazones; la discusión de los intereses cede el lugar al intercambio de disposiciones benévolas. Toda enemistad tiende a desaparecer bajo tales auspicios, todas las desavenencias pueden prevenirse; no solo puede haber paz sólida entre el rico y el pobre, sino verdadera fraternidad y afecto cordial entre ellos. Rico y pobre se postran al

193. J.M. Degérando, *op. cit.*

mismo tiempo, adoran el mismo Dios, puestos al lado uno del otro; y así forman todos los hombres la misma familia. Esta es la verdadera caridad social, porque es también la caridad cristiana[194].

194. En 1848 publiqué en el *Diario Nuevo* y en la *Barca de San Pedro* un escrito sobre la colonización interna con los hijos del país. Mi sistema estaba totalmente basado en la educación industrial y religiosa, y tenía por fin dar una nueva forma a la educación de nuestro pueblo, creando esos viveros de hombres moderados e industriosos de los cuales podrían salir, dentro de pocos años, enjambres de trabajadores que fuesen a llevar a todos los puntos de la provincia su industria y nuevos hábitos de orden, de dedicación y de amor al trabajo.
No era un sistema enteramente nuevo, sino lo que yo había observado en esas (otrora felices) misiones del Caroní por los capuchinos aragoneses, y en la provincia de Socorro (Cundinamarca) por los frailes dominicos; templos majestuosos, poblados de un gusto y aseo admirables, como no vi en Europa, y donde todos los hombres y mujeres sabían leer y escribir. Lamentablemente todo eso pasó inadvertido y nadie se acuerda hoy de tantos esfuerzos malogrados, cuando se hacen intentos para crear las mismas colonias internas sobre bases falsas y bajo principios irrealizables.

LVI
EL PROTESTANTISMO Y LA FUSIÓN

¿En qué consiste el *protestantismo*? Los católicos admiten entre la palabra divina y la razón humana una autoridad doctrinal; los protestantes dicen que, siendo ambas dádivas del mismo Dios, no es admisible un intermediario, pues en este caso haría desaparecer la *libertad*, que es también un dogma cristiano, y fundan su creencia en el Evangelio en virtud solo de una interpretación directa, abstracción hecha de toda autoridad humana[195].

No obstante, lo que nadie puede rebatir, es que sin el catolicismo la unidad cristiana habría naufragado desde el comienzo de la Iglesia, porque no hay unidad donde no hay gobierno ni poder. La era del catolicismo data del Concilio de Nicea (325 d.C.), pues es cuando Roma aparece como sede principal de la cristiandad, y como *jefe visible* de la iglesia universal el Obispo de aquella ciudad. Sin gobierno, sin poder, sin unidad, ¿qué sería del cristianismo al comienzo de su institución, faltándole la protección de los emperadores y el concurso de todos los pueblos recientemente convertidos?

Y sin embargo, no fue sin gran dificultad que esta unidad se estableció. San Cipriano, al defender las libertades episcopales, decía: "Cada cura dirige y gobierna una porción del rebaño, y tiene que darle cuenta únicamente sino a Dios". San Hilario y después san Agustín protestaron contra esa unidad con más moderación que los obispos griegos, quienes ya clamaban contra el *orgullo itálico*. Entre tanto, establecida la unidad, Roma aplastó las facciones e hizo reconocer por todas partes la legitimidad de su despotismo tutelar[196].

195. Véase en la presente edición el c. XXX.
196. G. Pagès, *op. cit.*

Este despotismo fue tan útil y provechoso a la religión como a los príncipes y a los pueblos: a la religión porque favoreció la propaganda; a los príncipes porque identificó sus intereses al conciliar todas las ambiciones hostiles; a los pueblos, porque les modificó y suavizó las costumbres reprimiendo a sus tiranos. Sería inmensa la relación de los servicios prestados por la autocracia pontifical a la civilización moderna si quisiéramos hacer de ellos especial mención. Basta solo comparar la Europa del siglo IV, aniquilada, desmembrada, sujeta a conquistadores bárbaros y feroces que nada respetaban, a la Europa del siglo XI, uniéndose y levantándose como un solo hombre para precipitarse sobre Asia, dominada por el mismo espíritu y combatiendo bajo el mismo estandarte[197].

¿Cuál era la mano que impelía o contenía tantos brazos? ¿Cuál la voz a la que de uno a otro extremo del continente europeo obedecían tantas naciones diversas en origen y guiadas por otros tantos jefes? Esta mano era la del obispo de Roma, esa voz era la de un pobre ermitaño que hablaba en nombre de una fe común. A esta unidad religiosa correspondía, hasta el siglo XV, la unidad política, porque el catolicismo había civilizado todos los imperios, el clero había creado todos los Estados; todas las doctrinas, todas las instituciones eran obra suya; Europa era gobernada por la religión, que se elevaba sobre todos los códigos, incluso los de los conquistadores[198].

Por esta razón, aconteció a las instituciones religiosas lo mismo que a las instituciones civiles y políticas. La unidad había sido necesaria para fundar la religión y la moral que hicieron el milagro de la civilización moderna; solo la autocracia papal habría podido salvar esa unidad en su principio, evitando la discusión, porque las disputas religiosas, fundadas sobre el libre examen, matan la autoridad y sin ella la unidad habría desaparecido o nunca se habría establecido. Pero vinieron en el siglo XV los emigrados de Bizancio a romper el pacto de la religión y de la filosofía y a separar la política de la moral, sustituyendo la autoridad por la discusión y la inmutabilidad por el progreso, doble emancipación de la que la Iglesia fue la primera en resentirse, de tal suerte que la dictadura del pontificado aún existía, cuando ya había desaparecido la preponderancia de la misma Iglesia.

---

197. *Ibid.*
198. Véase en la presente edición el c. XXIX.

La reforma religiosa fue, por tanto, la consecuencia necesaria de esas doctrinas importadas por los griegos bizantinos. Trabada la lucha en 1517, entre el progreso o la libertad de conciencia y el pontificado o la autocracia papal, surgieron las doctrinas de la emancipación civil y política, que más tarde debían producir la revolución de los Países Bajos, de que ya tratamos[199]. Sin embargo, antes de que la reforma religiosa asumiera un carácter político, que no tenía en sus comienzos, ella pasó de Alemania a Inglaterra, donde tomó nueva faz, arrogándose la intolerancia católica y sustituyendo la *inconfidencia* por la Inquisición; de tal suerte que bien podrían disputarse la primacía Enrique VIII y Felipe II, Cranmer y Torquemada, Thomas Cromwell y Cisneros[200].

Enrique VIII era tan enemigo del Papa como de Lutero; la reforma en Inglaterra tenía, pues, un carácter distinto: en Alemania expresaba la independencia absoluta del poder espiritual, sin embargo en Inglaterra la autocracia pontifical pasó al Rey, como jefe visible de la nueva iglesia protestante. Lo absurdo de la reunión de los dos poderes en la persona del Rey saltó a los ojos de todos después de la muerte de Enrique, porque al subir al trono su hijo Eduardo, niño de nueve años de edad, fue forzoso declararlo cabeza visible de la Iglesia anglicana. Un reinado de siete años, que fue lo que duró el de Eduardo, tan lleno de acontecimientos desastrosos, es difícil encontrarse en la historia. Durante ese corto reinado se abolió el culto católico y la reforma protestante se completó.

Muerto Eduardo, subió al trono María, primera hija de Enrique (porque no hablaré de la corta farsa de Jane Gray, que le costó la cabeza). El reinado de María no fue tan tempestuoso como los dos precedentes; los católicos respiraron porque ella era católica; pero ya era imposible reedificar lo que su padre y hermano habían destruido; sobre tantos odios pasados vinieron

---

199. Véase en la presente edición el c. XXXI.

200. A todos cuantos quieran instruirse en la crónica escandalosa de la reforma protestante de Inglaterra aconsejamos que lean, de preferencia en inglés: John Lingard, *History of England*, London, s/d, 1819; Bayley, *Vida del obispo Fisher*, s/d; Mervyn Archdall, *Historia de los monasterios irlandeses*, Dublín, s/d, 1786; William Cobbett, *Historia de la reforma protestante en Inglaterra e Irlanda*, Madrid, Imprenta y Librería de Sancha, 1827, 2 v.; Tanner, *Obispo protestante*, s/d; John Whitaker, *Mary Queen of Scots Vindicated*, London, Printed for J. Murray, 1787, 3 v.; también: *The History of Manchester*, London, Printed for Joseph Johnson, 1775, y finalmente, *The Genuine History of the Britons Asserted against Mr. Macpherson*, 2ª ed., London, Printed for J. Murray, 1773.

las represalias, de los cuales eran necesaria consecuencia. Hume y Lingard recuerdan con horror las hogueras de Smithfield en que 277 protestantes sufrieron la pena de Talión[201]. El Parlamento abjuró, y fue absuelto por el legado del Papa; pero el mal ya estaba hecho y era imposible repararlo. Su corto reinado de cinco años expiró en 1558, cuando fue llamada al trono su hermana Isabel, reputada bastarda, por ser hija de Ana Bolena, cuyo matrimonio había sido declarado nulo.

Sin embargo, Isabel se había hecho católica durante el reinado de su hermana María, y todos cuantos sustentaron el gobierno de esta juzgaron mejor convocar a Isabel al trono, porque, en fin, era hija de Enrique VIII, a que la corona de Inglaterra pasara a un extranjero. Isabel fue, pues, aclamada pacíficamente bajo los mejores auspicios porque ella se había declarado tolerante; pero la bula imprudente *Regnans in excelsis* de Pío V, absolviendo a los súbditos de la nueva reina del juramento de fidelidad, consumó el cisma de Inglaterra. Isabel no toleró la intervención del Papa y, declarándose protestante, debió hacer callar al partido católico. Nuevos horrores se practicaron bajo ese reinado, el cual, bajo otras miradas, fue el más feliz y venturoso; tanto así que luego que ella se juzgó segura sobre el trono, los católicos no fueron más incomodados, y las otras sectas hallaron todas igual protección en su gobierno.

Fue durante el reinado de Isabel que irrumpió la revolución de los Países Bajos, que ella protegió y fomentó; revolución que llamó a un duelo a casi toda Europa durante treinta años hasta la paz de Munster y de Osnabruck, la cual cerró el abismo de todas las revoluciones anteriores. La *Reforma* entró, por tanto, después del tratado de Westphalia, en el orden de los hechos consumados, y desde entonces avanzó en esa marcha lenta pero segura, protegida por la libertad y la tolerancia de los gobiernos y de los pueblos, a los cuales se había distribuido un poco de orden y un poco de libertad por aquel tratado. Fue así como la paz y el equilibrio de Europa se encontraron por más de un siglo en armonía, y que Alemania, Inglaterra y los Países Bajos comenzaron una era de orden, de regeneración y de progreso.

---

201. Entre estos deben contarse por singular prodigio tres obispos y un arzobispo, todos grandes reformadores, a saber: Hooper, que había sido monje; Latimer, clérigo seglar y obispo de Worcester; y el famoso Ridley, instrumento de Cranmer, arzobispo de Canterbury, el perpetuo divorciador de Enrique VIII. Cranmer, en su tribunal, había declarado ilegítima la reina reinante, por lo que fue al patíbulo con sus cómplices, como mártires (por supuesto) de la nueva Iglesia.

Desde esa época muchos hombres eminentes pensaron en llamar a un acuerdo a las sectas disidentes, y entre ellos fueron los principales Leibnitz y Bossuet; pero ni la época era aún propicia para una conciliación entre enemigos encarnizados, que apenas dejaban las armas tintas de tanta sangre preciosa, ni era posible que cedieran un palmo de terreno el progreso y la represión, la libertad y la autocracia papal, que se encontraban frente a frente en constante hostilidad. Por último Guizot, sirviéndose del mismo pensamiento de Leibnitz y de Bossuet, intentó establecer una especie de concordato entre el catolicismo y el protestantismo, o antes reunir las dos iglesias; en una palabra, Guizot propuso la fusión religiosa.

Augusto Nicolás, en su libro publicado hace tres años sobre el protestantismo, aceptando la propuesta de Guizot como realizable, no encontró dificultad en demostrar que la fusión religiosa tiene por lo menos tanta probabilidad como la fusión política, lo que seguramente no es una gran demostración. Para que la fusión fuese posible ahora, era menester que una de las iglesias se sometieran sin condiciones. Ahora bien, entre la autoridad y la libertad en materia religiosa ¿qué conciliación es posible? Nadie ignora que una vez establecido el principio del libre examen en materia religiosa, es difícil hacerlo parar, y aún mucho más difícil volver simplemente al principio de la autoridad. ¿Cuál de los dos principios cedería en este caso?

Creemos piadosamente en la unidad del cristianismo y, en consecuencia, en la fusión de todas las sectas cristianas; creemos que la Cruz será el único símbolo de fe de toda la raza humana y que se verificará la promesa de Jesucristo de que no habrá más que un rebaño y un pastor. La Iglesia será universal cuando sea la reunión de todos aquellos que estudian y practican el Evangelio, cualquiera que sea la forma o comunión a que pertenezcan. El Evangelio no contiene nada que no dirija directamente al raciocinio y al corazón. Sus parábolas no son otra cosa que una llamada a la razón humana. Lo que él nos recomienda, antes de todo y por encima de todo, es amar a Dios y a nuestros semejantes. Luego, libertad de pensamiento y caridad inagotable son las dos necesidades supremas del hombre y del cristiano[202].

202. William Ellery Channing, el gran filósofo reformador americano.

LVII
LA IGLESIA GRIEGA O IGLESIA DE ORIENTE

Una gran lucha se empeñó desde los primeros siglos del cristianismo entre la idea de *unidad*, que poco a poco se personificó en el pontificado romano, y la idea de *nacionalidad*, que penetraba en los patriarcados de Oriente, para luego encarnarse en el de Constantinopla. Parecía que el genio de las dos civilizaciones, latina y griega, se enfrentaba en el campo religioso; Roma con su poderoso instinto de centralización, Constantinopla, por el contrario, con ese espíritu de federalismo, que está en las tradiciones de los helenos, es constructor de su debilidad en los días mismos de su mayor poder[203].

Después de la caída de Roma, el genio latino continuó siendo el genio de la dominación y de la disciplina; como el genio griego siguió siendo el de la descentralización y de las libertades locales. En los países occidentales, sobre todo entre los pueblos que habían recibido la doctrina latina, la supremacía religiosa de Roma se estableció fácilmente; por mucho tiempo ella pudo usurpar las prerrogativas más esenciales de las soberanías nacionales. Todo cuanto el Papa pudo obtener de Oriente antes del cisma se limitó al título de "primero entre sus iguales" (*primus inter pares*). Si la unidad de las dos Iglesias existió durante algún tiempo en lo que concierne a los dogmas, ella no fue jamás aceptada por los griegos en la liturgia ni en los ritos.

Hasta el siglo XVI, en que todo el mundo germánico preocupado por cuestiones de disciplina se dejó arrastrar de polémica en polémica al protestantismo, el Occidente no tuvo que deplorar en religión otra prueba temible

203. Importante artículo de la *Revue des Deux Mondes*, *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (13-14 de febrero de 1854).

sino la gran herejía de Pelagio, luego vencida. Oriente, al contrario, había visto las herejías y las sectas multiplicarse infinitamente con Manés, Arius, Nestorius, Eutiques y muchos otros. El *arianismo*, la más audaz de esas herejías, que negaba la divinidad de Cristo, había invadido por un momento todo el imperio bizantino. La autoridad de la palabra no fue suficiente para vencerla, y durante mucho tiempo las doctrinas de Arius resistieron con ventaja a la fuerza.

Esas doctrinas aún no habían sido sofocadas por la derrota del arianismo propiamente dicho cuando se renovaron bajo incontables formas. Pero el resultado más evidente de ese espíritu de independencia que se revelaba por tantos síntomas, fue la gran separación que se operó en último lugar entre las Iglesias de Constantinopla y de Roma, cuya iniciativa tomó Oriente.

Todos saben que las cuestiones de dogma, presentadas por los griegos en los debates que debieron sostener contra la Santa Sede, pueden, en última instancia, reducirse a dos: la procedencia del Espíritu Santo y la del Purgatorio. Los armenios se distinguen, sin embargo, de la Iglesia griega en que sus doctrinas sobre la unidad de la naturaleza de Jesucristo dejan mucho que desear. Existe a ese respecto entre los propios armenios una oscuridad que es difícil penetrar. Todo cuanto se puede decir en su justificación es que ellos, para repeler toda solidaridad con la doctrina de Eutiques, emplean la misma energía que los griegos en declinar toda alianza con el arianismo.

En suma, si en el medio de una discusión con los teólogos de la comunión oriental se habla sobre la doctrina latina, se queda uno sorprendido de ver cuán poco se incomodan con la opinión de que la tercera persona de la Trinidad procede igualmente de las otras dos. Los primeros concilios, que a pesar de esto no tuvieron que pronunciarse categóricamente sobre esa dificultad aún no planteada, se limitaron a repetir en sustancia las palabras de Cristo en san Juan: "Cuando venga el consuelo, el espíritu de la verdad, *que procede del Padre*, y que yo les enviaré de parte de mi padre, él dará testimonio de mí".

La Iglesia de Oriente, partiendo de ese principio de que "las palabras de Cristo son completamente suficientes para la expresión de una verdad cualquiera", procura sobre todo declarar que la fórmula salida de la boca divina no puede ser modificada. Se diría que, como principio, no se trata a sus ojos de saber si el espíritu no procede sino del padre. Ella parece solo preocupada por

verificar un hecho no refutado en la Iglesia latina, o sea, que el Espíritu Santo procede del Padre. Si notamos que el papado permitió otrora a los griegos unidos de Polonia recitar el símbolo de Nicea sin la adición del *filioque*, y que de su lado la iglesia de Oriente no exige retractación oficial sobre ese punto de parte de los católicos que entran en su seno, se verá que la distancia que separa las dos iglesias es pequeña incluso en la cuestión que sirvió principalmente para su cisma.

En cuanto al purgatorio, la disidencia es tal vez menos notable. La idea del purgatorio es una de las creencias más poéticas y más tocantes de la Iglesia romana. Esta Iglesia confiesa que la palabra *purgatorio* no se encuentra ni en el Evangelio ni entre los doctores del cristianismo primitivo; pero sustenta que la idea no es menos antigua que el cristianismo, y que a cada paso ella se encuentra en los primeros padres de la Iglesia. Es bastante para la Iglesia de Oriente no encontrar la expresión en los orígenes del dogma; ella repele la existencia de ese lugar de pruebas, donde el alma arrepentida, pero no justificada, acaba de purificarse antes de entrar en la plenitud de la felicidad prometida.

Con todo, la práctica ratifica hasta cierto punto el dogma. Sin creer, en efecto, en el purgatorio, la Iglesia de Oriente admite un estado transitorio por el que las almas de los buenos, como las de los malos, pasan necesariamente en la expectativa del juicio final. En fin, ella también cree en la condición especial de aquellos que murieron en la fe sin una expiación suficiente de las faltas cometidas en esta vida, y concluye que las preces de los vivos les pueden ser de un gran auxilio. ¿Para qué son esas preces? Para obtener una resurrección bienaventurada en favor de los muertos. Sin embargo, no es este exactamente el pensamiento de las preces de los muertos en la Iglesia latina; mas el fin fue modificado.

Resulta suficientemente de estas consideraciones que los pretextos teológicos no pueden por sí solos comprender la ruptura de la religión que se produjo entre el mundo latino y el mundo griego-eslavo; y casi no se podría entender si, por acaso, no se observara la dedicación de las poblaciones orientadas por su autonomía administrativa y la necesidad que sienten de vivir según leyes político-religiosas conformes a su propio genio.

No todas las naciones griego-eslavas recusaron, es verdad, permanecer unidas a Roma. Los eslavos, al menos, se dividieron. Si la familia rusa y las tribus búlgaro-serbias se entregaron sin reserva a la comunión oriental, los

polacos y los checos de Bohemia, así como las tribus ilirias y una parte de los bosnios pasaron al latinismo. Entre tanto, luego que se pone el pie en suelo eslavo, se queda uno admirado de la situación difícil en que se encuentran situadas esas poblaciones latinizadas con relación a los otros pueblos de la misma raza que pertenecen al rito griego.

Es esta una de las causas del aislamiento de Polonia en el medio de la raza eslava. ¡Cuántos esfuerzos no han hecho, después de algunos años, sus escritores más célebres para destruir el prejuicio secular que la persigue, y que después de haber apartado de ella las poblaciones de Rusia meridional, la han privado en parte de la popularidad que habría podido unirse a su triste destino! ¡Cuántas veces Bohemia, tan sabia y tan activa en la erudición eslava, no se sintió paralizada en su propaganda literaria, gracias a las sospechas que sus antecedentes latinos despertaban entre los rusos o entre los búlgaros y los serbios![204].

En fin, ¿los ilirios de Austria meridional y los bosnios de Turquía no han encontrado muchas veces, por la misma razón, dificultades inesperadas en sus relaciones con esos búlgaros y serbios, los cuales aún hablan la misma lengua, tienen los mismos intereses y nutren las mismas esperanzas?

De esa manera, por un prejuicio arraigado, el latinismo es considerado entre los eslavos como un árbol extraño en suelo nacional. Los que osan alimentarse de sus frutos o sentarse bajo su sombra son considerados infieles a las tradiciones y al genio de la patria eslava. En cuanto a los otros dos pueblos tan importantes de Turquía como los eslavos, esto es, los helenos y los armenios, ellos rompieron casi unánimemente con Roma. También para ellos, como para los eslavos, el latinismo es una importación del extranjero, que despierta todas las susceptibilidades del patriotismo.

Sin embargo, no todos los intentos de conciliación fueron despreciados: una combinación, al mismo tiempo ingeniosa y natural, fue intentada, no sin algún éxito, para aproximar las dos Iglesias. Algunas de las tribus greco-eslavas y armenias, que habían sido luego arrastradas en el movimiento de la Iglesia griega, o que habían conseguido sustraerse a ella quedando fielmente unidas a la liturgia oriental, formaron con Roma una alianza condicional.

204. Se dice también serbas o sorabas en lugar de serbios. Serbia actual es la *Mesia superior* de los antiguos.

Al aceptar el dogma definido por el *filioque* y la creencia en el purgatorio, consintieron en reconocer la supremacía del pontificado, mientras la Santa Sede las autorizase a conservar sus ritos, su disciplina, el uso de la lengua nacional en la liturgia, la comunión bajo las dos especies y, en algunos casos, el matrimonio de los sacerdotes.

Tal es el origen de las iglesias designadas con el nombre de *Uniatas*. Observándose de cerca se ve que la verdadera fe nacional de los eslavos meridionales y de occidente es la fe de esas Iglesias. Es la misma que fue exaltada entre sus antepasados en las orillas del Danubio, y sembrada desde los Balcanes hasta los Cárpatos. Los Uniatas de Turquía europea no se sometieron a la soberanía religiosa de Roma, sino protegiendo todas sus prácticas nacionales. La influencia del espíritu nacional sobre los dogmas admitidos por los cristianos de Oriente es tal que los mismos latinos de aquellos países no son animados exactamente por el mismo espíritu de Roma; y aceptando sus ritos igual que sus creencias, ellos no los encaran absolutamente del mismo modo a como lo hace la Iglesia de Occidente.

He ahí lo que es la Iglesia griega, o antes lo que es el cristianismo de oriente, dividido y subdivido por diversos pueblos, con su espíritu local, con sus susceptibilidades nacionales, y con todas las desconfianzas que inspiran el aislamiento político y la idea de una dominación extranjera. Sin embargo, todo desaparecerá por el contacto con los pueblos civilizados de Occidente. Ahora que la fe de Cristo se encuentra ante el Corán; ahora que todas las razas de Oriente deben participar de los frutos de la civilización moderna por las artes y las ciencias; ahora que el islamismo recibió en su seno la cruz como para anunciarle el último término de una existencia precaria; los cristianos de Oriente serán llamados a la unidad de la familia europea; no solo por los grandes intereses de la industria y del comercio, sino por la identidad de creencias y hasta de razas. Tal es el designio providencial, revelado por ese movimiento continuo del género humano de todas las partes y en todos los sentidos.

LVIII

LA IGLESIA RUSA

Fue en el siglo X que los rusos y los eslavos se hicieron cristianos y abandonando el paganismo. El patriarca de Constantinopla, en aquel entonces católico[205], les mandó un clero, al frente del cual colocó un prelado, que se tornó gobernador de la Iglesia rusa bajo la inmediata dependencia del patriarca de Constantinopla, impropiamente llamado patriarca de Oriente. Después del cisma, que definitivamente separó en el siglo XI las Iglesias latina y griega, los eslavos también se dividieron, quedando católicos los polacos y Rusia meridional cismática, como fue dicho en el capítulo precedente. Ese estado de cosas duró hasta el fin del siglo XVI.

En 1589 un patriarca de Constantinopla, cismático y fugitivo de su sede, se refugió en Rusia y, con el fin de agradecer indudablemente la popularidad y el agasajo con que allí fuera recibido, creó una nueva sede metropolitana y la liberó de la dependencia del patriarca de Constantinopla. Para dar ese paso audaz eran necesarios motivos muy poderosos o por lo menos plausibles, porque de esa innovación resultaba una separación radical entre las dos Iglesias. Los motivos, pues, fueron: que habiendo formalmente en la Iglesia cinco

205. El cisma de Oriente, aunque hubiese comenzado en el siglo IX por las herejías de Focio, solo vino a consumarse en el siglo XI (1053) en tiempos del patriarca Miguel Cerulario, quien mandó a cerrar las iglesias latinas y abolió el culto católico. Notables coincidencias: en 1053 se rompe el único lazo que restaba entre Oriente y Occidente, por el cisma griego; en 1453, cuatro siglos después, Mahoma II ocupa Constantinopla y ahoga en ríos de sangre la civilización de Oriente, que viene a refugiarse en Italia con los fugitivos bizantinos; en 1853 (aún otros cuatro siglos después) comienza el gran movimiento; el cual hace volver a Oriente esa civilización más adelantada y robusta, ¡que afronta el islamismo y va a romper las barreras opuestas a la unidad cristiana! ¿Podrá alguien dudar aún de una ley providencial que rige los destinos humanos?

patriarcados (Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Roma), y como Roma, en razón de sus herejías, había sido privada de esa dignidad, juzgaba útil transferirla a Rusia, que de esa manera debía formar un nuevo patriarcado independiente, como había sido Roma del de Constantinopla.

Si esas razones o motivos no convencen a mucha gente, no por eso dejan de ser valiosas para un hecho que se consumó por las tendencias del genio eslavo y por la política de la nueva dinastía que después ocupó el trono de Rusia. De ahí resulta, evidentemente, un cisma en la Iglesia griega de Oriente, que de esa suerte fue dividida en dos iglesias y dos comuniones, enteramente distintas una de otra. Una organización muy diferente y casi secular del patriarcado de Constantinopla fue la consecuencia de esa separación. Después de la muerte del patriarca fugitivo ya mencionado, la Iglesia rusa tuvo solo un gobierno provisional organizado y dirigido por el Zar. Casi al mismo tiempo subió al trono (1613), la hábil casa de Romanoff y luego percibió la inmensa ventaja que resultaría de la concentración del poder político y espiritual en las manos del soberano.

La elección, base esencial del patriarcado oriental, fue suprimida de hecho, y una asamblea especial, bajo la autoridad inmediata del Zar, fue encargada de los intereses de la Iglesia rusa. Esta asamblea fue denominada el "Santísimo Sínodo" y condecorada con el título de *Directorio*, que lo comparte con el Senado. Su función principal consiste en la promulgación de los ucases imperiales en materia de religión. El Directorio, pues, se compone de los principales prelados del imperio, pero el procurador principal o presidente es un funcionario secular, que es el único promotor legal de todas las deliberaciones del Sínodo, las cuales solo pueden ser votadas a su pedido, mal disfrazado bajo el nombre de proposición.

El principal procurador o promotor, como dijimos, es siempre una de las más elevadas dignidades del Estado, y se halla al frente de un numeroso cuerpo de funcionarios, todos seculares como su jefe y, sin embargo, es él quien provee los beneficios, quien solicita las distinciones honoríficas, y quien ejerce la administración sinodal; porque las resoluciones del Sínodo no son otra cosa más que la ejecución de las órdenes del Emperador. Por lo que acabamos de decir, se ve claramente cuánto, no solo por su origen sino por su organización, la Iglesia rusa es profundamente distinta de la Iglesia oriental; en cuyo caso ese derecho de protección que el Zar exige sobre esa

Iglesia, no es más legítimo de lo que sería semejante exigencia hecha por la reina de Inglaterra, en nombre de la Iglesia anglicana, acerca de las comunidades protestantes de Francia[206].

Concluiremos este capítulo extrayendo algunos pensamientos de un libro recientemente publicado en París sobre la Iglesia rusa[207].

"Rusia cuenta en su seno muchas religiones; en principio esas religiones gozan de una completa tolerancia; pero gran parte de las veces la celosa política de los Zares, junto a su desmedida ambición de dominio universal, vuelve nula esa ley y provoca contra las iglesias o sectas disidentes persecuciones atroces que hacen recordar los más horribles tiempos de los tiranos paganos. Es principalmente sobre el protestantismo, y más aún sobre el catolicismo, que recaen sus violencias. ¡No hay nadie que desconozca lo que tuvo lugar en las provincias bálticas, lo que pasó y lo que aún pasa en Lituania y Polonia! A los ojos de sus pueblos, los soberanos moscovitas consideran un título de gloria esos horribles escándalos, como protegiendo la iglesia nacional; porque todo buen ruso, como todo buen mahometano, debe vanagloriarse de ver traer, no importa por cuáles medios, las tribus infieles al gremio de su fe.

"¡La iglesia nacional! Tal es el gran elemento en que se mueven los Zares, y donde encuentran no solo prestigio a su poder, sino una palanca para su política. La Iglesia rusa se transformó de tal modo, con el avance de los tiempos, en sus condiciones jerárquicas y en el mecanismo esencial de su disciplina, que experimentaría gran dificultad en justificar esa asimilación que pretende poseer con la Iglesia de Constantinopla, y de la que se hizo un título para reivindicar el protectorado. En primer lugar, la semejanza de lenguaje, que en toda sociedad religiosa es de suma importancia, le falta enteramente: la Iglesia de Constantinopla habla griego y la Iglesia rusa el idioma eslavo. Después (es eso sobre todo lo que cava un abismo entre las dos instituciones), la Iglesia rusa perdió su patriarcado, en cuanto la de Constantinopla conservó el suyo.

"Sería pueril sustentar que el *santo sínodo*, establecido por Pedro el Grande, representa idénticamente esa autoridad destituida: el mismo Pedro el Grande refutó esa doctrina. He aquí lo que él dice en el preámbulo de su

206. Pays, *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (diciembre 1853).
207. Francisco Ladislau Alvares de Andrada, *Rusia, Turquía y la historia de la actual guerra del Oriente*, París, Va. Aillaud, More, Rey y Vélate, 1854.

decreto de la institución del *santo sínodo*: 'Una autoridad espiritual representada por un colegio no provocará nunca en el país tanta agitación y efervescencia como un jefe personal de orden eclesiástico. El pueblo no comprende la diferencia que existe entre la autoridad espiritual y la del soberano secular; al ver las honras extraordinarias que se arroga el pastor supremo, juzga que el *jefe* de la iglesia es otro soberano, cuya dignidad es igual, o hasta superior a la del monarca; ¡juzga incluso que el orden eclesiástico forma una especie de monarquía preferible a la otra! Ahora bien, siendo incuestionable que el pueblo razone de este modo, ¿qué ocurriría si la polémica injusta de un clero ambicioso se juntase a esa ignorancia popular para atizar el incendio?'.

"Debemos sin embargo notar que en el momento en que Pedro el Grande escribía esto, Rusia estaba ya viuda, hacía veinte años, de su último patriarca; y, por cierto, si la corona de un soberano pretendiese alguna vez rivalizar con la tiara de un pontífice, ¡no sería la de Pedro el Grande la escogida! Lo que el Zar quería aboliendo el patriarcado no era, pues, suprimir un serio antagonismo del que recelase; pero sí ampararse, en provecho de su corona de soberano secular, en ese prestigio de supremacía espiritual que hasta entonces había sido inherente al patriarca moscovita. Pedro el Grande, quien decía con más razón aún que Luis XIV '¡El Estado soy yo!' quería poder decir también '¡La Iglesia soy yo!'. Tal fue el fin del *santo sínodo*, cuyo presidente actual es un general de caballería.

"Bien se ve, pues, la gran diferencia que existe entre la Iglesia rusa y la Iglesia de Constantinopla. A pesar de que esta, aunque viviendo bajo el cetro musulmán, conserva su autonomía y todas sus facultades de independencia espiritual, la otra, bajo un cetro llamado ortodoxo, se ve despojada de toda espontaneidad y de toda iniciativa. El requerimiento hecho al Sultán por el patriarca de Constantinopla cuando Turquía declaró la guerra a Rusia, juntamente con los obispos y jefes de las corporaciones griegas, prueba más que todo la disidencia entre las dos Iglesias y la futilidad de los pretextos de que el Zar se sirvió para esa guerra.

"Un título que Rusia se complace en poner al lado de ortodoxa, y que a sus ojos es el corolario natural, es el de *¡Santa!* En casi todos los ucases se ven repetidas muchas veces esas palabras de *Santa Rusia*. No sabemos dónde está su origen, pero es necesario tener una singular idea de la santidad para aplicarla a una nación, y a una iglesia que, sobre 45 millones de súbditos, deja

permanecer más de 40 millones en una condición poco diferente a la de los brutos, juzgando sin duda haber hecho bastante para con ellos, conservándoles la irrisoria calidad de *¡cristianos!* ¿Qué tendrá de común el cristianismo con semejantes costumbres? ¿No emancipó por ventura el cristianismo a los esclavos romanos? ¡Antes de proclamarse una nación *santa*, Rusia debía buscar transformarse en una nación de hombres!”[208].

208. *Ibid.*

LIX
EL PROTECTORADO CRISTIANO DE ORIENTE

¿Cuál es la verdadera cuestión de Oriente?, los últimos debates de que esta cuestión fue objeto nos mostraron alternadamente las iglesias griegas de Turquía en contacto con el catolicismo en el negocio de los Santos Lugares, o con Rusia en el protectorado reclamado por el Zar en nombre de la ortodoxia, o sea, el carácter permanente y profundo de la crisis actual es el de una doble lucha: bajo el punto de vista religioso, entre la Iglesia griega oriental y el catolicismo occidental; bajo el punto de vista político, entre Europa y Rusia. Es esta toda la cuestión bajo un doble aspecto, como los últimos acontecimientos la establecieron y la dejan tal cual ella resulta de los hechos, de las tradiciones de la historia y de todos los datos de la política moderna.

En una obra publicada hace dos años[209], encontramos perfectamente demostrado con documentos libres de sospecha y controversia, el encadenamiento de estas dos órdenes de hechos: hechos religiosos y hechos políticos. De un lado, la lucha de las iglesias en ese campo de batalla ilustre y secular de los Santos Lugares; del otro lado, el trabajo incesante y obstinado de Rusia. Veamos ahora cuáles son los trazos principales de esa historia.

El vigor primitivo del islamismo se va agotando, y la decadencia del imperio otomano, una vez iniciada, se precipita; la lucha religiosa de las iglesias, inaugurada en la cuna misma del cristianismo, prosigue de siglo en siglo, y termina en derrotas sucesivas para la Iglesia latina, en progresos crecientes para la Iglesia griega; la influencia política occidental se retira, o por el olvido

209. César Famin, *Historie de la rivalité et du protectorat des églises chrétiennes en Orient*, Paris, Libraire de Firmin Didot Frères, Imprimeurs de L'Institut Rue Jacob, 1853.

de las tradiciones o a causa de las conmociones del continente. Al paso que estos hechos se desarrollan, sobreviene Rusia, abriendo camino hacia el mar Negro y hacia el Bósforo por medio de la guerra y de los tratados, de la diplomacia o de la fuerza, pretendiendo resumir en sí la preponderancia religiosa y la preponderancia política, ambas igualmente amenazadoras para Europa.

Cuando en 1846 el emperador Nicolás vino a Roma, los escritores rusos anunciaron ese hecho como una ley providencial que marcaba el regreso del *emperador ortodoxo* a la cuna de los apóstoles después de muchos siglos de ausencia y, por consiguiente, la futura absorción de la Iglesia latina por la Iglesia griega. Ese hecho no es tan indiferente como se supone, porque es la última expresión de ese avance ascendente del que hablamos, y es por eso que la cuestión de los Santos Lugares, por oscura que sea, se vuelve hoy de primera magnitud para Europa occidental.

Si se tratara solamente de algunos santuarios y de algunos pobres religiosos disputando los lugares en que se cumplieron los misterios del cristianismo naciente, hay muchos espíritus fuertes en política que no le darían sino una importancia mediocre; pero la cuestión no es tan mezquina como parece, y bajo una forma religiosa se presenta como nunca nadie la imaginara, ni era posible concebirse sin los grandes acontecimientos que revelaron al mundo civilizado un peligro inminente y del cual debía prevenirse a tiempo.

La historia, en consecuencia, de los Santos Lugares, por el modo como la escribe Famin, es un drama completo y curioso en el cual se encuentran todos los elementos de lo que vino a ser la cuestión de Oriente. En efecto, los latinos y los griegos disputan entre sí durante siglos la posesión y la guarda de los llamados Lugares Santos de Jerusalén: los primeros sostienen la lucha lo más que pueden, teniendo la incuestionable prioridad de posesión y el derecho confirmado por numerosos actos; los segundos la sostienen con obstinación, con astucia y muchas veces con violencia; cada santuario se vuelve de este modo un campo de batalla. Entre los contendores está el poder turco, el cual establece el más extraño sistema de equilibrio, concediendo o retirando sucesivamente privilegios, siempre pagados en dinero.

De la necesidad de garantizar el derecho de los latinos nació el protectorado religioso de Francia, formalmente conocido por los sultanes, y definitivamente consagrado en la última capitulación de 1740. Mientras la influencia de Francia se hizo sentir, los latinos pudieron luchar con alguna ventaja; la

intervención de los agentes diplomáticos franceses llegaba siempre a tiempo para restablecer sus derechos. No obstante, en la medida en que la influencia de Francia se volvió ineficaz, perdieron terreno sin poderlo recuperar, de modo que, de derrota en derrota, se encontraron sucesivamente despojados de la mayor parte de los Santuarios, sobre los cuales tenían irrefutable derecho.

Cuando esta cuestión se suscitó últimamente, ¿qué pretendía Francia? Ella ni siquiera exigía la completa ejecución de las estipulaciones del último siglo, las cuales fijaban el número de los Santuarios entregados a los católicos; sus reclamaciones, recibidas además en parte, eran infinitamente más moderadas que cualquier otra pretensión de este género. Pero entonces la Iglesia griega, heredera de las pérdidas de la Iglesia latina, había tenido tiempo de firmar su ascendencia, y por detrás de ella aparecía Rusia, cuyo protectorado, con el pretexto de proteger la religión griega, tendía nada menos que a arrogarse la soberanía del Sultán. Así es como, bajo una forma religiosa, este asunto de los Lugares Santos no es sino una imagen de la cuestión que acaba de agitar Europa.

Al principio, Inglaterra consideró superficialmente las reclamaciones de Francia respecto a los Santuarios de Jerusalén; pero se halló después delante de la cuestión del Oriente en toda su tremenda gravedad[210]. Ella no había

210. Para probar la gravedad de la cuestión de Oriente, basta con transcribir textualmente la proclamación con que la reina de Inglaterra, el 28 de marzo de 1854, anunció la declaración de guerra a Rusia. Hela aquí:

"Es con profundo pesar que S.M. anuncia la inutilidad de sus diligentes y continuos esfuerzos para conservar para su pueblo y para Europa los beneficios de la paz.

"El emperador de Rusia persistió en su no provocada agresión contra la Sublime Puerta con tal desprecio de las consecuencias que, después del rechazo que hizo de las condiciones que el emperador de Austria, el emperador de los franceses y el rey de Prusia, así como S.M. consideraban como justas y equitativas, S.M. está obligada por el sentimiento de lo que debe a la honra de su corona, a los intereses de su pueblo y a la *independencia de los Estados de Europa*, a venir a defender un aliado, cuyo territorio ha sido invadido, y cuya dignidad e independencia han sido atacadas.

"A fin de justificar la línea de conducta que está a punto de seguir, S.M. se refiere a las transacciones en que se ha hallado envuelta.

"El emperador de Rusia tenía ciertos motivos de queja en contra del Sultán, con ocasión de la solución dada como sanción de S.A. a las pretensiones contradictorias entre las iglesias griega y latina sobre una parte de los Lugares Santos de Jerusalén y de sus alrededores. Al emperador de Rusia, habiendo reclamado ese punto, justicia le fue hecha y el embajador de S.M. en Constantinopla tuvo la satisfacción de contribuir a un arreglo que no suscitó objeción alguna por parte del gobierno ruso.

"Pero en cuanto el gabinete imperial daba al gobierno de S.M. la seguridad reiterada que la misión

del príncipe Menschikoff en Constantinopla tenía por fin exclusivo la solución de la cuestión de los Lugares Santos de Jerusalén, el propio príncipe Menschikoff urgía con la Puerta para que accediese a otros pedidos de carácter mucho más serio e importante, y cuya naturaleza a principio procuró encubrir con todo el posible empeño al embajador de S.M.

"Los pedidos, así cuidadosamente disfrazados, afectaban, no solo los privilegios de la iglesia en Jerusalén, sino además la posición de muchos millones de súbditos otomanos en sus relaciones con el Sultán, su soberano. Esos pedidos fueron por deliberación espontánea de la Sublime Puerta rechazados.

"S.M. había recibido la doble seguridad, de una parte, de que la misión del príncipe Menschikoff solo estaba relacionada con los Santos Lugares; de otra, que esa misión tenía un carácter pacífico. En ambos puntos fue burlada la justa confianza de S.M.

"Los pedidos presentados tenían por fin, en la opinión del Sultán, sustituir la autoridad del Emperador de Rusia a la suya sobre una gran parte de sus súbditos, y fueron ellos apoyados por la amenaza. Sabiendo que después de haber anunciado la conclusión de su misión, el príncipe Menschikoff había declarado que el rechazo de sus pedidos impondría al gobierno imperial la necesidad de buscar una garantía en su propio poder, S.M. juzgó conveniente determinar que su escuadra dejase Malta y fuese, junto con la de S.M. el emperador de los franceses, a estacionarse en las proximidades de los Dardanelos.

"Mientras la negociación conservó un carácter amigable, se abstuvo S.M. de toda demostración armada. Pero cuando grandes fuerzas militares fueron reuniéndose en la frontera de Turquía, y el embajador de Rusia daba a entender que serios resultados se seguirían por la recusación de la Puerta en acceder a injustificables pedidos, S.M., juzgó deber, de acuerdo con el emperador de los franceses, dar prueba irrefutable de su resolución de sustentar los derechos soberanos del Sultán.

"El gobierno ruso afirmó que la resolución del Emperador de ocupar los principados fuera tomada como consecuencia del movimiento de las escuadras de Inglaterra y de Francia; pero la amenaza de invadir el territorio turco estaba inscrita en la nota del conde de Nesselrode a Reschi-Pachá, fechada del 19 (31) de mayo, y repetida en la nota del barón Brunnow, del 20 de mayo (1º de junio), en que anunciaba que el Emperador estaba resuelto a ordenar que sus tropas entraran a los principados, si la Puerta dentro de ocho días no atendiera los pedidos de Rusia.

"El oficio enviado al embajador de S.M. en Constantinopla para autorizarlo en ciertos casos indicados, a llamar la escuadra británica, en fecha de 31 de mayo; y la orden enviada directamente de Inglaterra al almirante de S.M. para que fuese luego hacia las cercanías de los Dardanelos es del 2 de junio. La determinación de ocupar los principados fue, pues, tomada antes de ser dadas las órdenes de hacer avanzar las escuadras combinadas.

"El ministro del Sultán fue informado de que, a menos que dentro de ocho días, *y sin alterar una palabra*, firmasen el comunicado propuesto a la Puerta por el príncipe Menschikoff en la víspera de su retirada de Constantinopla, serían ocupados por tropas rusas los principados de Moldavia y de Valaquia. El Sultán no podía acceder a tan insultante pedido. No obstante, habiendo ocurrido la ocupación, no usó él, como podría haberlo hecho, de su irrefutable derecho de declarar la guerra, y solo dirigió una protesta a sus aliados.

"De acuerdo con los soberanos de Austria, de Francia y de Prusia, S.M. hizo diversos intentos para convencer al Emperador de Rusia a ceder a cualquier justo pedido sin comprometer la dignidad y la independencia del Sultán. Si Rusia tuvo solo por fin obtener el favor de los súbditos cristianos de la Puerta la garantía de los privilegios de las inmunidades de que gozan, la hubiera hallado en los ofrecimientos hechos por el Sultán; pero esa garantía fue rechazada porque no era propuesta bajo la forma de una estipulación especial, y concluida separadamente con Rusia.

aún percibido que el protectorado francés nada tenía de especial para a Francia, y que por lo contrario, apenas hacía representar en Oriente la influencia occidental en su expresión tradicional más elevada. He aquí cómo los ingleses se encontraron repentinamente envueltos en esta lucha, a la que no habían dado ninguna importancia política en su comienzo[211].

Lo que hay de más singular es que, de todas las naciones que los acontecimientos han llevado a extender su acción protectora sobre los cristianos de

---

"Por dos veces fue presentado por el Sultán y recomendado por las cuatro potencias ese ofrecimiento; la primera vez en una nota diplomática originalmente redactada en Viena, y posteriormente modificada por la Puerta; la segunda vez en un proyecto formulando ciertas bases de arreglo, asentadas en Constantinopla el 31 de diciembre pasado, y aprobadas en Viena el 13 de enero, ofreciendo a las dos partes los medios de llegar a un acuerdo, de modo igualmente honroso y digno de ambas.

"Es, pues, manifiesto que el gobierno ruso procuraba no la felicidad de las comunidades cristianas en Turquía, sino el derecho de intervenir en las relaciones ordinarias de los súbditos otomanos con su soberano. El Sultán no quiso someterse a semejante pedido, y en su propia defensa declaró la guerra a Rusia. Sin embargo, de acuerdo con sus aliados, S.M. no cesó sus esfuerzos para restablecer la paz entre las partes adversas.

"Llegó entre tanto el momento en que el parecer y las advertencias de las cuatro potencias han sido completamente inútiles, y dando a Rusia cada día más extensión a sus preparativos militares, se tornó por demás evidente que el Emperador de Rusia ha adoptado una política que, de no encontrar obstáculos, *tiene por fin la destrucción del imperio otomano*.

"En tales circunstancias S.M. se siente llamada por las atenciones debidas a un imperio, cuya integridad e independencia son esenciales a la paz de Europa, por las simpatías de su pueblo en favor del derecho y contra la injusticia, y por el deseo de desviar de sus posesiones las más nocivas consecuencias, *así como de salvar Europa de la preponderancia de una potencia, que ha violado la fe de los tratados, y que desafía la opinión del mundo civilizado*, a tomar las armas de acuerdo con el Emperador de los franceses para defender al Sultán, S.M. está convencida de que, así procediendo, tendrá el apoyo cordial de su pueblo y que un falso celo por la religión será en vano invocado para cubrir una agresión emprendida con violación de los santos preceptos y del espíritu bienhechor y puro del cristianismo.

"S.M. espera humildemente que sus esfuerzos sean coronados por el próspero éxito, y que, mediante la bendición de la Providencia, la paz pueda ser restablecida sobre fundamentos seguros y sólidos". Westminster, 28 de marzo de 1854. *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro, Brasil) (4 de junio de 1854).

211. Para probarnos igualmente que al principio de la cuestión de Oriente, Inglaterra no había visto ni concebido la parte política que después se reveló, bastan las siguientes palabras de Lord John Russell, dirigidas a Lord Cowley, embajador de Inglaterra en París, en su oficio del 28 de enero de 1853:

"Sentiríamos profundamente una disputa donde podría originarse un conflicto entre las dos grandes potencias europeas; pero cuando pensamos que esa querella tiene por motivo privilegios exclusivos de los lugares en que el Hombre-Dios vino a anunciar la paz a los hombres de buena voluntad; *cuando vemos iglesias rivales combatir por el dominio del lugar mismo en que Cristo murió por la humanidad*, no puede dejar de afligirnos un espectáculo semejante". F.L. Alvares de Andrada, *op. cit.*

Oriente, la última que llegó es justamente aquella que procura llevar la intervención de ese derecho de protección al más extenso límite; ¿y con qué fin? Debemos, entre tanto, confesar que, en suma, no hay más aquí consideración religiosa alguna, sino solamente política: es el desarrollo mismo de Rusia que sigue su curso y avanza hacia el mismo fin por caminos diversos desde hace un siglo; y es este el otro punto de vista de la cuestión oriental, como dijimos al principio de este capítulo.

De lo que ya no es permitido dudar es que la religión es para Rusia una gran palanca política, un poderoso instrumento de grandeza nacional. Constantinopla es la metrópolis de la fe griega, santa Sofía espera el regreso del emperador ortodoxo, así sea; pero Constantinopla tiene las llaves del Mediterráneo y del Mar Negro. Los cristianos griegos orientales necesitan una protección eficaz; pero estos cristianos son, en números, más de diez millones, derramados por las más fértiles provincias de un Imperio que Rusia está ocupada en desmembrar y estremecer periódicamente, si no para sustituirlo de un modo definitivo, al menos para someterlo a su influencia.

Veamos cómo Francia ejercía antiguamente su influencia sobre Oriente. Venecia había cedido a los reyes de Francia su derecho de protección sobre los cristianos de aquella parte de Turquía; ese derecho fue ejercido mientras Francia estuvo rodeada de prestigio soberano en aquellos lugares. Al abrigo de su bandera los navíos de la mayor parte de las naciones europeas se arriesgaban en los mares del Levante, y la influencia de Francia era tanto mayor cuanto ella era desinteresada. Tanto los peregrinos como los mercaderes encontraron en ella un apoyo, una especie de protectorado universal le era concedido. Aún hoy, como el resto de esas tradiciones antiguas, la religión cristiana no ha dejado de ser a los ojos de los musulmanes la religión de los *francos*, como para probar la parte que tuvo Francia, cuyo nombre quedó siendo allí símbolo de civilización.

El ascendiente de Francia, como dijimos, nada tenía de exclusivo: era la excepción más elevada de la influencia occidental, cubriendo con su manto la religión y el comercio de todas las naciones. ¿Cómo cesó esta influencia? He ahí lo que explica perfectamente el libro de Famin. Fue la obra de reinados corruptos durante el siglo XVIII, y de las revoluciones que sobrevinieron. En el reinado de Luis XVI es cuando la política francesa en Oriente comienza a declinar; y durante la revolución, aunque se tuviera la fantasía de proteger a los

cristianos de la Tierra Santa, ¿qué autoridad podían tener para defender un interés religioso aquellos mismos que abolieron al propio Dios?

Después, con mejores gobiernos, vinieron las rivalidades nacionales disfrazadas bajo las disputas religiosas, las luchas de preponderancia política y, muchas veces, las emulaciones pueriles. Las diferencias internas también absorbieron o desviaron la atención, y al fin de esta carrera de conmociones y de antagonismos estériles, cuando la fuerza de las cosas vino a establecer esa tremenda cuestión de Oriente, se vio que Europa estaba dividida y debilitada, mientras que Rusia se engrandecía y avanzaba directamente hacia su objetivo[212].

212. "Chronica da Quinzena", *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (8 de octubre de 1853).

LX

AÚN EL PROTECTORADO CRISTIANO DE ORIENTE

Rusia, desde el comienzo de su contienda con Turquía, se ha esforzado siempre, y todavía se esfuerza, en dar un carácter exclusivamente religioso a la cuestión. El Zar se presenta como el defensor y el *jefe* de la Iglesia griega en Oriente. Pretende proteger las prerrogativas y las inmunidades de la fe ortodoxa en el presente y mantenerlas para el futuro. Ya dijimos lo que debía pensarse de semejante doctrina, la cual autorizaría, bajo pretexto de religión, la intervención de un gobierno extranjero en la administración interna de otro Estado, y a qué monstruosas consecuencias políticas ella podía dar origen. Felizmente es esta una cuestión que hace mucho tiempo se encuentra resuelta por la razón, por la legislación internacional y por la voz unánime de toda Europa.

Sin embargo, ubicándola en el terreno mismo en que Rusia persiste obstinadamente en colocarla, no es cierto decir, como afirma el manifiesto del emperador Nicolás, que los Zares son, por decirlo así, la cabeza y el brazo de la Iglesia griega y que solo a ellos corresponde protegerla y defenderla. Ya la decidida resistencia que el clero griego ha opuesto a las pretensiones de Rusia, sus declaraciones inequívocas de adhesión y obediencia al Sultán, la simpatía que abiertamente tributa al imperio otomano, injustamente atacado, y las manifestaciones solemnes que han tenido lugar entre las poblaciones griegas de Turquía[213] prueban que aquel clero y aquel pueblo nunca consideraron el

213. *Mensaje de los patriarcas metropolitanos, obispos y jefes de las corporaciones griegas*:
"Los patriarcas griegos de Constantinopla y de Jerusalén, los metropolitanos y los obispos de primer orden, los notables de la nación, y los jefes de las corporaciones, súbditos de la Sublime Puerta, elevan la presente súplica a los pies del trono sublime lleno de justicia, que Dios conserve hasta el fin del mundo.
"Nuestra humilde nación, que se vanagloria de su fidelidad y sumisión al gobierno imperial de S.M. el Sultán, nuestro señor benefactor, habiendo convocado un consejo general de nuestro patriarcado,

imperio de Rusia como superior en la jerarquía religiosa, ni como protector de su fe. Lo que es cierto es que la fe ortodoxa rusa, de la cual los zares son los jefes espirituales y temporales, es nada menos que un cisma en el seno de la Iglesia griega.

Confesamos con pesar que los cristianos de Oriente nutren ciertamente una desconfianza viva y secular de los cristianos de Occidente. Si la Iglesia griega no ha hecho ninguna conquista por la prédica y por el proselitismo, después de haberse separado de la Iglesia latina, es cierto, al menos, su fuerza en la defensiva; ella no ha perdido una pulgada de terreno en los combates, que las misiones católicas le han dado algunas veces con talento y siempre

con ocasión de la lectura (en la presencia de vuestros siervos los metropolitanos, los notables de la nación y los jefes de las diversas corporaciones que se encuentran en Constantinopla) del mensaje imperial, revestido del *Hatti-Scherif* de S.M. nuestro augusto soberano, y emanado últimamente en nombre de nuestro patriarca, vuestro siervo, con los fines de confirmar las condiciones particulares, privilegios espirituales y concesiones otorgadas por los grandes sultanes y emperadores de gloriosa memoria, y que S.M.I., nuestro augusto amo y benefactor, se sirvió mantener desde que comenzó a hacer brillar su justicia de lo alto del majestuoso trono del sultanato, de evitar los abusos que podrían haber tenido lugar como consecuencia de poca atención; de conservar para siempre intactos y de ejecutar entera y exactamente las inmunidades y los derechos particulares de las iglesias, monasterios, tierras, propiedades y otros lugares y santuarios que de ellos dependen; y en fin los privilegios e inmunidades contenidas en los *berats* relativos a las antiguas concesiones, y dadas al patriarca actual, a los metropolitanos y arzobispos; los abajo firmantes, súbditos fieles, experimentaron por eso el mayor júbilo y un eterno reconocimiento. No cabe en lo posible expresar por actos o por palabras los agradecimientos debidos por una sola de las bondades, privilegios y concesiones otorgadas a nuestra humilde nación de una manera adecuada para provocar los celos de otras naciones, y a hacer la gloria de la nuestra, según la misericordia ordinaria de S.M.I., el muy augusto y muy poderoso Sultán, misericordioso para con todos, loado por sus acciones, bienhechor del mundo, nuestro bienhechor particular, ornamento de la corona de los sultanes, y provocando la admiración de los soberanos del tiempo y de la tierra por sus bondades y por sus perfecciones.

"Todos conocen que la seguridad y la tranquilidad de todos los súbditos son perfectas, gracias a la protección llena de justicia del gobierno imperial, a quien está confiado, como una caución divina, el bienestar y el contento de todos los habitantes de los estados imperiales. Así, nuestra nación considera como el primero de sus deberes de religión y de ley, el quedar, de todo corazón y toda su alma, para siempre constantes en la sujeción y sumisión al gobierno imperial, y de derramar hasta la última gota de su sangre por la augusta persona de S.M.I.; rogando fervorosamente a Dios Todopoderoso, noche y día, con sus hijos y sus familias, con la cabeza descubierta y derramando lágrimas para que conserve la augusta persona de S.M., nuestro magnánimo soberano, sobre el trono del sultanato de eterna duración, en buena salud y por largos años, y que conserve a los ministros del gobierno imperial, que son los intermediarios de tantas bondades imperiales, en honor y gloria, bajo la graciosa benevolencia de S.M.I.

"Pedimos a V.A. dignarse a tomar conocimiento de la presente súplica y de llevar al pie del trono del muy augusto Sultán, sombra divina, nuestro perfecto reconocimiento, nuestra alegría y nuestros sinceros agradecimientos". F.L. Alvares de Andrada, *op. cit.*

con coraje. Ella ha opuesto a sus ataques una firmeza implacable, un sistema de inercia y de inmovilidad contra el cual la ciencia y la autoridad de la Iglesia latina han venido hasta hoy a quebrarse inútilmente.

De esa lucha ha resultado algunas veces que los griegos se apoyen en la Iglesia rusa, como enemiga aún más acérrima de la Iglesia latina, para resistir mejor a los proyectos de conquista que se atribuyen gratuitamente al catolicismo. ¿Pero de ese simple hecho puede alguien deducir que las iglesias de Turquía distraían la Iglesia rusa con esas disposiciones de confianza y dedicación que se le ha atribuido? No por cierto: la forma sinodal de la autoridad eclesiástica de Rusia, la sumisión absoluta de esa autoridad al poder secular, nada hay que sea capaz de seducir a los patriarcas de Oriente; y mucho menos porque sus doctrinas sobre puntos importantes, como el bautismo, no están en perfecta conformidad con las del sínodo de San Petersburgo.

Hay en suma causas de desarmonía más poderosas que esas disidencias: son los sentimientos de independencia comunes a todas las iglesias griegas del imperio otomano, y que, lejos de llevarlas a procurar en una fusión con la Iglesia rusa, la unidad que les falta, las conducen, por el contrario, a subdividirse cada vez más y a tomar cada día esa forma de iglesias nacionales, que es su carácter esencial; movimiento que, además de esto, corresponde al que cada una de las razas cristianas de aquellos países hacen sobre sí mismas. En religión como en política, los griegos de Turquía se hallan tan separados de los rusos como de los latinos. Aquí el interés es común, como el peligro; hoy, para las poblaciones cristianas de Turquía el hecho esencial es la conservación del individualismo nacional, que ellas han conservado bajo la dominación otomana, y que perderían sin duda bajo una invasión rusa.

Es por eso que debemos lamentar que ese movimiento religioso, dirigido por el espíritu de nacionalidad, siga siendo desfavorable a la Iglesia romana, por lo menos es de creer que no aprovechará a Rusia, cuya acción amenaza a Europa oriental con una unidad mucho más terrible de la que sería la unidad latina, incluso en la hipótesis de un triunfo en que ella está lejos de pensar. El papado no ha pretendido jamás en aquellos países sino una supremacía religiosa. Se debe todavía observar que, apreciando con equidad la dedicación de los orientales por las formas externas de su culto, y por la disciplina eclesiástica de sus iglesias, la Santa Sede profesa a esas antiguas tradiciones un tal respeto que limita la unidad "que ella reclama" solamente a los dogmas fundamentales.

La unidad que Rusia pretende tiene un carácter diverso, y cuando el gobierno ruso, por ocasión de la encíclica de Pío IX (en el acto de su elevación al solio pontificio), o de la cuestión de los Santos Lugares, vino a hablar a los orientales de su celo por su causa, ellos tenían el derecho de responderle que el peligro para sus iglesias está mucho más en San Petersburgo que en Roma. El trabajo de las ideas, emprendido después de algunos años por cada uno de esos pueblos para conservar y firmar su individualidad política, religiosa y literaria, parece haber sido inspirado por el aspecto mismo de ese peligro. Proponiéndose nacionalizar cada vez más sus iglesias, las poblaciones de Europa oriental parecen querer colocarse mejor en estado de defender su autonomía política, y no ignoran cuál es el verdadero enemigo de los destinos que ellas meditan. La política actual de Rusia en Oriente no está hecha para animarlas.

Cuando se estudia la Iglesia de Oriente en su historia o en su condición actual, se ve aparecer siempre la necesidad de *nacionalidad*. En el momento de la gran escisión que separó Constantinopla de Roma, era el espíritu descentralizador que luchaba contra el espíritu de unidad, transmitida por la Roma pagana a la Roma católica. Hoy ese pensamiento de descentralización se ha generalizado; no hay en Europa ni en América ningún pueblo, por pequeño que sea, que no reclame su beneficio. Cada quien pretende depender solo de sus tradiciones, dando por límites, en política como en religión, las de su idioma, lo cual es para todos el verdadero depositario de la vida nacional, el arca santa donde están encerradas las tablas de la ley.

Hay hoy, particularmente en el reino de Grecia, un grandísimo número de espíritus que, no haciéndose una idea exacta de las disposiciones de los eslavos y de los moldo-valaquios, están persuadidos de que, en el caso de una disolución de Turquía, los helenos serían llamados a reconstruir el imperio de Bizancio y suceder en la supremacía a los turcos sobre las otras poblaciones cristianas de aquellos países. Esos espíritus no están lejos de creer que es un derecho que ellos tienen, una suerte de superioridad de civilización y de sangre. De ese modo también se expresaban los húngaros antes de la terrible revolución que vino a dar una severa lección a su orgullo. Este pensamiento de supremacía sería para los griegos la más peligrosa de las ilusiones; ellas se quebrarían, tal como la de los húngaros, contra la idea de igualdad de las razas entre sí, tan caras a las imaginaciones entre los eslavos y moldo-valaquios[214].

214. Artículo ya citado de la *Revue des Deux Mondes*.

Tal es la situación y el verdadero estado de todos los pueblos cristianos de Oriente.

Lo que hoy se puede desear, no es, sin duda, que Europa se lance en alguna lucha arriesgada para intentar rehacer o reconstruir en Oriente un conjunto de cosas y de influencias que no existen más; ella tiene un fin más simple y más inmediato que proponerse, trabajando para proteger la paz, tal como ella lo está haciendo; debe, además, prever para el futuro las cuestiones inevitables de esforzarse en prevenir las catástrofes, de buscar en su pasado, en su misma historia, en todas las causas que trajeron la situación actual, los medios de conservar sin debilidad ese interés superior, que no pertenece a ningún país en particular, pero sí lo que se puede llamar interés europeo, tanto de Inglaterra como de Francia, de Rusia como de Austria y del resto de Occidente. Es esto todo cuanto se puede razonablemente deducir de la historia de Oriente y de sus crisis contemporáneas.

La existencia, pues, del imperio otomano es una necesidad suprema para Europa y para el mundo civilizado, mientras no llega el momento de un progreso moral reconocido, y del desarrollo intelectual de las razas cristianas en Turquía; progreso y desarrollo sancionados por el apoyo de todos los pueblos de Occidente bajo la protección del propio gobierno de la Puerta. Ese Estado irá preparando gradualmente el país para el tiempo en que la fe de Cristo y la civilización de Europa reconquisten otra vez su ascendencia en la capital del antiguo imperio de Oriente. La posibilidad de una revolución pacífica de esa naturaleza revela una de los cambios más extraordinarios que este siglo ha de presenciar, así como la ley providencial, que rige los destinos humanos[215].

215. Europa debe estar arrepentida de su ensayo, al constituir el reino de Grecia en 1830, y separarlo de Turquía. En 25 años de independencia ese pueblo no ha dado un solo paso en las vías del progreso, ni moral, ni material: el robo en tierra y la piratería en el mar forman uno de los trazos más característico de su fisonomía; es menester que Europa mantenga una escuadra en el archipiélago para evitar el ataque frecuente contra su comercio. La guerra civil o la anarquía han marcado tanto la vida política como la vida moral de esa horda de bandidos, que se atribuyen el falso título de helenos, ¡y pretenden reconstruir el imperio bizantino! ¡Cuánto escarnio! Si eso ocurre con menos de un millón de habitantes que tiene hoy el reino de Grecia, ¿qué no sucedería con tres o cuatro millones diseminados por toda la Turquía europea, en lucha contra los eslavos, cuya supremacía pretenden suplantar? El aniquilamiento hoy del imperio otomano, sin preparar esas poblaciones cristianas para un nuevo orden de cosas, significaría lo mismo que lanzarlas de cuerpo y alma en la vorágine de la guerra civil o de la anarquía, retardando por espacio indefinido su civilización y su progreso. Esperemos.

LXI
TURQUÍA

Cuando pensamos en lo que fue Turquía hace dos siglos y en lo que es hoy, en su rápido progreso y en su aún más rápida decadencia, nos recuerda lo que dijo un escritor moderno: "Si reflexionamos sobre el imperio otomano, sus comienzos, progresos y triunfos ininterrumpidos, nada se encontrará en el mundo más admirable y extraordinario; si sobre su grandeza y brillo, nada más espléndido y glorioso; si sobre su poder y fuerza, nada más formidable y peligroso; él nada admira sino su propia belleza y, embriagado por el delicioso néctar de la perpetua felicidad, mira con desprecio el resto del mundo". Efectivamente, los turcos pasaban, todavía a mediados del siglo XVII, por una raza dotada de fuerza y sentido de previdencia sobrenaturales, que unía la malignidad del demonio a la profunda astucia y al poder irresistible.

Si comparamos la temible Puerta otomana de hace doscientos años con la Turquía del presente siglo, la vemos con tan gran contraste como el que hubo entre el imperio de Trajano y el de los Paleólogos. Las conquistas externas y las rebeliones internas han corroído profundamente el corazón de esa monarquía, cuyo nombre hizo en otros tiempos estremecer a Europa. Crimea, Ucrania, Hungría y Grecia se le escaparon de las manos; Moldavia, Valaquia y Serbia son, virtualmente, proconsulados de Rusia; y hasta en aquellas provincias que nominalmente gobiernan, no pueden los turcos edificar ni poseer tierra. Hace tiempo que el Pachá de Egipto arrancó de las débiles manos del Sultán Arabia y Siria; y a no ser por la intervención de las potencias cristianas de occidente, habría indudablemente destruido el trono de su soberano.

Sin embargo, la misma pérdida del territorio es aun así materia de importancia secundaria, porque con razón se ha dicho que la obediencia reluc-

tante de provincias lejanas aumenta más los enemigos que los súbditos de los estados, y que los imperios que se ramifican en demasiada extensión, florecen mejor cuando reciben una poda temporaria. La debilidad de la moderna Turquía es interior y orgánica. Al paso que muestra todavía un exterior de dominio y majestad, su cuerpo inmenso se halla casi todo privado de vida, en una triste postración de fuerzas. ¿Cuándo, pues, comienza su gradual decadencia? La marina otomana, que había sido durante tanto tiempo el terror de Europa meridional, sufrió en las aguas de Lepanto un golpe del que nunca más se levantó[216], y la gloria militar de la Puerta murió desde ese día, de triunfo para la cristiandad, en que Sobieski, con 70 mil polacos y alemanes, destrozó completamente 150 mil infieles delante de los muros de Viena[217].

Mientras que los ambiciosos vasallos del Sultán aspiran frecuentemente a la independencia, tribus feroces de bosnios, albaneses y curdos se apoderan de sus tributos y conscriptos, repelen desde las montañas, donde se cobijan, las fuerzas del gobierno y, armados, invaden las planicies cultivadas. Una especie de guerra civil crónica se enciende de cuando en cuando en las cordilleras del Líbano y del Pindo; al mismo tiempo que la llama de insurrecciones declaradas envuelve ordinariamente todas las provincias (tal como aconteció con Bulgaria en 1841 y 1850) y solo se apaga en ríos de sangre. En una palabra, choques violentos partidos desde el exterior han coincidido con los rápidos progresos de su incurable decadencia interna. ¿Por cuáles nuevas transformaciones podrá recobrar vida ese coloso moribundo?

No es más difícil determinar las causas de la decadencia del imperio otomano que las de su rápida grandeza y progreso. Fue un gran infortunio para los turcos el quedar casi del todo estacionarios desde la mitad del siglo XVII, período en que la paz de Westfalia trajo reposo, prosperidad y civilización para el occidente de Europa. Es una ley invariable, tanto para las naciones como para los individuos, que aquellos que no avanzan necesariamente de-

216. Batalla naval ganada en el golfo de Lepanto por D. Juan de Austria, comandante de las fuerzas conjuntas de España, Venecia y del Papa, en la cual la escuadra otomana fue completamente aniquilada el 7 de octubre de 1571. Dicen que Salín II perdiera en esa batalla 200 galeras y 30 mil hombres; nunca más los turcos tuvieron una armada semejante; desde entonces comenzó la decadencia de su poder marítimo.

217. En 1683 ocurrió la famosa batalla delante de los muros de Viena, donde Juan Sobieski derrotó completamente a los turcos comandados por Kara-Mustafá. Esa batalla detuvo el poder de los turcos por tierra, igual que la de Lepanto había hecho con su poder marítimo.

clinan, tanto física como moralmente. En la presente era de general progreso y civilización, los turcos continúan siendo aún, en su modo de tratar a las mujeres, en su vida doméstica y en todos sus gustos y hábitos, los mismos hombres del siglo XV, o de otra era todavía más triste y atrasada[218].

Tal era la decadencia de Turquía que, todavía no hace mucho tiempo, se veía privada de los foros y privilegios de potencia europea. La nación otomana era considerada apenas una aglomeración de tribus salvajes y conquistadores, acampadas en un rincón de Europa, como un anacronismo vivo ante las tendencias de progreso y civilización de occidente. Quien entonces proyectase rechazar a los turcos hacia el interior de Asia y restaurar en lo alto de las torres de Constantinopla el símbolo de la cristiandad, que ya en ella había brillado con tanto esplendor, el monarca o jefe de los guerreros que entonces lograra llevar a cabo esa generosa empresa, ganaría invaluables títulos debido a la buena acogida de la opinión pública.

Antes de Mahmoud, e incluso en los primeros años del reinado de ese Sultán, Turquía podía ser objeto de una agresión que la hiciera desaparecer de la carta de Europa, sin que el agresor incurriera en el desagrado de los pueblos de occidente, porque, como ya dijimos, la nacionalidad otomana era un agregado de hordas brutales y fatalistas, extrañas a todas las ideas de progreso e incapaces de prestar oídos a la voz de la razón y de la humanidad, teniendo, amén de eso, bajo su dominio a más de 10 millones de cristianos, a los cuales oprimían con su intolerancia acostumbrada.

No obstante, la alianza de las potencias europeas, que dio como resultado la batalla de Navarino y que después elevó a Grecia a la categoría de reino independiente, fue el hecho que comenzó a desvanecer y parece que agotó la reprobación general con que hasta entonces se estigmatizaba el gobierno turco y sus pachás. Pero ese hecho sería más justificado si se hubiese realizado diez años antes, porque desde 1828 el sultán Mahmoud había comenzado en Turquía esa carrera de reformas, que con tan notable fervor y perseverancia continuó su sucesor. Es de admirar el vigoroso impulso dado por Mahmoud[219] a la adopción del progreso humanitario y a las inmensas reformas que él pudo realizar en Turquía en los últimos años de su reinado.

218. Artículo del *Morning Chronicle*, *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (diciembre de 1852).

219. El sultán Mahmoud era hijo del sultán Abdul-Hamed y de la sultana Validé, francesa nacida en Martinica, y parienta de la emperatriz Josefina y, por consiguiente, también del actual emperador

En 1839, el sultán Mahmoud se halló de cierto modo en la situación de Carlomagno, y, como ese monarca, debió recelar en el momento de su muerte que con él pereciera su obra gigantesca, pero con la diferencia de que Carlomagno había fundado un imperio y Mahmoud no había podido regenerar completamente lo que había heredado de sus abuelos. El soberano reformador de Turquía, aislado entre los destrozos de las fuerzas rivales de su poder, después de haber sido el Luis XIII y el Richelieu de su imperio, en vano intentó ser el Napoleón de oriente. Le faltó el tiempo preciso para sentar en sólidas bases su vasto plan de reformas. Después de su muerte, ¿quién podría fijar y coordinar los elementos de civilización que él había dejado flotando en la superficie? La propia marcha del tiempo parecía deber resolver en contra de Turquía los generosos esfuerzos por él empezados para reerguirla y salvarla de la ruina inminente.

Igual que los últimos instantes de la vida del Profeta fueron amargados por la discordia de sus discípulos, ya que le disputaban la herencia, también Mahmoud tuvo que oír desde su lecho de muerte el tropel de la caballería de Ibrahim[220] que avanzaba presurosa contra su capital, y el eco de las discusiones de los oradores y estadistas de Francia e Inglaterra, quienes desde la tribuna pregonaban *pro indiviso* el expolio de Turquía e invitaban a los gabinetes a concurrir a la partición. El enemigo casi a las puertas de la capital, la indiferencia de Europa, los peligros de una inminente minoridad, pues el heredero de la corona otomana solo tenía entonces 17 años de edad, eran las circunstancias críticas en que la muerte vino a cortar todavía verdes las esperanzas y los arduos esfuerzos de una voluntad eficaz y perseverante.

Entre tanto, la muerte de Mahmoud cambió el aspecto de las cosas. Europa acogió bajo su égida la orfandad de Turquía, suspendió la marcha

---

de los franceses y de la emperatriz de Brasil, viuda. La sultana Validé se llamaba Aimée Dubuc de Rivery, y pertenecía a una familia noble y rica de aquella colonia francesa. Regresando a casa de sus padres, después de haber terminado su educación en París, fue hecha prisionera por un corsario argelino que la vendió al Dey y este la envió de regalo al sultán Mahmoud, que fue, pues, educado por esa mujer valerosa, inteligente e instruida, quien le dio los mejores maestros, haciéndolo estimar desde la más temprana infancia no solo las costumbres sino la política de las naciones civilizadas. F.L. Alvares de Andrada, *op. cit.*

220. Ibrahim, hijo de Mehemet-Alí, virrey de Egipto, interrumpido en su marcha conquistadora por el concurso de las grandes potencias de Europa después de la victoria de Necib, el 25 de julio de 1839.

triunfante de Ibrahim y por los dos tratados consecutivos de 15 de julio de 1840 y 13 de julio de 1841 se consagró la integridad e inviolabilidad del imperio otomano, lo admitió en el gremio de las potencias cristianas y lo colocó bajo la protección del derecho internacional del mundo civilizado.

El actual Sultán perseveró en la senda del progreso, empezada por su padre, y se rodeó de los que con él habían comenzado a implantar en Turquía los primeros gérmenes de la civilización moderna. La promulgación de la nueva organización política, designada con el nombre de Hatti-Scherif de Guilbané, reformó en sus bases todas las instituciones sociales de ese país, aproximándolas al sistema constitucional y representativo de los pueblos de occidente, y desde entonces el imperio otomano forma parte de la gran familia de los pueblos civilizados.

Así pues, la absorción de la nacionalidad otomana, en provecho de cualquier otra potencia, afectaría hoy el equilibrio territorial de Europa y sería origen infalible de complicaciones funestas. Pero en ninguna hipótesis sería mayor el peligro de tal eventualidad que si esa absorción hubiese sido efectuada en provecho de Rusia[221].

221. Correspondencia de París, *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro) (9 de mayo de 1854).

LXII
LA GUERRA ACTUAL LLAMADA DE ORIENTE

Está al fin registrada en los importantes eventos históricos de 1854, esa palabra que revela la lógica irresistible de los hechos, y cuyas consecuencias, antes, incluso, de haber sido ella proferida, ya pertenecían al dominio de la realidad. El gran conflicto que hacía más de un año tenía a Europa aturdida y jadeante y que, a despecho de los esfuerzos conciliatorios de las grandes potencias, se había paulatinamente agravado con enorme detrimento de los intereses de la civilización, llegó al fin a una fase extrema y decisiva: Francia e Inglaterra declararon conjuntamente la GUERRA a Rusia.

La guerra actualmente trabada entre esas tres potencias, con motivo de la integridad del imperio otomano, despierta en el espíritu del observador atento una serie de cuestiones complejas de tan curiosa como variada apreciación. ¿Cuáles fueron los poderosos incentivos que granjearon la protección anglo-francesa a favor de Turquía? ¿Cuáles fueron las razones latentes o manifiestas de esa protección a todo trance que ni siquiera retrocede ante el deplorable riesgo extremo de una conflagración general? ¿Cuál será el desenlace de esa lucha obstinada, cuáles las consecuencias que de ella pueden resultar en relación al futuro político de Europa?

Ya deslindamos la cuestión política de la cuestión religiosa, sirviendo esta apenas de pretexto para una guerra que debía sorprender a toda Europa menos a Rusia, desde hacía mucho preparada para ella. La guerra, pues, no es religiosa, como a Rusia conviene llamarla, sino una guerra política y social, eminentemente humanitaria, que tiende no solo a implantar los elementos del progreso moderno y a moralizar las instituciones de la nacionalidad otomana, sino a librar Europa del recelo que le inculca la actitud amenazadora del imperio ruso, siempre creciente por la conquista y por la absorción.

En efecto, si Rusia llegase a poner un pie en los Dardanellos y otro en Sunda, ¿qué sería de la civilización y de la libertad de Europa? ¿Por qué combaten los aliados? ¿Es acaso solo por Turquía o también por Europa? No es ciertamente por el fanatismo y por el despotismo musulmán sino por la libertad, por la tolerancia y por la civilización de Europa, no es por Turquía, sino contra Rusia.

Rusia, que ya posee mitad de Asia y más de la mitad de Europa, en breve absorbería el resto por la expansión de sus fuerzas colosales, amén de todo lo que se puede imaginar. Enemiga acérrima de los derechos del hombre, de la libertad civil y del progreso esclarecido, ella vendría, como los primeros bárbaros del norte, a trabar la rueda del progreso y a matar la civilización moderna, obra de cuatro siglos de esfuerzos inauditos y de grandes y penosos sacrificios.

Cuando Canning y Napoleón predijeron ese gran conflicto que habría más tarde en Europa entre libertad y despotismo, fue porque preveían que la ley del progreso tendía a oponer seria resistencia a las invasiones del barbarismo del norte. Si Rusia conservase su posición dominante por más tiempo, esa supremacía sería fatal a todas las instituciones y principios por los cuales Europa occidental ha derramado tanta sangre, y a los que debe toda su gloria, su civilización y su riqueza.

Rusia es el símbolo del absolutismo oriental; el occidente de Europa simboliza la actividad intelectual y la libertad humana; esto es, la libertad comercial, libertad de movimiento, libertad de pensar, libertad de conciencia, y todo eso está proscrito del decálogo moscovita como pecados mortales. Rusia proclama el derecho divino de los monarcas, Europa occidental enseña la soberanía del pueblo. Lo que para ella es un mal u objeto de execración, para occidente es objeto de culto y de veneración. Entre ideas y cosas tan opuestas no hay unión ni acuerdo posible[222].

Si Rusia llegase a anexar Turquía a su territorio, si el Zar, por la consecuencia natural de la conquista de Constantinopla, lograra pacificar el Cáucaso y someter todas las costas del Mar Negro; si transformase las tribus de Asia occidental en ejércitos regulares y disciplinados, las naciones occidentales de Europa tendrían, más tarde o más temprano, la suerte de Polonia.

222. Artículo del *Economist-Liberal* (28 de febrero de 1855).

Si las escuadras rusas llegaran a ser tan poderosas en el Mediterráneo cuanto ya lo son en el Báltico, si el autócrata reinara soberanamente en Jerusalén como en la antigua Bizancio, pesando con toda su influencia sobre Italia y el Sur de Europa, no habría entonces sino una gran potencia en el mundo. Francia bajaría del lugar prominente que ocupa hoy en la balanza política, e Inglaterra vería su comercio comprometido en todos los mares; es por esto que las dos grandes potencias expiden ejércitos y escuadras para defender Constantinopla contra el coloso del norte y combatir en oriente, no tanto en pro de los Turcos, sino a favor de sí mismas y de sus más vitales intereses[223].

Si alguien todavía dudara de que el blanco incesante de la política moscovita es la realización de aquel predominio universal, las comunicaciones secretas hechas por el emperador Nicolás al ministro de la reina Victoria en San Petersburgo pondrían fin a toda incredulidad. El *Monitor* declaró en seguida que Rusia, al verse repelida por Inglaterra en sus tenebrosos proyectos, había aventurado análogas proposiciones al gobierno francés, que igualmente las rechazó. ¡Así pues Rusia, para imponer su dominio en Constantinopla, cedería Bosnia y las orillas del Adriático a Austria; prometería Egipto y la isla de Candia a Inglaterra; seduciría a Francia con la perspectiva de anexar varias provincias prusianas por el lado del Rin; y fomentaría la revuelta de Grecia, al motivarla con la cesión del Epiro y de Macedonia! La guerra, por lo tanto, fue una consecuencia inevitable de todo ese concurso de circunstancias.

Estaba reservado al año de 1854 presenciar el magnífico espectáculo de las dos más importantes naciones del mundo, unidas por íntima y cordial alianza, empuñar las armas en defensa del débil y oprimido, y lanzarse en los azares de una lucha colosal para desagravio de la justicia y del derecho internacional de Europa. En los fastos de la historia moderna no habrá página más brillante que aquella en que se ha de registrar esa unión de los dos pueblos más poderosos de la Tierra, por tanto tiempo rivales, por tanto tiempo enemigos, y hoy íntimamente ligados en pro de la defensa de la soberanía de un Estado amenazado por las invasiones de un vecino poderoso. Y esa íntima y cordial alianza se revela constante en todos los actos de las dos potencias.

Mientras el conflicto ruso-otomano pertenecía al dominio de la diplomacia, Francia e Inglaterra avanzaban unánimes en el empleo de los más

---

223. Citada correspondencia del *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro, Brasil) (9 de mayo de 1854).

intensos esfuerzos a fin de que la cuestión de oriente se resolviera en sentido pacífico; y hoy, que la fuerza de las circunstancias y la obstinación del Zar las obliga a echar mano a las armas, su acción es uniforme y homogénea, y tiende toda a aminorar los males de ese calamitoso extremo. Y no es solamente en la preparación de los medios de ataque y de defensa que Francia e Inglaterra desarrollan su benéfica actividad: ante la inminencia de entrar en lucha, quisieron determinar con exactitud los límites y condiciones de su intervención armada y promocionaron en Constantinopla la celebración de un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre las potencias occidentales y Turquía.

En los términos de ese tratado, Francia e Inglaterra se obligan a sustentar a Turquía con la fuerza de las armas hasta la conclusión de una paz que asegure la independencia del imperio otomano y la integridad de los derechos del Sultán; y la Puerta, por su parte, se compromete a no concluir la paz sin previo consentimiento y participación de las dos potencias aliadas. Francia e Inglaterra, además, se obligan mutuamente, luego de conseguida la paz, a evacuar todos los puntos del Imperio ocupados por sus tropas.

A ese tratado van anexos, como parte integrante de él, varios protocolos destinados a mejorar para el futuro la condición de los cristianos y a garantizar a todos los súbditos de la Puerta, sin distinción de religión, la igualdad ante la ley, la admisibilidad a los cargos públicos, el derecho de poseer inmuebles sin enfeudarlos como propiedad de cofradías religiosas, y la supresión del impuesto de captación, que hasta ahora pesaba sobre los súbditos del Sultán que no profesaban la religión musulmana[224].

224. *Ibid*. He ahí cómo de esta guerra entre la civilización de occidente y la barbarie del Norte, resulta gran ventaja para la emancipación de los cristianos griegos de oriente. Si Rusia triunfase, los cristianos griegos no harían más que cambiar de señor, y no serían más felices que los católicos de Polonia, a pesar de las garantías de la última concordata con la Santa Sede; de ninguna manera ellos obtendrían más ni tanta libertad civil y política como bajo la protección de las naciones de occidente, aún incluso bajo el imperio turco, que no es tan turco como mucha gente piensa. F.L. Alvares de Andrada, *op. cit*.

LXIII
TODAVÍA LA GUERRA DE ORIENTE

Una guerra en 1854, en esta época de progreso y de ideas generosas en que hoy vivimos, debía necesariamente presentar principios humanitarios, modificando de cierto modo el derecho internacional europeo. Lejos está el tiempo en que el estado de guerra suspendía, por decirlo así, el derecho social; lejos va el tiempo en que las naciones beligerantes se arrojaban precipitadamente unas sobre las otras, y en que cada ciudadano de un Estado tornábase enemigo de todos los súbditos del Estado rival, en que los bienes privados y la propia libertad de los hombres más inofensivos, y extraños a las causas y operaciones de la lucha, quedaban a merced del más fuerte. El moderno derecho de gentes prescribe principios más humanos al estado de guerra, y esos principios son la prueba más robusta de la saludable influencia que la civilización actual ha ejercido en pro de los intereses sociales de la humanidad.

Francia e Inglaterra no podían renegar de esas teorías de progreso en la guerra en la que ahora se hallan empeñadas. ¡Qué brillantes máximas, qué ardor de ideas generosas no resultan de los documentos oficiales en que las dos grandes potencias trazan la línea de conducta que pretenden adoptar con relación a la nación enemiga y a las naciones neutrales! En los términos de las declaraciones oficiales, promulgadas en los dos países, los gobiernos inglés y francés renuncian al derecho de confiscar las mercancías enemigas cargadas en navíos neutrales, con la simple excepción de las que son clasificadas contrabando de guerra; y se comprometen, además, a no capturar la propiedad de los neutrales, encontrada a bordo de los navíos enemigos[225].

225. No fue sin alguna repugnancia de parte de Inglaterra que Francia pudo llegar a un acuerdo con ella, y proclamaron juntas los dos principios: 1º el pabellón neutral cubre la carga enemiga; 2º la carga neutral no queda sometida a confiscación a bordo de los navíos enemigos, excepto en ambos

Nada podría contribuir tanto a aumentar las simpatías hacia las potencias occidentales en su combate con el autócrata del norte, como la libertad de esas declaraciones, que conservaban al comercio y a la propiedad particular su pleno derecho, y mucho más por ser aquellas naciones las dos primeras potencias marítimas del mundo.

La propia Rusia, tomando en consideración esas declaraciones magnánimas de Francia e Inglaterra, las hizo suyas por acto oficial y las consagró en un tratado últimamente celebrado con Estados Unidos, dando así una prueba de público homenaje a la política esclarecida de sus propios enemigos[226].

Por su parte, el gobierno de Estados Unidos respondió, el día 28 de abril de 1854, a la comunicación que le fuera hecha por el ministro de Francia sobre las citadas declaraciones, expresando el voto de que las máximas adoptadas de acuerdo entre Francia e Inglaterra venieran a ser en el futuro la norma para todas las naciones civilizadas: así como declara que está firmemente decidido a respetar los deberes de la neutralidad, advirtiendo que las leyes de su país prohíben severamente a cualquier ciudadano americano y a cualquier persona residente en el territorio de la Unión, el equipamiento de corsarios y el alistamiento de hombres para tomar parte en guerras extranjeras[227].

En otra declaración, transcrita en el *Monitor* y en la *Gaceta de Londres*, los respectivos gobiernos aseguraron a los súbditos rusos que continuaran viviendo en sus territorios con la certeza de gozar en ellos, como anteriormente, del amparo que las leyes facultan a todo extranjero, con la simple condición de que ellos las respeten. La no concesión de cartas de marca es el más solemne testimonio de respeto a la propiedad particular. Y, sin embargo, ninguna de esas declaraciones es tan importante como la que hizo el emperador de los franceses, cuando dijo en su mensaje al cuerpo legislativo: *¡el tiempo de las*

---

casos el contrabando de guerra. También declararon que por ahora no permitirían cartas de marca o patente de corso. *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (3 de mayo de 1854).
Se sabe que una de las causas que motivó la última guerra entre Inglaterra y Estados Unidos (1812 a 1815) fue el principio adoptado por Estados Unidos "La bandera cubre la carga" y que Inglaterra nunca admitió porque esto haría disminuir su importancia en el mar, coartando el llamado "derecho de visita", derecho que ella ejerció por muchos años contra las naciones débiles con notable escándalo. Después de una lucha de casi tres años, firmaron la paz por cansancio (17 de enero de 1815) y cada uno de los dos pueblos hermanos permaneció con las opiniones que antes tenía: Francia acaba de ponerlos de acuerdo.

226. *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (6 de junio de 1854).

227. *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (30 de junio de 1854).

conquistas pasó para no volver![228]. ¿Cuál fue, efectivamente, el primer pensamiento de las potencias de occidente en el momento de entrar en ese gran conflicto? Comenzaron renunciando en mutuas convenciones a todo el pensamiento de conquista personal y de engrandecimiento territorial; solo vieron su propio interés en los intereses generales de Europa.

Pero las dos grandes potencias de Occidente lidian aún con la incertidumbre de una eventualidad, tanto más melindrosa cuanto ella puede influir considerablemente en el éxito de la guerra: es la actitud que Austria y Prusia han de tomar en la lucha que ya comenzó. No era posible que, trabada la guerra entre Francia, Inglaterra y Rusia, aquellas dos grandes potencias de Alemania permanecieran inactivas en medio de un conflicto que debe decidir el futuro de toda Europa. El elemento eslavo, que en Rusia tiende sistemáticamente hacia el dominio de Turquía, está en oposición diametral con el elemento germánico. Se trata, pues, de saber cuál de ellos suplantará a su rival; y esta guerra debe decidir si Rusia puede, mediante una usurpación basada en veleidades de protectorado, adquirir un predominio peligroso por el cual las grandes potencias de Alemania sean virtualmente absorbidas.

La causa, pues, por la que Francia e Inglaterra hoy disienten es la misma de todas las potencias europeas instaladas aquende el Niemen y el Dniester, y la guerra comenzada debe necesariamente alcanzar proporciones ante las cuales ninguna gran potencia podrá permanecer en neutralidad pasiva. Por lo que respecta a Austria, eso es incontestable, pues sus fronteras confinan con el teatro de guerra, y todos sus intereses han de involucrarse en el conflicto. En cuanto a Prusia, aunque alejada del campo de lucha por su posición geográfica, sin embargo, sus intereses actuales y futuros pueden verse también afectados por las fases ulteriores de esa guerra[229].

228. Según esta declaración del emperador de los franceses, que de hoy en adelante toda conquista se volvería imposible, Francia e Inglaterra no consentirán en la conquista de la isla de Cuba por Estados Unidos, como se ve en el *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (30 de junio de 1854). De esa manera, la guerra actual es verdaderamente un progreso tremendo en el orden social.

229. Citada correspondencia del *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro, Brasil) (9 de mayo de 1854). Cabe advertir que nuestro papel no es el de historiador, y solo nos servimos de la historia para comprobar por los hechos que ella contiene la existencia de esa ley providencial que rige los destinos humanos. La guerra actual es, sin la menor duda, un hecho providencial; nos importa muy poco saber quién la provocó o quién tiene más o menos razón. Era menester en los designios de la Providencia que la civilización moderna, o que esta civilización cristiana, volviese de occidente hacia oriente, dando la vuelta al mundo, y para eso convenía romper y destruir todas las barreras que pudieran

Todas estas consideraciones parecían inducir a aquellas dos potencias a hacer causa común con Francia e Inglaterra, lo que no ocurrió como se esperaba. Sin embargo, Austria, después de mil tergiversaciones, comenzó por declarar que se juzgaba obligada, por la letra de los tratados y por amor a sus más vitales intereses, a mantener la integridad del imperio otomano, y a no permitir la ocupación permanente del territorio turco por parte de Rusia; y finalmente por el tratado del 2 de diciembre de 1854 adhirió a la política occidental, al formar una alianza con Francia e Inglaterra. Esta situación más decisiva, que engrandeció la guerra, presentando a Austria, Inglaterra y Francia listas para unir sus fuerzas, colocó a Rusia en un dilema supremo y la obligó a aceptar las garantías del 8 de agosto, tales como fueron últimamente interpretadas y esclarecidas en Viena (28 de diciembre).

Desafortunadamente, Prusia se ha colocado en una posición que se torna cada día más difícil e insustentable. Es Prusia signataria de los primeros protocolos que fueron la sentencia de Europa en contra de la política moscovita, a quien Rusia, que ella misma condenara, debe la inmovilidad de Alemania. Pues bien, ¿qué papel representa Prusia en ese drama heroico, donde las escenas varían con la rapidez del rayo? Su palabra no tiene más peso; ella no tiene lugar alguno en las negociaciones donde la propia Turquía tiene una posición; toca en vano la puerta de las conferencias donde habría podido entrar con la autoridad de una gran potencia. ¿Con cuál título Prusia se presentaría hoy en las negociaciones, pues hasta desconoce a sus propios tratados? ¿No acaba ella de recusar a Austria parte de su ejército que le había prometido? Contrariando al Gabinete de Viena, en todo cuanto dice respecto a la movilización de los contingentes federales, se ha negado a adherir a todo y cualquier acto diplomático reciente, y se puso por sí misma fuera del gran consejo europeo[230].

En lo que concierne a las garantías del 8 de agosto, los aliados del 2 de diciembre debieron sin duda modificar, aunque muy poco, los términos en que el gobierno del Zar estableció la cuestión. De ese modo, los tratados

---

oponerse a su marcha: la guerra apareció, y eso nos basta. Sin embargo, para dar mayor interés a nuestra obra, revestimos ese gran hecho con todas sus circunstancias, al servirnos de lo que, en lo que concierne a la guerra de oriente, han escrito las mejores plumas de Europa, entre ellas una que no es sospechosa, la del autor del "Nuevo Príncipe".

230. *Revue des Deux Mondes*, *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (30 de marzo de 1855).

anteriores de Rusia con la Sublime Puerta no existen más para Francia, Inglaterra y Austria, y esa abrogación pone fin, de hecho y de derecho, a todo el protectorado moscovita. Para el gabinete de Viena, como para los de París y Londres, la libertad de la desembocadura del Danubio debe ser garantizada por la creación de un sindicato europeo y, tal vez, por la destrucción de algunos fuertes levantados por Rusia. La prepotencia rusa en el Mar Negro debe acabar para las tres cortes aliadas. Es ese el hecho importante que se discute en las Conferencias de Viena. Sea cual fuere el resultado, la adhesión pura y simple de Rusia a las garantías del 8 de agosto será considerada como un homenaje voluntario o involuntario prestado al ascendiente de Europa que es el del derecho y el de la civilización occidental.

¿Se puede, sin embargo, concluir que todo está acabado, que la paz está a punto de ser firmada? Tal vez sea esta otra cuestión: la paz es posible, sin duda; puede salir de las negociaciones pendientes, y nadie hay en Europa que no haga votos por ella; pero hay otra consideración que pesa aún más en la balanza de la paz y puede ejercer una influencia preponderante bajo las circunstancias actuales: el secreto de esa paz no está solo en Viena, está sobre todo en Crimea; y realmente no puede estar sino allá. Para decirlo todo, es delante de Sebastopol que se debate la cuestión en el verdadero sentido que se debe dar al capítulo que estipula la cesación de la preponderancia rusa en el Mar Negro. La diplomacia puede mucho, los ejércitos aliados pueden todavía más, y solo ellos pueden cortar ese nudo terrible, porque la guerra no puede dejar de continuar después de los diversos incidentes que han marcado esa lucha y de la alianza del Piamonte con las potencias occidentales.

Si procuramos el sentido final de todos esos hechos, es evidente que las potencias beligerantes no están dispuestas en modo alguno a dejar a la diplomacia el cuidado exclusivo de trabajar en un desenlace feliz, y es por esa razón que aparece bajo un doble punto de vista la situación que vino a crear el último incidente. Por un lado en la adhesión de Rusia a las condiciones estipuladas en Viena; y esta adhesión es, sin contradicción a primera vista, una garantía de paz que se tomará tanto más importante cuanto Rusia haya sido sincera. Por otro lado es la guerra que continúa, y nadie dejará de convenir que ella puede malograr singularmente todas las combinaciones pacíficas.

En todo caso, lo que es cierto de aquí en adelante, lo que resulta de todos esos hechos diplomáticos y militares, de la conmoción del continente, de la

actitud general de Rusia y de los medios que han sido necesarios para terminar esta crisis formidable, es que se debaten la civilización y la libertad de Occidente contra la barbarie y autocracia del Norte, y que Europa no puede más retirarse de esa lucha sin inscribir en el tratado de paz que se concluyere, la consagración soberana de su derecho y la prueba palpable de la eficacia de su intervención[231].

231. *Ibid.*

LXIV

RUSIA, SU GRANDEZA Y SU POLÍTICA

Rusia, una de las más vastas monarquías que ha existido en el mundo, comprende casi la mitad de Asia y de Europa, con una población poco más o menos de setenta millones de habitantes; su gobierno despótico está cimentado sobre una organización militar que es la regla general de su administración interna; Rusia todavía está de este modo sujeta a una disciplina y a una obediencia pasiva que en los otros países se encuentra solo en los campamentos. Es solo por ese medio enérgico que se torna posible mantener en orden a las poblaciones que este vasto imperio encierra, de costumbres, lengua, sectas y orígenes tan diversos. El finlandés del Báltico, el polaco del Vístula, el cosaco del Don, el Kalmuco del Aral, solamente por la fuerza podían mantenerse bajo una dominación común, cualquier otro sistema abriría campo libre a las tendencias nacionalistas de los primeros, que pertenecen a la civilización europea, y a los instintos bárbaros de los segundos.

Con certeza, la política rusa no ha tenido gran dificultad en impedir, en las poblaciones que ella dirige, un impulso intelectual muy temible para su autoridad. Las razas de que se compone el imperio son naturalmente más rebeldes que las dispuestas a la influencia de la civilización, pues son conocidas las dificultades y peligros que Pedro el Grande encontró en la obra de regeneración que emprendió. Un Estado que se apoya esencialmente en la fuerza es arrastrado a la guerra; las conquistas, la agitación militar son de algún modo una condición de su existencia. Es por eso que Rusia, desde que entró en el número de naciones europeas, no ha cesado de ocuparse del aumento de su territorio por vía de las armas.

Sin embargo, hacia el norte encontraba delante suyo los desiertos de Siberia y los hielos del océano Ártico; al oeste la civilización de los pueblos occidentales, cuyas instituciones debían repeler sus cohortes; no le quedaba, por lo tanto, sino el sur y el oriente, donde un imperio debilitado por largos años de decadencia por un lado, y por otro poblaciones heroicas, pero todavía salvajes e indisciplinadas, le ofrecían probabilidades de rápida victoria. Los zares no titubearon; toda su política se volvió entonces hacia Constantinopla y hacia las regiones del Cáucaso.

No mencionaremos las fases diversas de esa política, que, hace más de un siglo, no ha variado un solo instante. Poseer Constantinopla, tener las llaves del Helesponto, aparecer en el mar Mediterráneo, donde se jugaron tal vez un día los destinos del género humano; hacer del Mar Negro un lago ruso, ha sido el blanco constante de las conquistas y de la diplomacia de la corte de San Petersburgo. Es la razón por la que el Zar ha obtenido o impuesto un protectorado más o menos eficaz a las poblaciones limítrofes de su imperio; es por eso que él ha arrancado a la debilidad otomana tratados que le conceden importantes privilegios, especialmente el tratado de *Unkiar-Skelessi* (1833), cuyas peligrosas consecuencias debían, tarde o temprano, manifestarse[232].

En este rápido bosquejo del imperio ruso no podemos apreciar detalladamente los acontecimientos; nos bastará caracterizar las facciones salientes de las situaciones. Ahora bien, la guerra, y la guerra en Oriente lo repetimos todavía, ha sido una condición necesaria de la política y del futuro de Rusia. Amén de esto, la gloria militar es un alimento ofrecido al amor propio nacional; la servidumbre parece menos pesada cuando los hierros están cubiertos de laureles.

Es sobre todo a la extensión del territorio que se debe atribuir la existencia de partidos políticos en Rusia. ¡Parece imposible la existencia de partidos bajo un régimen esencialmente autocrático, donde la vida pública no se revela! Con todo, existe una profunda división, envenenada por odios mal disfrazados, entre dos facciones rivales. Una se titula partido nacional: es la más antigua descendencia de la primitiva aristocracia. La otra, conocida por el nombre genérico de partido alemán, comprende las grandes familias,

232. Pays, *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (octubre de 1852).

incorporadas por las conquistas al imperio, y que son consideradas como extranjeras, solo naturalizadas por la victoria.

Al inevitable orgullo de las razas vinieron a adicionarse acontecimientos que hace más de un siglo han tornado difíciles las relaciones entre estos dos partidos. El traslado de la capital del imperio para un territorio conquistado a Suecia, los lazos de familia que unían la casa reinante a las diversas dinastías alemanas y que condujeron al trono a los Romanoff, la dinastía de Holstein Gottorp, dieron al partido alemán una preponderancia considerable en los negocios rusos. El partido nacional, sin embargo, sustentado por los antiguos boyardos, ganó mucha fuerza después de las victorias alcanzadas en Polonia y Hungría.

Se dice, pues, que este partido es sistemáticamente opuesto a las conquistas (lo que no parece mucha verdad), porque aumentando el territorio introducen en el imperio nuevas familias extranjeras, cuya influencia podrá destruir o debilitar una autoridad que hace medio siglo este partido recobró, y para la conservación de la cual no ha retrocedido delante de ningún medio. También se dice que desde hace mucho se opone a cualquier empresa contra Constantinopla, porque sabe que sobre las ruinas del imperio turco se elevaría un nuevo imperio de oriente que suplantaría la nacionalidad rusa en provecho del elemento griego.

¿No obstante, conseguirá molestar el impulso irresistible que arrastra a Rusia en la conquista de Oriente? Ciertamente no, porque muchas causas, extrañas a las que hemos indicado, excitan también sobre ese punto la ambición de los Zares y los instintos del pueblo. Se sabe que la tendencia de los pueblos del norte, impelidos por un clima desabrido y un suelo poco fértil, es a avanzar hacia el sur, en el cual ellos sueñan con una vida feliz, y un futuro lleno de delicias. El ruso sueña con Constantinopla, no porque es la sede del patriarcado griego, lo que no le importa, sino porque es el edén de los pueblos del norte, el jardín de las Hespérides con sus manzanas de oro, o la tierra prometida, donde llueve al maná como la nieve en sus *estepas*.

Además de que todos los pueblos del norte se acuerdan todavía de que fueron ellos los que avasallaron el Occidente durante el Medioevo, subyugaron a los pueblos antiguos y cambiaron la faz de Europa; y esos recuerdos son para ellos un presagio que los anima, que los aguijonea, que los lanza hacia el camino de sus antepasados. Si Occidente y Europa central no se unieren

en estrecha alianza, si una barrera no fuera levantada contra la superstición moscovita, en contra de sus instintos de conquista, Rusia se desbordará y nuevos aluviones de bárbaros vendrán a sembrar sus estandartes ensangrentados sobre las torres de Viena y las de París, sobre toda la península Itálica como Ibérica. No es solo oriente sino también occidente que tendría las de perder respecto a la libertad, la riqueza, la industria y la civilización.

Sin embargo, no participamos de semejante recelo en cuanto a Occidente; no vivimos como en tiempos del imperio romano, en medio de una civilización bastarda y corrupta, en medio de una degradación espantosa por los vicios y por la esclavitud; en medio de un despotismo tanto más atroz cuanto era revestido de las formas de una permanente conquista, en medio de señores y de esclavos; en el centro de una aglomeración de colonias indefensas, de señoríos y de feudos, donde los pueblos cambiaban de amos como nosotros hoy cambiamos de ropa. El camino que los rusos aprendieron en 1814 fue tapiado por cuarenta años de un progreso asombroso y de una civilización siempre creciente y no interrumpida: ellos se perderían hoy, si intentaran recorrerlo de nuevo. Pero en cuanto a Oriente, las cosas cambian mucho de aspecto, y hacia allá es que debemos volver nuestra atención.

Rusia está, por decirlo así, en su período de formación territorial y moral, y como toda nación procura establecer los marcos naturales que determinen sus límites y la pongan al resguardo de las invasiones. Amén de eso, ella tiene, en su crecimiento hacia el este y hacia el sur, un enorme interés comercial; no porque deba proteger su comercio, apenas naciente, y su industria, aún no establecida, sino porque le importa cerrar, tanto como fuere posible, los mercados interiores de Asia a los europeos; y para ese fin la dominación completa de las márgenes del Mar Negro, de las regiones del Cáucaso e, incluso, del Golfo Pérsico, si se le torna absolutamente indispensable.

Esta necesidad de Rusia se manifiesta en todas las ocasiones que se presentan, aun las menos oportunas, tal como últimamente en la reciente cuestión de los Santos Lugares. En cualquier emergencia de Europa, por pequeña que sea, trata luego de ocupar los principados danubianos con una inquieta perseverancia, incluso bajo los más frívolos pretextos. Además de que, como los pueblos semi-bárbaros, ella debe apoyar sobre la fuerza su dominio, y hacer de la guerra en el exterior, y del absolutismo y la represión en el interior, elemento de su potencia. ¿Será este estado permanente? ¿Conservará Rusia

por muchos años aún esa forma elemental de gobierno autocrático? ¿Finalmente, entrará Rusia como Turquía al gremio de los pueblos civilizados?

La humanidad, cualquiera que sea la forma de gobierno, avanza incesantemente hacia el progreso, y el mismo desarrollo de las fuerzas militares es un agente de civilización. Las necesidades de un ejército continuamente en campaña impulsan la producción indígena y el trabajo industrial. Ahora bien, la industria es la madre de los descubrimientos de la inteligencia; los avances estratégicos, los ferrocarriles que hoy se emplean para transportar las tropas a grandes distancias rápidamente, se vuelven luego los motores de esas mil relaciones que aproximan a los hombres, confunden las nacionalidades y elevan a un nivel común la inteligencia de los pueblos. El progreso material engendra por todas partes el progreso moral, y la civilización avanza irresistiblemente, llevada por los propios obstáculos que se le oponen.

Rusia, pues, no escapará a la ley general de la humanidad, porque la civilización es una fuerza penetrante y expansiva a la cual nada se resiste[233].

233. *Ibid.*

LXV
INGLATERRA Y FRANCIA

Vamos a esbozar el cuadro político, civil y moral de las dos naciones más civilizadas de la Tierra. En la época actual es imposible separarlas, encontrándose ellas, como se encuentran, íntimamente relacionadas. Amén de que ellas ejercen acumuladamente una gran influencia sobre la civilización moderna: Francia es la gran productora de ideas, Inglaterra las lleva por todas partes mediante la industria y el comercio. Ahora bien, las ideas forman, por decirlo así, la atmósfera moral, el ambiente, el aire que respiramos; la industria y el comercio forman el torrente que conduce esas ideas a través del globo; así es que las dos grandes naciones están destinadas a resolver el problema de la unidad de la familia humana, una por la asimilación de las ideas, la otra estrechando el lazo que une los pueblos por la comunidad de los grandes intereses.

Inglaterra, sin embargo, acaba de perder la categoría que la opinión del mundo le concedía por su larga prosperidad y por una preponderancia incontestable. Una crisis, una grave crisis, como tal vez nunca sufrió, pesa sobre sus futuros destinos. Corroída por achaques inveterados, por defectos ocultos de instituciones generalmente respetadas, por vicios orgánicos, acaba de hacerse patente, a los ojos de la Europa impresionada, con toda la sordidez de su corrupción interna. Es el propio pueblo inglés que se despierta en medio de una pesadilla, que se espanta de su misma ruina, de su impotencia como nación de primer orden, de los vicios radicales de sus instituciones carcomidas por el tiempo y por la civilización[234].

234. Cuando en el c. XXXVII hablamos de la prosperidad de Inglaterra, y del respeto que ella prestaba a sus instituciones, dijimos una verdad de simple intuición. ¿Y qué prueba la crisis actual? Prueba que la civilización, solo por el buen sentido del pueblo inglés, se elevó muy por encima de esas mis-

Por todas partes reina la agitación, así en el Parlamento como en los Consejos de la Corona, y transponiendo la esfera ordinaria de la política, baja hasta las clases inferiores, provocando las pasiones populares, amenazando todas las instituciones y, por consiguiente, el orden social con ataques más profundos que las disensiones de los partidos. Bajo el pretexto de la reforma militar se explora un campo más vasto en que, si una unión prudente, en razón del peligro común, no diere libre paso a una alteración inevitable, tal vez aparezcan escenas horrorosas, provocadas por todas las ambiciones exaltadas, y por todos cuantos en esas ocasiones especulan con la debilidad y el descrédito del gobierno y con la ignorancia del pueblo.

La situación es de las más peligrosas; los espíritus irritados por el debilitamiento de la fuerza real del país lanzan la culpa sobre los jefes de la administración, sobre los ministros y sus agentes, hasta sobre toda la aristocracia, que envuelven con un común reproche, pidiéndoles cuentas de la sangre y del tesoro de todos, e intimándolos de alguna suerte a que dejen las riendas del gobierno, que sus manos inhábiles y negligentes dejan oscilar con riesgo de la gloria y de la fortuna nacional.

Esas inquietudes y esas animosidades comportan cierta suma de exageración; pero nadie puede disimular que son graves síntomas y serias revelaciones. No aparecen semejantes movimientos en un gran pueblo sin que alguna causa profunda los suscite; y hace mucho tiempo en la sociedad inglesa el desarrollo exclusivo de los intereses materiales, el ardor inconmensurable de la producción industrial, los sufrimientos crueles de las clases obreras, la llaga del pauperismo, la preponderancia exclusiva de la aristocracia, parecían indicar la llegada próxima e inevitable de una crisis[235].

---

mas instituciones, que solamente eran conservadas por el respeto tradicional que ellas infundían. Fue menester una crisis tan grave como acaba de ocurrir en Inglaterra, para que se viera cuán lejos iba ella de las leyes fundamentales y de las costumbres que por tantos siglos permanecieron intactas y que construyeron toda la prosperidad, grandeza y orgullo del pueblo inglés. Pues bien, es tal nuestra confianza en su buen sentido que creemos, con una fe robusta, en la regeneración civil y moral de Inglaterra sin que le cueste una sola gota de sangre, o por lo menos sin las conmociones terribles por las que pasó en el siglo XVII, el tiempo nos lo demostrará.

235. *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (3 de abril de 1855). A pesar de la exageración que envuelven estas palabras, no quisimos alterarlas expresamente para no desfigurar el pensamiento de quien las dictó. La razón de la crisis es otra, y consiste en el gran respeto que el pueblo inglés presta a esas viejas instituciones, verdadero anacronismo del progreso y de la civilización actual, como luego lo comprobaremos.

¿No obstante, será acaso esa crisis tan grande como se dice? ¿Será el efecto solo del anacronismo de las instituciones o de vicios radicales en la organización social de Inglaterra? ¿Consistirá ella en el progreso mismo de la civilización o en las costumbres que forman la ley común de aquel pueblo? ¿Por qué, cuando Inglaterra se siente débil y entorpecida, Francia se muestra fuerte y vigorosa a punto de cubrir la debilidad de su antigua rival con la égida de su poder colosal y de una organización formidable? ¿En qué consiste esa diferencia asombrosa? Veamos por el análisis de los hechos y doctrinas cómo es posible explicar esa antítesis profunda que hoy reina entre Francia e Inglaterra; antítesis que se revela por las emergencias de la guerra y por la crisis social en que se halla el pueblo inglés.

Inglaterra y Francia pasaron por dos grandes revoluciones, cuyas analogías notamos[236], pero a pesar de esas coincidencias se observa una diferencia considerable que modifica el carácter de ambos acontecimientos y que vienen a ser: que la revolución de Inglaterra fue más política y religiosa que social; ella no cambió sensiblemente las instituciones civiles; dejó por el contrario intactas su Carta Magna, sus máximas, sus viejas costumbres y sus tradiciones, por lo menos en lo que concierne al derecho civil[237]. La revolución francesa agitó más profundamente la sociedad, creando la igualdad civil y la igualdad política[238]. La unidad que presidió a todas esas grandes reformas produjo, necesariamente, una legislación uniforme.

El edificio de las leyes inglesas no fue reconstruido: empezado por los daneses y por los sajones, se elevaba cada día por fragmentos sin unidad ni plan; se reparan las partes envejecidas y gastadas, conservando las bases fundamentales y primitivas. Así es que, para conformar la teoría de la legislación de Inglaterra, para comprender distintamente el espíritu de todas las partes

236. Véase en la presente edición el c. XXXIV.

237. William Blackstone, *Comments on English Law*, Philadelphia, Robert Bell, 1771.

238. Todavía a fines del siglo pasado toda Europa era feudal; fue Luis XVI el primero que abolió las servidumbres personales y las rentas que las sustituían, en los dominios de la corona por su famoso edicto de 1779. Sin embargo, las justicias señoriales, que eran porciones destacadas de la autoridad pública, los dominios territoriales, los bienes inalienables, las enfiteusis y, sobre todo, los derechos feudales que pesaban sobre la libertad y persona de los vasallos, imponiéndoles grandes cargas sobre todos sus actos civiles, solo acabaron en la noche del 4 de agosto de 1789, cuando Francia proclamó el evangelio social de la igualdad de todos los hombres y declaró que no había más dueños, ni siervos, ni señores feudales, ni vasallos, ni propietarios dominantes, ni poseedores censatarios, en fin, que todos los hombres eran iguales sobre el suelo y que todas las tierras se volvían libres y alienables.

que la componen, es de toda necesidad remontar a una época muy remota, o a la antigua heptarquía, o al establecimiento de los diversos pueblos, quienes sucesivamente invadieron y dominaron aquel país, daneses, sajones y normandos, los cuales imprimieron en las costumbres inglesas el cuño especial de sus respectivos poderes.

Francia, sin embargo, después de los trastornos de la revolución de 1789, fundó ese bello orden civil, para el cual se adelantaba desde mucho tiempo el género humano, y cuya venturosa adquisición fue para el pueblo un verdadero triunfo. Entonces, hombres verdaderamente esclarecidos dieron a Francia una legislación de las más claras, precisas y justas que ningún país había aún conocido; ellos le dieron, como lo dice Portalis, esa sabiduría que preside los establecimientos durables, y conforme a los principios de esa equidad natural de que los legisladores humanos no deben ser sino sus respetuosos intérpretes.

Aún así estas diferencias, aunque tan notables, en las leyes civiles y hasta políticas de los dos grandes pueblos, no explican perfectamente el contraste de sus respectivas situaciones actuales. ¿Cómo es que Inglaterra se halla tan agitada, cómo surgieron esos inmensos conflictos entre poderes, cómo el pueblo se halla humillado ante su propia condición, que él supone envilecida a los ojos de Europa y del mundo, mientras "Francia sustenta las acciones osadas de su gobierno, sin temor y sin preocupación, con la sonrisa en los labios y regocijo en el corazón[239]? Ella hace todavía más; a ese gobierno absoluto, que procede de su libre sufragio, ella da todos los soldados y todos los tesoros que se le pide"[240].

---

239. ¿Y por qué está contenta Francia? Porque Luis Napoleón hizo desaparecer el fantasma de 1844-1845; esto es, la humillación, el deshonor, la vergüenza de la ocupación extranjera, la memoria de los prusianos y de los cosacos. Una nación como Francia, un pueblo como el francés, que se nutre de su gloria y de sus reminiscencias, debía sufrir una presión horrorosa en medio de esa paz forzada a la que la sujetó la Restauración; su alma altiva, su corazón francés se hallaron comprimidos; les faltaba el aire para sus pulmones y el día en que lo recibió, el día en que la gloria pasada apareció en perspectiva, el pueblo se lanzó a ella, como hambriento ávido. La gloria es el alimento de los franceses, la guerra era una necesidad de la situación; Luis Napoleón comprendió una y otra: Francia debe, pues, estar contenta.

240. "Courrier de l' Europe". *Diario de Pernambuco* (Brasil, Recife) (13 de abril de 1855). En diez meses 280.000 conscriptos fueron retirados de la agricultura, del comercio, de la industria. En pocos días el pueblo entregó espontáneamente más de dos mil millones para ayudar al emperador a conseguir sus fines. Ahora bien, estos fines no eran obras pacíficas ni de utilidad pública, sino solamente la guerra; pues bien, Francia abarató su sangre y sus tesoros para sustentar la guerra sin preocuparse, sin embargo, de conquistas ni de engrandecimientos territoriales.

El secreto de ese contraste está mucho más en la administración interna de los dos países, y sobre todo en la organización y sistema de la fuerza armada. Ningún ejército de Europa tiene la organización democrática del ejército francés, el conscripto está habilitado, desde que se alista, a elevarse por sus hechos y por su inteligencia a los más altos grados de la milicia; lleva, como vulgarmente se dice, el bastón de mariscal en su morral. El soldado francés es eminentemente inteligente, sobrio y disciplinado, porque solo por la disciplina y por su buen comportamiento puede abrir camino a sus aspiraciones generosas, a su noble ambición de gloria, y por eso los castigos envilecedores están suprimidos de la ordenanza francesa.

El soldado inglés, por el contrario, sin aspiraciones porque se las vedan las leyes de su país, sin entusiasmo ni futuro, cede solamente a la presión de la disciplina por temor a los rigurosos castigos a que está sujeto, y odia a sus superiores porque les teme. Con semejante sistema, el ejército inglés es apenas una máquina de guerra que se deshace frente a las contrariedades, que no sabe vencer porque no tiene voluntad, ni inteligencia, ni estímulo para eso. Si tiene el valor brutal que le imprime el hábito de la obediencia pasiva, no tiene el valor moral que solo nace del sentimiento del honor, del brío, de la emulación y de la esperanza en el futuro. La organización aristocrática del ejército inglés es, pues, el gran defecto que acaba de hacerse patente y de revelar al mismo tiempo otros muchos vicios de la administración interna del país.

Inglaterra, por lo tanto, debe pasar por una transformación social que creemos será pacífica, porque la aristocracia inglesa está llena de buen sentido, de criterio y de profundidad. Ha llegado el momento en que el pueblo inglés entre en la vida civil tal como entró en la vida política y que vuelva a asumir la categoría que le compete por su alta inteligencia e ilustración en el orden de los grandes pueblos civilizados. La emancipación de los católicos, la reforma electoral y últimamente la libertad de comercio, de industria y del trabajo son hechos bien modernos que aún no están olvidados, y que deben servir de ejemplo para otras reformas, tanto o más necesarias en la presente era. Inglaterra no puede perecer, porque ella es el centro del gran movimiento humanitario que se opera en todos los sentidos y bajo todas las formas; la misión providencial que ella está destinada a desempeñar la salvará de todo y cualquier trastorno en el presente y en el futuro.

LXVI
EPÍLOGO

No es solo Inglaterra, sino todo el mundo parece que se halla en un período de formación social: es que la civilización cristiana en su progreso ascendente va destruyendo todos los obstáculos que se ofrecen en su marcha y va dando a las ideas una dirección más conveniente. Entre tanto, ¿cómo desapareció la revolución de 1848, cómo se extinguieron hasta los vestigios de ese inmenso trastorno, cómo la guerra civil se transformó en guerra nacional, cómo el orden público sustituyó la anarquía? ¿Cuál fue la mano poderosa que embridó el potrillo fogoso de la revolución, que reprimió la fiera de las revoluciones intestinas? Hasta 1853 era el emperador Nicolás la personificación viva del principio de autoridad, el conservador de la paz y el sostén del orden público en Europa; hoy esos papeles están trastocados, no por la muerte recién acaecida, sino por el nuevo orden de hechos que se han sucedido de 1852 para acá.

En efecto, entre Inglaterra y Rusia, esto es, entre el poder real de Inglaterra, de su inmensa riqueza, de su vastísima inteligencia, de su marina formidable, del prestigio de su fuerza y de su grandeza, de su ascendencia por la importancia de una civilización asombrosa, de un comercio e industria como nunca se vieron; así como el poder de Rusia, tan vasto como el efímero imperio de Alejandro, más vasta que todas las monarquías modernas, asombrando Europa y Asia por las temibles formas de su descomunal estructura; se yergue un hombre, un solo hombre, aislado, desacreditado, de apariencia débil y descuidada, maniaco, casi siempre dominado por una idea fija, sin apoyo ni protección, con un futuro quebrado por crueles vicisitudes; objeto de escarnio por sus locuras y aspiraciones infundadas, vagando como un

aventurero, sin crédito ni riqueza; ese hombre, quien tiene hoy en sus manos los destinos de Europa, y no solo de Europa sino de todo el mundo civilizado, ¡es LUIS NAPOLEÓN!

¿Quién es Luis Napoleón? ¿Es acaso el mentecato de Estrasburgo o el furioso de Bolonia o el maniaco y aventurero de Londres? ¿Es el fugitivo de Ham, vestido con *blusa* y escalando la prisión en que estaba perpetuamente condenado? ¿Es el miserable que se había lanzado en aventuras criminales para realzar la gloria de un nombre que él había desmerecido por tantas locuras, por tanto escarnio invocado hacia sí mismo, por tanto vilipendio, por tanta ineptitud?[241]. ¡Oh, no! Ese hombre desapareció, y de él hizo la Providencia un molde para fundir, con las mismas formas, el instrumento de sus designios[242]. Luis Napoleón de Estrasburgo, de Bolonia y de Ham no es el Napoleón III que hoy está llamado a la más inmarcesible de todas las glorias, al complemento de la gran revolución social comenzada en 1789.

Ese hombre, que apenas hace ocho años infundía conmiseración, en unos por su nombre y por los recuerdos que lo acompañaban; escarnio en otros por sus locuras; desprecio o indiferencia en la mayor parte, hoy es objeto de un culto en Inglaterra y en Francia, en las dos naciones más civilizadas de Europa, y llena el mundo de espanto por su alta inteligencia, por su genio vastísimo, por sus luces, por su energía, por su leal dedicación, por su moralidad, por ese cuño de buen sentido que conforma la característica de todos sus actos, por su conocimiento profundo de los hombres y de las cosas, por esa previsión sobrehumana con que todo prevé, todo coordina, todo prepara, todo distribuye, todo arregla en torno y fuera de sí, dentro del país y a más larga distancia, como si fuese iluminado por una luz celestial, por una visión beatífica, ¡por un soplo de la sabiduría increada! ¿Puede acaso negarse una ley providencial que rige los destinos humanos desde el principio hasta el fin?

---

241. Tal es el lenguaje común de casi todos los periódicos ingleses de 1852 hasta la mitad de 1853; hoy son ellos mismos que se desmienten, endiosando al Emperador de los franceses. ¡Bien dijo Azais, que hay siempre una compensación en todos los destinos humanos!

242. El propio emperador tiene conciencia de eso, como se desprende de su respuesta al Senado, cuando fuera a felicitarlo con ocasión del atentado del 28 de abril: "Agradezco al Senado por los sentimientos que acaba de manifestarme. Yo nada temo de los intentos de los asesinos. *Hay existencias que son los instrumentos de los decretos de la Providencia*. En cuanto no cumpla mi misión, no corro ningún peligro". *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (30 de mayo de 1855).

Sentado en el trono que él soñaba desde su infancia, Luis Napoleón comprende toda la extensión de su inmenso destino, y comienza la misión para que lo llamara la Providencia divina, reformando la magistratura, el clero, el ejército, la marina, la instrucción pública desde las escuelas primarias hasta las universidades. Organizando los tribunales constituyó a los magistrados permanentes y dio nueva forma al poder judicial, separándolo de los otros poderes y revistiéndolo del carácter de un verdadero sacerdocio. Al clero le hizo todavía más: le dejó la misión del culto, elevado a toda la sublimidad de los dogmas del cristianismo, pero lo liberó de la injerencia en los asuntos políticos, dando a su carácter sagrado más esplendor del que antes poseía por la mezcla impura de funciones mundanas que lo desvirtuaban y rebajaban.

Al mismo tiempo dio al ejército una organización tan fuerte y esencialmente moral, que tornó la disciplina un artículo de fe: ese ejército es hoy la admiración del mundo. La marina fue elevada al punto de codearse con la de Inglaterra y de mostrarse muy por encima de lo que de ella pensaba toda Europa. Nada escapa a la vigilancia del gobierno, todo recibe animación e impulso, tanto la industria y el comercio, como la agricultura y el trabajo. Mientras se creaban bancos hipotecarios o de crédito territorial para proteger la agricultura, se liberaban la grande y la pequeña navegación de cabotaje, se revisaban las tarifas proteccionistas y se reducían muchos derechos de entrada. En la crisis tremenda de 1853, por la que pasó Europa occidental por la falta de cereales, Francia la cruzó impasible por la previsión del gobierno, sin herir la libertad de comercio ni los legítimos intereses de los que trafican con los géneros de primera necesidad.

Al paso que la guerra absorbe gran parte de la atención del gobierno, el país recibe pruebas de un cuidado todo paternal sobre los elementos de su prosperidad interna: bienestar de los obreros, nuevas industrias creadas, establecimientos de beneficencia, asilos, colegios, nuevos procesos para la agricultura, escuelas teóricas y prácticas, montepío en Argel, etc.; nada escapa a la solicitud del Emperador, desde el simple campesino, que trabaja por jornada, hasta el hombre de letras que se dedica a los negocios públicos; ciencias, artes y oficios, el culto y la moral, el comercio y la navegación, la administración civil y el orden social, la política y la religión, todo recibe animación y vida en medio del estruendo de las armas. En todos los puntos, y con el concurso de todos los capitales, continúan las líneas de ferrocarriles, las que van a surcar

toda Francia, aproximar sus extremidades y multiplicar los elementos de la actividad pública, fecundando las industrias y animando el trabajo[243].

En ningún período Francia fue, como ahora, teatro de una actividad tan vasta, de reformas, de mejoramiento y de progreso. Parece que la anima una vida nueva y que rejuvenece en medio de sus vicisitudes, para asombrar al mundo con sus doctrinas pacíficas, con sus instituciones y con su ejemplo[244]. Nunca gozó ella de más libertad, ni el principio de gobierno popular tuvo mayor importancia que ahora; por primera vez, después de Luis XIV fue descentralizada la administración, creándose nuevos poderes municipales y cantonales y haciendo que el pueblo intervenga en la administración hasta de sus parroquias. Para que el pueblo participase en los asuntos públicos de una manera más eficaz, además de la elección del jefe del Estado, fue llamado a intervenir en los empréstitos nacionales[245].

243. En diciembre de 1851 apenas existían en Francia 2.133 kilómetros de líneas telegráficas. En enero de 1852 el gobierno ordenó por decreto una red de nuevos cables eléctricos, y en enero de 1855 existían 9.244 kilómetros de esos cables, debiendo, al fin de año, existir más de 10.000 kilómetros de cables telegráficos en toda Francia, los cuales serán conectados a otros que vengan de todos los Estados de Europa. Los cables franceses ya han llegado a las fronteras y esperan por los que deben llegar de los países vecinos. *Le Constitutionnel* (Paris, Francia) (4 de mayo de 1855).
Teníamos, pues, razón para decir (véase en la presente edición el c. L) que la civilización moderna con un anillo de hierro ciñó el globo, lo apretó, acortándole las distancias; y más veloz que el águila recorre espacios infinitos como el pensamiento. Dentro de poco el mundo será todo penetrado por esas comunicaciones rápidas y los pueblos se hallarán unidos por los grandes intereses humanitarios, formando una sola e inmensa familia.

244. Luis Napoleón no cuida solo las instituciones civiles, políticas y religiosas de Francia, lleva su visión más adelante, cuida también de las relaciones internacionales, de las instituciones que deben convocar a un centro de unidad a la gran familia europea, y más tarde al género humano. Como la emigración es una necesidad de nuestro siglo, y una tendencia de la civilización moderna, el gobierno francés trató de proteger en su paso los hombres que, no encontrando ya medios de vivir en un suelo demasiado estrecho, al contrario de quejarse de la negligencia de su país, se sometieron a los destinos de la Providencia. Un decreto imperial del 15 de enero de 1855 regula las tres fases distintas del tránsito de emigrantes; la llegada, la residencia y la partida: establece oficinas de registro en un gran número de ciudades, la justificación impuesta a los emigrantes de cierta suma o del contrato que les asegure el transporte a través de Francia, y el pasaje hacia los países de ultramar; la obligación de cualquier compañía o agencia que emprenda el reclutamiento o transporte de los emigrantes, de prestar caución, a *exención de los derechos de aduana,* para todo el bagaje, provisiones y lo que sea necesario para la subsistencia y comodidad de los pasajeros durante el viaje, etc. "Correspondencia de París", *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (8 de marzo de 1855).

245. El último préstamo popular de Luis Napoleón llegó a dos mil ciento noventa y ocho millones de francos (2.198.000.000), cuya décima parte, esto es, 219.800.000 había sido luego pagada en moneda corriente. Por efecto de ese asombroso resultado, el gobierno declaró que solo aceptaría

En efecto, el pueblo que trabaja y que sufre cuando no lo hace, es el que mejor puede juzgar el valor de ese trabajo, y de cuánto puede él pesar en la balanza de la riqueza nacional. Llamado a ocupar el lugar de los grandes capitalistas, de los empresarios del crédito público, él concurrió con su óbolo, y comprobó que la única riqueza verdadera y sólida era su economía[246].

Cuando ese árbol frondoso de las nuevas instituciones civiles llegare a todo su crecimiento y vigor, cuando su tronco ocupare toda Francia, sus ramas se extenderán allende el Rin, los Alpes, los Pirineos y la Mancha, y una transformación social se efectuará en toda Europa, revolución pacífica y moral sin los inconvenientes de las crisis populares o de las conmociones intestinas.

He ahí lo que es Francia, y lo que ha hecho por ella Luis Napoleón: gloria y preponderancia indisputable en el exterior; orden, paz, bienestar y satisfacción en el interior. En cuanto él se eleva como un gigante a la vista de todo el mundo admirado, desaparece otro de la faz de la tierra, formidable, un Encélado, que desafió a los propios Dioses. El hombre, que tuvo en sus manos por treinta años los destinos de Europa, que fue el árbitro de la paz y de la guerra, que enfeudó Alemania por servicios incontestables, que trabó lucha en contra de las naciones más poderosas del globo, debía ser un genio de nuestra época, y en los tiempos heroicos un semidiós; ese hombre fue Nicolás, emperador de Rusia.

Nicolás ha muerto: de hoy en adelante pertenece a la historia. Como hombre, como padre de familia, como jefe de un gran pueblo, fue un ejemplo vivo de moralidad doméstica, de amor conyugal y paternal, de gran solicitud por el engrandecimiento y por la gloria de su país. Treinta años de reinado hicieron de él el más destacado Zar después de Pedro el Grande, y el más querido por Rusia después de Catalina II. Ningún monarca hizo más ni tanto por su pueblo, cuya índole conocía, y cuyas tendencias acariciaba ciñéndole

---

las pequeñas suscripciones de quinientos francos para abajo, las cuales serían así mismo reducidas proporcionalmente, porque la cifra de esas suscripciones ascendía a un capital de 850 millones, y el gobierno solo exigía 500 millones; por lo tanto, solo se recibirían de los suscriptores cerca del 60% de sus suscripciones. "Correspondencia de París", *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (5 de marzo de 1855).

246. Aquí tenemos un problema de economía política, del que nadie aún se había acordado. ¿En qué consiste la riqueza de una nación? En la *economía del pueblo*, responde Francia. He ahí un hecho que desmiente todas las teorías de los economistas hasta hoy sobre la riqueza pública.

con desvelo al carácter nacional, del cual nunca se separó. Patriota hasta los huesos, Rusia era para él el mundo, y quería que el mundo cupiera todo en Rusia. Enemigo del progreso, lo era solo porque el progreso desvirtuaba el carácter nacional del pueblo ruso.

Nicolás murió precisamente cuando el papel que él representaba en la gran escena de Europa estaba acabado; cuando el dogma de la soberanía del pueblo está llamado a sustituir la autocracia; cuando Rusia debe entrar a la gran familia de las naciones civilizadas, cuando la igualdad civil comienza a ser la luz magnética que ilumina los pueblos y los atrae hacia el centro común de los grandes intereses humanitarios, cuando la unidad de la familia humana, bajo el estandarte de la *cruz*, se está realizando por sus propias tendencias. Para esa regeneración era él un obstáculo, y la Providencia lo separó para dejar el camino franco a la marcha de la civilización de occidente.

Nicolás fue, por lo tanto, un gran hombre, un gran monarca y un gran estadista; murió cuando debía morir, porque su gloria quedó intacta: ¿quién osaría mancharla? Ella está tan por encima de los espíritus vulgares que ninguna flecha la puede alcanzar. La Providencia, que había elevado a tanta gloria a ese hombre superior, no quiso que él se precipitara sino a la tumba, donde concluyen finalmente todas las grandezas humanas, ahorrándole una caída inevitable en su vida. Fue más feliz que el Gran Napoleón, a quien Dios plugo, en sus inescrutables designios, darle después de tanta gloria, seis años de dolorosas pruebas. ¡Grandes son los juicios de Dios!

LXVII
CONCLUSIÓN

Llegamos finalmente al término de nuestro trabajo, a la última expresión de nuestro pensamiento. ¿Hay pues una ley providencial que rige los destinos humanos desde el principio hasta el fin? Para todos aquellos que hubieren meditado sobre los hechos más importantes de la vida de los pueblos, en cualquier parte del mundo en que se encuentren, cualquiera que sea la raza o la lengua a la que pertenezcan, la respuesta será obvia, perentoria y positiva; porque lo contrario sería sustituir el orden eterno e invariable del Universo por la ley brutal de una fatalidad inexorable.

A esa marcha constante del género humano a través de mil dificultades, embarazos y tropiezos, en que él se rehabilita por las pruebas, mejorando su condición, es a lo que llamamos *socialismo*, que no es como ya dijimos, una ciencia, ni una doctrina, ni una religión, ni una secta, ni un sistema, ni un principio, ni una idea, porque es, más que todo eso, un designio de la Providencia. Dios podría, con su inmenso poder, haber poblado el mundo en el acto de la creación, desde uno al otro extremo; pero como nada hace que sea inútil, antes quiso que el género partiera de un solo tronco (de un hombre y de una mujer), con el fin de formar una sola familia, cuando la Tierra se hallare toda habitada.

En la tendencia, pues, del género humano para tornarse, o formar una sola e inmensa familia, consiste el socialismo, porque esta tendencia se manifiesta a cada paso por los *fenómenos sociales*. Por la creencia universal de que el género humano partiera de un solo tronco, y por las promesas de la revelación, el género humano solo formará una única familia, en cuanto hubiere realizado estos dos hechos: una sola raza, la *caucásica*; un solo símbolo de fe,

la *cruz*. Pero ellos se realizarán, porque tal es el designio de la Providencia, tales son las tendencias y la marcha del género humano desde las más remotas eras hasta nuestros días.

Es cierto, el hombre nació social, porque el hombre no es solo un individuo, sino un ser colectivo, es un género; y porque solo la sociedad podía desarrollar sus facultades intelectuales, y darle conciencia del deber y del derecho, sin la cual el hombre no podría comprender los atributos de Dios, ni las relaciones que existen entre Dios y sus criaturas, entre el hombre y sus semejantes. Elevado por esas ideas a toda la dignidad de su ser, el hombre tuvo confianza en su destino, y desde entonces trabaja para regenerarse y alcanzar la perfectibilidad de que fue dotado en el acto de la creación. Pero para ser perfecto es menester que él se aproxime, lo más posible, al modelo de perfección que le legó el más perfecto de todos los hombres, porque era al mismo tiempo hombre y Dios[247].

Rey de la creación, solo por el cristianismo fue el hombre investido del verdadero título, en virtud del cual ejerce este poder[248]. La civilización cristiana es, pues, la más perfecta y la más moral de todas las civilizaciones por la que ha pasado el hombre desde el principio del mundo. En las diferentes fases de la vida humana, la mano de Dios se ha mostrado visible para regenerar al hombre desde la culpa hasta la rehabilitación; y cuando parece desviarse o esconderse entre las nubes, que algunas veces empañan el brillo del Cielo, es para reaparecer más fuerte y protectora, amparando al hombre con la fe y la esperanza, porque quien dice fe y esperanza, dice todo en la vida humana.

En efecto, ¿quién diría que la toma de Constantinopla por los Sarracenos sería el origen de la nueva civilización, muy superior a la que acababa por la conquista y por el islamismo? Cuando parecía triunfar la barbarie, comienza la era de la más brillante de todas las civilizaciones por los refugiados griegos acogidos en Italia[249].

---

247. Véase en la presente edición el c. LV.

248. Véase en la presente edición el c. LIV.

249. No fueron solo las ciencias sino también las artes restauradas: Cimabue, también fugitivo de Constantinopla, fue, como había sido uno de sus abuelos en el siglo XIII en Florencia, el restaurador de la pintura y maestro de Ghirlandajo y de Perugino, los cuales originaron después Rafael y Miguel Ángel Buonarotti, y toda esa brillante cohorte de pintores, quienes hicieron revivir el siglo de Apeles. Y no solo la pintura sino la arquitectura, elevada por Buonarotti a ese punto de audacia inconcebible, aun más que Giotto y Donatello. De manera que, en lugar de Santa Sofía que se pierde

Y cuando las luces que aún restaban de las civilizaciones griega y latina iban del todo a apagarse, cuando la mano de Mahoma iba a cerrar el sepulcro de las ciencias y de las artes, cuando la cimitarra y el Corán debían decidir para siempre la suerte del cristianismo y hacer desaparecer los últimos vestigios del Evangelio, la mano de Dios, más poderosa que todos los ejércitos y que todas las tempestades, todo prepara, encadena y coordina para hacer surgir la vida cristiana del caos sarraceno, y recomenzar el mundo con todas las galas de la civilización moderna[250].

¡En 1853, nótese bien, cuatro siglos justos después de la toma de Constantinopla por Mahoma II, es la civilización de occidente, hija de esa civilización bizantina que acabara, la que va a llevar a su vez a la tierra de donde salió, los frutos sazonados de la libertad civil y de la tolerancia religiosa; que va a reunir en un solo haz las razas más opuestas y enemigas por antiguos odios y funestos prejuicios, que va a proclamar la unidad cristiana en el mismo lugar en que se consumara el gran cisma de oriente! Es que la Providencia tiene en su mano un hilo conductor, y dirige a sus fines este mundo que se agita ciegamente sin comprender los misterios de su vocación y destino. ¡Cuán incomprensibles son los altos juicios de Dios!

El hombre, como dijimos, se rehabilita por las pruebas, y por ellas ha llegado a conquistar la libertad y a crear el código de sus derechos y garantías en la prolongada lucha de los últimos cuatro siglos, durante los cuales la vida agitada de los pueblos ha sido una constante expiación. El duelo secular entre el progreso y la represión debía al fin traer el equilibrio entre las fuerzas de los pueblos y de los gobiernos, y llamarlos a un campo de reconciliación. Infelizmente, no ha acontecido así, y la lucha continúa, si no con tanto furor y resentimiento, al menos con la misma energía y tenacidad: es que la civilización aún no alcanzó el punto culminante a que el género humano está llamado por esa marcha lenta, y pausada, que le ha marcado la Providencia en sus intrincados designios. Tengamos confianza, que ese término llegará.

Ya hemos dicho bastante sobre los siglos que nos precedieron, ahora cumple hablar de este en que vivimos. Desde el principio del siglo actual, el progreso ha ido destruyendo todos los obstáculos que le opone la represión.

---

para el cristianismo, aparece san Pedro, que consagra la obra del hombre por la aprobación de los siglos por venir.

250. Mery, *Toma de Constantinopla*, *etc.* [Así en el original].

El primer imperio francés representa aún el progreso; la restauración fue sin duda la represión en que se encontró empeñada toda Europa, y más que todo Inglaterra[251].

Este período fue preparado por el ministro más inepto, más orgulloso y más innoble de cuantos ha tenido el Reino Unido desde Walpole hasta hoy; y, sin embargo, fue él el móvil de todo ese movimiento retrógrado que produjo la Santa Alianza. ¿Cuál fue el resultado? Lord Castlereagh se suicidó en 1822 y fue sustituido por Canning, uno de los genios más vastos y más nobles que ha tenido Inglaterra: hombre de ideas generosas y de visión profunda y que hizo reconocer la Independencia de toda América meridional, a pesar de las ideas retrógradas del Congreso de Verona (1823).

¿Qué pretendía el Congreso de Verona? Absorber todos los intereses de los pueblos de Europa y de América, resucitar el derecho público europeo, sancionado por el tratado de Westfalia, y que la revolución de 1789 había hecho desaparecer[252] y constituir las grandes potencias continentales árbitros del presente y del futuro del mundo. Era un regreso de cerca de doscientos años, lo que sin la gran oposición de Inglaterra, ayudada entonces por Prusia, habría renovado la época calamitosa que precedió a la de aquel tratado; anacronismo insoportable que la mano de la Providencia alejó para preparar mejor camino al gran movimiento social reclamado por la civilización cristiana.

En cuanto se promovía la cruzada contra Napoleón, todos los pueblos fueron seducidos con la esperanza de reformas políticas y sociales, incluso

251. Lo que hay de más galante en todo eso es que para levantar la cruzada contra Napoleón, lo acusaban de tendencias retrógradas y de despotismo, al paso que Alejandro, autócrata de Rusia, representaba el progreso y era el campeón de la libertad de los pueblos. Napoleón cayó, porque así plugo a la Providencia Divina, y los pueblos quedaron como antes, sin las instituciones que se les había prometido, y en nombre de las cuales los llamaron a las armas. En lugar de Napoleón surgió la Santa Alianza, que nadie dirá que valía más que él para la pretendida libertad. Hoy, la misma farsa se reproduce: es también el autócrata del norte que se yergue para defender el cristianismo y la libertad de oriente, atacados por las naciones de occidente, diciéndose que ellas protegen el islamismo contra la cruz y el despotismo otomano contra la libertad de los griegos. Si triunfara Rusia, los cristianos griegos no serían más libres ni más felices que los católicos de Polonia. Esta farsa es hoy un anacronismo de cuarenta años, que salta a la vista de todos y nadie más se dejaría engañar.

252. François René, vizconde de Chateaubriand, *Congreso de Verona*, *Guerra de España. Negociaciones. Colonias Españolas*, Madrid, Imprenta que fue de Fuentenebro a cargo de Alejandro Gómez, 1839, 2 t.

hasta después del Congreso de Viena (1815). Acabada la lucha por la caída del gran capitán moderno, todos los gobiernos conspiraron contra los pueblos y faltaron a sus promesas. Las revoluciones de 1820 en la península ibérica y en Italia (lo que fue una verdadera reacción) provocaron de nuevo la represión, que al final venció en 1823 por la intervención de Francia y la entrada de un ejército poderoso en España. Volvió, por lo tanto, la represión, que hubiera sido terrible sin la oposición que Canning comenzó a hacer, dando a las ideas de progreso una amplitud que no habían tenido hasta entonces. Canning murió en 1827, pero dejó plantados en el continente los gérmenes de destrucción de la Santa Alianza, la cual acabó por la revolución que hizo excluir del trono de Francia en 1830 la rama más vieja de los Borbones.

Los efectos de esa revolución los pagó cruelmente Polonia, sobre la cual ejerció el Zar una ferocidad descomunal (1831), fue el principio de una represión más circunscrita, porque ya no se podía extender a toda Europa. El reinado de Luis Felipe fue un período de incubación o de gestación, y la revolución de 1848, llevando mucho más allá el principio del progreso, murió por sus propios excesos; es que el progreso no marcha a saltos como los saltamontes; y con el fin de conseguir mejores resultados, necesita de calma y de reposo para no precipitarse. ¿El regreso al imperio sería pues una reacción? No, en realidad; fue la misma revolución que volvió a la verdadera senda, de la que había sido desviada por las veleidades populares.

Nadie había comprendido mejor la revolución de 1789 y sus resultados que Napoleón I; él había palpado, por decirlo así, todas las llagas del cuerpo social de Francia y de Europa y había concebido todas las reformas necesarias para la época en que él vivió, pero la guerra no le permitió jamás cuidar de la sociedad civil, ni los medios de mejorarla; y por lo tanto su obra quedó imperfecta. Él podía haber acabado en Waterloo, si una de aquellas balas que, en la brillante expresión de Lord Byron le venían a lamer los pies, menos humilde, se hubiese elevado un poco y golpeado su cuerpo; ¿qué hizo la Providencia? Lo preservó para que revelara descansado en Santa Elena los arcanos de su vasta inteligencia y los frutos de su consumada experiencia. En efecto, el Memorial de Santa Elena, publicado por el conLas Casas (1822-1823) fue un faro que iluminó Europa y desengañó a todos los pueblos. Canning siguió sus inspiraciones y de ahí en adelante nadie se ilusionó más sobre el estado social de Europa y de las reformas que más le convenían.

¿Qué era Europa en ese período de cuarenta años, llamado de paz, el cual pasó anhelante por un futuro que ella no conocía, pero que se le antojaba mejor? Era el campo neutral entre los gobiernos y los pueblos, era el estado incompleto de las sociedades modernas sin esas instituciones civiles que son las únicas garantías de una libertad bien extendida, y de una igualdad legal, era el embrión de un nuevo orden de cosas que debía desenvolverse según los designios de la Providencia. Hoy es Francia que resuelve el problema de las instituciones civiles y lanza a los pueblos del mundo los frutos sazonados de la civilización moderna.

¿Queremos un ejemplo más impresionante? Ahí tenemos la crisis actual de Inglaterra, en que el pueblo rey, el pueblo soberano por excelencia, acaba de manifestarse impotente, exhausto y débil por su propia grandeza; es que la fuerza de un país no consiste solo en su gran población, en su inmensa riqueza y en su alta inteligencia aisladas, sino en la adhesión profunda, en la unión íntima de todas esas partes componentes por medio de las más sabias y de las más justas instituciones sociales; y para eso es menester que esas instituciones acompañen todo el desarrollo moral de que el pueblo sea capaz, porque todas las formas sociales, hijas del progreso, están destinadas a acabar, una después de las otras, por la marcha sucesiva de la civilización[253].

Las formas de la sociedad, dice Cousin, cuando son apropiadas, son indestructibles; el temerario que osa tocarlas se despedaza al encuentro con ellas: pero cuando una forma de sociedad ha completado su tiempo, cuando concebimos, cuando queremos más derechos, además de aquellos que con ella poseemos, cuando lo que era un apoyo se ha convertido en un obstáculo; cuando, en fin, el espíritu de libertad y el amor de los pueblos que anda a su lado se retiraron al mismo tiempo de la forma antes más poderosa y más adorada, el primero que pone la mano en ese vacío de Dios, que lo animaba, fácilmente lo abate y lo reduce a polvo[254].

La civilización, pues, dará la vuelta al mundo bajo el estandarte de la cruz, después de haber recorrido los continentes de Europa y América. El progreso, libre de las ataduras de la represión, actuará sobre el espíritu de los pueblos y de los gobiernos; y cuando las luces de la razón penetren por

253. Véase en la presente edición el c. IV.
254. Véase en la presente edición la nota Nº 78 del c. XXXIV.

todas partes, unos y otros hallarán en el mismo campo de conciliación. ¡Instituciones! gritarán los pueblos para su libertad: ¡instituciones! gritarán los gobiernos para su seguridad[255]. El mejor gobierno no es el monárquico, ni el republicano, ni el autocrático, ni el democrático, sino aquel que hiciera la felicidad, la grandeza, la riqueza y el bienestar del pueblo, a cuyo frente se encuentre colocado.

Tengo, pues, concluido mi trabajo, que consagro al futuro de mi país. La Divina Providencia quiera iluminarnos con su luz celestial para que veamos el abismo de nuestras instituciones y podamos llenarlo, no con sangre ni con revueltas pueriles y estériles, sino con los frutos de la experiencia de los otros pueblos y con el buen sentido y moralidad de que seamos capaces.

Tal vez me tildarán de exagerado, un poco epicurista, otro tanto sensualista, al mismo tiempo fanático, demagogo o absolutista, y quién sabe hasta dónde llegarán el espiritualismo de unos, la liberalidad de otros, el espíritu avergonzado y férreo de otros y el entusiasmo ortodoxo de muchos; sin embargo, todos se engañarían completamente. Aquel que tenga un poco de inteligencia, de instrucción y de buena fe, verá que fui hasta el fondo de la cuestión para descubrir sus raíces y exponerlas al análisis; que escudriñé y sondeé la sociedad moderna, comparándola con las antiguas; que estudié el hombre moral así como el hombre físico; finalmente, que hablé como filósofo y no como teólogo, de esta y no de la otra vida.

La felicidad es un anhelo del hombre social; ser feliz es obtener el fin de la sociedad; por lo tanto, cuando Bentham dijo que el único fin del hombre era el *bienestar*, dijo una verdad irrefutable; no como lo concibieran Hobbes y Helvecio, esto es, como el bienestar material o como la regla alegre del

---

255. Cuando hablamos de las instituciones no queremos significar las instituciones políticas, sino las civiles, que son las únicas que garantizan la libertad y la igualdad de los ciudadanos y constituyen la verdadera fuerza de los gobiernos; y para ejemplo nos basta Inglaterra que era el tipo de los gobiernos representativos y hoy se halla ante el abismo de sus instituciones civiles. Hace poco tiempo, el *Times* pedía a Francia un poco más de libertad para la *tribuna* y para la *prensa*; hoy es Inglaterra que, por la prensa y por la tribuna, se confiesa humillada ante la organización poderosa de Francia y de sus instituciones civiles; e incluso algunos periódicos ingleses, al confrontar uno y otro pueblo, concluyen que, en cuanto Inglaterra está agitada y moribunda, Francia está contenta, robusta y vigorosa. Recomendamos a nuestros lectores que recurran a un artículo del *Morning Chronicle* que viene en el *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (15 de mayo de 1855) aún más explícito, el cual desearíamos transcribir en su versión íntegra, si hubiese lugar para tanto; así como otro del mismo periódico publicado en el *Diario de Pernambuco* (Recife, Brasil) (21 de junio s/d).

placer sobre el espiritualismo; sino como una idea moral que intente ir hacia ese arrobo del espíritu, hacia esa elevación del alma que es el supremo bien del hombre; o, mejor dicho, una cierta comodidad de la vida, acompañada de sosiego y paz de espíritu, y de una conciencia pura y sin mancha; he ahí el *bienestar* moral y material.

ÍNDICE

EL SOCIALISMO

EL SOCIALISMO

Este volumen, se terminó de imprimir el mes de agosto de 2010,
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura, Guarenas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra, seminegra y cursiva
de la familia Adobe Minion, tamaños 8.5, 9, 10, 11, 12 y 13.
La edición consta de 3.000 ejemplares.





Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**

Michel Mujica

Sociólogo egresado de la Universidad Católica de Lovaina (1976), con maestría en Filosofía de la Historia. Doctor en Ciencias Sociales. Cursó un posgrado en Estudios Avanzados de Edición en la Oxford Brookes University. Jefe del Departamento de Teoría Social de la Escuela de Sociología en la Universidad Central de Venezuela (1989-2001). Asesor de varias instituciones: Centro de Investigaciones de la Federación de Ateneos de Venezuela (1991-1997); Consejo Nacional de Seguimiento y Supervisión del Ejecutivo Nacional (1991); Consejo Nacional de la Cultura (1995). Coordinador del Proyecto de Formación de Docentes en Ciencias Sociales (1999-2000), entre otros. Embajador de Venezuela en Argelia desde 2006.



En la portada: *General José Inácio de Abreu e Lima* de Reynaldo (Brasil). Óleo sobre tela, 131 x 98 cm. Col. Palacio Federal Legislativo de la Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela. *Primeira missa no Brasil* (1860) de Víctor Meirelles (Brasil). Óleo sobre tela, 268 x 356 cm. Col. Museo Nacional de Bellas Artes, República Federativa de Brasil. Retratos de Saint-Simon, Charles Fourier y Robert Owen.

José Inácio de Abreu e Lima

El socialismo, es una obra escrita por José Inácio de Abreu e Lima (Brasil, 1794-1869), en tres momentos de su itinerario intelectual, 1852, 1854 y 1855, período que abarca la paz y la guerra en Europa. Durante este lapso desarrolló su hipótesis general de trabajo: existe una ley providencial que rige los destinos humanos desde el principio hasta el fin. El núcleo central de su reflexión es que el género humano está destinado a conformar una sola e inmensa familia. Esta tendencia determina el comportamiento de cada uno de los fenómenos sociales, en ello consiste el socialismo.

"El socialismo no es una ciencia, ni una doctrina, ni una religión, ni una secta, ni un sistema, ni un principio, ni una idea: es más que todo eso, porque es un designio de la Providencia". Abreu e Lima presenta una visión elaborada de los socialismos modernos: concibe la propiedad, la industria y la familia como medios concomitantes en el advenimiento de nuevas instituciones que desarrollen una profunda y auténtica vocación moral, y que además, permitan la generación de formas sociales que tiendan al progreso y al alcance de la civilización. El mejor gobierno no es el monárquico ni el republicano ni el autocrático ni el democrático, sino aquel que hiciera la felicidad, la grandeza, la riqueza y el bienestar del pueblo. Esta tendencia no se da desde el conflicto sino desde la asociación del género humano. Abreu e Lima vincula la idea de sociedad con el socialismo, lo cual le permite tener una visión de los socialistas como pensadores y hombres de acción insertos en la modernidad: Saint-Simon, Charles Fourier y Robert Owen, entre otros. Uno de los aportes más interesantes de su pensamiento es el de las afinidades que existen entre la solidaridad cristiana y la socialista.

COLECCIÓN CLAVES POLÍTICAS DE AMÉRICA


ISBN: 978-980-276-484-6
9 789802 764846



